

KELLY BOWEN

EL MAÑANA ES PARA LOS VALIENTES

Inspirada en la única mujer que luchó
en la Legión Extranjera Francesa



Kelly Bowen

EL MAÑANA ES
PARA LOS VALIENTES

 Planeta

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

AGRADECIMIENTOS

NOTA HISTÓRICA

LECTURAS ADICIONALES

Acerca de la autora

Créditos

Planeta de libros

Para Jhet y Lincoln, los dos mejores maestros que he tenido.
Estoy muy orgullosa de ser su mamá.

Capítulo 1

*19 de agosto de 1934
Niza, Francia*

Violet St. Croix tenía quince años cuando se enamoró, lo que cambiaría su vida para siempre. Ocurrió un domingo por la tarde, después de una clase extra de tenis con el desagradable *monsieur* Marceaux, conocido por su bigote engominado y sus inútiles esfuerzos por mejorar el rendimiento de sus alumnos avergonzándolos. Fue su padre quien insistió en que tomara esa clase, luego de enterarse de que Violet había perdido su partido de tenis más reciente contra una oponente más joven. Ella aceptó las consecuencias, pues nada le provocaba más angustia que decepcionar al comodoro Robert St. Croix.

Esa tarde, el sol era tan implacable como *monsieur* Marceaux: mordía con saña la piel que su uniforme blanco no alcanzaba a cubrir y hacía que los calcetines de lana le provocaran una comezón insoportable. Al final de la clase, le zumbaban los oídos por los gritos de desprecio y burla del maestro; además, Violet no sentía que estuviera jugando mucho mejor. Por el contrario, solo se sentía molesta, frustrada y acalorada. Después, había esperado en el club de tenis poco más de una hora cuando concluyó que a su madre se le había olvidado enviar un carro para que fuera a recogerla o, como siempre, se había quedado dormida con su botella favorita de vino rosado antes de siquiera recordarlo. Así que emprendió una caminata de cinco kilómetros de regreso a la villa de los St. Croix bajo el abrasador sol de agosto.

De camino a casa, Violet intentó andar solo por el lado sombreado de las calles y evitar los tramos de luz, donde ardía el pavimento. El *boulevard* Gambetta estaba inusualmente vacío para ser un domingo por la tarde, pero ella, absorta en su propio descontento, no lo notó hasta que escuchó un rugido distante que se alejó entre los edificios que se extendían hacia el mar. Un zumbido peculiar, como el de un enjambre de mil avispas enfurecidas, alcanzó el primer estruendo y aumentó junto con el rugido. Desconcertada, se detuvo un momento antes de entender lo que estaba escuchando. Después, se olvidó de su incomodidad y frustración, y corrió hacia la fuente del ruido.

Violet sabía que ese día había una carrera de autos, una carrera importante; todos estuvieron hablando de eso durante la semana anterior. Además, vio llegar a la ciudad a algunos de los pilotos de los coches. También oyó que, días antes de la carrera, estos habían estado practicando para el Gran Premio de Niza, probando sus autos a lo largo del trayecto. Violet tenía prohibido ir a ver la carrera. «Dura demasiado tiempo y hace muchísimo calor», le dijo su madre y luego se quejó de su dolor de cabeza y pidió más hielo. «Es muy peligroso y concurrido», opinó con severidad su padre por la crepitante línea telefónica desde su oficina en Londres.

Aunque, en ese momento, ni su padre ni su madre estaban ahí para detenerla, así que Violet caminó con prisa hasta que llegó a donde empezaba la multitud; sin embargo, una sensación de culpa la detuvo antes de que pudiera sumarse a la muchedumbre. No acostumbraba a desobedecer a sus padres. Desde que era niña, estaba claro que no había nada adecuado para entretener a una mujer joven e impresionable en Niza —aparte del tenis, la escuela, los días de campo con sus amigas y alguna clase de equitación ocasional—. Sus días estaban cuidadosamente planeados, por lo que pasaba todas las tardes en la villa. Se tomaban esas medidas para reducir la posibilidad de que Violet tomara una decisión equivocada y acarrearla la vergüenza y el escándalo al apellido St. Croix, pero, sobre todo, ella misma no quería ser una decepción.

Mientras titubeaba, se alzó un estruendoso aplauso, lo que motivó a Violet a echar un vistazo rápido. Después de todo, la habían olvidado en el club de tenis y su madre, probablemente, tomaría una siesta hasta que fuera hora de arreglarse para la cena; ella volvería a casa mucho antes. Ignoró la

embriagadora oleada de rebeldía que debería haberla incomodado, pues se sentía, más bien, como algo emocionante y se unió a la multitud de espectadores que bordeaban el Promenade des Anglais.

El ruido era ensordecedor; los motores y los neumáticos soltaban alaridos de esfuerzo según los autos disminuían la velocidad y volvían a acelerar. En su gran mayoría, la multitud a su alrededor se componía por hombres que gritaban y vociferaban sin reparo, aunque también había mujeres. Algunas gritaban tan fuerte como los hombres, si no es que más, mientras que otras solo se estiraban para tener una mejor vista. Violet se abrió paso entre la prensa hasta que encontró un espacio al frente, apenas lo bastante grande para que cupiera su delgado cuerpo. Ahí, contra un lienzo de mar azul celeste, sobre el concreto cubierto de paja y bajo las palmeras altas y lánguidas en el aire quieto, por primera vez Violet vio a su primer amor.

Los hombres que conducían los autos de carreras llevaban overoles que los cubrían de pies a cabeza. Los lentes de seguridad les tapaban la mitad superior del rostro y llevaban gorras de cuero atadas con fuerza bajo la barbilla. A poca distancia de donde estaba, bajo la mole abovedada del Hotel Negreso, el recorrido daba vuelta sobre sí mismo, por lo que los conductores tenían que reducir la velocidad, forzar sus coches para dar la vuelta en horquilla y volver a acelerar en la dirección por la que habían llegado. Los pilotos se inclinaban y hacían muecas mientras competían por su posición. El auto que iba a la cabeza, un modelo rojo brillante de baja altura con el número veintiocho en el costado, tomó la curva de forma limpia; el motor gruñó y bramó a toda su capacidad mientras el piloto aceleraba hábilmente al salir de la curva.

Violet se quedó boquiabierta.

—¡Por Dios! —exclamó atónita.

—¿No es un encanto? —Escuchó que una voz le decía al oído.

—¿Qué? —Violet se giró, sobresaltada, y vio a una chica que estaba parada a su lado —uno o dos años mayor que ella—. La chica estaba tan cerca que Violet podía ver los destellos dorados de sus ojos cafés y su diente frontal izquierdo, que sobresalía un poco sobre el labio inferior, pintado de un tono carmesí que su madre jamás le permitiría usar. Llevaba un vestido amarillo descolorido y desgarrado cerca del dobladillo, además de un sombrero de paja con el borde desgastado, aunque parecía por completo despreocupada al

respecto. Violet parpadeó mientras pensaba que Audrey St. Croix sufriría un ataque de histeria si alguna vez ella saliera en público con tal descuido en su apariencia.

La chica le dio un codazo a Violet con un brazo delgado y bronceado y le sonrió.

—Achille Varzi. Es italiano. Nosotras pensamos que es el más guapo de todos, ¿no crees?

—Ajá —respondió Violet; no estaba segura de cuál era la respuesta correcta, pero le encantó la idea de que la incluyera en un *nosotras*, como si la invitara a formar parte de un grupo desconocido.

La chica sacó una botellita de metal abollada del corpiño de su vestido y le dio un trago antes de ofrecérsela a Violet, que se quedó boquiabierta un segundo y negó con la cabeza; la chica se encogió de hombros.

—Varzi va a ganar este año —aseguró con confianza mientras guardaba la botellita en su lugar. Del otro lado de la chica, una joven gritó de emoción cuando el auto que iba en segundo lugar pasó por la curva.

—¿Ya habías visto otras carreras antes? —le preguntó Violet; sentía envidia de esa chica de vestido raído y sombrero maltratado.

—Venimos a todas. Todo el mundo viene. —La chica se puso a dar saltos y gritó algo ininteligible hacia la pista—. ¿Tú no?

Violet volvió a negar con la cabeza, avergonzada de admitirle a esa criatura cosmopolita y desinhibida que sus padres no se lo permitían.

—Bueno, pues elegiste un buen día para empezar. —Le extendió la mano—. Soy George.

—¿George? —repitió Violet mientras estrechaba su mano como había visto hacer a los empresarios estadounidenses con regularidad. La palma de la chica se sentía cálida, aunque callosa, y su apretón, fuerte y seguro.

—Sí, George —confirmó con expresión divertida y Violet se estremeció, apenada. Retiró la mano, pensando que sería comprensible si la chica se hubiera ofendido por su torpeza.

—Perdón, es que nunca había conocido a nadie que se llamara George. O sea, a una chica. Es... —Se detuvo, preguntándose por qué no podía mantener la boca cerrada.

—Es culpa de mi hermano —le explicó George— que me llame así. Cuando nací, mi hermano se decepcionó de que fuera una niña. Mis papás me pusieron Georgette, pero él se empeñó en llamarme George, como si eso me convirtiera en el hermano menor que siempre quiso. Y ese nombre se me quedó.

—Ah. —Violet trató de imaginarse cómo sería tener un hermano tan testarudo o tener cualquier tipo de hermano.

—Y, para su decepción, tuvo tres hermanas más después de mí —continuó George con una sonrisa alegre; luego, se ajustó el ala del sombrero para protegerse del resplandor del sol—. ¿Y tú?

—No. Yo no tengo hermanos ni hermanas.

—Pero ¿tienes nombre?

—Ah... Eh, sí... Violet. Violet St. Croix.

—Encantada de conocerte, Violet St. Croix. —George seguía sonriendo, divertida, y Violet sospechó que era a costa suya.

—Cuéntame de los autos —solicitó de repente.

Un tercer vehículo se acercaba a toda velocidad, generando un zumbido de neumáticos sobre la pista y el calor que se desprendía del asfalto hacía que pareciera que el coche iba flotando.

—¿De los autos? —George volvió a concentrarse en la carrera.

—¿Qué tipo de autos son esos?

El piloto sonrió mientras reducía lo suficiente la velocidad para tomar la curva y luego volvía a acelerar como si lo persiguiera el demonio.

—Maseratis, Bugattis, Alfa Romeos —le respondió George—. Si querías ver los coches, debiste llegar más temprano. Los exhiben enfrente de los *pits*. —Se encogió de hombros—. Quizá también puedas verlos al final si te esperas.

Violet asimiló la información; en ese momento, deseó haber estado ahí desde el comienzo y haber podido ver esos *pits*. Los autos no eran algo nuevo para ella, pues su familia era lo suficientemente rica como para tener uno ahí, en Francia, y otro en Inglaterra; sin embargo, desde el asiento trasero de esos vehículos anodinos y cuadrados que la transportaban a sus clases y compromisos agendados, nunca les había prestado mucha atención, solo los consideraba una afortunada comodidad. Por otro lado, los coches de la pista eran algo por completo diferente: vehículos salvajes y temerarios, poderosos y

potentes. Por primera vez, Violet se preguntó cómo sería conducir uno. Quería saber cómo funcionaba una máquina así y ser capaz de hacerla volar por una infinita variedad de pistas hacia una infinita variedad de destinos.

Controlar todo ese poder y todas esas posibilidades.

—¿Cómo logran que vayan tan rápido? —preguntó Violet en un susurro al ver cómo el coche desaparecía por la pista.

—Se debe al motor —respondió George, recorriendo con la mirada el costoso vestido de tenis de Violet—. Son diferentes al del coche que conduce tu papá —añadió, aunque sin malicia.

Violet se movió con nerviosismo.

—Ah.

—El de Varzi es un dos-nueve S-ocho —precisó George—. El de Nuvolari es un tres-cero S-ocho.

—Ah. —Violet no tenía ni idea de lo que significaba eso, pero le daba vergüenza preguntar—. Sabes mucho de autos.

—Mi hermano es un apasionado de cualquier cosa que tenga cuatro ruedas —continuó George—. Se la pasa hablando de motores y cosas por el estilo.

—¿Es piloto?

George resopló.

—Ya quisiera. —La miró inclinando la cabeza—. ¿Tienes algún favorito?

—¿Mi favorito?

—Tu piloto favorito. ¿Quizá Trossi? ¿Villapadierna? —Torció la boca roja con malicia—. ¿A quién te gustaría llevarte a casa a dar una vuelta? —La insinuación era clara y deliberada.

—Eh... —Violet no supo qué responderle, pero estaba segura de que estallaría en llamas si la cara se le calentaba un poco más.

George echó la cabeza hacia atrás y se rio, divertida por la obvia incomodidad de Violet.

—Eres muy tierna.

Violet no quería ser tierna. Los bebés eran tiernos. Los cachorros eran tiernos. Y jamás los tomaban en serio.

—¿Alguna vez has conducido un coche como esos? —le preguntó Violet; sabía que la pregunta era absurda e incluso un poco maliciosa, pero fue lo primero que se le ocurrió para cambiar de tema.

George se rio de nuevo.

—Nunca he conducido ningún coche de ningún tipo, pero seguro es muy emocionante, ¿no?

Alguien la jaló del brazo desde el otro lado y se alejó de Violet.

—Sí —murmuró Violet. Siguió con la mirada la silueta de un conductor que tomó la curva a toda velocidad mientras escuchaba los alaridos de ánimo de los hombres y los gritos de admiración de las mujeres, todos alentándolo.

George empezó a avanzar hacia adelante con su acompañante, pero se volvió hacia Violet para dedicarle una última sonrisa carmesí.

—Mucho gusto, Violet St. Croix. Espero que disfrutes tu primera carrera. Seguro que descubres cuál es tu favorito. —Le guiñó un ojo. Un nuevo grupo de conductores se acercaba a la curva y, en medio de una nueva ola de entusiasmo, la compañera temporal de Violet avanzó entre la multitud para ver mejor y la dejó olvidada y sola de nuevo.

Violet observó la manera en que los nuevos contendientes navegaban la pista mientras el color del sol se reflejaba sobre el cromo; los números pasaban borrosos y el ronco rugido de los motores viajaba a través del pavimento, resonando en los huesos de Violet. Cuando Achille Varzi pasó junto a la bandera de cuadros blancos y negros con tres horas, dos minutos y diecinueve segundos después de haber comenzado la carrera, Violet St. Croix estuvo ahí para verlo. Observó al piloto italiano rodeado de espectadores y miembros de su equipo, que lo levantaron sobre sus hombros en señal de triunfo. Sin la gorra y los lentes, contempló por primera vez su hermoso rostro y su enorme sonrisa. Ella imitó el gesto en su propio rostro sin poder evitarlo.

La chica del vestido amarillo y el labial carmesí tenía razón. Violet había visto lo suficiente para descubrir cuál era su favorito; para sentir cómo bailaban las mariposas en su estómago y florecía la magia en sus venas; para enamorarse.

Mientras el ganador avanzaba por la calle y las masas celebraban con euforia a su alrededor, Violet dio media vuelta y empezó a caminar en el sentido opuesto, siguiendo a un magnífico Alfa Romeo rojo brillante con marcas de polvo y humo que rodaba despacio hacia los *pits*.

Capítulo 2

*14 de mayo de 1939
Niza, Francia*

—Deberías llevarnos a París en el coche el próximo fin de semana. —Era una orden mal disfrazada de sugerencia.

—Sí, llévanos —intervino otra voz de inmediato—. Tenemos que ir pronto.

—Escuché que van a empezar a confiscar los ferrocarriles —susurró con urgencia una tercera voz—. Y están llamando a las reservas militares. Uno de nuestros jardineros ya se fue. Mi mamá hizo un escándalo porque tuvo que buscar a otro para que se encargara de sus rosas.

—¿A quién le importan las rosas de tu mamá? Yo escuché que las casas de alta costura van a cerrar si los alemanes amenazan París. ¿Se imaginan? —Hubo una exhalación dramática—. Sería como quedar congeladas en el tiempo. Tendríamos que usar el mismo atuendo durante quién sabe cuánto tiempo. —Una mano de uñas rojas como la sangre se agitó en el aire—. ¿Y si este es mi último Dior del año? —La mano alisó la falda azul rey de un vestido de noche—. No podría mostrar la cara en público. Tengo una reputación que mantener. Por eso, tenemos que ir este fin de semana, Violet; para prepararnos.

Violet estaba de pie en medio del grupo, apretando con fuerza el tallo de su copa de champaña. Tres pares de ojos, todos delineados, sombreados y con el rímel impecable, la tenían inmovilizada.

Se esforzó por relajar sus dedos para no romper la copa. También se obligó a mantener una agradable sonrisa en su rostro y a invocar la gracia y la paciencia necesarias para ese tipo de conversación. Había crecido con estas mujeres. Compartían clases de tenis y de música, asistían a las mismas fiestas y días de campo y, aunque Violet admitía que eran a menudo egoístas e indiferentes, necesitaba creer que no tenían malas intenciones. Después de todo, estaban ahí esa noche para celebrar el compromiso de Violet y le llevaron varios regalos que resplandecían en sus cajas de Cartier.

—Voy a revisar mi agenda para ver si estoy libre el próximo fin de semana —respondió Violet, mirando a Gladys Durand. Lo último que quería hacer era conducir a París. Sabía que les estaba dando largas, pero no quería discutir en ese momento, en medio de la gente, con todas las miradas puestas en ella. Además, siempre era difícil decirle que no a Gladys—. Eres demasiado hermosa para preocuparte por tu reputación.

Gladys se enderezó con presunción y frunció los labios pintados de rubí; parecía haberse apaciguado un poco.

Después, Violet se dirigió a Lydia y Florence Catroux.

—Lamento que su madre haya perdido a su jardinero —les aseguró a las hermanas—, pero estoy segura de que volverá. Creo que las hostilidades que hay en el horizonte, cualesquiera que sean, serán breves. Se impondrán las mentes más sensatas.

Florence y Lydia seguían pareciendo infelices.

—No entiendo nada de lo que está pasando, pero espero que no nos afecte —lamentó Florence con un gesto de preocupación, mientras se enrollaba un rizo castaño alrededor del índice.

—Pero ya nos está afectando, Flo —protestó Lydia—. Se suponía que íbamos a ir a Viena de vacaciones en septiembre, pero papá dijo que tal vez tengamos que esperar y odio esperar.

—Honestamente, hoy en día, todo el mundo habla solo de la guerra —se quejó Florence, dejando que el rizo volviera a su lugar—. Es un fastidio. Ya estoy harta.

—Estoy segura de que todo va a estar bien —mintió Violet. No sabía lo que deparaba el futuro, pero todas las noticias que escuchaba en la radio y leía en los periódicos tenían la misma información ominosa: el líder alemán

mostraba desinterés en atender cualquier tipo de protesta o interacción diplomática con Francia o Gran Bretaña—. Sin duda, nadie ha olvidado las tragedias y atrocidades de la última guerra. Los soldados y civiles que...

—Hablando de atrocidades, ¿ya vieron lo que trae puesto Roselle Huberdeau esta noche? —la interrumpió Gladys—. La verdad, me sorprende que se haya atrevido a mostrar la cara aquí.

Florence y Lydia se estiraron para buscarla entre la multitud, mientras Violet se mordía la lengua.

—Un ejemplo perfecto de por qué tenemos que ir de compras este fin de semana —sentenció Gladys, jugueteando con el collar de zafiros que le rodeaba la garganta—. Y, Violet, tú eres la única que tiene coche y sabe conducir, así que llevarnos es lo menos que puedes hacer por tus amigas. —Miró a Violet como si la desafiara a diferir.

—Revisaré mi agenda —repitió Violet con un poco más de brusquedad de la que habría querido—. Lo prometo. —Le molestaba una inexplicable... inquietud o quizá era que la frivolidad de sus amigas la impacientaba, considerando las circunstancias.

—Hazlo —ordenó Gladys con voz ronca; luego, tomó la mano de Violet y la levantó para examinar el anillo que tenía en el dedo—. Francamente, no sé cómo lo hiciste.

—¿Cómo hice qué?

—Como lograste atrapar al hombre más guapo del sur de Francia. Se conocieron apenas hace dos meses y ya se van a casar.

—Eh... pues... —Violet no sabía cómo responderle. Gladys hacía que sonara como si ella le hubiera puesto una trampa para que le propusiera matrimonio.

—No estás embarazada, ¿verdad? —murmuró Gladys.

—¿Qué? No. Por supuesto que no. —Tuvo que esforzarse para no sonar a la defensiva.

—Bueno, esa sería una forma de obtener un diamante del tamaño de una toronja para tu dedo.

—Te aseguro que no es el caso.

—Ajá. —Gladys inclinó la mano de Violet hacia la luz—. Espero que a mí me den un diamante al menos así de grande cuando me comprometa. Eres tan afortunada.

De repente, unos brazos envolvieron la cintura de Violet y la apretaron.

—Ya lo sabe.

Violet se giró y miró a su prometido, Augustino Leblanc, con la esperanza de que no hubiera escuchado toda la conversación.

Él tenía la cara roja por el calor o la bebida o ambos.

—Hablando de diamantes —dijo, soltando su cintura—, date la vuelta de nuevo, querida.

Violet hizo lo que le pidió y sintió algo frío y pesado alrededor del cuello.

Gladys jadeó tan fuerte que el sonido que produjo se escuchó por encima de la música.

—Te lo iba a dar más tarde, pero ya no pude esperar —confesó Tino y su aliento le hizo cosquillas en la oreja. Le apartó el cabello de la nuca y abrochó el collar antes de dejarla ir—. Listo. Qué belleza.

Violet se llevó la mano a la garganta y bajó la mirada hacia la intrincada cadena de diamantes que se posaba sobre su piel y que brillaba con la luz.

—Oh, es precioso, Tino. Gracias. No tenías que darme...

—Por supuesto que sí. Es nuestra fiesta de compromiso.

—Eres tan afortunada —insistió Gladys de nuevo, acercándose para observar el collar. Le apartó el cabello castaño rojizo que tenía sobre el hombro con un movimiento de la mano—. Es una pieza maravillosa. —La envidia era inconfundible en su voz.

—Espera a ver lo que le voy a regalar como recompensa por el nacimiento de nuestro primer hijo. —Tino soltó una risita—. Los Leblanc tratamos muy bien a nuestras mujeres.

—No lo dudo. —Gladys entornó los ojos—. Yo tendría una docena de hijos si fueran a recompensarme así. —Resopló y se enderezó—. Bueno, es hora de ir a buscar otra bebida. Vamos, chicas. —Alzó su copa de champaña vacía—. Felicidades de nuevo y, Violet, vamos a París el próximo fin de semana, ¿sí?

—Por supuesto. —Violet forzó una sonrisa.

Gladys y las dos hermanas se marcharon, pero antes se despidieron de Tino con un dejo de coquetería.

—No sabía a dónde habías ido —dijo Violet cuando los dos se quedaron en silencio, sin saber que decir. «¿Cuántos hijos quieres tener?», parecía una pregunta extraña para continuar la conversación. Sin duda, era una plática que

debieron haber tenido antes, pero el noviazgo y el compromiso fueron inesperados y arrolladores; además, Violet tenía que admitir que se sentía reacia a hablar de temas incómodos.

—Estaba haciendo lo que deberías estar haciendo tú, querida, las rondas con los invitados. —Tino se paró a su lado.

Violet intentó sonreír de nuevo y se sintió más natural esta vez. Gladys no se equivocaba al decir que Tino era guapo. Tenía un cabello rubio dorado perfectamente cortado y peinado hacia atrás, pómulos afilados y nariz aguileña, una amplia sonrisa con dientes bien alineados y blancos, hombros anchos que se estrechaban en una cintura delgada y acentuada por un esmoquin de excelente confección. Tino encarnaba todos los rasgos masculinos que eran deseables en las revistas de moda.

—Vino mucha gente esta noche —comentó—. Gente conocida con conexiones importantes que son fundamentales para el éxito en los negocios y el éxito social, pero deben cultivarse con cuidado. No puedes solo esconderte en un rincón con tus amigas.

—No me estaba escondiendo —respondió Violet—. Estaba...

—Está bien. No tienes que disculparte. Ya aprenderás. Me temo que, una vez que te conviertas en una Leblanc, no tendrás mucha opción. —Se arregló el cabello con los dedos para asegurarse de que no se hubiera despeinado—. Y, hablando de tus amigas, deberías hacerle caso a Gladys.

—¿A Gladys?

Tino dio un paso atrás y recorrió el cuerpo de Violet con la mirada.

—Vayan a París el próximo fin de semana, querida. Ve de compras.

—¿Por qué? —Violet estaba confundida.

—Desde luego, te ves encantadora, pero ya te habías puesto ese vestido antes y es bastante sencillo.

Violet miró su vestido; era su favorito. De satén rosa pálido que brillaba a la luz del sol y resplandecía bajo la luminosidad de las velas. Drapeado en la parte superior del corpiño, sujeto por un par de tirantes delicados y recogido en la cintura antes de caer en una cascada de tela hasta el suelo.

—De ahora en adelante, vas a tener que vestirme mejor y te recomiendo que adquieras un estilo más... dramático, moderno. Schiaparelli te quedaría bien y Lanvin, creo. También podrías considerar un Worth, por lo menos para ocasiones formales. Te voy a enviar una lista de colores y cortes que me parece

te favorecerían más. Por supuesto, el dinero no es problema. Pídele a Gladys que te ayude a elegir algunas piezas. Una vez que nos casemos, yo te acompañaré y elegiré los atuendos. —Hizo una pausa—. Como mi esposa, mereces un nuevo guardarropa que me haga sentir orgulloso para presumirte. Las apariencias importan.

—Ah. —Violet sabía que debería sentirse complacida. Gladys chillaría histéricamente ante la propuesta. La mayoría de las chicas enloquecerían. Por Dios, su propia madre se desmayaría de emoción con esa oferta—. Lo pensaré.

Estaba dando largas de nuevo porque no se sentía complacida en lo más mínimo, pero no sabía cómo decirle a su prometido que, en realidad, no le gustaba tanto ir de compras y menos la idea de que alguien más le escogiera la ropa, como si fuera una niña; sin embargo, parecía otro tema incómodo, en especial, considerando su generosidad.

—Haz algo más que pensarlo, querida. —Tino tomó su mano y besó el dorso—. Y prométeme que te vas a deshacer de la horrible ropa de trabajo que insistes en usar. No me gusta que las mujeres usen pantalones y mucho menos que lo haga mi esposa.

—Solo los uso cuando trabajo en mi coche —puntualizó Violet.

Tino palmeó la mano que tenía sujeta.

—Ah, sí. Tu coche. Quería hablar de eso contigo.

Violet se tensó de inmediato.

Tino se rio.

—No hay necesidad de preocuparse, querida. Aunque admito que, al principio, pensé que era bastante extraño que una mujer deseara conducir, he llegado a aceptar la idea. Tu padre lo aprobó hace años, por supuesto, y te hace popular entre tus amigas, lo cual nunca es malo. Solo toma en cuenta de que me encargaré de que tengas un vehículo más seguro y de que alguien más le haga el servicio por ti. Un coche nuevo y no tan rápido —Movié la cabeza con una expresión triste.

—Pero a mí me gusta mi coche y me gusta trabajar en él. —Violet era consciente de que había subido la voz y de que cada músculo de su cuerpo estaba tenso. El cristal de la copa le cortaba los dedos de nuevo, solo que esta vez no lo soltó.

Algunas personas se giraron hacia ella, así que se ahorró el resto de sus palabras, pues no estaba dispuesta a hacer una escena y menos frente a esa gente. Todos formaban parte de una lista de invitados cuidadosamente seleccionados por los Leblanc; gente que empuñaba la riqueza, la influencia, el poder y la reputación como las armas que podían ser. Violet conocía de primera mano el daño que podía causar una sociedad aburrida y hastiada, hambrienta de escándalos para entretenerse.

Tino miró a su alrededor y una sombra de irritación oscureció sus hermosos rasgos.

—Violet, sé razonable. Conducir es una cosa, pero ir de ahí para allá como un simple... mecánico es otra. Solo quiero lo mejor para ti. Lo sabes.

Tino le decía eso a menudo y no le había dado ninguna razón para no creerle. Con toda seguridad, había demostrado ser diferente a los hombres que Gladys, Florence y Lydia le habían puesto en su camino: escritores desesperados y artistas hambrientos, socialités cínicos y nobles caídos en desgracia, cuya única ambición era entregarse al opio y al libertinaje impulsado por el alcohol.

Tino, en cambio, la buscó a ella y le habló de Dumas y Hugo, incluso le regaló una primera edición de *Los miserables*. Iban al teatro y escuchaba su opinión cuando le preguntaba si le había gustado la producción. Le llevaba bebidas y la sacaba a bailar cuando nadie más lo había hecho. Le compraba flores y nunca olvidaba un segundo ramo para su madre cuando visitaba la villa. Hablaba con frecuencia de su familia y de la responsabilidad que había heredado al asumir el control de su fábrica. Parecía un hombre entre un montón de niños.

—Tienes razón. Lo siento. Sé que solo quieres lo mejor para mí. — Violet puso la mano sobre su manga en un gesto conciliador. El diamante de corte marquesa brilló en su dedo.

—Buena chica. —Tino se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Confía en que yo me voy a encargar de ti. Me aseguraré de que no tengas que preocuparte por nada.

Violet se obligó a sonreír en beneficio de quienes la rodeaban. Abordaría el tema del coche con él más adelante, con cautela. De ninguna manera renunciaría a su auto voluntariamente, pero esa fiesta de compromiso no era ni el momento ni el lugar para hablar al respecto.

Tino acomodó la mano de Violet con más firmeza sobre su brazo.

—Acompáñame a la terraza. Tienes que conocer a algunas personas. Ya estuviste con tus amigas bastante tiempo.

Violet sintió cierta resistencia, pero no conseguía identificar el porqué. Se soltó del brazo de Tino.

—Te alcanzo en un momento —le dijo.

Tino hizo un gesto de disgusto.

—Solo tengo que ir al tocador —se justificó Violet—. Quiero refrescarme primero.

La expresión de Tino se relajó.

—Desde luego. Te espero. No tardes, querida.

Violet asintió. Vio cómo la atractiva silueta de su prometido se abría paso a través de la multitud en medio de un ambiente de cordialidad y deseos de felicidad. Todavía con la copa de champaña medio vacía en la mano, se deslizó entre los invitados, pero, en lugar de dirigirse hacia el tocador, avanzó en la dirección opuesta. Atravesó la cocina, ignorada por el personal que llevaba charolas de bocadillos y postres, y salió al jardín, oscuro y desierto.

El aire era fresco, lejos del calor y la humedad de la gente, y Violet respiró hondo varias veces. Desde las altas ventanas abiertas de la villa de los Leblanc, se derramaban cuadros de luz sobre los senderos de piedra y los setos. La música, mezclada con risas y cientos de conversaciones, flotaba en la brisa nocturna, pero ahí se amortiguaba con misericordia. Inclino la cabeza hacia el cielo; las estrellas y la luna estaban parcialmente oscurecidas por velos de nubes que se desplazaban a la deriva en la oscuridad.

Estuvo luchando toda la velada contra una persistente inquietud que se aferraba a su conciencia. Violet cerró los ojos y se reprendió a sí misma. Esta debería ser una de las noches más felices de su vida. Era un brindis por los nuevos comienzos y todas las cosas maravillosas que le esperaban; un futuro lleno de... Violet abrió los ojos.

¿Un futuro lleno de qué?

—¿Abandonaste al novio antes de llegar al altar?

Dio un salto y la champaña restante en su copa se derramó sobre su muñeca. Se giró y descubrió que no estaba sola en el jardín.

—Lady Enid —dijo Violet mientras sacudía las gotas de su mano y brazo.

—Sabes quién soy. —La mujer que se encontraba en el jardín con Violet estaba apoyada de forma casual contra un pilar de piedra cubierto con enredaderas en flor.

Era alta, tan alta como Violet, con un cabello rubio platino y penetrantes ojos verdes; llevaba un vestido blanco de encaje que se ceñía a sus asombrosas curvas y resplandecía por las borlas de cristal cosidas a lo largo del dobladillo. Una hilera de esmeraldas brillaba sobre su garganta y otras más colgaban de sus orejas. Sostenía una cigarrera delgada y lacada, abierta; sus dedos enjoyados se detuvieron a medio camino sobre la fila de cigarros que había adentro.

—Todo el mundo sabe quién es usted —respondió Violet con naturalidad. Era cierto.

—¿De verdad? En ese caso, lo tomaré como un cumplido —comentó lady Enid.

—Lo es, se lo aseguro. —Violet se estremeció. —No nos hemos presentado, pero sabía que usted y lord Furness estaban invitados, por supuesto, y... —Dejó de balbucear para no seguir avergonzándose. Lady Enid Furness era famosa en todos los círculos sociales del sur de Francia y, probablemente, también del resto del país. Poseía dinero y un título. Rezumaba confianza y audacia. Era asertiva, seductora y desvergonzada. Todo lo que Violet no era.

Al parecer, la vizcondesa se divertía con el torpe comportamiento de Violet. Tomó un cigarro y le ofreció la cigarrera a Violet.

Violet negó con la cabeza.

—No fumo.

Enid se encogió de hombros y cerró la cigarrera de golpe.

—No es demasiado tarde para reconsiderarlo, ¿sabes?

—No, mi padre no quería que fumara cuando era menor y, ahora, en realidad, no...

Lady Enid soltó una risa grave y gutural.

—Me refería a que no es demasiado tarde para que reconsideres el matrimonio.

Violet se quedó boquiabierta. Qué comentario tan extraño en una fiesta de compromiso.

—¿Por qué querría hacerlo?

—Exacto, ¿por qué? —Lady Enid dejó la cigarrera encima del pilar de piedra y sacó un encendedor—. Si lo que buscas es sexo, te aseguro que puedes encontrarlo en cualquier lugar, en cualquier momento y con cualquier hombre de tu elección. —Sonrió ligeramente—. No se necesita un anillo para eso.

—Eh. Eso es... eh...

—Yo voy por el tercero, por el tercer marido —aclaró—. Aunque no son para nada tan... necesarios como la gente piensa.

Violet se preguntó si la vizcondesa estaba tratando de impresionarla a propósito. De ser así, estaba funcionando.

—¿Es por la guerra?

Violet frunció el ceño.

—¿Qué es por la guerra?

—La boda. ¿Se quieren casar antes de la guerra? Mucha gente está apresurando sus matrimonios por eso.

—No, esa no es la razón por la que nos vamos a casar. —Se detuvo—. ¿Cree que de verdad vamos a entrar en guerra?

—Pienso que es inevitable. Vi el comienzo de la última. —Parecía estar buscando las palabras correctas—. Me parece que esta ya empezó.

Violet se estremeció.

—He oído que conduces. —La llama saltó y la vizcondesa encendió su cigarro.

—¿Disculpe? —El abrupto cambio de tema sorprendió a Violet.

—Que conduces. Coches. —Sacudió el encendedor en un movimiento circular—. No es una actividad común para una joven.

—Sí, así es. Conduzco. —Violet vaciló—. Usted... eh...

—¿Yo qué? —Se desesperó Enid—. Por Dios, niña, di lo que piensas y piensa lo que dices.

—Es que usted es una de las razones por las que conduzco —confesó Violet.

—¿Yo? ¿Cómo es eso?

—Pues, cuando tenía dieciséis años, le pedí permiso a mi papá para tomar clases de manejo. Al principio se negó, pero luego le señalé que usted conducía y que, si una noble esposa de un vizconde manejaba, entonces, era perfectamente aceptable para mí.

—El título lo convenció, ¿verdad?

—Me imagino que sí.

—¿No fue tu talento o tu ambición?

—Bueno... No es exactamente lo que yo...

—Qué británico de su parte, en fin. Encantada de haberte sido de utilidad. —Enid acortó su sufrimiento y otra risa grave bailó por el jardín—. ¿Disfrutas conducir?

—Más que nada en el mundo —respondió Violet con entusiasmo—. Es completamente... liberador.

—Sí, ¿verdad?

—¿Es cierto que en la última guerra condujo una ambulancia? —preguntó Violet, aventurándose. Había escuchado a alguien comentarlo. También oyó que lady Enid se había acostado con medio regimiento durante el conflicto pero, de ninguna manera, le preguntaría al respecto.

—Así es, aunque, en ese momento, no tenía idea de en qué me estaba metiendo. Viví los momentos más aterradores de mi vida. —La vizcondesa ya no sonaba divertida.

—¿Entonces, por qué lo hizo?

—Porque soy buena en eso. Además, aprendí mucho sobre mí misma. Todo el mundo dice que la adversidad y el esfuerzo forjan el carácter, pero se equivocan. No forjan nada. Solo revelan lo que ya está ahí. —Enid le dio una fumada a su cigarro y luego exhaló el humo—. ¿Tú lo vas a hacer? ¿Te vas a ofrecer como voluntaria?

—Sí. —La respuesta de Violet fue inmediata—. Quiero hacer lo que usted hizo. Creo que también soy buena conduciendo.

—Ya lo has pensado. —Fue más una afirmación que una pregunta.

—Bastante. Es difícil no pensar en eso. Es de lo único que habla todo el mundo actualmente —ya lo había comentado Florence antes, pero, pese a que las palabras eran las mismas, el sentimiento y la gravedad de la conversación eran muy distintos—. No creo que pudiera quedarme cruzada de brazos si ocurriera lo peor.

Lady Enid la miraba fijamente, sin reparo.

—¿Sabes qué? Cuando recibí la invitación de los Leblanc para venir a esta fiesta, no pensaba asistir. Es un poco... formal para mi gusto, no lo digo como una ofensa. Ya me habían presentado alguna vez a tu prometido, pero a ti no te conocía. —Se llevó el cigarro a los labios y aspiró—. Después, alguien

me dijo que te vio conduciendo por Cap Roux. Y, algo más escandaloso aun, oí rumores de que te vieron cambiando un neumático en la calle. Tú sola. —La vizcondesa exhaló una bocanada de humo—. Entonces, pensé que quizá me gustaría conocer a esa joven.

Violet sintió una oleada de orgullo.

—¿Te lo van a permitir?

—¿Disculpe? —El orgullo se evaporó con la pregunta.

—Sé quién es tu padre y sé quién es tu prometido. —Tiró la ceniza del cigarro, que cayó silenciosamente al suelo—. ¿Van a permitir que te ofrezcas como voluntaria?

—Yo creo... —Violet se detuvo—. Por supuesto que sí —respondió, pero no lo sabía con seguridad. Era otro tema incómodo que había evitado hablar con Tino, porque, sin duda, causaría un poco de fricción. No obstante, era una cuestión irrelevante si no se declaraba la guerra, ¿no? ¿Cuál era la necesidad de crear un conflicto?

—Ajá. —Alzó una ceja trazada a la perfección—. ¿Ya lo discutiste con ellos?

—No. Todavía no, pero no importa. Sería mi decisión. —Sabía que estaba mintiendo de nuevo.

—Espero que tengas razón. —La vizcondesa se movió y los cristales de su vestido destellaron—. El mundo necesita más mujeres capaces de cambiar un neumático por sí mismas al lado de una carretera, señorita St. Croix. Ahora más que nunca. Mujeres que no pidan permiso ni disculpas para vivir.

—Yo no lo hago —le aseguró Violet a la defensiva. En sus oídos, había sonado como una acusación, o tal vez, simplemente, había reaccionado a una verdad incómoda.

—Me da gusto oírlo. Dime, ¿cómo conociste a tu prometido?

Un cambio de tema abrupto, aunque Violet estaba un poco más preparada esta vez.

—En el club de tenis. —Tino se presentó con ella después de un torneo. Violet estaba sudada y despeinada, pero la atención que él le prodigó la hizo sentir la mujer más hermosa del mundo. La felicitó por el juego, su gracia y el éxito. Fue el primer hombre que la hizo sentir especial y eso la embelesó.

—Ah. Los dos juegan tenis.

Violet asintió.

—He oído que eres muy buena —comentó la vizcondesa—. Incluso que has ganado torneos.

—Juego bien.

—No hay necesidad de ser modesta, señorita St. Croix. Debes estar orgullosa de tus logros. —Enid volvió a parecer divertida—. ¿Y qué dice tu prometido cuando le ganas?

—Oh, nunca hemos jugado uno contra el otro.

—¿Por qué no? Es bueno tener algo en común con tu esposo.

—Él está... eh... muy ocupado —respondió Violet.

Enid se rio.

—No es tan bueno, ¿verdad? ¿No quiere perder contra ti?

Violet se mordió la mejilla por dentro; sentía que sería desleal admitir que el comentario era verdad.

—Está muy ocupado —repitió—, aunque va a verme siempre que puede.

—Seguro que sí. —Lady Enid apagó su cigarro en el borde del pilar de piedra—. Permíteme darte un consejo matrimonial. He enviudado dos veces, tuve tres hijos y he viajado mucho. He visto y aprendido del mundo y de las personas lo suficiente para que muy poco me sorprenda ya. —Tomó la mano de Violet y la levantó suavemente para examinar el anillo de compromiso que resplandecía entre sus dedos—. No te conviertas en un accesorio. De nadie. —Golpeó el diamante con su uña perfecta—. Perderás tu nombre, pero no pierdas tu identidad cuando te conviertas en la señora de Augustino Leblanc. Tu mayor logro en la vida no debería ser casarte. No permitas que te reduzcan a una mera extensión de un hombre.

Violet estaba arraigada al suelo, incapaz de moverse.

—No lo haré. Por supuesto que no.

La vizcondesa negó con la cabeza.

—Es fácil decirlo, pero pararse sobre tus propios pies y convertirte en la persona que quieres ser será lo más difícil que harás en tu vida. —Dejó caer la mano de Violet—. Se necesita valor. La gente te dirá que vas a fracasar y es posible que así sea. Lo más probable es que fracasas, pero es necesario para conseguir un éxito mayor. Si tienes suerte, tu marido será un compañero y un amigo y no...

—Violet. —La llamaron desde el otro lado del jardín.

Las dos mujeres se giraron y Violet vio que Tino atravesaba la explanada.

—Me di por vencido y vine a buscarte. No me gusta que me hagan esperar... —Se detuvo antes de llegar a donde estaba Violet y pareció sorprenderse cuando vio que no estaba sola. Se recuperó rápidamente—. Lady Enid es un placer verla esta noche. Luce espectacular, como siempre. Nos alegra que haya podido venir.

—Gracias —respondió la vizcondesa con amabilidad, aunque con una expresión fría—. Los felicito a ambos. Deben estar muy ilusionados por la boda. Espero que la actual agitación en el continente no interfiera con sus planes.

—Estoy seguro de que no llegará a mayores —aseveró Tino. Desvió la mirada hacia las ventanas de la villa—. Ofrezco disculpas si interrumpí algo importante, pero debo insistir en que mi querida Violet me acompañe a...

—Oh, solo estábamos hablando de coches —declaró la vizcondesa con voz ronca—. Lo que hacen las mujeres. Y acerca de la oportunidad que tendremos para ofrecernos como voluntarias al servicio de nuestro país si esta agitación se convirtiera en algo más serio.

Tino alzó la mirada con brusquedad.

—¿Disculpe?

Violet se estremeció.

—Debes estar muy orgulloso de tu prometida. Me estaba diciendo que se ofrecería como volun...

Violet dejó caer su copa de champaña y esta se hizo añicos contra la piedra. Ignoró la punzada en su conciencia que la tildaba de cobarde.

—Por Dios, lo siento mucho —se disculpó—. Levantaré...

—Déjalo, le pediré a alguien que se encargue —le ordenó Tino antes de volver a mirar a Enid—. Perdóneme, mi lady; pero, aunque alabo su patriotismo, espero que no haya necesidad de que ustedes, las damas, se involucren como ha dicho, incluso si el asunto se intensificara. —Frunció el ceño—. Me esforzaré para asegurarme de que la señorita St. Croix se mantenga a salvo de cualquier contrariedad. Significa demasiado para mí. No hay necesidad de alarmarla.

La vizcondesa recogió su cigarrera y la golpeó contra su muslo. Dirigió la mirada hacia Violet y esta desvió la suya, avergonzada.

—Qué noble sentimiento —murmuró Enid, lo que sonó a cualquier cosa menos a un cumplido.

Violet volvió a alzar la vista.

La vizcondesa les dirigió una sonrisa repentina y alegre a Violet y Tino.

—Tienen razón, por supuesto. Es una conversación demasiado sombría para una noche destinada a la celebración. Les deseo buenas noches y felicidades. —Rozó con los dedos el brazo de Violet—. Piensa detenidamente en nuestra conversación, señorita St. Croix.

Violet vio cómo la vizcondesa se marchaba; su vestido blanco se balanceaba a través del jardín.

—¿Qué demonios te poseyó para venir aquí y hablar con esa mujer? —Tino se dirigió a ella en cuanto lady Enid estuvo lo bastante lejos para no poder oírlo.

Violet frunció el ceño.

—Esa mujer es una vizcondesa, Tino. No puedo ignorarla.

—Una vizcondesa con un marido que tuvo contratar a un detective privado para que la siguiera porque no puede confiar en ella. Su comportamiento es escandaloso. Se acuesta con cualquier hombre que le plazca. Hace lo que quiere con quien quiere cuando quiere. Tiene un maldito guepardo atado con una correa para llamar la atención. No es el tipo de persona con la que quiero que te relaciones.

—Tú la invitaste.

—Invité a su marido.

La persistente inquietud regresó y Violet no sabía si fueron las últimas palabras de lady Enid o las de Tino las que le causaban un nerviosismo tan profundo.

—Ahora, por favor, Violet, ¿podemos volver a nuestra fiesta y disfrutarla? Todavía hay gente esperando a que la saludes y no puedo seguir excusándote para siempre, querida. —Puso la mano de Violet bajo su brazo y la apartó de los vidrios rotos; luego, se encaminaron de vuelta hacia la villa.

—Desde luego —murmuró Violet. Mientras se veía envuelta de nuevo por la multitud de invitados que le deseaban lo mejor, rodeada por una alegre sinfonía y con una nueva copa de champaña, que jamás bebería, pensaba.

Pensaba en quién estaba poniendo excusas y para quién.

Capítulo 3

*8 de junio de 1942
Niza, Francia*

—Su padre quiere hablar con usted en su estudio.

Una sirvienta de apariencia cansada le dio el mensaje a Violet mientras sostenía una charola llena de vasos y platos sucios de la noche anterior. Su madre dio una fiesta en la que el alcohol fue el invitado especial, por lo que había trastes sucios por toda la villa de los St. Croix.

—¿Ahora mismo? —Violet miró su reloj y apenas habían pasado las nueve de la mañana; era una hora inverosímil para que su madre estuviera ya despierta e improbable para que su padre, que acababa de llegar, solicitara una reunión.

—A las once en punto —aclaró la sirvienta—. En este momento, salió a una reunión.

—Ah. Gracias —respondió Violet, desconcertada por la petición. Su padre, en raras ocasiones, solicitaba verla más de una vez durante sus visitas anuales a Francia. Cada vez que él regresaba a Niza, esperaba recibir un informe sucinto, por supuesto, y Violet aprendió desde niña que un resumen preciso de su desempeño en el tenis, la escuela y el resto de las clases que tomaba era lo único necesario. Conforme fue creciendo y sus clases disminuyeron, sus reportes se fueron haciendo cada vez más breves, lo que parecía convenirles a ambos. Ya se había presentado con su padre la tarde anterior, cuando él recién llegó de Londres, distraído y preocupado, pero no estaba segura de que hubiera escuchado una sola palabra de lo que le dijo.

Aunque Violet no fuera comodoro, ella también podía sentir el cambio en el ambiente, como si todos estuvieran de pie frente a un acantilado, esperando a ver si el viento arreciaba para echarlos por el borde o disminuía para permitirles una retirada segura. La Italia fascista y la Alemania nazi firmaron un pacto de alianza. También los alemanes amenazaron a los soviéticos con otro pacto. Los británicos seguían amenazando con intervenir si Alemania invadía Polonia y Francia estaba al límite, acumulando recursos para prepararse para un ataque que apenas unos meses atrás parecía impensable.

Sin embargo, todos seguían actuando como si nada de eso estuviera ocurriendo; llegaban envueltos en ostentosas pieles, suntuosas joyas y coches caros a un desfile interminable de veladas en extravagantes villas, opulentos hoteles y lujosos casinos. Parecía que nadie se cansara de la fiesta y, si el continente se estaba precipitando hacia la guerra y la destrucción, con más razón había que aprovechar el espíritu festivo mientras fuera posible. A Violet le era difícil comprender lo absurdo de toda la situación.

Francia iba a necesitar hombres y mujeres que ayudaran a prepararse para la guerra, no otra fiesta.

La conversación que había tenido con lady Enid sobre ofrecerse como voluntaria cada día tomaba más sentido en su mente, así como la convicción de que no podría quedarse cruzada de brazos, sin hacer nada, si ocurriera lo peor y Francia se viera arrastrada a participar en otra guerra. Todavía no había abordado el tema con su padre o prometido porque, en el fondo, temía la respuesta de ambos; sin embargo, ninguno de los dos hombres estaba ahí en ese momento. Y, con toda seguridad, indagar un poco y adquirir información no tenía nada de malo, ¿verdad? Cuando, por fin, se presentara frente a su padre y Tino con la intención de comunicarles que se ofrecería como voluntaria, sería mejor que pudiera defender su caso con argumentos claros y articulados, basados en hechos e investigación y no en conjeturas. No tenía que firmar nada o hacerlo oficial ese mismo día. Si se iba ahora, volvería a tiempo para la reunión con su padre.

Y nadie lo sabría jamás.

,

Las oficinas de reclutamiento de la Cruz Roja no estaban lejos de las estaciones de

alistamiento militar; ambos centros se veían abarrotados. Violet estacionó su auto a una calle de distancia y se formó en la fila afuera de la Cruz Roja. Se estiró para ver mejor el interior y se preguntó si estaba cometiendo un error. Miró su reloj con ansiedad.

—¿Tienes una cita importante, Violet St. Croix?

Alzó la cabeza de golpe y la recorrió una oleada súbita de pánico al pensar que alguien la hubiera reconocido en ese lugar. Se encontró con un par de alegres ojos color avellana y una amplia sonrisa que dejaba ver un diente frontal ligeramente torcido.

Violet hizo memoria y el pánico se convirtió en alivio.

—Eres George. Nos conocimos en el Gran Premio hace años.

—¿Te acuerdas? —George sonaba encantada.

—Sí. —El Gran Premio había sido una revelación para Violet, así que lo recordaba todo.

—Me sorprende que te acuerdes de mí, de verdad —comentó George—. Eso fue hace mucho tiempo.

—Recuerdo que fuiste muy amable conmigo —respondió Violet—. También me acuerdo de que te tomaste el tiempo para explicarme sobre los coches, los motores y los pilotos cuando no tenías que hacerlo.

—Pues me alegro de haberte dejado una buena impresión. —El sombrero de paja gastado y el labial brillante ahora eran una trenza impecable y un rostro recién lavado, pero que conservaba su alegre expresión—. ¿Qué haces aquí?

—Me gustaría ser voluntaria en la Cruz Roja. —No era mentira.

—¿Como enfermera? Necesitan mucha gente.

—¿Tú te ofreciste como enfermera? —le preguntó Violet.

—Sí.

Violet miró los carteles que habían puesto en las paredes de la pequeña oficina, todos mostraban una bandera blanca con una cruz escarlata ondeando sobre unas oscuras imágenes de alambres de púas, armas y trincheras.

—No sé si sería buena enfermera —admitió—. Esperaba poder ofrecerme como conductora de ambulancias.

—¿Conductora de ambulancias? —George se rio.

Violet dio un paso hacia atrás con todos los músculos de su cuerpo tensos.

—Llevo mucho tiempo conduciendo —puntualizó Violet—. No ambulancias, todavía no, pero creo que, si practico algunas horas, seré bastante buena.

George se apoyó una mano sobre la cadera.

—Seguro.

No sabía si George estaba bromeando o no. Tal vez siguiera pensando que Violet era tierna.

—El día que nos conocimos en el Gran Premio lo supe. Conocí el mundo de los coches y la conducción; sé que mucha gente no aprueba que sepa de mecánica o incluso que maneje un auto...

George sonrió.

—¿Qué te parece gracioso?

—Nadie aprueba a las mujeres que hacen cosas que no se supone deban hacer. Mujeres que no encajan con la imagen que la sociedad tiene en su cabeza sobre cómo deberían actuar o trabajar o hablar. Probablemente, Leonor de Aquitania diría lo mismo. —Miró a Violet—. Sí, también la estudiamos en nuestra escuela.

Violet se sonrojó.

—Yo no... es decir, no pensaba que tú no...

George agitó la mano, interrumpiendo el balbuceo de Violet.

—Es solo un hecho que tenemos que aceptar o seremos infelices por el resto de nuestras vidas. No podemos controlar lo que los demás elijan pensar. Lo mejor es vivir sin tratar de complacer a nadie más que a nosotras mismas.

Violet absorbió sus palabras y su obvia convicción.

—¿Tú cómo lo has vivido?

—Yo pesco —respondió George de forma casual.

—¿Pescas?

—Es el negocio familiar. Mi padre solía hacerlo, pero perdió la mayor parte de la visión hace cuatro años. Todos esperaban que fuera mi hermano quien se hiciera cargo del barco y las redes; por supuesto, sí ayuda, pero yo soy la que es realmente buena para eso. Soy muy buena, de verás. Resulta que las mujeres de mi familia tienen un don para pescar, así que me acompaña mi hermano o alguna de mis hermanas; estamos metidas en el agua todos los días. Hoy en día, la situación ha cambiado un poco, pero creo que escuchamos al principio casi todas las opiniones inútiles y no solicitadas que existen. —

George empezó a enumerar los comentarios, alzando los dedos de la mano derecha—. La pesca es un trabajo de hombres, mis hermanas y yo estábamos olvidando cuál era nuestro lugar. —Extendió el primer dedo—. Nosotras no podemos mantenernos a salvo por nuestra cuenta o no somos competentes o ambas. —Extendió otros dos dedos—. Nunca íbamos a encontrar marido. —Hizo una pausa, pensativa—. Nunca he podido entender la relación que hay entre ser capaz de manejar una lancha, un motor y un montón de redes con la posibilidad de casarnos o no.

Por un momento, Violet se preguntó qué clase de hombre extraordinario estaría casado con esta mujer extraordinaria; sin embargo, no quiso preguntarle, porque no quería mencionar a Tino ni confesar que no le había contado acerca de sus intenciones de presentarse como voluntaria por temor a su reacción.

—Mis padres siempre me dijeron que el papel de una persona no se define por las opiniones de los demás, sino por lo que la hace más feliz —declaró George, sonriendo—. Creo que es un buen consejo, ¿tú no?

Violet intentó imaginarse al comodoro animándola a ignorar las opiniones de los demás y no pudo. Las opiniones de los demás siempre habían sido como un dragón que escupe fuego sobre su vida, listo para extinguir sus vidas al menor indicio de un error de juicio. La imagen que George pintaba con tanta facilidad, en la que el futuro se definía por la felicidad y el talento, le resultaba ajena, aunque, por completo, fascinante.

—Pero, ¿qué pasará con tu barco? ¿Qué pasará si entramos guerra y te envían a otro lugar?

—Una de mis hermanas menores se haría cargo de la pesca. —George se encogió de hombros de nuevo—. Son bastante capaces de valerse por sí mismas.

Violet miró a las mujeres que estaban enfrente de ella en la fila y se preguntó si ellas también vivían sin complejos, como George, en lugar de vivir con el miedo constante a cometer un error, como ella. Todas iban vestidas como George, con vestidos sencillos y prácticos, zapatos resistentes y cómodos; todas se veían confiadas y seguras de sus aptitudes y capacidades.

—No esperaba que tanta gente se presentara como voluntaria. —George había seguido su mirada y malinterpretado sus pensamientos—. Seguro que muy pronto nos atenderá un empleado, por si tienes algún otro compromiso.

—La verdad, no —murmuró Violet.

—¿Por qué crees que no serías una buena enfermera? —le preguntó George de repente.

La fila avanzaba despacio y Violet se acercó a la puerta de la oficina junto a George.

—Porque no soporto ver la sangre —confesó en un susurro—. Por eso, no sé si podría ser enfermera. ¿Qué pasaría si no puedo soportarlo? ¿O soy mala para eso? —Fue liberador expresar ese miedo en voz alta—. Nunca le había dicho esto a nadie.

—Bueno, ten la seguridad de que no se lo contaré a nadie —le prometió George, encogiéndose de hombros—. La verdad es que no sabes si vas a ser buena en algo hasta que lo intentas, ¿no?

—Supongo que sí —asintió Violet.

—Además, a menos que seas uno de los vampiros que se mencionan en las novelas que lee mi hermano, a nadie le gusta ver sangre —le aseguró George—. Incluso a las enfermeras; mejor dicho, en especial, a las enfermeras.

—Tal vez.

—Te vas a sorprender a ti misma de todo lo que puedes hacer, vas a ver.

Violet se preguntó si llegaría a un punto en su vida en el que fuera tan segura de sí misma, en el que ya no dudara, como la mujer que estaba a su lado.

—Alguna vez deberías venir a pescar conmigo y mis hermanas —Le invitó George—. Creo que te gustaría.

—Ay, no estoy segura de si debería...

—¿De qué no estás segura? —preguntó George con un tono divertido.

Si Violet hubiera sido honesta, le habría dicho que no estaba segura de que le darían permiso. No parecía el tipo de actividad que el comodoro aprobaría y su madre jamás consideraría a George una compañía adecuada.

Por supuesto, Violet sabía que ninguno de sus padres aprobaría que estuviera ahí, afuera de una oficina de la Cruz Roja, pero ahí estaba y el cielo no se había caído ni había descendido sobre ella una plaga de langostas.

Violet asintió.

—Oh, no es nada. Iré un día.

—Bien. —George entrelazó su brazo con el de Violet—. Vivimos justo pasando Cap Roux. Es la casa amarilla en la ladera de la colina, al otro lado de la carretera de la playa. ¿La conoces?

—Sí, es decir, no conozco tu casa, pero he pasado por ahí muchas veces. Sé dónde está la playa. He visto los barcos.

—Puedes venir cuando quieras, ya sabes. Estoy en la playa desde el amanecer con el equipo, luego me meto al agua y regreso por la tarde con la pesca para prepararla y venderla en los mercados. Hoy fueron mis hermanas, desde luego, para que yo pudiera venir a presentar la solicitud, pero yo estoy ahí casi todos los días. Solo pregunta por George Chastain y alguien te señalará la dirección correcta. Siempre eres bienvenida.

Violet se descubrió sonriéndole a George.

—Gracias. Me gustaría visitarte. —No estaba segura de si era la perspectiva de libertad o aventura o de una amistad o tal vez las tres cosas lo que la hacía sentir una especie de vértigo por dentro.

—Bien —confirmó George de nuevo.

—¿Te quedarás por aquí? —preguntó Violet de repente—. ¿Mientras hablo con el empleado de la Cruz Roja? —No estaba segura de por qué se lo preguntó, aparte de que estar de pie junto ella la hacía sentir y creer que, en verdad, era capaz de hacer cualquier cosa.

—Por supuesto —respondió George.

La fila avanzó de nuevo.

George le dirigió una mirada traviesa a Violet.

—Entonces, ¿elegiste a tu favorito?

—¿A mi favorito?

—Cuando nos conocimos, el día del Gran Premio.

Violet sonrió.

—Sí.

—¿Cuál fue?

—El Alfa Romeo.

George echó la cabeza hacia atrás y se rio tan fuerte que algunas personas se volvieron a mirarlo.

—Ay, ya ves, Violet St. Croix, sabía que íbamos a ser grandes amigas.

El empleado golpeó de forma impaciente el papel que tenía enfrente con el lápiz.

—¿No tiene experiencia en enfermería ni formación en primeros auxilios? ¿Tampoco en cuidados paliativos?

—Me temo que no —respondió Violet y se dio cuenta de que estaba retorciendo con los dedos el borde de su falda Lelong lavanda. Se obligó a relajar la mano y evitó mirar a George, que seguía lealmente a su lado; solo enderezó los hombros.

—¿Quizá ha cuidado a familiares mayores, asistido en partos o atendido niños?

—No, nada.

—¿Alguna experiencia en granjas o con ganado?

Violet negó con la cabeza. George tenía bastante experiencia en asuntos que al empleado le parecieron relevantes, desde cuidar a sus hermanas pequeñas cuando padecieron las enfermedades infantiles habituales, pasando por destripar y limpiar con maestría la enorme cantidad de pescado que ella y su familia sacaban del mar cada año, hasta curar el dedo roto de su hermano después de una pelea. Experiencias de la vida real que resultaban muy útiles.

—¿Es relevante mi falta de experiencia en enfermería? —preguntó Violet.

El empleado gruñó.

—Probablemente, no; siempre hacen falta voluntarios. —Se rascó la espesa barba gris y se recargó en su asiento—. ¿Qué más sabe hacer?

—Hablo italiano e inglés, también español.

—Mmm. —Hizo una nota en la solicitud—. Eso es algo, supongo. ¿Qué tal alemán?

—Un poco.

—Ajá. —Rayó con el lápiz—. ¿Está dispuesta a viajar? ¿A trabajar fuera del país si es necesario?

—Pues... Sí. —Violet no estaba segura de cómo reaccionaría Tino al respecto, aunque se preocuparía de eso cuando llegara el momento, si acaso la situación llegaba a ese punto.

El empleado registró su respuesta.

—¿Qué más?

—¿Qué más?

—¿Qué más la calificaría como una buena enfermera para la Cruz Roja?
George la codeó sutilmente.

—Soy buena conductora. —Violet vaciló antes de continuar—. Así que quiero presentarme como voluntaria para conducir una ambulancia.

—No necesitamos conductores de ambulancias. Definitivamente, no mujeres. Tenemos hombres que se encargan de eso.

—Pero algunas mujeres han conducido en el pasado...

—La Cruz Roja requiere mujeres que trabajen como enfermeras. —La miró frunciendo el ceño mientras hablaba—. Y les proporcionaremos la capacitación adecuada según sea necesario.

—Puedo hacer eso. —Incluso a ella misma le sonaba incierto—. Puedo capacitarme como enfermera si eso es lo que se necesita para conducir una ambulancia.

—Me parece que no me está escuchando, señorita. Nunca conducirá una ambulancia. No asignamos a las mujeres a puestos de combate o de campo porque, simplemente, no tienen el temperamento necesario. Las mujeres se asignan a los hospitales, donde brindarán consuelo y cuidados a los hombres que luchan en su nombre. ¿Le queda claro?

—Sí.

El empleado estampó la fecha en la parte superior de la solicitud y la empujó hacia ella.

—Llene los espacios con su nombre y dirección; luego, entréguele el formulario al empleado de campo, en el escritorio que está al final del pasillo. Posteriormente, nos pondremos en contacto con usted por correo. Considere iniciar la capacitación a principios de septiembre. —Hizo un gesto hacia la parte trasera de la oficina—. ¡Siguiente!

La siguiente solicitante empujó a Violet al pasar y George la tomó del brazo para apartarla.

—Toma. —Le ofreció a Violet un trozo de lápiz—. Te espero a que completes tu solicitud y la entregues. Yo ya llené la mía. No toma mucho tiempo.

Violet no hizo ningún movimiento para tomar el lápiz.

—Ay, por favor —la reprendió George—. Tal vez no fue muy amigable, pero algo de lo que dijo tenía sentido.

—¿A qué te refieres?

—Pues, para cuando empieces a conducir ambulancias, tiene sentido que estés capacitada en primeros auxilios. Lo vas a necesitar.

—Dijo que no me iban a permitir conducir...

—¿Y cómo sabe un viejo que se la pasa sentado en un escritorio lo que va a pasar en el futuro? —George resopló—. No lo sabe. Tal vez no conduzcas una ambulancia. Tal vez sí. Tal vez no vayamos a la guerra. Tal vez sí. Él no tiene el control sobre nada de eso, pero lo que sí controla en este momento es el requisito de que tengas formación en enfermería, lo que parece una ventaja, sin importar lo que pase en el futuro, ¿no crees?

—Supongo que sí. —George tenía razón—. Yo... —Se tambaleó hacia adelante cuando alguien chocó con ella por detrás.

—Salgamos a donde no haya tanta gente —sugirió George mientras se deslizaba a través del espacio congestionado y jalaba a Violet detrás de ella—. Completa el resto de tu solicitud afuera y luego entras a entregarla.

Violet siguió a George afuera de la apretada oficina y de vuelta a la luz del sol. El día ya estaba calentándose; el sol brillante se reflejaba en los edificios de estuco y en los vidrios de las ventanas. Se secó el sudor del costado de la cara y encima del labio y caminó hacia la escasa sombra que brindaba una palmera, lejos de la multitud.

—Toma. —George le ofreció el lápiz de nuevo y Violet lo tomó esta vez.

Con cuidado, escribió su nombre en la parte superior de la solicitud, tratando de no dar importancia a las líneas vacías debajo del encabezado que decía «Experiencia previa». Hasta ese momento, el voluntariado le había parecido una esperanza indeterminada. Algo que se había imaginado en términos vagos; sin embargo, estando ahí, rodeada de mujeres y hombres en uniforme, la perspectiva era muy real. La solicitud que tenía en la mano era una declaración tangible de sus intenciones, por lo que vaciló; luchaba contra la incertidumbre. Sin importar lo mucho que la alentaba George, Violet todavía albergaba profundas dudas sobre su capacidad y tenía reservas sobre los conflictos que su participación como voluntaria podría acarrear con su padre y Tino. Quizá debía tomarse un tiempo para considerar lo que estaba haciendo. Después de todo, solo había ido allí a recopilar información, no a tomar decisiones precipitadas.

—¿Ya terminaste? —George miró por encima de su hombro.

—Todavía no. —Violet jugueteó con el lápiz; después, abruptamente, se lo devolvió a George.

—Pero no has terminado de completar la sección superior —señaló George.

—Terminaré de llenarla en mi casa —le respondió Violet, lo que era verdad— y luego la traeré de vuelta. —Sobre esto último no estaba tan segura, pero admitirlo le provocaba una incómoda sensación de vergüenza y cobardía.

—¿Por qué? Esto es lo que viniste a hacer y ya estás aquí.

—No quiero hacerte esperar. —Era una mala excusa y Violet lo sabía.

—No me molesta.

—La traeré de vuelta más tarde —insistió Violet. Dobló la solicitud con cuidado y miró su reloj con un ademán exagerado—. Gracias de todos modos. Tengo una reunión con mi padre en breve —comentó— y no tolera la impuntualidad. De verdad, tengo que irme. —El sentimiento de vergüenza y cobardía creció.

—Está bien. —George se encogió de hombros y guardó el lápiz en su bolsillo—. Bueno, me dio gusto haberte encontrado de nuevo.

—A mí también —contestó y lo decía en serio.

—Espero verte en la playa pronto, Violet St. Croix. —George la miró con una enorme sonrisa y se despidió de ella con la mano—. La invitación siempre estará abierta. No perdamos el contacto.

Capítulo 4

*9 de junio de 1942
Niza, Francia*

Violet se retiró al piso superior de la villa St. Croix en algún momento después de la medianoche.

La cena había llegado al punto en que los invitados hacía mucho que habían olvidado la comida y estaban por completo borrachos, insoportablemente ruidosos y exigiendo más bebida y música; era muy probable que se marcharan después de que saliera el sol. Bajo cualquier estándar, la fiesta había sido un éxito rotundo. Sin duda, Violet leería sobre los presentes, la decoración y los atuendos en las páginas de sociedad a lo largo de los próximos días. Su madre estaría encantada con la atención y, su padre, complacido con la asistencia. Tino se sentiría satisfecho con los nombres de la alta sociedad que quedarían plasmados para siempre al lado del suyo en tinta negra, en una publicación que todo el mundo leería.

Violet solo quería que todo terminara.

La reunión de esa mañana con su padre fue por un asunto superficial, solo una revisión de los detalles de la cena. Violet intentó aparentar entusiasmo, pero fracasó, pues todavía le molestaba la persistente sensación de ignominia y cobardía que la había seguido a casa desde la estación de reclutamiento. Aceptó sin protestar la lista de invitados, no mostró interés por el menú y no le importó que los músicos que habían contratado fueran extraordinariamente talentosos. Cuando se presentó con su vestido de satén rosa favorito, Tino la mandó a cambiarse y ni siquiera para eso pudo reunir una

pizca de rebeldía. Hizo todo lo que se esperaba de ella, como era costumbre: recibió a los invitados que llegaron a la villa, sonrió y saludó según era necesario, ofreció cumplidos efusivos y mantuvo conversaciones superficiales durante la cena. Y, en cuanto le fue posible, escapó al piso de arriba.

La tranquilidad allí arriba, lejos del bullicio de la fiesta, era una bendición. También estaba más fresco, aunque el calor de la noche aún se negaba a ceder por completo su dominio en los pisos superiores. Habían abierto todas las ventanas, pero apenas había brisa para mover el aire. Vio su reflejo en el largo espejo con marco dorado al final del pasillo y se detuvo, pensando que la mujer que la miraba de vuelta le parecía una extraña.

Sus rebeldes rizos color miel habían sido domados y estilizados en ondas artificiosas. Sus ojos grises, que nunca había considerado impresionantes, se veían más dramáticos por el delineado con kohl y el rímel. Llevaba un vestido nuevo de Lanvin, elegido por Gladys y aprobado por Tino. La tela de satén color bronce se aferraba a sus hombros, abrazaba sus caderas y se hundía de una forma casi indecente en un profundo escote, en el que resplandecía el collar de diamantes que le había dado Tino, rodeando su garganta. En conjunto, el efecto era de glamur y sofisticación; sin embargo, Violet no se sentía ni sofisticada ni glamurosa.

El sonido de voces altas la distrajo de su reflejo y se volvió hacia el estudio de su padre. Detrás de la pesada puerta de madera, oía el sonido amortiguado de la voz del comodoro, que dirigía su ira hacia alguien, lo que no era inusual. Lo que sí era extraño era que la voz de su interlocutor fuera la de su madre. Violet no podía recordar la última vez que había visto a Audrey St. Croix en el estudio del comodoro, si es que alguna vez había estado ahí. Lo que fuera que estaban discutiendo debía ser grave si Audrey había abandonado la fiesta. Violet se quedó inmóvil, indecisa si debía llamar a la puerta o retirarse. Quizá su padre había recibido noticias de Inglaterra. Tal vez algo había cambiado u ocurrido algún evento que acercara más a Francia a la guerra. O quizá solo estaban discutiendo sobre la última factura del peletero.

La puerta del estudio se abrió de golpe y Violet se sobresaltó. Su padre dio dos pasos por el pasillo antes de pararse en seco al verla.

—Ya estás aquí —dijo—. Bien. Me ahorras la molestia de enviar a alguien a buscarte.

—¿Perdón?

—Ven con tu madre y conmigo al estudio. —Le hizo un gesto para que pasara primero.

Violet entró despacio. La habitación era el territorio de su padre, donde recibía a sus visitas cuando estaba en Niza. A diferencia del resto de la villa, no era espaciosa ni luminosa, sino que estaba decorada con un suntuoso papel tapiz color burdeos y pesadas y macizas estanterías de nogal. Cuadros de purasangres ingleses y escenas de caza del siglo anterior en marcos dorados colgaban de las paredes y una costosa alfombra persa cubría la mayor parte del suelo.

Su madre estaba acomodada en un sillón con una copa de coñac en una mano y la botella en la otra. Bebía lánguidamente con su expresión habitual de aburrimiento y resignación, que traslucía en sus hermosos rasgos, como una alumna obstinada a la que habían convocado a la oficina del director. Su padre entró después de Violet y, con el aspecto de un prefecto disgustado, se sentó detrás de su pulido escritorio de ébano.

—¿Qué pasa? —preguntó Violet enseguida, mirando a sus padres de forma alternada—. ¿Ocurrió algo?

—¿Tino está contigo?

—No. ¿Debía estarlo? —Ni siquiera estaba segura de dónde estaba Tino en el tumulto de abajo.

—Había pensado en incluirlo, sí. —Su padre tamborileó sobre el escritorio—. No importa. Será mejor que tengamos esta conversación en privado. Cierra la puerta, Violet.

—Ay, por el amor de Dios —protestó su madre—. Termina de una vez con esto para que podamos volver a la fiesta. —Arrastró un poco la última palabra—. Después de todo, se suponía que la cena era en tu honor. —Resopló dentro de su copa—. El regreso del espléndido marido...

—No es conveniente que los sirvientes ni ninguna otra persona escuchen esto —aclaró el comodoro—. No soporto los chismes y menos aún sobre mi familia.

Audrey puso los ojos en blanco y rellenó su copa.

Violet volvió sobre sus pasos, cerró la puerta y regresó al centro de la habitación.

—Vamos a regresar a Londres, ¿verdad? —supuso Violet. Había oído a mucha gente conversar sobre irse de Francia para adelantarse a cualquier agitación política o militar que se avecinara. Tal vez su padre decidió que ellos también deberían...

—No, no volveremos. Si bien la Guardia Nacional me requiere en Londres dentro de dos días, no hay ninguna buena razón para que tú o tu madre tengan que acompañarme. —Hablaba lenta y deliberadamente, como si se esforzara por ser paciente.

A Violet se le ocurría un par de buenas razones, a saber, los hombres llamados Mussolini y Hitler; además de los problemas que podrían estarse gestando, pero no dijo nada.

—Entonces, ¿qué es tan importante para que tú...?

El comodoro dio un golpe furioso sobre la superficie pulida de su escritorio. Una pila de libros rebotó un poco junto a su mano. Violet frunció el ceño cuando advirtió los títulos. Eran sus libros. Más concretamente, la colección de novelas que ocultaba con sigilo en su habitación.

Con un sentimiento de inquietud, comprendió que esta reunión no tenía nada que ver con la guerra ni con Inglaterra o Francia ni con su boda o con la multitud ebria y bien vestida de abajo.

—¿De dónde los sacaste? —preguntó.

Su padre la ignoró.

—Creo que me debes una explicación, Violet.

—¿Una explicación? —Violet mantuvo una expresión neutra y juntó las manos detrás de su espalda para no estrujarse los dedos. Odiaba cómo la hacía sentir el comodoro, como si hubiera hecho algo inexcusable.

Su padre se inclinó hacia adelante sobre el escritorio, dirigiendo una mirada fría hacia la ofensiva pila de libros.

—¿Qué es esto, Violet?

—Son novelas, señor —respondió.

—No son novelas —espetó su padre—. Es basura. Una pila de basura que no es apropiada para el consumo de una señorita. —Tomó la novela de la parte superior de la pila y se burló del título—. ¿*Venus on Wheels* de alguien que se hace llamar Maurice Dekobra? —Aventó el libro y fue tomando los

siguientes—. ¿*Chéri*? ¿*Madame Bovary*? ¿*Las relaciones peligrosas*? —Los dejó caer sobre la superficie del escritorio con un golpe sordo—. Porquerías. Todas y cada una.

Una inesperada ola de ira y rebeldía recorrió el cuerpo de Violet. No eran porquerías. Esas novelas eran historias de romance y amor —y sí, también de lujuria—, relatos de personajes atrevidos que vivían en un mundo intrépido. Emociones e imperfecciones reales encarnadas en personajes de ficción que embelesaron, entretuvieron y cautivaron a Violet.

El comodoro barrió con la mano los libros del escritorio y los echó al bote de basura cerca de la pared.

Violet se adelantó para protestar, pero la mirada de su padre la detuvo de forma abrupta.

—Si vas a pasar tu tiempo leyendo, Violet, entonces lee cosas que cultiven tu mente, no que la dañen. Tienes una lista de lecturas aprobadas. El hecho de que no te hayas adherido a ella traiciona mi confianza y eso es imperdonable.

—Ya terminé de leer todos los libros de la lista aprobada —declaró Violet.

—¿Y entonces decidiste seleccionar estos tú sola? —El comodoro negó con la cabeza y volteó en dirección de la madre de Violet de una manera acusadora—. Esto es lo que pasa cuando las jóvenes no tienen la supervisión adecuada, Audrey. Estoy empezando a preguntarme si sabes que nuestra hija está tomando malas decisiones o si te importa siquiera.

Su madre parecía ajena a la ira de su marido; observaba con indiferencia el líquido ámbar que se arremolinaba en el fondo de su copa de cristal.

—¿Cómo quieres que sepa lo que lee? —preguntó sin el menor interés—. No tiene doce años, Robert.

—Ese es el problema —aseguró el comodoro con frialdad—. Este es el momento más importante de su vida, pues la gente juzgará cada una de sus acciones. No pueden deliberar que es deficiente. Está comprometida, Audrey, pero todavía no está casada. Un error como este en manos de un individuo menos magnánimo podría ser desastroso y costarle todo. —Puso las manos de nuevo sobre el escritorio—. Mientras viva bajo este techo, ella sigue siendo tu responsabilidad.

«*Ella* está justo aquí», quería gritar Violet.

—¿De dónde sacaste mis libros? —preguntó Violet de nuevo, luchando con sus emociones. Era muy improbable que su padre hubiera entrado a su habitación y los hubiera descubierto.

El comodoro frunció el ceño y Violet se dio cuenta de que no iba a responderle; sin embargo, al parecer, cambió de opinión.

—Fue tu prometido quien me llamó la atención al respecto.

Violet dejó caer sus manos entumidas a los costados.

—¿Perdón?

—Tino te encontró leyendo *Venus on Wheels*. —Su padre sonaba enojado de nuevo—. En público, nada menos.

Violet quería responder algo, lo que fuera, pero la incredulidad la había enmudecido.

—Le preocupaba gravemente la conveniencia de un libro como ese, sobre todo cuando él te considera muy versada en los clásicos —continuó su padre—. Piensa que tu significativo intelecto debería dirigirse hacia un material literario más desafiante.

Era el cumplido más indirecto que Violet había escuchado en su vida, aunque, por supuesto, no calmó de ninguna manera su creciente angustia.

—¿Me encontró leyendo? —repitió, intentando recordar cuándo había ocurrido eso. Violet solo leía en el jardín o en su habitación. ¿Habría dejado la novela en alguna parte?

—Sí —confirmó su padre— y me alegro de que haya llamado mi atención sobre el asunto. Estoy de acuerdo con él, así que me tomé la libertad de confiscar cualquier otro material de lectura inapropiado de tu habitación, pero dejé tu colección de manuales de motores automotrices. Si bien no es una lectura convencional, reconozco su utilidad. Solo asegúrate de estudiarlos en privado.

—¿Te alegra que haya llamado tu atención sobre el asunto? —Violet se estaba repitiendo; no lograba poner sus pensamientos en orden en medio de la rabia desconocida que crecía en ella como una marea al rojo vivo.

—Eres una St. Croix, Violet. Tus acciones son un reflejo directo de mí y de mi apellido. Me decepciona profundamente que tenga que corregir un comportamiento tan deplorable en este momento de tu vida.

—No creo que mi comportamiento haya sido deplorable, señor. —Violet logró mantener un tono firme.

—¿No? —Su padre abrió el cajón del escritorio y sacó una hoja de papel doblada con esmero y la alisó con meticulosidad sobre la superficie del escritorio—. Entonces, ¿te gustaría explicarme qué es esto?

Violet miró la solicitud de la Cruz Roja con su nombre claramente escrito en la parte superior. La había escondido entre las páginas de la novela de Dekobra, pensando que ahí estaría a salvo. Qué tonta había sido.

—Te hice una pregunta. —Su padre tenía la mandíbula tensa.

—Es una solicitud para formarme como enfermera en la Cruz Roja —contestó Violet, aunque no era necesario.

—¿Y pensabas pedirme permiso? ¿O ibas a traicionar mi confianza y a meter la nariz en asuntos que no son de tu incumbencia?

Violet se frotó los brazos desnudos. ¿Traicionar su confianza? No estaba segura del todo de cómo estaba traicionando a alguien, pero sí estaba segura de una cosa.

—A mí me parece que la seguridad de Francia es de la incumbencia de todos, señor, incluyendo la mía.

El rostro de su padre tomó un alarmante tono rojo.

—Te prohíbo que te ofrezcas como voluntaria para la Cruz Roja o cualquier otra cosa. Te prohíbo siquiera considerarlo.

—Pero es importante para mí. —Ese segundo se prolongó en el tiempo; Violet no podía creer que se hubiera atrevido a responderle, pero su rabia seguía aumentando y era incapaz de detenerla.

El comodoro se inclinó hacia adelante sobre su escritorio de modo que su rostro quedó a unos centímetros del de Violet.

—¿Más importante que el futuro que tanto me he esforzado por asegurarte?

—No es lo que quise de...

—En toda tu vida, no se te ha negado nada, Violet. No te ha faltado nada. Tienes roperos llenos de vestidos y zapatos, cajas con hermosas joyas. Tienes una educación y todas las lecciones que pudieras desear de tenis, equitación, etiqueta, idiomas y manejo. Incluso tienes tu propio coche porque querías uno.

Violet no podía discutirle eso, porque era verdad. Lo tenía todo.

—La guerra es un asunto desagradable y mi hija, de ninguna manera, participará jamás en ella. —Levantó la solicitud del escritorio.

—Es que...

—Te dejaré esto bien claro, Violet. Si me desobedeces, dejarás de ser parte de esta familia, ¿entiendes?

Violet lo miró fijamente.

—¿Todavía quieres ser parte de esta familia?

Qué pregunta tan horrible; sin embargo, asintió con un gesto. No confiaba en su capacidad para hablar.

El comodoro rompió la solicitud y dejó caer los pedazos al suelo.

—¿Tino sabe sobre esto?

Violet observó cómo los trozos de papel se fueron asentando sobre la alfombra.

—No.

—Gracias a Dios. Todas las miradas están puestas en ti. Una mala decisión podría poner en riesgo todo lo que he hemos hecho para tu compromiso.

Su ira se enfrió de repente y la reemplazó una inquietud gélida.

—¿Qué tuviste que ver con mi compromiso?

Su madre se rio desde el rincón, un sonido cruel.

El comodoro siguió ignorándola.

—Hice lo que todo padre debe hacer: me encargué de que tuvieras un futuro seguro y adecuado para ti —le respondió a Violet.

—¿Qué significa eso? —Sintió sus palabras acartonadas.

Su madre se rio de nuevo.

—Ay, por Dios, Violet, no puedes ser tan ingenua.

—¿Qué significa eso? —preguntó de nuevo.

—Significa que, a cambio de casarte con el soltero más codiciado de la Costa Azul y tomar el prestigioso apellido Leblanc, tu padre le dio a Tino acceso a la fortuna que yo aporté a nuestro matrimonio. —Cada sílaba que salía de la boca de Audrey era más amarga que la anterior—. No eres exactamente un gran partido, Violet, con todas tus... rarezas. Tampoco ayuda tu estatura; no obstante, parece que el señor Leblanc está dispuesto a pasar todo eso por alto porque, como todo el mundo, tiene sus debi...

—Ya basta, Audrey. —Su padre se levantó detrás del escritorio—. Estás borracha y no ayudas.

Su madre hizo un brindis burlón hacia él y el coñac se rebosó por un costado de la copa.

Violet trastabilló hacia atrás.

—Yo conocí a Tino en el club de tenis. Tú ni siquiera estabas ahí ese día.

Audrey resopló de nuevo y volvió a llenar su copa. Dejó la botella de coñac en el piso, junto a una silla, donde se volcó de inmediato; el líquido ámbar empezó a extenderse sobre el parqué.

—¿Quién crees que le dijo que fuera al torneo? —Se señaló el pecho con el dedo y sonrió con malicia—. Te daré una pista: no fui yo.

—Me pusiste una trampa —pronunció las palabras con dificultad—. Me hiciste creer que yo era... —Se detuvo, incapaz de terminar la idea.

—Cumplí con mi deber —manifestó el comodoro con una voz monótona.

—Entonces, ¿nada de nuestro noviazgo fue real? —Retrocedió un paso más—. ¿Tino quiere casarse conmigo? ¿Le gusto siquiera?

—No seas tonta, Violet. Eres mejor que eso. Todo fue y es real. Augustino fue al club de tenis por sugerencia mía, eso es cierto, pero se ha encariñado mucho contigo y disfruta de tu compañía. ¿No ha sido obvio en los últimos meses? Está ansioso por casarse contigo; te lo aseguro.

—¿Fue idea tuya o suya? —Le sorprendió lo tranquila que sonaba, porque un impotente pánico comenzaba a sacudirse en su interior como una bandada de estorninos atrapados dentro de una casa de cristal.

—Como dije, él está muy encariñado contigo.

—No respondiste a mi pregunta.

—Maldita sea, Violet, ahora solo te estás haciendo la difícil. Culpo plenamente a esas novelas detestable que hacen que el matrimonio parezca una fantasía romántica poco realista. En última instancia, el matrimonio es un acuerdo, un contrato, si quieres, entre dos partes que encuentran un beneficio mutuo en dicha unión. En este caso, tú te conviertes en una Leblanc y yo adquiero un yerno responsable y confiable que sé que apreciará y le procurará a mi hija todas sus necesidades. Augustino adquiere una esposa inteligente y con buenos modales que representará el nombre de su familia con gracia y clase ante la sociedad, además de acceso a los recursos que necesita para expandir el negocio de su familia.

—¿Su negocio? —Repetía como una tonta lo que su padre decía, pero no podía evitarlo. Con profunda mortificación, se dio cuenta de que sabía muy poco sobre los negocios de la familia de su prometido, aparte de que producían porcelana fina y que el escudo de los Leblanc se encontraba estampado en el fondo de los mejores platos de las mejores villas de la Riviera.

—Dos de sus fábricas del norte sufrieron graves daños durante la guerra. Los alemanes se llevaron todas las herramientas y maquinaria antes de retirarse. Todavía está tratando de reconstruirlas al tiempo que aumenta la producción. No te habrá contado nada para no preocuparte. —Hizo una pausa para respirar. ¿Te maltrata?

—¿Qué? —Violet alzó bruscamente la cabeza ante la pregunta de su padre.

—¿Te trata mal? ¿Te lastima de alguna manera? ¿Te golpea? ¿Te amenaza?

—¿Qué? No, claro que no.

—Bueno, entonces, no tienes nada de qué quejarte, ¿o sí? —El comodoro se cruzó de brazos—. De hecho, me dijo que tiene la intención de permitirte seguir conduciendo y disfrutando de tu pasatiempo automovilístico después de que se casen. Hay muchos hombres que no serían tan indulgentes como yo lo he sido contigo. Eres una mujer muy afortunada.

Violet parpadeó. El pánico se intensificó, subiendo hacia su pecho y su garganta.

«Eres tan afortunada». También Gladys se lo había dicho.

Era afortunada. La parte racional de su mente se lo decía, pero, en su corazón, no se sentía para nada así. Por el contrario, se sentía engañada... decepcionada.

Retrocedió otro paso.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó el comodoro.

—Necesito tomar un poco de aire. Solo necesito un minuto para pensar.

—Retrocedió otro paso; la puerta del estudio estaba justo detrás de ella. Sentía la piel húmeda y el sudor le escurría por la espalda—. Para considerar...

—¡No necesitas pensar nada! —gritó su padre—. Estás actuando como una niña, Violet. No tienes idea de cómo es el mundo allá afuera para las mujeres que no tienen un hombre que se ocupe de ellas. Todo lo que he hecho

ha sido por tu bien. —Hizo un esfuerzo visible por suavizar su expresión—. Siempre he hecho lo mejor para ti. Siempre he hecho lo mejor tanto para ti como para tu madre.

Violet desvió la mirada hacia Audrey St. Croix, que seguía sentada en el sillón de molduras doradas. Un tirante del vestido de gala caía por uno de sus hombros; los delicados zapatos de tacón dorados se le habían salido de los pies, y el collar tipo *lavalier* estaba torcido y enredado sobre su garganta. Todavía sostenía la copa de cristal con una mano, mientras que con la otra jugueteaba distraídamente con el terciopelo acolchado del respaldo de su asiento. Ya no parecía estar escuchando la conversación, sino que miraba con ojos apagados y llorosos el coñac derramado, que se deslizaba por el suelo y ya empapaba los bordes de la costosa alfombra persa.

—No ha cambiado nada —le aseguró el comodoro, enderezando los hombros—. Todavía asistirán trescientas setenta personas a tu boda a principios de septiembre. Todavía hay una hermosa villa esperándolos a ti y a Augustino en Cannes, donde comenzarán su vida matrimonial, así como un castillo en Reims en el que pasarán los veranos. Una vez que se calme la agitación en Europa, serán libres de viajar a donde deseen. Tendrán hijos, formarán una familia. Tienen mucho por delante. —Su padre se detuvo, satisfecho de haber dejado claro su punto de vista.

Violet buscaba a tientas el picaporte de la puerta; el pánico casi la asfixiaba.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó su padre—. Todavía no te he dicho que puedes irte.

Violet abrió la puerta de golpe, jadeando, sentía como si las paredes fueran a derrumbarse sobre ella. Temía que, si se quedaba ahí un momento más, nunca escaparía.

—No te atrevas a darme la espalda —le ordenó su padre. No he dado por terminada esta conversación.

—Pero yo sí —susurró Violet.

Y, por segunda vez en su vida, desobedeció una orden directa.

Se fue.

Capítulo 5

*9 de junio de 1939
Niza, Francia*

Un torbellino de sombras e impresiones nocturnas corría afuera de la ventanilla de Violet.

Hacía mucho tiempo que las luces de la calle, el tráfico y los peatones habían quedado atrás; ahora, se adentraba en la oscuridad. Por el lado del conductor, el acantilado se extendía hacia una negrura abismal. Al otro lado, se alzaba una pared de roca irregular con surcos rojizos, salpicada de arbustos que se aferraban de forma obstinada a las grietas. Ninguno de los lados le ofrecía clemencia al conductor que atravesaba la noche a toda velocidad, guiado únicamente por un par de faros que luchaban con la penumbra.

Violet sujetaba el volante del Spider con una mano y se secaba los ojos con la otra. No debería estar llorando, pero, al parecer, no podía parar. Tampoco debería estar conduciendo en ese estado, lo sabía, pero no podía reducir la velocidad. Tenía la certeza aterradora de que todas las emociones que había ignorado, reprimido y ocultado, finalmente se habían liberado como una manada de lobos que gruñían, mordían y aullaban sin control ni supervisión. Si no era más rápida que ellos, sencillamente, la harían pedazos.

Ira, decepción, resentimiento. Tal vez era una ingrata. Quizá estaba actuando como una niña; sin embargo, no podía detener sus sentimientos o sus lágrimas.

A su lado pasaban cada vez más rápido los salientes de los acantilados y alguna señalización ocasional. Violet sabía que estaba cerca de Cap Roux, aunque no podía decir qué tanto. El camino se torcía y daba vueltas y, en algunos puntos, descendía hacia el mar. Entre la oscuridad, iban apareciendo edificios a intervalos irregulares. Había conducido el Alfa Romeo hasta Cap Roux sin recordar haber tomado la decisión de forma consciente.

«La invitación siempre está abierta», había dicho George. «No perdamos el contacto».

Violet no podía explicar por qué se dirigía a ese lugar en la playa, donde esperaba encontrar un bote al amanecer, atendido por una mujer que practicaba la valentía, la confianza y la amabilidad sin vacilación. Quizá solo quería pasar unos minutos en compañía de su fuerza. Quizá solo quería ser ella misma, tal vez por una hora o dos y dejar de sentirse como un fracaso. Tal vez solo necesitaba una amiga.

El sonido de las olas chocando con la costa rocosa era perceptible por encima del gemido del motor del Spider. Las palmeras pasaban rápidamente, extendiendo su largo follaje como dedos estirados hacia la carretera. El camino se volvió borroso de nuevo a través de sus lágrimas. Giró el volante bruscamente; los neumáticos chillaron en protesta cuando tomó una curva cerrada.

Trató de calmarse. Que su padre no quisiera que participara en una guerra era razonable, ¿verdad? ¿Qué padre querría que su hija corriera peligro? Y que interviniera en su futuro no debería haber sido una sorpresa. Tino había sido atento y encantador durante todo su noviazgo. ¿Qué diferencia hacía que su padre los hubiera emparejado? Todo el tiempo se organizaban fiestas de presentaciones. Era así como la gente se conocía, como se formaban las uniones y las sociedades. Tal vez debería dar vuelta y...

El Alfa Romeo giró de manera violenta cuando Violet pisó el freno a fondo.

En medio de la carretera, vio por un instante una figura bajo un charco de luz, inmóvil detrás de algo que parecía una carretilla. Es posible que hubiera gritado o tal vez fue el sonido de los neumáticos, intentando con desesperación agarrarse al pavimento. La figura desapareció de golpe, lanzándose a un costado del guardafango derecho del Spider. La carretilla no tuvo la misma suerte. La

madera explotó en astillas sobre el capó del vehículo y el coche se sacudió y estremeció al pasar sobre sus restos hasta que se detuvo cerca de una espesa maraña de arbustos en el acotamiento de la carretera.

Violet se quedó sentada un momento, aturdida, luego buscó a tientas la manija de la puerta.

—No, no, no, no —susurró, empujando la puerta para abrirla y bajó del coche medio deslizándose, medio cayendo. Las ramas le desgarraron la piel y el vestido. Tenía el corazón en la garganta y el estómago revuelto. ¿Había atropellado a alguien? ¿Y si lo había matado?

Se resbaló sobre las piedras sueltas al lado del camino mientras corría de vuelta al lugar donde había golpeado la carretilla. Un pequeño edificio cuadrado se alzaba sobre la carretera del lado opuesto al mar y ahí estaba montada la luz que iluminaba el camino y los restos del accidente esparcidos por el suelo. Violet se llevó una mano a la boca y las náuseas la invadieron.

Esparcidos sobre la estrecha carretera, había trozos de madera destrozada, una rueda rota y unas boyas deformadas, unidas entre sí con cuerdas retorcidas. Entre la hierba y en los matorrales al costado del pavimento, había marañas de redes desgarradas dispersas, como un grupo de fantasmas desinflados. Violet se paró en medio de todo, desesperada, mirando a su alrededor. ¿Dónde estaba el hombre? ¿Estaba tirado muerto en la oscuridad en alguna parte?

De reojo, vislumbró un movimiento en el umbral del charco de luz. A un lado de la carretera, un joven se levantaba, tambaleándose; luego, se dobló sobre sí mismo con las manos en las rodillas, respirando con dificultad. No traía camisa, estaba vestido solo con un par de pantalones gastados, enrollados hasta la mitad de las espinillas. A pesar de la penumbra, se le veía un profundo rasguño en su hombro y brazo derechos. Violet no podía moverse, tenía los pies pegados al suelo. Se sentía aliviada de no haberlo matado, pero le horrorizaba la perspectiva de que pudiera estar gravemente herido.

El hombre gimió e hizo un gesto de dolor mientras se examinaba el hombro.

Violet se forzó a moverse y se tambaleó hasta él. Debió verla venir, porque se enderezó y se giró hacia ella, pero la expresión de su rostro hizo que Violet se detuviera en seco a su lado.

—Casi me matas —exclamó, furioso. De pie, era media cabeza más alto que ella. Su pecho desnudo subía y bajaba con respiraciones irregulares y sus ojos brillaban de rabia mientras la miraba de arriba abajo.

Violet dio un paso atrás.

—¿En qué demonios estabas pensando? —Una vena le latía en la sien.

—Yo... —Las palabras le fallaron—. Yo...

—Espera, ya sé en qué estabas pensando: en nada. No pensabas en nada ni en nadie más que en tu carrera.

—Lo lamento —balbuceó Violet—. Lo lamento mucho...

—No lo lamentas. Los de tu clase jamás lamentan nada. Vienen aquí, hacen lo que quieren solo por diversión y a ninguno de ustedes les importa quién sale perjudicado en el proceso. —Movi6 los hombros y los marcados músculos se tensaron bajo su piel. Un hilo de sangre le escurría por el antebrazo desde el rasguño que tenía en el hombro y la parte superior del brazo, goteaba sobre el dorso de su mano y sus pantalones. Maldijo.

Violet se estremeció.

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntar, pero, en cuanto pronunció las palabras, quiso retractarse. Por supuesto que no estaba bien. Estaba sangrando y era su culpa.

Dio otro paso atrás, temiendo que las rodillas le fallaran.

—¿Te parece que estoy bien? —preguntó él.

—No —respondió Violet.

—Mira nada más. —Se pasó una mano por el cabello y luego señaló los restos de la carretilla sobre el camino—. Mira lo que hiciste.

—Lo arreglaré —le prometió Violet.

Él se rio, un sonido áspero desprovisto de humor.

—¿Lo arreglarás? ¿Cómo lo vas a arreglar? —Volvió a apoyar las manos sobre sus rodillas e inclinó la cabeza, derrotado—. No tienes ni idea de lo que hiciste —murmuró—. Destruiste todo. Todo lo que necesito. Todo lo que mi familia necesita para no morir de hambre, para tener un techo sobre nuestra cabeza; aunque no espero que alguien como tú entienda en lo más mínimo.

—Lo siento —susurró de nuevo.

—¿Cómo voy a pescar sin redes? —le preguntó como si ella no hubiera dicho nada—. ¿Sin aparejos ni equipo? ¿Cómo voy a llevar mi pesca a los mercados sin mi carretilla?

—Lo reemplazaré todo. Te lo juro.

—Claro que no. —Giró la cabeza para mirarla; sus ojos se demoraron en el color bronce de su vestido y los diamantes en su garganta—. Sé lo que va a pasar. Le dirás a tu marido que me metí a la carretera y te puse en riesgo. En dos días, un abogado u otro empleado me exigirá que pague cualquier daño que le haya ocasionado a tu vehículo. Y pedirán que me disculpe contigo por haberte causado alguna molestia. Ya sé lo que puede hacer el dinero.

Violet sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—¿Qué? No, eso no es...

—Ahórrate el aliento. No quiero escucharte.

—Fue un accidente. Estaba oscuro. Es la mitad de la noche...

—¿La mitad de la noche? —Él se enderezó de nuevo y, en dos pasos, cerró la distancia que los separaba. Violet tragó saliva, pero resistió la tentación de retroceder de nuevo. Él trasgredió su espacio personal con su cuerpo y ella podía sentir el calor que emanaba su piel. Intentó no mirar las líneas y contornos de músculo y tendón desnudos que estaban a solo unos centímetros de distancia. Por la cercanía, pudo ver que sus ojos eran de un sorprendente color azul, como las aguas poco profundas del mar, que la tenían inmovilizada por su glacial intensidad.

—No es la mitad de la noche, princesa —pronunció cada palabra despacio—. Es casi el amanecer. —Inclinó la cabeza hacia el oriente sin apartar la vista de ella—. La hora a la que empezamos nuestras labores las personas que trabajamos para ganarnos la vida.

Violet parpadeó. Por encima de su hombro, pudo ver en el horizonte los primeros destellos dorados que desafiaban a la noche. Tenía razón sobre el amanecer, pero se equivocaba en todo lo demás. El accidente no había sido culpa de él. Toda la responsabilidad era de ella.

Violet alzó la barbilla. Arreglaría esto.

—Toma. —Se desabrochó el collar de la garganta y se lo ofreció—. Consérvalo hasta que pueda volver y arreglar esto. Tómallo como un anticipo hasta que pueda venir a reembolsar tu pérdida. —No sabía cómo lo haría o cuánto costaría todo, pero lo averiguaría.

Él no hizo ningún movimiento para tomar el collar.

—Por favor, tómallo.

—¿Y que después me acusen de habértelo robado? —Hizo un ruido grosero—. Jamás. Quédate tus baratijas, princesa.

Violet se le quedó mirando.

—Yo jamás haría eso. —Nunca había conocido a alguien tan cínico.

—No voy a correr el riesgo.

—¿Qué estabas haciendo en la carretera? —le preguntó y, enseguida, se arrepintió porque sonó como si lo acusara.

—¿Que qué estaba haciendo? —exclamó casi gritando. Hizo un esfuerzo para dominarse—. Yo vivo ahí. —Señaló la colina a un lado de la carretera—. Mi bote está amarrado ahí. —Balanceó el dedo en dirección a la playa, del otro lado del camino—. Donde se supone que debería estar ahora mismo, preparándome para salir al agua con el resto de pescadores.

—Oh. —Violet se dio cuenta de que señalaba la misma playa donde George le había dicho que estaría su bote.

—«Oh» —la imitó a modo de burla—. En fin, no voy a volver a pescar pronto, ¿verdad?

Violet respiró hondo.

—¿Cómo te llamas? —Sus pensamientos comenzaban ordenarse. Necesitaría por lo menos su nombre para encontrarlo cuando volviera.

—No te lo diré.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Por la misma razón por la que no voy a tocar tus diamantes. —Dejó escapar un suspiro de disgusto—. Solo regresa con tu marido y déjame en paz.

—No soy casada. —Todavía no.

—Entonces regresa con tu papi. —Agitó una mano en el aire—. O al castillo pomposo del que saliste. La verdad, no me importa. Solo vete y déjame en paz.

Ella no iba a marcharse como una cobarde. Le ofreció el collar de nuevo.

—Tómalo, por favor.

Él resopló y le dio la espalda. Se agachó y recogió una boya que de milagro se había salvado.

—Los diamantes no se comen, princesa. Y tampoco se puede reparar nada con ellos.

Violet observó las piedras brillantes que sostenía en la mano. Él tenía razón. Se dio media vuelta y regresó al Spider con las piernas fortalecidas, pues tenía un propósito.

Sacó la caja de herramientas de la cajuela del coche y la dejó en el suelo al lado de la carretera, donde él estaba haciendo un montón con las cosas rescatables.

—Entonces, toma esto —dijo.

Él se detuvo, miró la pesada caja y luego volteó a verla a ella.

—¿Qué es eso?

—Mis herramientas.

—¿Tus herramientas? —Sus cejas desaparecieron bajo el espeso cabello arenoso que caía sobre su frente.

—Tienes razón. No se puede arreglar nada con diamantes, pero sí puedes hacerlo con mis herramientas. Quédalas hasta que pueda volver por ellas. De todos modos, también son más valiosas para mí.

Él se rio sin humor.

—¿Crees que soy idiota?

—No.

—Esas herramientas no son tuyas.

—Sí lo son.

—Entonces, además de mala conductora también eres una mentirosa.

—No soy ninguna de las dos cosas.

Él apoyó las manos sobre sus rodillas otra vez y miró los restos del accidente.

—Es increíble.

—Me llamó Violet —declaró en voz baja—. Violet St. Croix. Vivo en Niza desde que tenía cinco años. Mi padre es británico y mi madre es francesa. No tengo hermanos. Me gusta leer, odio el tenis y me encanta conducir. Esas herramientas son las que utilizo para darle mantenimiento a mi coche. —Las palabras se atropellaban unas a otras, pero ella siguió hablando, incapaz de detenerse; sentía que le debía esa información—. Se supone que voy a casarme en tres meses. Esta noche me fui de una fiesta antes de lo previsto y conduje de forma imprudente. Estoy intentando arreglar lo que pasó, te lo juro. Por favor, déjame...

El sol se asomaba por el horizonte y una pálida luz bañaba los alrededores a medida que el cielo se iluminaba.

El hombre se enderezó e hizo una mueca de dolor; la furia en su expresión se había desvanecido.

—¿Fue por la fiesta o la boda?

—¿Qué? —Violet frunció el ceño, confundida.

—La razón por la que estabas conduciendo de forma imprudente. Tú misma lo dijiste.

—Eso no era... —Se detuvo—. Yo no...

—Estabas llorando.

—No estaba llorando. —La mentira fue inmediata.

Él la miró con dureza.

—Como dije: mentirosa y mala conductora. Tienes el maquillaje corrido y los ojos rojos e hinchados.

Violet se pasó la mano por la cara; las mejillas le ardían de la humillación. Nunca se había sentido tan pequeña, tan miserable, tan... inútil.

El hombre pateó un trozo de tabla que salió disparado fuera de la carretera. Miró hacia el oriente, donde un rayo dorado iluminaba una delgada franja de nubes, alumbrando el cielo con tonos naranjas y rosas. La silueta del hombre destacaba contra el resplandor y Violet se descubrió incapaz de apartar la mirada. Observó el movimiento constante de su pecho desnudo, la forma en que sus manos enredaban distraídamente un trozo de red rota y la línea de su mandíbula.

—Me quedaré con las herramientas aunque cumplas tu promesa, así que después no te quejes. Puedo venderlas.

Violet asintió, pero él no la estaba mirando.

—Me parece justo.

El hombre resopló y dejó caer el trozo de red en el montón. Se agachó de nuevo y se puso a recoger otros restos dispersos. Violet intentó ayudarlo.

—No necesito tu ayuda, princesa. Ya vete.

—No. —La valentía de Violet la sorprendió a ella misma—. Te ayudaré hasta que quede todo limpio. —Que sus acciones hubieran podido terminar en una verdadera tragedia le pesaba de forma insoportable sobre su conciencia.

El hombre se quejó cuando intentó alcanzar una boya rota con el brazo herido.

—Déjame a mí. —Violet no esperó a que él le respondiera, simplemente recogió la boya antes de que él pudiera hacerlo.

—Vas a arruinar tu vestido.

Violet miró su vestido de satén y, de repente, fue muy consciente de lo pronunciado del escote.

—No importa —respondió—. Ni siquiera me gusta este vestido.

—Entonces, ¿por qué demonios lo traes puesto? —preguntó él.

Violet iba a explicarle, pero enseguida cambió de opinión.

—No lo sé —contestó al final.

—Por supuesto que no.

Violet se aclaró la garganta y enderezó los hombros.

—Hazme una lista.

—¿Una lista?

—De todo lo que tendrás que reemplazar. Escríbemelo.

Él se le quedó viendo.

—¿Sabes escribir?

—Este humilde campesino sabe leer y escribir a la perfección, princesa.

Mi madre se aseguró de ello. —Otra vez sonaba furioso.

—No fue una pregunta tonta.

Él hizo un gesto de desdén.

—Seguro que eso crees.

—Te compraré todo de nuevo. Te doy mi palabra.

—Te creo que tú crees que hablas en serio.

—Hablo en serio.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le vas a pedir dinero a tu papi? —Había desprecio en sus palabras, pero Violet lo soportó, porque sentía que se lo merecía.

Añadió la boya rota al montón al lado de la carretera.

—Tal vez —mintió. No tenía intención de pedirle nada a su padre. Si su padre o Tino se enteraban de lo que había ocurrido, jamás la volverían a dejar conducir.

—¿Y si dice que no?

—Puedo vender mi coche. —La idea le dolía terriblemente, pero sabía que tenía ese derecho. No solo tenía el derecho, sino que también sería fácil. En el último mes, había recibido nada menos que tres ofertas para comprarle el

coche, en su mayoría de hombres que le habían dicho que el Spider era demasiado para ella. Tal vez tenían razón.

Violet volvió a la carretera. Se agachó y juntó en sus brazos media docena de cartones.

El hombre no le respondió nada, solo recogió una rueda destrozada. No estaba segura de si él la había escuchado o si la estaba ignorando por completo. En realidad, no había diferencia. Que la ignoraran no era algo nuevo para ella; de cualquier modo, estaba decidida a llevar su plan a cabo.

Los dos trabajaron en silencio mientras el sol subía y bañaba el mundo con su luz ámbar. Durante el rato que estuvieron ahí, dos vehículos pasaron junto a ellos; ambos redujeron la velocidad lo suficiente para mirar, pero ninguno se detuvo. Violet los ignoró. Media hora después, la carretera estaba despejada.

—Volveré mañana —le aseguró Violet.

—No, si vendes tu coche, no volverás. —Sí la había escuchado.

—Volveré mañana por la lista —repitió Violet.

—Lo que tú digas, princesa.

—¿Dónde te puedo encontrar?

—No puedes. Preferiría no volver a verte nunca más.

—¿Conoces a George Chastain? —preguntó Violet. Si tenía un bote en la zona, sin duda, conocería a George o, como mínimo, sabría quién era.

Él la miró de forma extraña.

—¿La conoces? —insistió. Necesitaba arreglar esto de cualquier manera posible.

—Sí —respondió secamente—. Sé quién es.

—Entonces deja la lista con ella.

Él se encogió de hombros, levantó la caja de herramientas, se dio la vuelta y, sin responder, se marchó colina arriba.

Violet no sabía si tenían un acuerdo o si la había ignorado de nuevo. De cualquier forma, volvería al día siguiente.

Capítulo 6

*10 de junio de 1939
Niza, Francia*

El día se escurría hacia el atardecer cuando Violet llegó a la casa amarilla en la colina que George le había descrito.

La casa era de madera, no de piedra, y se inclinaba un poco hacia la izquierda, como si los imponentes vientos del mar la fueran empujando lentamente. A juzgar por las manchas de pigmento amarillo limón que aún se adherían a los rincones bajo los aleros y los alféizares de las ventanas, hacía algún tiempo que la habían pintado; la mayor parte del recinto tenía un tono gris apagado. Por otro lado, las ventanas tenían unas cortinas rojas muy brillantes y, debajo de ellas, había unas cajas muy bien ordenadas de las que brotaban una profusión de flores. El patio estaba bien barrido y algunos pollos picoteaban alrededor de un gallinero que parecía estar en mejores condiciones que la casa.

Violet estacionó el práctico Citroën de los St. Croix en el acotamiento de la carretera y subió a pie, el sinuoso camino que terminaba en la puerta principal de la casa, sujetando su bolsa con fuerza. Intentaba consolarse pensando que su ataque de autocompasión y lástima por ella misma no había matado a nadie, aunque el pensamiento no logró que la culpa con la que había estado luchando durante el último día fuera menos intolerable. A la luz del día, podía ver que todas las cosas que había destruido eran reemplazables, lo cual era un milagro.

A punto de llamar a la puerta, se preguntaba qué le habría contado el hombre al que había herido la noche anterior a George, si es que le había contado algo. Tal vez Violet descubriría que George no tenía conocimiento de lo que había sucedido ni idea de que debía estar en posesión de la lista con el equipo que tenía que reemplazar; aunque eso era improbable en una comunidad tan pequeña. Lo más plausible era que una nueva ronda de recriminaciones, muy merecida, la estuviera esperando. Mientras se retorció por dentro, intentó formular una explicación y unas disculpas en su mente; sin embargo, antes de que pudiera concluir su tren de pensamiento y llamar a la puerta, esta se abrió de golpe y una mujer de ojos color avellana que brillaban de curiosidad apareció en el umbral.

—¿Piensas quedarte ahí toda la tarde? —preguntó George y luego abrió la puerta de par en par—. Pasa, quítate del sol. Está mucho más fresco en la parte de atrás.

Violet parpadeó. Se quedó mirando la silueta de quien le había abierto; tenía los pies descalzos que asomaban por debajo de unos pantalones recortados, los brazos bronceados con las manos apoyadas en las delgadas caderas y el pelo, con reflejos del sol, acomodado bajo el sombrero de paja.

—Ojalá hubieras llegado más temprano para que hubieras venido conmigo al barco —comentó George, sin esperar a que Violet respondiera—. Pero me da gusto que estés aquí. En realidad, es un buen momento. Ya casi termino por el día de hoy.

Violet se sintió avergonzada. Estaba claro que George no sabía nada de lo que había pasado en la carretera. Al parecer, el hombre hablaba en serio cuando dijo que no quería volver a verla nunca más. Bueno, pues qué lástima. Violet iba a pagar su deuda lo quisiera o no.

Entró y se halló en lo que parecía ser una cocina. El interior de la casa era muy similar al exterior: erosionado por el tiempo, pero bien cuidado. Los platos recién lavados se secaban en un escurridor junto a un fregadero profundo y abollado. En la pared del fondo, sobre las tablas rugosas, colgaba un alegre cuadro de un barco pesquero que se mecía sobre un mar azul. Había más flores en un jarrón de cristal sobre una mesa larga que brillaba bajo la luz del sol que entraba a través de las cortinas. Ese espacio carecía de todos los lujos de su villa, pero, de alguna manera, acogía a un extraño con más calidez que los pisos de mármol y las lámparas de cristal.

—¿Quieres limonada? —le preguntó George mientras cerraba la puerta.

—Eh, la verdad es que vine por otro motivo —respondió Violet—. Necesito pedirte un favor. —Ya que el hombre no había hecho su parte para recibir su compensación, Violet tomaría la iniciativa con George—. La otra noche estaba conduciendo por aquí, por la carretera sobre la playa, y estaba bastante oscuro, entonces, yo, eh, bueno...

—Ay, ya me enteré de todo acerca de esa dama loca, llamada Violet St. Croix, que conducía como una niña imprudente y egoísta. —George tomó una taza de latón del escurridor y se sirvió agua de una jarra que estaba sobre la barra—. ¿De veras, no tienes sed?

Violet negó con la cabeza; sentía el estómago en los pies.

—No, gracias. Entonces —tragó saliva—, ¿ya sabes lo que pasó anoche?

George miró a Violet alzando las cejas por encima del borde de la taza.

—Volvió aquí echando pestes.

La invadió una nueva ola de consternación.

—¿Vive aquí? —preguntó y luego se insultó a sí misma por la pregunta redundante y tonta.

George bajó la taza.

—Sí —Sonaba un poco desconcertada.

—¿Contigo?

—Por supuesto.

Violet cerró los ojos un instante, sintiéndose aún más miserable. Esta mujer no le había mostrado más que amabilidad desde el momento en que la conoció y ella, a cambio de tanta generosidad, había estado a punto de matar a su esposo con un Alfa Romeo.

—Él tiene razón. Iba manejando como una niña imprudente y egoísta. El accidente no debió haber ocurrido y fue por completo mi culpa. Me siento terrible. Sé que no puedo deshacer lo que hice, pero vine precisamente para asegurarme de que tu esposo y tú reciban la compensación necesaria por las molestias que yo...

—¿Mi esposo? —George la miraba fijamente.

—Por poco lo mato —respondió Violet; una culpa abrumadora le enredaba las palabras—. Estuve a punto de dejarte viuda. Destrocé su equipo de pesca: las redes, las boyas, la carretilla... Mis acciones son imperdonables...

—Te voy a detener ahí. —George se recargó contra la puerta y cruzó los brazos sobre su pecho—. Yo no estoy casada con ese hombre.

—Ah. —Violet sintió que las mejillas se le calentaban como a una adolescente ingenua, igual que cuando la conoció en el Gran Premio—. Perdóname. No debí hacer suposiciones. Es obvio que no es asunto mío con quién y cómo eliges vivir... —Violet cerró la boca de golpe.

Por alguna razón, George parecía entretenida.

—En realidad, yo no elegí vivir con él, aunque tampoco he elegido no vivir con él. Me imagino que a él le pasa algo parecido.

Violet retorció las asas de su bolsa.

—Perdón, pero no te entiendo muy bien.

—No estoy casada y el hombre que pudiste haber matado, pero que no mataste —Hizo énfasis en la palabra *no*— es mi hermano. Y, en la remota posibilidad de que algún día mi hermano pudiera engatusar a una mujer para que se case con él, que los dioses se apiaden de su pobre alma. —George sonreía con ironía mientras hablaba.

—¿Es tu hermano?

—Es mi hermano —confirmó George—. Se llama Henri. No te lo dijo, ¿verdad?

Violet negó con la cabeza.

—Obvio. No le cae muy bien la gente como tú.

—¿La gente como yo?

—Creo que las palabras que usó fueron «privilegiada, consentida y rica».

—Ah, claro. —Se lo merecía.

—Me contó lo que pasó y me dijo que no creía que fueras a volver. Le dije que no estaba siendo justo.

—¿Cómo sabías? ¿Cómo sabías que sí iba a volver?

—No lo sabía, pero tampoco sabía que no fueras a volver. Creo que todo el mundo merece la oportunidad de demostrar quién es por sus acciones, ¿no crees?

—Mis acciones casi lo matan.

—Pero no lo mataste, además, admitiste tu error y estás aquí para arreglarlo. —George hizo una pausa—. Sí estás aquí para arreglarlo, ¿verdad?

—Sí. Sí, por supuesto. —Violet buscó a tientas en su bolsa un sobre que había guardado. Al hacerlo, un libro se salió y cayó al suelo con un golpe. Se agachó rápidamente para recogerla, pero George fue más veloz.

—¿Está bueno? —George le dio la vuelta al libro y deslizó un dedo sobre el nombre Maurice Dekobra en la portada antes de devolvérselo a Violet.

—Sí. —Violet lo metió de nuevo en su bolsa. Era la única de sus novelas que su padre no había encontrado en su habitación, por lo que no quería arriesgarse a que también la encontrara.

—Henri también lee. Novelas de misterio —comentó George—. Siempre lleva un libro en el bolsillo.

A Violet le costaba mucho imaginarse al hombre que había conocido la noche anterior leyendo un libro, tampoco quería hacer el esfuerzo.

—Tu hermano me dijo que iba a hacer una lista de todo lo que destruí. —Por fin, encontró el sobre y lo sacó con cuidado—. Este dinero debería cubrirlo. Hay más que suficiente para compensarlo. —Le dio el sobre a George.

George aceptó el sobre que Violet le extendió. No le preguntó de dónde había sacado el dinero y Violet se sintió agradecida por ello.

Después, George metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un trozo de papel.

—Esta es la lista que hizo Henri. Puedes revisarla y ver si te parece justa. Ten cuidado porque, mientras gritaba furioso esta mañana, no dejaba de hablar de princesas ricas, bodas elegantes y collares de diamantes, así que no me extrañaría que hubiera puesto en la lista un motor nuevo, considerando el estado del actual.

En ese momento, Violet habría estado de acuerdo con cualquier cosa. Lo que fuera que aliviara su terrible culpa. Leyó de forma superficial las pulcras columnas escritas con una caligrafía fuerte, inclinada y meticulosa antes de devolverle la lista a George y asentir.

—Me parece bien. —Miró alrededor de la cocina con cautela—. ¿Tu hermano está bien? Su brazo tenía una herida grave.

—Pfff. —George resopló—. Fue apenas un rasguño. Se ha hecho heridas mucho más graves él solo haciendo cosas mucho más estúpidas. Lo limpié y lo vendé. Está bien.

—No sé. —Violet jugueteó con las asas tejidas de su bolsa—. Estaba sangrando.

—Está bien —insistió George.

—¿Está aquí? —preguntó, aunque no estaba segura de qué haría si George decía que sí. ¿Disculparse de nuevo? ¿Salir corriendo?

George dejó el sobre encima de la mesa y puso la lista encima.

—Ahora mismo, Henri está abajo en el bote. Más tarde, tomará el tren a Italia para pasar allá la semana.

—¿En Italia?

—Sí, va a trabajar —le explicó George—. Todavía no estamos en guerra con ellos. Y puede conseguir trabajo cargando y descargando barcos en los puertos más grandes a lo largo de la costa.

—Porque, como destruí todo su equipo, no puede pescar —manifestó Violet con vergüenza.

George hizo una mueca.

—No destruiste todo. Todavía tenemos nuestro bote. Mis hermanas y yo podemos pedir prestado, suplicar o robar algo de equipo. Quizá no pesquemos lo suficiente para vender, pero nos las arreglaremos hasta que podamos reemplazar nuestros aparejos.

Nada lograba hacer sentir mejor a Violet. Se frotó la cara con tristeza.

—No sé cómo ni dónde comprar equipo de pesca —le dijo Violet—. No conozco ninguno de los objetos de la lista. Quisiera ayudar más, pero no sé cómo.

George se apoyó en el borde de la mesa y cruzó los tobillos.

—Viniste manejando, ¿no? ¿En ese Citroën?

—Sí. —Violet se enderezó.

—Yo sé cómo y dónde comprar lo que necesitamos. Por lo menos, la mayor parte, pero algunas cosas son pesadas y voluminosas, así que tal vez tú podrías...

—Sí. —Violet ni siquiera la dejó terminar—. Te puedo llevar a cualquier lugar que necesites ir. Solo dilo. Puedo llevarte a conseguir cualquier cosa.

—Eso sería de gran ayuda. Podríamos surtir la lista de Henri ahora mismo. Así me ahorrarías pedir algunos favores mañana en la playa.

Violet dudó.

—¿No debería venir alguien con nosotras? ¿Tal vez tu padre?

—¿Para qué? —preguntó George, confundida.

—¿Quizá para asegurarse de que te den las cosas correctas por el precio justo? —Violet no podía imaginar que Robert St. Croix le confiara las finanzas de la familia.

—Mi papá confía en que hagamos las cosas que él no puede hacer.

—Ah. —Violet bajó la mirada—. Está bien. Lo siento.

—Créeme, él también lo siente. Por mucho que nos enseñó todo lo que sabe, no pudo transmitirnos su toque mágico con los motores, y lo lamentamos. El maldito fueraborda es tan enojón y terco como una mula muerta de hambre. —George resopló mientras tomaba la lista y el sobre de la mesa; dobló ambos y los guardó—. Me imagino que no conoces a nadie que sepa arreglar motores, ¿o sí?

—Sí. —Violet respondió antes de que pudiera pensarlo dos veces—. Yo.

George alzó tanto las cejas que desaparecieron bajo el ala de su sombrero de paja.

—¿Tú?

—O sea, creo que podría revisarlo. Aprendí con motores pequeños, incluso algunos fuerabordas. —Violet hizo una mueca, preparándose para la inevitable incredulidad—. Luego, empecé a arreglar otros más grandes, como motores de coches. No sé si pueda arreglar el motor de tu bote, pero tal vez...

—¿Es en serio? —George prácticamente estaba saltando de alegría sobre las puntas de los pies—. Mejor hay que hacer eso. Veamos si puedes arreglar el motor.

—¿Qué? ¿Ahora?

—A menos que tengas otros planes...

—Eh, no. No.

George entornó sus ojos color avellana.

—¿Qué tan buena eres arreglando motores? Di la verdad.

«Debes estar orgullosa de tus logros», le había dicho lady Enid en su fiesta de compromiso. Violet no tenía muchos logros de los que estuviera orgullosa, excepto esto. Levantó la barbilla.

—Muy buena.

—Ajá. ¡Henri se lo merece! Que vea que su princesa de los diamantes arregla el motor que él no ha podido componer en cuatro meses. —George lo decía con un aire de presunción—. Esto es glorioso. Que hayas sido tú entre

todas las personas en casi atropellar a mi hermano en la carretera.

Violet palideció.

—Oh, no, no, no. —Su valentía temporal se desvaneció—. No creo que sea una buena idea para nada. —Ante la posibilidad de enfrentar a Henri de nuevo, el impulso de salir huyendo era más fuerte que la necesidad de disculparse—. Podría necesitar alguna pieza que no tengo y, de ninguna manera, quisiera agraviar a tu hermano todavía más.

—Cuando tenía cuatro años, Henri me cortó la trenza mientras dormía porque consideró que así parecería más un niño de verdad. Cuando tenía dieciséis años, escondió mi único lápiz labial y luego se le olvidó que lo había escondido en el fondo del bote, donde se derritió e hizo un desastre horrible. Mi papá me ordenó que yo lo limpiara. ¡Yo! Como si hubiera sido mi culpa. —Frunció el ceño—. Me roba los zapatos cada semana. O sea, le encanta atormentarnos a todas, pero en especial a mí. Es increíble que no lo hayamos asesinado mientras duerme. —George atravesó la cocina rápidamente y metió la lista y el sobre a la alacena. Luego, regresó junto a Violet y le puso las manos sobre los hombros—. Créeme, Henri se merece todos los agravios, y un poco más.

—Creo que sería mejor que te llevara a donde necesitas ir.

—¿De verdad quieres ayudar a mi familia?

—Sí, por supuesto.

—Entonces cálmate y haz feliz a mi padre. Ayúdanos a que el motor funcione mejor antes de que Henri se vaya.

—Pero...

—Pero nada. —Entrelazó su brazo con el de Violet y prácticamente la arrastró a la parte trasera de la casa—. Tengo un par de pantalones extra, para que te cambies.

—Pero no tengo mis herramientas —protestó Violet sin convicción.

—Claro que sí. Ayer las escondí en el gallinero por si mi hermano quería venderlas antes de que tuvieras la oportunidad de volver. Además, quería asegurarme de que no hubiera diamantes en el fondo de la caja.

—No había.

—Ya sé, aunque fue divertido pensarlo. Siempre he pensado que me vería bien con unos diamantes. Recogeremos tus herramientas en el camino.

—Le dije a tu hermano que se las podía quedar, como parte del pago.

—No. —George agitó la mano—. Él tiene las suya y, pff, para lo que le han servido últimamente. —Volvió a parecer presumida.

En cuestión de minutos, Violet estaba vestida con un par de pantalones desgastados en las rodillas y con las mangas de la blusa arremangadas por encima de los codos. Dejó su bolsa, falda, medias y zapatos en una silla de la cocina y siguió a George bajo la luz del sol.

—Mucho mejor —decretó George, mirando el atuendo de Violet; luego, empezó a andar colina abajo.

Violet recogió sus herramientas y agradeció sentir ese peso familiar de nuevo en sus manos. Mientras bajaban serpenteando a lo largo del sendero, tenía la sensación de que la llevaban a su ejecución. Apartó ese pensamiento. Cualquiera que fuera la penitencia que estaba pagando, se la merecía.

La playa apareció frente a sus ojos; en ella, una docena de botes se balanceaba sobre las olas, anclados a un muelle, y una docena más estaba varada en la playa. Había gente en el muelle, descargando botes y arrastrando equipo y cuerdas de un lado a otro. Varios de ellos eran hombres mayores, pero le sorprendió ver que también había mujeres.

—Hay muchas mujeres —comentó Violet sin pensarlo—. No me había dado cuenta. —Nunca se había puesto a pensar de dónde provenían las delicias del mar que preparaba el cocinero de la villa St. Croix.

—Los hombres más jóvenes ya fueron llamados a las filas, así que las mujeres hacen lo que deben para mantener esto a flote —explicó George; por primera vez, su sonrisa estaba ausente—. Lo mismo ocurrió en la última guerra.

—Oh. —El recuerdo de las consecuencias de la guerra hizo que Violet sintiera un escalofrío, pese a estar bajo el calor del sol.

—Ven. —George condujo a Violet por la playa, alejándola del muelle, hacia la línea de botes varados.

Solo uno de los botes tenía un ocupante. El navío tenía quizá siete metros de largo y estaba hecho de madera, pintado de blanco con adornos rojos. Con sus ojos inexpertos, Violet vio que habían construido unas cajas largas en el interior de las bordas y, a lo ancho, había tres tablones gruesos que servían como asientos. El motor estaba montado en la parte trasera de la embarcación y el ocupante del bote estaba encorvado encima de él, sin camisa, dándoles la espalda. Tenía los hombros empapados de sudor y los pantalones

caídos sobre la cadera. El mar hacía espuma alrededor del pequeño barco al subir y bajar las olas sobre los guijarros, con el arrullo característico, aunque el ruido no era lo bastante fuerte para ahogar alguna maldición ocasional.

—Entonces, ¿vas bien, hermano? —preguntó George con alegría.

Henri arrojó una herramienta a una cubeta en el fondo del bote y se enderezó, frotándose la espalda baja con las manos. Violet vio el rasguño de la parte superior de su brazo, que, para ese momento, ya no sangraba, pero todavía se veía rojo y doloroso. Se estremeció.

—Quería arreglarlo antes de irme. —Se dio la vuelta y se cubrió los ojos con la mano—. Pero está muy viejo y es caprichoso, y no termino de... —Se detuvo a mitad de la frase al ver a Violet—. ¿Qué demonios hace aquí ella?

Sus ojos se veían más deslumbrantes bajo la brillante luz del sol y contra el azul del mar, aunque destellaban el mismo resentimiento que Violet recordaba.

—Oye, tus modales. —George se apoyó contra la proa del bote y ajustó el ala de su sombrero—. Mademoiselle St. Croix pasó por la casa para dejarnos el pago de los daños. Tal como dijo que lo haría.

—Bien. Ya puede subirse a su Alfa Romeo con la conciencia tranquila y regresar a las comodidades de su castillo. Finalizó su buena acción del día. Estoy seguro de que le darán una medalla.

George miró un momento a Violet.

—Tienes un Citroën, ¿no?

—Anoche, no. Estoy seguro de que no era un Citroën —gruñó Henri—. Debe ser difícil hacer el inventario de tus coches, ¿verdad, princesa? ¿Tienes uno para cada día de la semana?

—Vendí el Spider —confesó Violet de forma inexpresiva.

—¿Tenías un Spider? —preguntó George, sorprendida.

—Sí, casi me mata con él —confirmó Henri con furia.

—¿Por qué lo vendiste? —George parecía horrorizada.

—Porque no quiso pedirle a su papi el dinero que te acaba de dar —respondió Henri por ella.

Violet bajó la mirada. Era verdad.

—¿Vendiste un Alfa Romeo? ¿Por Henri? —George no lo podía creer.

Violet levantó la cabeza.

—No. Vendí un Alfa Romeo por mí. Por lo que hice. Por lo que les hice a ustedes.

Irónicamente, que vendiera el Spider satisfizo a Tino y a su padre. Ninguno de los dos indagó acerca del motivo. Su padre lo tomó como una disculpa, una señal de que estaba madurando y tenía la intención de sentar cabeza. Tino ya estaba averiguando opciones automotrices más adecuadas para una mujer como ella. Mientras tanto, conduciría el práctico Citroën que se oxidaba en los garajes de la villa St. Croix.

Violet enderezó los hombros. Haría lo que fue a hacer y después se marcharía con los restos de su orgullo y compostura.

—No importa. Hagamos lo que vinimos a hacer, ¿sí?

—¿Qué? —Henri miraba con aprensión a George y a Violet de forma alternada—. ¿Por qué estás vestida así, princesa? ¿También vendiste tus elegantes vestidos de noche?

Violet lo ignoró y cargó sus herramientas por encima de la borda. Se impulsó y pasó también sobre el costado de la embarcación, sin importarle que se viera torpe y tosca. Henri se quedó con la boca abierta.

—¿Qué rayos está pasando, George? —preguntó.

—Por favor, hazte a un lado. —Violet se sorprendió bastante de su desenvoltura; por supuesto, no estaba intentando causarle una buena impresión a ese hombre. Esa oportunidad había zarpado hacía mucho tiempo.

—¿Cómo que me haga a un lado?

Violet habría disfrutado la expresión de desconcierto de Henri si hubiera estado segura de poder arreglar el problema del fueraborda. Él ya le había quitado la tapa y había algunas piezas dispuestas en filas ordenadas en el fondo del bote, debajo del motor.

—Violet va a arreglar el motor —le aseguró George.

—Que va a arreglar el... —Henri se calló—. Mira, perdón por lo de tus zapatos de la semana pasada, pero esto no es gracioso.

—No te estoy haciendo una broma. Ella dice que lo puede arreglar.

—Este es el único motor que tenemos —manifestó Henri, apretando los dientes.

—Y no funciona bien a pesar de nuestros esfuerzos. A pesar de todas las horas que has pasado intentando arreglarlo. ¿Qué tenemos que perder?

—¿Que qué tenemos que...? ¿Estás loca? Mira lo que le hizo a nuestro equipo. Lo destruyó todo en cuestión de segundos. —Se inclinó sobre la borda para seguir reprendiendo a su hermana.

—Te da miedo que ella logre lo que tú no has conseguido —expuso George con una sonrisa maliciosa.

Violet cerró los ojos mientras los hermanos discutían.

—De verdad estás loca.

—No, solo estoy tratando de ayudar.

—No necesito que ninguna de las dos me ayude.

—Dos horas. —Violet abrió los ojos—. Denme dos horas. Si no puedo arreglarlo, jamás me volverán a ver. Si dejo el motor sin posibilidad de reparación, tengo un collar de diamantes muy bonito con el que podrían comprar uno nuevo. ¿De acuerdo?

Siguió un silencio cargado de dudas.

—Déjala pasar, hermano —pidió George finalmente—. Deja que lo intente.

Henri maldijo, saltó con agilidad fuera del bote, salpicando las olas, y apuntó a su hermana con un dedo.

—No quiero tener nada que ver con esto. Voy a tomar mi tren. Lo que pase es tu responsabilidad. —Regresó caminando a la playa.

—Gracias —dijo Violet, sin dirigirse a nadie en particular.

George se reunió con Violet en el bote mientras ella se agachaba frente al motor.

—Te juro que una vez que lo conoces es una buena persona.

—Si tú lo dices. —La verdad era que lo comprendía.

George se agachó junto a Violet.

—¿De verdad podrías arreglarlo? —preguntó—. Por favor, di que sí o jamás me va a dejar en paz.

Violet miró a la mujer que estaba a su lado y, por primera vez, reconoció la aceptación, el perdón y la confianza que George había depositado en ella sin tener por qué hacerlo. No recordaba que nadie más lo hubiera hecho.

—Haré mi mejor esfuerzo —respondió.

Capítulo 7

*15 de junio de 1939
Génova, Italia*

El burdel junto al puerto fue la primera opción del espía, pues era oscuro, concurrido y anónimo. Utilizaba lugares como este a menudo.

Estaba ubicado cerca del puerto lo que implicaba que la clientela rara vez era regular, más bien, transitoria y casi siempre estaba ebria. Ofrecía una excusa plausible para que cualquier hombre pasara por ahí; sobre todo, si este hombre se descuidara y alguien lo estuviera siguiendo. Lo mejor de todo era que, una vez adentro, nadie prestaba mucha atención a los clientes que iban y venían con sus necesidades y deseos, siempre y cuando pagaran.

El espía tenía muy pocas necesidades y deseos, pero siempre pagaba por ellos. Una prostituta que lo llevara a una habitación privada, preferiblemente la más cercana a una salida trasera o alternativa. Una mujer que, por un poco más de dinero, se desentendiera, feliz de que la recompensaran por su discreción y tiempo, y no por sus servicios.

En ese momento, el espía esperaba en una de esas habitaciones, descansando sereno en una silla de madera en un rincón. La habitación era pequeña y húmeda, además, apestaba a moho, alcohol rancio, cigarros y sexo. Una luz eléctrica parpadeaba débilmente en el techo, ocultando los rincones y las grietas de la vista, lo que, sin duda, era lo mejor. A través de las paredes, el espía podía oír ruidos de risas estridentes y gritos en los pasillos y en el piso de abajo; por lo general, el ruido ahogaba la mayor parte de los gemidos y las embestidas de la habitación contigua.

Encendió un cigarro. El burdel estaba muy concurrido esa noche, mucho más que la última vez que había estado ahí. Le había costado más trabajo asegurar esa habitación, lo que no le agradaba. Esperaba que el hombre con el que se encontraría compensara la molestia haciendo que el precio valiera la pena.

Un fuerte golpe en la puerta interrumpió sus reflexiones y se levantó a abrirla. Un hombre delgado, de aspecto incómodo e inquieto, esperaba en el umbral. El espía le hizo una seña al alemán para que entrara y se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada una vez que estuvo dentro. En su experiencia, era asombrosa e imperdonable la cantidad de hombres y secretos que se habían visto comprometidos, sencillamente, porque alguien no había cerrado bien la puerta tras de sí.

—¿Usted es Schmidt? —preguntó el espía en francés. Era el nombre que le habían dado del criptógrafo de bajo nivel de la *Wehrmacht*, quien había sido identificado como poseedor de información potencialmente valiosa para los franceses y sus aliados.

El hombre asintió y recorrió la habitación con la mirada, como si esperara una emboscada.

—¿Usted es Faucon? ¿Del *Deuxième Bureau*? —Su francés era vacilante, pero preciso.

—Sí. —Ese día, se hacía pasar por un miembro de la inteligencia francesa. Al día siguiente, sería alguien más—. ¿Alguien lo siguió hasta aquí? —preguntó, siempre lo hacía. También siempre tenía un plan de contingencia porque, sin importar la respuesta, tenía que asumir que alguien observaba.

—No, pero hay soldados por todas partes. —El hombre sonaba ansioso.

—Ninguno que nos interese. La mayoría son voluntarios italianos que regresan de la guerra en España. Hubo un desfile público o una recepción o algo así. —El espía frunció el ceño, impaciente—. Me dijeron que tiene un mensaje urgente —declaró, escrutando a su acompañante.

Quizá era de mediana edad; el pelo que le quedaba alrededor del perímetro del cráneo ya se había vuelto gris. Su complexión era baja y delgada y sus movimientos bruscos y rápidos. El espía no sabía si su comportamiento era normal o una manifestación de su nerviosismo. En ese momento, Schmidt daba vueltas en un pequeño círculo, frotándose las manos como si tuviera frío.

—Siéntese. —El espía le señaló a Schmidt la silla que acababa de desocupar.

En la habitación de al lado, las embestidas estaban alcanzando el punto álgido, así que los gemidos se intensificaron hasta convertirse en gritos. El hombre llamado Schmidt se movía inquieto en la silla.

—Tiene información para mí.

—Sí. —Un estruendo resonó a través de la pared, seguido por un bramido, y Schmidt saltó.

El espía golpeó con el pie y cruzó los brazos.

—No pierde el tiempo, ¿verdad? —Schmidt le sonrió con timidez al espía.

—No tengo mucho tiempo. Debo volver a mi puesto.

—Por supuesto. ¿Quiere sentarse también?

El espía miró las sábanas arrugadas y manchadas de la cama.

—No, me quedaré de pie.

—Eh, claro.

—Muéstreme lo que tiene.

El hombre metió la mano en el bolsillo de su abrigo raído y sacó un papel doblado en cuatro.

—Las Ardenas —dijo.

—¿Qué pasa con las Ardenas?

—La *Wehrmacht* se propone atravesar Bélgica y lanzar un ataque armado contra Francia a través de las Ardenas para invadir las fronteras del norte.

—Eso es imposible. Todo el mundo lo sabe. El terreno y los árboles son intransitables.

Schmidt negó con la cabeza.

—Eso no es lo que dicen en el cuartel general.

—No le creo. —El contacto del espía a menudo le enviaba aspirantes a traidores. Por lo general, eran hombres que se creían importantes, pero que le ofrecían información nimia e insignificante, por la que exigían un pago la mayor parte del tiempo. A veces, simplemente mentían.

El espía todavía no se había formado una opinión de este hombre, pero comenzaba a escuchar las alarmas en el fondo de su mente; particularmente, porque aún no se había mencionado nada de dinero.

—Es verdad. —Schmidt extendió el papel sobre sus rodillas. En el encabezado, estaba escrito en alemán «Fall Gelb», seguido por unas listas de nombres, fechas, números y coordenadas. A continuación, había un esbozo de la frontera norte de Francia y el valle del Somme—. Francia está expuesta. — Sus palabras expresaban una urgencia contenida—. La línea Maginot no protege esta sección. Mire, aquí, se puede flanquear. Los generales han estado discutiendo al respecto.

El espía sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Esa información no era nimia ni insignificante. Era el tipo de información que, de ser cierta —y el espía sospechaba que lo era— tenía el potencial de cambiar el rumbo de la guerra. Y, si este hombre, en efecto, escuchaba a sus generales alemanes, ¿a quién más estaría escuchando? ¿A quién más estaría dándole información?

Su contacto había acertado al enviarle a este sujeto.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el espía.

A través de la pared, se oían unas risitas y chillidos agudos provenientes de la habitación contigua. Comenzó a oírse un nuevo golpeteo rítmico, que fue lo bastante fuerte para tirar al suelo un trozo de yeso podrido de una esquina de la habitación, junto a los pies del espía.

—Participé en parte del desciframiento. —Schmidt volvió a frotarse las manos y empezó a mover la pierna de manera errática—. Tiene que creerme. Los franceses deben estar preparados. Tiene que decírselos. Hay que detener a la *Wehrmacht*.

—Le creo. —Era verdad. Una verdad desafortunada. El espía descruzó los brazos y dejó caer las manos a los costados—. ¿Por qué hace esto? —preguntó—. ¿Por qué delata a su propio país?

—Porque quiero que mi país sobreviva —respondió el hombre—. Y volver a la guerra con unos locos al mando será nuestro fin.

—¿Quién más conoce esta información? ¿Otros oficiales, otros empleados?

—Nadie. Bueno, no completa. Cada uno descifra una parte, como medida de seguridad, supongo, para que nadie tenga toda la información. Ni siquiera yo la conozco toda, pero es suficiente. Es suficiente, ¿verdad? ¿Para que usted haga algo?

Los golpes aumentaron de ritmo en la habitación contigua y más trozos de yeso mohoso cayeron víctimas.

—Así es, lo es. —El espía tendría que hacer algo, sin duda—. ¿Puede conseguir más información?

—Sí, sí. Los generales suelen ser descuidados. Piensan que el encriptado los hace invencibles, pero yo también los escucho. ¿Hay alguna manera de que le envíe la información? Podríamos reunirnos aquí de nuevo...

El espía alzó una mano.

—¿A quién más le ha contado sobre esto? —preguntó con cautela.

—A nadie.

—¿Está seguro? Piénselo bien. Es muy importante.

—A nadie —repitió Schmidt con un gesto serio—. Solo a usted.

—¿Hizo copias de ese documento?

—Claro que no. Este es el único. Lo hice de memoria esta noche. No soy tan estúpido como para llevar ese tipo de material encima. —Le ofreció el papel al espía—. Por favor, muéstreselo a sus generales. Consiga que le crean antes de que sea demasiado tarde.

El espía tomó el papel, lo volvió a doblar y lo guardó en el bolsillo interior de su abrigo.

—Puede contar conmigo —le aseguró.

Schmidt se replegó sobre sí mismo, aliviado.

—Yo peleé en la última guerra. Al final, luché por hombres que sabían que no podíamos ganar, pero aun así nos obligaron a ir al frente a morir para enaltecer su ego y orgullo. —Bajó la cabeza, mirando con abatimiento el suelo sucio—. Y está sucediendo de nuevo. Alemania perderá y, esta vez, perderemos más que nuestra juventud y nuestros futuros. Esta vez, perderemos nuestra humanidad.

El espía hizo un gesto de disgusto. Siempre era desagradable tratar con veteranos que alguna vez hicieron lo correcto, pero que habían perdido la fe en su pueblo y en su país, sin importar cuál fuera.

El espía se puso detrás del criptógrafo con el pretexto de mirar por la única ventana agrietada. En la habitación de al lado, una mujer gritaba de dolor o de placer, aunque ambos podían fingirse y eso no era asunto suyo. La cama se azotaba contra el muro del burdel y el momento de furor le convino al espía. Otra razón por la que le gustaba hacer negocios en burdeles.

Con movimientos practicados, hundió los dedos en el bolsillo de su abrigo y extrajo su garrote de alambre, que tensó entre sus manos. El hombre todavía tenía inclinada la cabeza. Sin titubeos, el espía deslizó el alambre sobre la cabeza de Schmidt y bajo su barbilla y lo jaló con fuerza.

Los ojos del traidor se abultaron de terror y conmoción; desesperado, se llevó las manos al cuello, pero era inútil. El alambre se enterraba en lo profundo de su piel y la sangre que brotó le manchó la camisa. Golpeó el suelo con las botas de forma frenética, mientras el espía retorció el garrote y lo mantenía firme. La silla se volcó en el suelo al tiempo que Schmidt luchaba y se retorció.

Del otro lado de la pared, un hombre gruñía tan fuerte que se escuchaba por encima del golpeteo de la cama.

Schmidt tenía los ojos rojos y llorosos; su tez se llenó de manchas púrpuras. La saliva le escurría por la comisura de la boca hasta la mejilla. Un momento después, la velocidad de su pataleo disminuyó, dejó de intentar quitarse el alambre del cuello y los brazos le cayeron a los costados. El espía retorció el garrote una vez más, aunque ya no era necesario. Schmidt ya no compartiría más información con los franceses o sus aliados. Todo había terminado.

Al parecer, también la pareja de la habitación contigua.

Ahora, el tiempo era esencial, así que el espía se movió rápidamente. Bajo ninguna circunstancia podía dejar el cuerpo en la habitación de un burdel, pues lo descubrirían enseguida y haría que las prostitutas recordaran al espía. El pago por su discreción solo llegaba hasta cierto punto. Limpió el garrote en el interior de su abrigo, lo enrolló y lo guardó de nuevo. Revisó los bolsillos del hombre, buscando algo de importancia que el oficial no le hubiera ofrecido, pero solo encontró los documentos de Schmidt y algunas monedas. Dejó las monedas sobre la cama y conservó los documentos junto con el mapa de las Ardenas; luego, se quitó la bufanda y envolvió el cuello de Schmidt con ella para ocultar el daño que había causado el garrote. El espía se bajó la gorra sobre la frente y se agachó, acomodándose bajo el brazo del traidor y pasándolo por detrás de sus hombros. Se puso de pie y arrastró al hombre hasta la puerta y por el pasillo.

Había algunas personas en el otro extremo, cerca del rellano principal, pero nadie se fijó en ellos cuando giró en la dirección opuesta y bajó por las empinadas y estrechas escaleras que conducían a la parte trasera del burdel. El criptógrafo era enclenque, lo cual ayudaba, aún así, al llegar a la planta baja y abrir la puerta que lo entregaba a la noche, ya estaba sudando.

Un soldado italiano estaba orinando contra el muro, justo al lado de la puerta, y gritó, sorprendido, cuando se abrió esta de par en par y golpeó la pared de ladrillo. El espía maldijo para sus adentros y reacomodó el brazo de Schmidt alrededor de sus hombros; la barbilla del hombre se balanceó sobre su pecho.

Mantuvo la cabeza agachada, pero le sonrió al soldado.

—No aguantó la bebida, carajo —farfulló en italiano—. Se perdió toda la diversión.

El soldado se tambaleó, borracho, y se rio.

El espía siguió caminando sin mirar atrás. La frescura del aire nocturno fue un alivio después del hedor del burdel. Algunos grupos de hombres deambulaban por los estrechos callejones y calles, aunque nadie prestó atención al espía o a su silencioso compañero. Las luces eran esporádicas y anémicas y se iban haciendo más tenues mientras más se acercaban a los muelles.

Más cerca del agua, el olor a sal y madera podrida, así como el tufo ligeramente metálico del combustible y otros químicos, se sentían pesados y penetrantes. Los barcos amarrados en los muelles se veían más oscuros contra el cielo lóbrego; el agua profunda lamía y azotaba con suavidad los cascos. Los edificios ruinosos que alcanzaban a verse eran una colección sombría de cobertizos y almacenes. El espía había seleccionado ese lugar la noche anterior porque siempre hacía sus planes con anticipación. Las contingencias lo hacían muy bueno en su trabajo.

Arrastró al oficial muerto hasta la orilla del agua y se tomó el tiempo necesario para mirar con atención a su alrededor; como esperaba, no había movimiento ni luces ni sonidos. El espía soltó a Schmidt y el cadáver se deslizó, flácido, por el borde de la plataforma de madera hacia el agua. Observó durante unos segundos el cuerpo flotando sobre la superficie; el contorno de la cabeza del hombre apenas era visible con las luces distantes de la ciudad. En medio minuto, había desaparecido por completo. Tardaría algunos días en

volver a aparecer si es que alguna vez lo hacía, expuesto como estaba a los carroñeros marinos, y, para entonces, el espía ya se habría marchado y habría sido olvidado.

Sacó unos cigarros y un encendedor de su abrigo, prendió uno e inhaló profundamente. Los papeles que llevaba en su abrigo se arrugaron un poco con el movimiento y el espía también los sacó. Lo primero que quemó fue el mapa del ataque armado a través de las Ardenas; lo sostuvo con cuidado entre sus dedos hasta que las llamas mordieron su carne. Lo soltó y los restos cayeron al suelo en una espiral de cenizas ardientes. «Malditos generales arrogantes», pensó ociosamente mientras las brasas se extinguían con lentitud a sus pies. Si un hombre como Schmidt pudo descifrar un plan como ese, seguramente, también podría hacerlo otra persona. El espía se aseguraría de mencionarlo en su informe y no tenía ninguna duda de que habría represalias, aunque estas no eran su problema.

Los documentos del criptógrafo fueron los siguientes en desaparecer una vez que el espía los hubo confiado a su memoria. También incluiría esos datos en su informe, porque a su contacto le gustaban ese tipo de detalles, y a la *Abwehr* le encantaba demostrar que tenía razón; sin embargo, el espía había aprendido en su entrenamiento que nunca debía viajar con algo incriminatorio, ya que el azar era un enemigo implacable. Por eso, había desarrollado un sano respeto hacia lo inesperado y lo impredecible. Era una fortuna para la *Wehrmacht*, bajo el mando del Tercer Reich y el régimen nazi, que Francia no tuviera la misma cautela.

Era cuestión de tiempo para que todo el mundo lo supiera.

Capítulo 8

*1 de septiembre de 1939
Niza, Francia*

—Otra vez saliste en el periódico.

Violet no alzó la vista del fueraborda sobre el que estaba inclinada. El sol le azotaba la espalda y el calor hacía que le goteara sudor de la frente y de la punta de la nariz. Los graznidos de las aves marinas se superponían al suave golpeteo de las olas contra el casco del bote de pesca. La brisa se desplazaba con pereza sobre el agua, arrastrando el salado aroma que no lograba enmascarar del todo los olores característicos del pescado, el aceite y la gasolina. Ahí, en la extensión azul del mar, Violet había descubierto un lugar que disfrutaba casi tanto como la carretera.

—Me dijiste que odiabas el tenis —comentó George.

—Lo odio.

—Aquí dice que ganaste un torneo el sábado en Marsella.

—Lo gané.

Escuchó un crujido de papel a su izquierda antes de sentir que el aire se movía cerca de su hombro.

—Si lo odias, ¿por qué juegas?

Violet volteó a ver a su amiga, entornando los ojos.

—Porque es importante para mi padre —suspiró.

Detrás de George, Henri Chastain resopló.

—Ignóralo —dijo George con fastidio—. No tiene nada que añadir a la conversación fuera de sus juicios.

Violet estuvo a punto de sonreír. Aquel día de junio, sí había logrado reparar el motor de los Chastain, para el inmenso deleite de George, sus hermanas y sus padres. La pequeña comunidad pesquera estaba encantada de contar con una mecánica hábil a la que pudieran recurrir en las raras ocasiones en las que un motor averiado los desafiara. Cuando Henri regresó, Violet ya era un elemento cotidiano de la playa y del bote; se escapaba de la villa St. Croix antes del amanecer y volvía por las tardes antes de que su madre pensara siquiera en buscarla. Siempre que Violet estuviera arreglada y presentable para cualquier compromiso social que trajera la noche, ni Tino ni su madre mostraban interés en cómo pasaba los días.

Henri, por el contrario, no perdía ninguna oportunidad para manifestarle la molestia que le causaba su rutina; sin embargo, la familia Chastain básicamente ignoró y descartó las protestas que él pudiera tener. Desde que Henri regresó, Violet se encontraba a menudo en su compañía, por lo que decidió forjar una especie de tregua con él. Soportar sus silencios desdeñosos y comentarios mordaces era el pequeño precio que tenía que pagar a cambio de la extraordinaria libertad y la fabulosa amistad que había encontrado en la playa. Ahí, en compañía de George, podía ser simplemente Violet. No necesitaba corresponder a las expectativas de nadie ni medir sus palabras o filtrar sus opiniones. Con toda seguridad, George tampoco lo hacía.

En esta ocasión, Violet sintió la obligación de explicarse.

—Cuando era niña, el tenis era lo único que mi padre y yo teníamos en común. Era de lo que podíamos hablar cuando me llamaba o nos visitaba.

—¿Y ahora? —le preguntó George.

Violet se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Todavía le gusta que le hable de tenis. Jugar es más fácil que discutir con él.

—¿Eso mismo piensas de tu boda? ¿Que casarse es más fácil que discutir? —la cuestionó Henri desde la proa.

—¡Henri! —lo reprendió su hermana.

—Es una pregunta razonable para la princesa.

Violet se inclinó de nuevo sobre el fueraborda.

—No es que sea de tu incumbencia, pero no tiene nada que ver con eso. Y no quiero hablar de mi boda. —Por lo menos, no en ese momento. En esos días, solo quería disfrutar del sol, la compañía y el desafío que implicaba un

motor que funcionaba mal. Henri no exageraba cuando dijo que el fueraborda era un motor viejo y caprichoso.

—Ya te veías infeliz desde la noche en que te conocí, princesa — murmuró Henri—. Y eso que apenas era la fiesta de compromiso. Me cuidaré de no estar en la carretera el día de la boda.

—Por Dios, Henri. —George sonaba desesperada—. No tienes que ser tan grosero.

Violet apretó la última tuerca y se enderezó.

—Mira, mi papá no es perfecto. Tino tampoco es perfecto, pero ¿quién lo es? Estoy segura de que yo no. Los dos tienen opiniones o puntos de vista más tradicionales que tú o yo, pero eso no los hace malas personas. —Violet se detuvo para darle énfasis a sus argumentos—. La vida se trata de adaptarse y hacer concesiones por un bien mayor. Yo tengo un sentido del deber con mi familia. Hay expectativas y responsabilidades depositadas en mí que no puedo ignorar. Igual que tú. Igual que todos.

—Mejor vemos qué más dice el periódico, ¿les parece? —intervino George con tacto, hojeando las páginas.

Violet colocó la cubierta del motor.

—Buena idea.

Henri no se molestó en responder. George entornó los ojos para leer las pequeñas letras de los titulares, que fue siguiendo con el dedo. Violet miró a Henri para ver si se impacientaba y le arrebatava el periódico a su hermana, pero él tenía los ojos cerrados y estaba recostado sobre la estrecha borda con las manos detrás de la cabeza y la cara inclinada hacia el sol.

—¿Hay más noticias sobre Alemania? —preguntó Violet.

Parecía que George no la había escuchado, absorta como estaba en el periódico.

—Siempre hay noticias sobre Alemania, pero nunca son buenas noticias.

Henri abrió un ojo, pero permaneció en silencio.

Violet se aclaró la garganta.

—Siento horrible por las personas que han estado persiguiendo y han tenido que abandonar sus hogares.

—El mundo entero arrinconó a Alemania después de la última guerra y luego la castigó. —Henri se inclinó hacia delante con las manos sobre las rodillas—. ¿Qué creías que iba a pasar, princesa?

—¿Cómo?

—Entre las represalias, las regulaciones, la inestabilidad política y una economía que llevó a la gente a la ruina y la mantuvo sumida en la pobreza... que Alemania esté buscando la guerra no debería sorprender a nadie que haya estado prestando atención. Solo hacía falta alguien que tuviera una perspectiva de cambio, que le diera al pueblo alemán, desesperado y furioso, una razón para sentir esperanza y odio. Solo hacía falta alguien que comprendiera que las dos cosas son muy poderosas.

—Suenas como si aprobaras lo que hace el partido nazi. —Violet frunció el ceño.

—Nunca dije que lo aprobara, princesa, pero lo entiendo.

—¿Cómo? —le preguntó Violet, que se resistía a aceptar su respuesta—. ¿Cómo puedes entender algo así?

—Henri nació en Berlín —aclaró George.

—¿En Berlín?

—Olvídalo, George —sugirió Henri.

—No. Tú sacaste el tema y es importante. Lo que tú y mi mamá vivieron es importante. —Bajó el periódico y miró a Violet—. En realidad, Henri es mi medio hermano. Después de la última guerra, nuestra madre quedó viuda y en la ruina, con un hijo que cuidar, atrapada en una situación de violencia, agitación y hambre, como tantos otros alemanes. No tenía intención de irse de Berlín, pero llegó a un punto en que no le quedó otra opción. Fue una de las afortunadas, porque tenía un primo aquí que la ayudó. Él los recibió a ella y a Henri.

Violet miró a Henri, que tenía la vista fija en algún punto distante del horizonte, y algo en su expresión le permitió vislumbrar al niño que había sido.

—Conoció a nuestro papá poco después y se volvió a casar. —George se encogió de hombros—. Y aquí estamos.

—¿Cuántos años tenías? —le preguntó Violet a Henri—. Cuando saliste de Alemania.

—Cinco. —No apartó la mirada del horizonte—. La edad suficiente para recordar lo que se siente tener frío, hambre y miedo todo el tiempo.

Violet jugueteó con el borde de la caja de herramientas.

—No me lo puedo imaginar.

—No, no puedes. —Sus palabras fueron secas.

—¿Tu madre y tú han vuelto alguna vez? —No estaba segura de por qué había preguntado eso o de si tenía derecho a saber.

—¿Importa?

—Bueno, no es descabellado pensar que quisieran volver a casa.

Él apartó finalmente la mirada del horizonte.

—Ahora esta es nuestra casa. Construimos una nueva vida aquí. Me da gusto que se haya vuelto a casar y me da gusto tener hermanas. Soy feliz aquí.

George extendió la mano y le dio a Henri un apretón cariñoso en el brazo. Violet lo miró a los ojos, pero fue él quien apartó primero la mirada.

—¿Ya está listo el motor? —preguntó él de repente.

—Sí.

—¿Sí? —Había una buena dosis de burla en su tono, así que cualquier atisbo de vulnerabilidad que Violet hubiera percibido había desaparecido.

—Sí, ya está arreglado.

—¿Así sin más?

—Así sin más.

George gruñó y volvió a tomar el periódico.

—Por Dios, Henri, creo que la palabra que estás buscando es *gracias*.

—Le daré las gracias cuando me demuestre que lo arregló de verdad.

—Esta vez, la conexión de entrada de agua estaba parcialmente bloqueada —explicó Violet.

—¿No era el carburador?

—No, el carburador está bien. De hecho, es el carburador más limpio que he visto en mi vida.

—Porque lo limpié tres veces. Estaba seguro de que ese era el problema.

—No era el problema ni la primera ni la segunda ni la tercera vez. —Violet estaba burlándose de él a propósito.

Henri frunció el ceño y se puso de pie, haciendo que el barco se balanceara. Caminó hacia la proa y se ocupó de las redes que se extendían hacia las profundidades.

—Confieso, Vi, que espero que a tu prometido no le importe que tengas grasa bajo las uñas cuando estén casados —comentó George con picardía por encima del periódico—. Creo que mi hermano, por fin, encontró a su rival.

Verlos a los dos juntos es más entretenido que un Gran Premio. Podría entretenerme todo el día.

Violet intentó no pensar en la enorme cantidad de tiempo que pasaba frotándose las manos al llegar a casa para borrar la evidencia de las mañanas.

—No estoy segura de que... de que vaya a tener tiempo. Tendré nuevas y diferentes responsabilidades una vez que esté casada.

La sonrisa de George se desvaneció. Juguetó con el periódico y le hizo una serie de cortes a lo largo del borde antes de hablar.

—Tengo que presentarme en el hospital de Poitiers a finales de mes —le informó y dudó de nuevo—. Todavía no es demasiado tarde, ¿sabes? Aún hay tiempo para que presentes tu solicitud en la Cruz Roja. Podrías venir conmigo.

Violet no pudo mirar a George a los ojos.

—Sé lo que te dijo tu papá y también sé que tu prometido coincide con él, pero quizá hayan cambiado de opinión. Han pasado muchas cosas durante el verano y cada vez más personas se ofrecen como voluntarios.

—Tal vez pueda hacerlo después de que me case; volver y ofrecerme como voluntaria. Una vez que haya pasado la boda y las cosas se estabilicen. Quizá Tino sea más receptivo al voluntariado entonces.

—Claro.

Violet no podía saber si George le creía o no, pero no importaba. Ni siquiera ella creía sus propias palabras. Se quedaron en silencio; los únicos sonidos eran los graznidos de los pájaros y el zumbido de un motor distante.

—No tienes que vivir así —dijo George de repente.

—¿Así cómo?

—No tienes que vivir cada momento de tu vida tratando de hacer felices a todos. Intentando no decepcionar a nadie, excepto a ti misma. Acomodándote y cediendo por los demás hasta que, un día, ya no te reconozcas.

—No lo entiendes. No es así de simple...

—Es exactamente así de simple. Y todo lo que me has contado sobre Tino me hace pensar que no es solo anticuado o tradicional o autoritario, sino que necesita que tú seas menos para que él pueda ser más. —George se puso de pie y el barco se balanceó de nuevo.

—¿A dónde vas?

—Voy a ayudar a mi hermano a sacar las redes.

Violet sintió profundamente la molestia de George mientras esta avanzaba hacia la proa. Empezó a ordenar sus herramientas despacio y de forma mecánica, guardando cada una de vuelta en la caja. Cuando terminó, miró al horizonte, luchando con la sensación de que acababa de perder algo en verdad importante. En la distancia, otros barcos de pesca se mecían sobre el agua, ganándose el sustento, mientras que, entre ellos, se deslizaban las relucientes velas triangulares de los costosos veleros que navegaban por entretenimiento. Las brillantes velas iban de un lado a otro, abriéndose camino sin rumbo a través de un paisaje acuático lleno de propósito, a la deriva, en cualquier dirección que el viento las llevara. Tal vez ella era como esas bonitas velas...

—Perdón.

Violet se sobresaltó. No había oído volver a George.

—Pensé que estabas sacando las redes.

—Ya casi terminamos. —Hizo una mueca—. Fue un día de poca pesca.

¿Cuánto tiempo había estado Violet mirando hacia la nada?

—¿Por qué me pides perdón? —preguntó, confundida.

—Por hablarte así. Esa no es forma de tratar a una amiga.

—No te disculpes. Uno no tiene que disculparse por decir la verdad —le aseguró Violet—. Desde que era niña, siempre me ha dado miedo decepcionar a la gente.

—Apoyaré cualquier decisión que tomes, siempre y cuando sea tuya. No de tu padre o de tu prometido y, obviamente, tampoco mía. ¿Me entiendes?

Violet asintió.

George le dio un abrazo efusivo.

—Y no dejes que mi hermano te moleste. Solo está de gruñón porque hiciste algo que él no pudo hacer. Ya le dije que también te debe una disculpa.

—No me molesta y no me debe nada. —Ella tampoco había sido exactamente un modelo de gracia.

—Si tú lo dices. —George se enderezó—. Voy a terminar y luego volveremos.

—Claro.

Violet se inclinó y reorganizó las herramientas, que no necesitaban ser reorganizadas. Sentía esa familiar inquietud que, hasta ese momento, nunca la había seguido hasta ahí.

—Debería haberte dado las gracias.

Violet levantó la vista y encontró a Henri agachado a su lado, apoyándose con una mano en la borda. Su expresión oscilaba entre la hostilidad y la pena.

—¿Qué?

—Mi hermana tenía razón. La palabra que estaba buscando era *gracias*. Gracias por arreglar el motor, otra vez. Perdón.

—Oh, no tienes que disculparte porque George lo dice.

—No es por eso. Me estoy disculpando porque quiero.

Había recibido dos disculpas en tan solo unos minutos y ninguna de las dos le parecía justificada.

—Disculpa aceptada, entonces.

Henri no se movió.

—¿Pasa algo?

—Tengo algo para ti. —Le tendió un paquete envuelto de forma sencilla con papel café y atado con un cordel. Por fuera, parecía un libro.

Violet no lo tomo.

—¿Por qué?

—Por... ser una buena amiga para George. Y por ayudar a mi familia. Por ayudarnos a arreglar cosas. Has sido... eh... útil.

—¿Útil? Vaya, suena mejor que «privilegiada, consentida y rica».

—Admito que te juzgué con demasiada dureza cuando te conocí.

—Oh. —Violet sintió la tentación de seguir provocándolo, pero se contuvo—. No necesito ningún regalo. Mi amistad con George es regalo suficiente. Lo digo en serio.

—Toma el maldito paquete, princesa. Y creo que la palabra que estás buscando es *gracias*.

Violet ocultó una sonrisa y aceptó el paquete.

—Gracias.

—Ábrelo. —Un músculo se movió en la parte inferior de su mandíbula.

Violet desató el cordel con cuidado y retiró las capas de papel para descubrir un libro. Se quedó mirando la portada maltratada, por un instante, sin palabras. Levantó la mirada hacia Henri, quien la observaba con una expresión indescifrable.

Pasó la mano sobre la cubierta roja y blanca, que tenía el título impreso en letras grandes.

—*La Madona de los coches cama.*

—George me dijo que te gusta Maurice Dekobra.

—Sí.

—Lamento que sea un libro de segunda mano. Fue el que pude encontrar. Bueno, en realidad, fue lo que pude pagar —se corrigió.

A Violet se le había formado un inesperado nudo en la garganta, así que pasó saliva con dificultad.

—¿Ya lo leíste? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—Leí la contraportada y la primera página. No está escrito por Doyle, por supuesto, pero aun así parece una historia bastante buena —opinó Henri.

Violet asintió, horrorizada al descubrir que se le había nublado la vista.

—Gracias —susurró por fin—. Es lo más maravilloso que alguien me ha dado.

Henri resopló.

—Tienes un prometido que te da collares de diamantes.

Violet apretó el libro con más fuerza.

—Si te soy honesta, no me gustan los diamantes.

—Que George no te oiga decir eso.

—Tal vez se los dé a ella.

Henri se quedó callado por un momento.

—Un caballero excepcionalmente estúpido.

—¿Perdón?

—Es el título del primer capítulo. —Se frotó la cara con las manos—. Y la manera perfecta de describir a Leblanc, me parece.

—Eso no es justo, ni siquiera lo conoces. Y ya te dije que no quiero hablar de mi boda.

—Qué lástima, porque justo vamos a hacer eso. Tendría esta conversación con cualquiera de mis hermanas si se encontraran en la posición en la que tú estás.

—¿En la posición en la que estoy? —Las palabras se escucharon algo tensas—. ¿Esto fue idea de George? ¿Ahora es tu turno de decirme que no debería dedicar tanto tiempo a no decepcionar a los demás?

—¿Qué? —Parecía en verdad confundido—. No, no vine a decirte eso.

—¿Entonces qué?

Él la miró a los ojos.

—No te cases con él.

Violet estuvo a punto de dejar caer el libro que tenía en las manos.

—¿Perdón?

—No te cases con él.

—No sé qué te dijo George, pero...

—Si George estuviera en tu lugar en este momento, le diría lo mismo.

No te conformes con alguien que te reprime.

—Él no me reprime. De verdad, no lo hace.

Henri la miró con un semblante serio.

—Dime qué es lo que Leblanc más admira de ti.

Violet se enfureció y, por alguna razón, se sintió a la defensiva, pese a que era una pregunta sencilla.

—Él me hace muchos elogios.

—¿Por ejemplo?

—Esto es una estupidez...

—Dime aunque sea uno.

Violet dejó el libro en el asiento.

—Bien. Justo anoche, me dijo que me veía especialmente encantadora.

—Tú te ves encantadora todo el tiempo.

Violet señaló sus pantalones rotos en las rodillas y manchados de grasa, luego su blusa sin mangas a la que le faltaba un botón.

—Ay, por favor. No necesito que me hagas elogios falsos. Voy a seguir arreglando tu motor sin necesidad de que me adules.

Henri frunció el ceño y parecía que iba a iniciar una discusión, pero, tras unos segundos, su expresión se relajó y se cruzó de brazos.

—Una vez más, dime qué es lo que más admira de ti, princesa. Y que no sea tu apariencia.

Violet abrió la boca, pero la cerró enseguida; intentaba pensar en una respuesta que satisficiera a Henri. Los segundos pasaron.

—Que no puedas responder a mi pregunta es respuesta suficiente —puntualizó en voz baja—. También debería ser la tuya.

—No estás siendo justo —repitió ella, apretando los dientes.

—Es probable que no. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Tu risa.

—¿Qué?

—Tu risa hace sonreír a todos los que te rodean. Tu amabilidad es contagiosa con toda seguridad, por lo menos entre mis hermanas; si no me crees, pregúntale a George. Sabes escuchar, de verdad, incluso mi mamá lo comentó. Admites cuando te equivocas, lo que parece cualquier cosa, pero, en mi experiencia, muy pocas personas pueden hacerlo. Eres una mecánica talentosa y te iluminas cuando tienes que resolver un problema que te reta. Son las primeras cinco cosas que se me ocurren. Sin problemas, podría seguir.

Violet miró boquiabierta a Henri, perpleja. Le habría gustado acusarlo de mentir, pero su expresión era seria. Nadie la había descrito de esa manera. Trató de encontrar las palabras, pero se le había secado la boca.

—¿Qué les pasa? —preguntó Henri con disgusto.

Violet alzó la vista y tardó unos segundos en comprender que no se refería a ella. Más bien, estaba mirando hacia el agua con el ceño fruncido y la frente arrugada.

Violet siguió su mirada y vio dos lanchas de motor que surcaban el agua, levantando chorros de espuma al caer sobre las olas. Ambos botes eran modelos bajos y elegantes, fabricados con caoba pulida, con detalles cromados que brillaban bajo sol. Podía oírse el rugido de los motores a medida que se acercaban, zigzagueando de forma imprudente entre los veleros y los barcos de pesca; a su paso, dejaban estelas de agua en todas direcciones y hacían que las otras embarcaciones se balancearan peligrosamente.

—¡Malditos idiotas! —gritó George desde la proa—. ¡Bajen la velocidad!

Cada lancha tenía un conductor y un pasajero; cuando pasaron a toda velocidad junto a Violet, pudo oír que se reían maniáticamente mientras intentaban rebasarse el uno al otro. Henri maldijo, tomó un remo y lo clavó en el agua para girar la proa del barco pesquero hacia la estela que se acercaba. George se puso de rodillas para no caerse por la borda.

Violet se preparó para el vaivén y, entornando los ojos, miró las lanchas.

—Creo que es Gladys —murmuró. La pasajera del segundo barco tenía el cabello largo y rojizo, y se agitaba violentamente con el viento.

—¿Los conoces? —preguntó Henri.

—Creo que a una de las pasajeras —respondió, molesta. Los motores zumbaban cada vez más fuerte a medida que los barcos aumentaban la velocidad.

—Van a matar a alguien. Odio cuando hacen esto.

—¿Ocurre a menudo?

—Bastante. —Casi gritaban para oírse por encima del ruido—. No siempre son los mismos barcos, sino otros iguales. Usan a la flota pesquera como boyas para zigzaguear a toda velocidad sin considerar...

Un golpe espantoso resonó por encima del agua y el zumbido de los motores se apagó al instante. La primera embarcación había cruzado demasiado cerca de la que iba detrás, lo que ocasionó que la proa de la segunda lancha se enterrara en el costado de babor de la primera. Violet observó con horror pedazos de madera y astillas salir disparados al aire mientras los dos botes volcaban.

—Mierda —maldijo Henri—. Arranca el motor, princesa. George, voy a necesitar que conduzcas.

Henri echó el remo a un lado mientras Violet arrancaba el pequeño fueraborda, rezando por que de verdad lo hubiera arreglado. El motor tosió, chisporroteó y, por fin, arrancó; luego, Violet ajustó el acelerador. George se estaba trepando a la parte trasera del bote y tomó el lugar de su amiga para llevar el timón.

—Llévanos ahí rápido, pero con cuidado —le solicitó Henri a su hermana con firmeza—. Princesa, ve a la proa, tú serás sus ojos. Yo prepararé las cuerdas. Necesitamos sacarlos del agua. Si tenemos suerte, todos salieron volando; si no, va a estar feo.

Violet se agachó y avanzó a tientas mientras George giraba el timón y aceleraba. El pequeño barco saltó hacia adelante entre las olas. Otro barco de pesca estaba empezando a virar para brindarle ayuda a las embarcaciones volcadas, pero ellos llegarían primero.

—¡Dime qué ves, Vi! —gritó George detrás de ella.

Violet se inclinó sobre la proa mientras se acercaban. El primer bote apenas era visible por encima del agua, pero no se había hundido al fondo del mar porque seguía empalado por la otra lancha. Una mancha de aceite se

estaba extendiendo alrededor del casco del segundo barco; los arcoíris oscuros y grasientos creaban una sombra ominosa. A su alrededor, flotaban pedazos y piezas de las embarcaciones. Henri redujo la velocidad conforme se acercaban.

—No veo a nadie —exclamó Violet, buscando con desesperación sobre la superficie del agua—. No alcanzo a ver... ¡ahí! ¡A estribor! —Apenas pudo distinguir la cabeza de alguien que hacía esfuerzos débiles por mantenerse a flote.

—Ya lo vi. —George guió con destreza el bote mientras Henri enrollaba una cuerda. El bote se acercó despacio; luego, George apagó el motor. En un segundo, Henri se arrojó al agua y nadó hacia el hombre que se estaba ahogando.

—¡Lanza la cuerda! —gritó y Violet lo obedeció, enrollándose el extremo en las manos para asegurarla.

Henri alcanzó al conductor y le dio instrucciones concisas al tiempo que colocaba su brazo alrededor de los hombros del sujeto.

—¡Jálanos! —ordenó y Violet tiró de la cuerda, arrastrándolos hacia el barco de pesca lo más rápido que pudo. Llegaron al costado y Henri soltó al hombre—. Jala sus brazos. Tenemos que sacarlo del agua.

Violet y George se inclinaron por un lado del bote y sujetaron al hombre de las muñecas. El hombre gimió de dolor, pero Violet lo ignoró. Henri extendió una mano para sujetarse de la borda y, con la otra, tomar la parte posterior del cinturón del hombre. Con los dientes apretados, levantó al hombre fuera del agua mientras ellas lo jalaban con todas sus fuerzas. El hombre rodó por encima de la borda y cayó al fondo del barco de pesca, tosiendo y quejándose.

—¡Ayúdenos! —suplicó una voz aguda y llena de pánico que hizo que todos se giraran.

Dos mujeres, que se abrieron paso alrededor de los restos de la lancha, se aferraban al casco volcado. Cuando ellos llegaron, debían de haber estado del lado opuesto. Violet se concentró en la mujer que estaba más cerca; el cabello rojo oscuro le caía en espirales húmedas y enredadas sobre el rostro. Había tenido razón cuando la reconoció, pero no tenía idea de con quién estaba.

—¿Gladys?

La pelirroja se revolvió en el agua; la confusión y el pánico se expresaban en su rostro. Le tomó un momento concentrarse.

—Ayúdenos, por favor —sollozó—. Por Dios, Violet, tienes que ayudarnos.

Henri volvió a lanzarse al agua con el extremo de la cuerda en la mano y se dirigió hacia ellas. En pocos minutos, tenían a las dos mujeres en el bote.

No había rastro del cuarto hombre, el otro conductor.

Luego de varios minutos buscando en el agua y alrededor de los restos del naufragio, Henri, finalmente, regresó al bote. Violet y George lo ayudaron a subir; estaba exhausto y derrotado. George regresó a la popa y se esforzó con ahínco para volver a arrancar el motor. Al tercer intento, sus esfuerzos se vieron recompensados.

—¡Se está muriendo. Dios mío, se está muriendo. Tienes que hacer algo! —gritó Gladys.

Violet se giró y vio que Gladys estaba agachada sobre el hombre tendido en el fondo del bote. La segunda mujer estaba sentada en el banco de proa, acurrucada, llorando de forma histérica.

—Haz algo —gimió Gladys de nuevo—. Necesita ir al hospital. Se va a morir.

Violet palideció al ver la sangre que se había acumulado debajo del conductor rescatado, se extendía hacia afuera en tentáculos de color rosa pálido que se mezclaban con el agua. Hizo un enorme esfuerzo para agacharse a su lado; no hacía falta ser médico para ver la gravedad de sus heridas.

Tenía un corte en el pecho, profundo e irregular, que sangraba profusamente. Violet tragó saliva cuando se dio cuenta de que, bajo la piel y los músculos desgarrados, se veía un fragmento blanco que parecía una costilla rota. El hombre estaba inconsciente y tenía la cabeza de lado, con el pelo pegado a la frente y la piel mortecina pese al bronceado. Violet apartó la mirada.

—Llevaré el barco a la playa —comunicó George con seriedad, colocándose al timón—. Luego, podrías llevarlo al hospital en tu coche.

Violet asintió y sacó el trapo más limpio que encontró de su caja de herramientas.

—Toma —le dijo a Gladys—. Ponlo sobre la herida y presiona. Tienes que detener la hemorragia. —«Cuánta sangre», pensó con un estremecimiento.

Gladys negó con la cabeza.

—No puedo —sollozó.

—Está bien. —Violet presionó el trapo sobre la herida y se inclinó con todas sus fuerzas.

El motor aceleró y el barco de pesca volvió a avanzar a toda velocidad, rebotando sobre las olas.

—¿Y David? —sollozó la otra mujer—. Sigue en el agua. No podemos dejarlo, Gladys. No podemos. Tienes que encontrarlo. Tienes que salvarlo.

—¡Está muerto, tonta! —le gritó Gladys—. ¡Todo es culpa tuya!

—¡Yo no quería hacer carreras! —le gritó la otra mujer.

—Tú lo distrajiste...

—Cállense los dos —las reprendió Henri, enfadado. Seguía empapado y respiraba con dificultad.

Una multitud se había reunido en la playa cuando el bote llegó a aguas poco profundas. Algunos habían visto el accidente y querían echar un vistazo a las consecuencias.

—¡Apártense! —le gritó Henri a la multitud mientras su hermana volvía a apagar el motor. El bote llegó a la orilla. Pasó bruscamente al lado de Gladys y la otra mujer, ambas en silencio y, sin duda, conmocionadas; luego, sujetó al hombre herido por debajo de los brazos—. Levántalo de los pies, princesa —le indicó a Violet.

Ella se levantó, liberando la presión que había estado ejerciendo sobre la herida del pecho. De inmediato, más sangre brotó debajo del trapo. Sacaron al conductor del bote y uno de los curiosos se acercó a ayudarles.

—Dios mío, necesita una ambulancia —tartamudeó el hombre.

—No hay tiempo —jadeó Violet—. Lo llevaré en mi coche. Será más rápido.

—Ve con ella, Henri —instó George—. Yo me quedo en el bote.

—Sujétalo de los pies —le ordenó Violet al curioso y, para su sorpresa, el hombre no discutió. Tomó los pies del conductor mientras Violet corría a través de la playa y subía por el sendero hacia el acotamiento de la carretera donde había dejado su coche. Abrió las puertas traseras de par en par, luego el lado del conductor y se deslizó detrás del volante. El Citroën rugió al encenderse mientras Henri y el buen samaritano colocaban al hombre inconsciente en el asiento de atrás.

—Vamos, princesa —dijo Henri al subirse al asiento del copiloto, inclinándose sobre el respaldo para poder aplicar presión sobre la herida del hombre—. Conduce rápido. No creo que le quede mucho tiempo.

Violet puso el coche en marcha, pisó el acelerador a fondo y condujo el Citroën por el camino de vuelta a la ciudad a toda velocidad.

,

Henri y Violet esperaron.

Para ellos, era impensable abandonar al hombre ensangrentado después de haberlo llevado al hospital, así que permanecieron ahí mucho después de que un médico y un pequeño grupo de camilleros sacaron al navegante herido de la parte trasera del Citroën y lo metieron al laberinto de pasillos con olor a antiséptico. La gente ignoró los pies descalzos y la ropa ensangrentada y empapada de Henri y Violet; el médico les agradeció que hubieran llevado al paciente al hospital tan rápido.

Un montón de personas también llegaron al hospital tiempo después; la mayoría tenía miradas frenéticas de preocupación. Violet supuso que eran familiares del hombre que habían llevado, o quizá del que no. Se arremolinaban en la recepción haciendo preguntas al personal del hospital y exigiendo respuestas. La ignoraron tanto a ella como a Henri.

Violet se sentía aliviada. La adrenalina de la última hora estaba desvaneciéndose y la idea de un baño caliente en una habitación tranquila era muy atractiva. Las palmas de las manos le punzaban porque la cuerda se las había quemado y le había sacado ronchas en la piel. También tenía las rodillas raspadas y en carne viva por estar hincada en el bote.

—¿Nos vamos? —preguntó Violet, apartándose del grupo de personas de ropa costosa. No conocía a nadie y no tenía interés en involucrarse en una conversación que, posiblemente, tampoco querían escuchar.

—Sí, creo que deberíamos irnos —murmuró Henri. Alguien le había dado una toalla y la tenía envuelta sobre los hombros descubiertos—. No creo que ninguna de esas personas quiera escuchar lo que tenemos que decir. —Había hecho eco de sus propios pensamientos.

Violet guio el camino hacia afuera; al salir, se detuvo y parpadeó bajo el fuerte sol de la tarde, tratando de recuperar la orientación. Sentía caliente el pavimento bajo las plantas de los pies, pero no era insoportable.

—Si sobrevive, será gracias a ti. —Henri se detuvo a su lado—. Por haberlo traído tan rápido.

—No solo gracias a mí, también lo ayudaron George y tú. Los dos mantuvieron la calma. —Exhaló con fuerza, disfrutando el aire fresco y el calor del sol que penetraba en sus huesos. Bajó la mirada hacia sus manos, cubiertas con vetas secas color óxido, y se las limpió en el frente de su blusa, todavía húmeda. Sus esfuerzos solo dejaron rayas descoloridas en la tela y no consiguieron limpiarle las manos. Se estremeció—. Vámonos de aquí. Te llevaré de vuelta y luego...

—¿Violet?

Se sobresaltó y se giró, sorprendida.

—¿Tino? ¿Q-qué haces aquí? —tartamudeó.

Tino estaba parado frente a las puertas del hospital. Iba vestido de forma impecable con un traje blanco, sin un cabello fuera de lugar, aunque estaba ligeramente agitado, como si hubiera estado corriendo.

—Me llamó Gladys —respondió—. Me dijo que habías tenido un accidente y que estabas en el hospital. Lloraba tanto que era difícil entenderle. Llegué lo más rápido que pude.

—No, no —lo tranquilizó Violet—. Fue Gladys la que tuvo el accidente. Yo solo estaba lo bastante cerca para ayudar.

—Entonces, ¿no estás herida?

—No. —Violet puso una mano sobre su brazo—. Gracias por venir.

Él miró hacia abajo, donde los dedos ensangrentados de ella descansaban sobre su manga, y, por primera vez, pareció advertir su apariencia.

—Tienes sangre —dijo con el labio ligeramente fruncido.

—No es mía. Es de...

—¿Qué traes puesto? Pensé que habías aceptado deshacerte de tus pantalones.

Violet miró su ropa.

—¿Dónde están tus zapatos? —Sonaba horrorizado—. Dios mío, Violet. ¡Estás en público!

—¿Qué? Tino, hubo un accidente. No tuve tiempo para cambiarme...

—Soy Henri. —Henri pasó al lado de Violet con la mano extendida—. Henri Chastain. Usted debe ser el prometido de la señorita St. Croix.

Tino miró la mano extendida y callosa de Henri, luego la toalla que le cubría los hombros bronceados y, finalmente, su cabello húmedo y con costras de sal. No hizo ningún movimiento para estrecharle la mano.

Violet frunció el ceño.

Henri se encogió de hombros y dejó caer el brazo a un costado.

Tino miró nuevamente a Violet, ignorando a Henri por completo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estabas cerca como para ayudar? No entiendo.

—Estaban haciendo carreras en Cap Roux y sus lanchas se estrellaron.

—Todavía no entiendo por qué estabas ahí —insistió Tino con impaciencia.

—Estaba en el barco de Henri cuando ocurrió el accidente. Estábamos suficientemente cerca para poder ayudarlos.

—¿En su barco? —Tino miró a Henri y a Violet de forma alternada—. ¿Haciendo qué, exactamente?

Violet retiró la mano de la manga de Tino; le disgustó mucho lo que insinuaba su tono.

—Estaba arreglando un motor —confesó con firmeza—. Su hermana también estaba ahí, ayudándome. —Su irritación aumentaba con cada minuto que pasaba. Aparte de la forma tan espantosa en la que había tratado a Henri, no parecía importarle que una persona hubiera muerto y que otra estuviera gravemente herida.

—Por Dios. —Tino se pellizcó el puente de la nariz con mortificación. Murmuró algo en voz baja y se quitó el saco. Echó un vistazo alrededor mientras acomodaba la prenda sobre los hombros de Violet—. Te llevaré a casa antes de que alguien te vea así.

Violet contuvo el repentino impulso de sacudirse el saco de los hombros.

—No es necesario. Me iré en mi coche...

—No me estás escuchando. ¿Sabes qué es lo que parece? Apareces aquí, vestida como una mendiga, en compañía de un timador medio desnudo. ¿Qué conclusiones crees que va a sacar la gente? Tenemos que irnos de aquí antes de que alguien te reconozca, o a mí.

—¿Perdón? —La irritación se convirtió en furia. El resentimiento se le asentó, pesado y grasiento, en la boca del estómago.

Tino arrugaba la frente.

—En algún momento, la policía querrá hacerte preguntas. Te vieron demasiadas personas como para mantener tu nombre fuera del informe. Tenemos que inventar una historia que explique por qué estabas en el lugar del accidente. —Se metió una mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un clip para billetes. Desprendió varios y se los extendió a Henri.

—¿Para qué es eso? —preguntó Henri, que había permanecido en silencio durante toda la interacción, permitiendo que Violet hablara. Aunque, en ese momento, sintió curiosidad. No hizo ademán de aceptar el dinero que Tino le ofrecía.

—Para que te mantengas lejos de mi prometida y para que le digas a la policía lo siguiente cuando pregunten sobre el accidente, porque, eventualmente, lo harán. —Tino tenía la cara enrojecida—. Diles que Violet estaba en el bote con Gladys. Por lo menos, es creíble. Eso es mejor que la alternativa.

Violet estaba demasiado atónita como para responder.

Henri no tuvo el mismo problema.

—No —respondió amablemente—. No lo haré.

—Bueno. Diles que ella iba manejando por ahí y, de casualidad, vio el accidente.

—No.

Tino desplegó otro billete.

—Con que va a ser así, ¿verdad?

—Quédate con tu dinero, Leblanc. No me puedes comprar. —Miró a Violet a los ojos y ella sintió que la fuerza de sus palabras la recorría de los pies a la cabeza.

Tino cerró los dedos alrededor de los billetes, arrugándolos.

—Como quieras. —Devolvió los billetes a su bolsillo—. No importa si aceptas mi dinero o no porque no cambia nada. Tú no significas nada. Solo te vas a arrepentir de ser un poco más pobre de lo que pudiste haber sido hace un minuto.

Henri miró a Violet y a Tino con la mandíbula tensa.

—Hazlo —lo desafió Tino—. Golpéame. Ven por mí. Haré que te arresten. Te voy a destruir.

—Basta. —Violet, por fin, recuperó el habla—. Por Dios, ¿qué estás haciendo? —Alejó a Tino de Henri—. Te estás poniendo en ridículo —lo reprendió en voz baja.

—¿Que me estoy poniendo en ridículo? —masculló Tino con furia—. ¡Es el colmo! Sobre todo, considerando que intento solucionar un problema que tú creaste. —La señaló con el dedo—. Te han dado demasiada libertad, Violet. Tus acciones de hoy me hacen preguntarme si puedo confiar en que tomarás buenas decisiones en el futuro.

Violet sabía que tenía que decir algo, cualquier cosa, pero no podía hablar de nuevo. Otra vez experimentaba la sensación de aquella fatídica noche en el estudio de su padre, frente a la pila de novelas. Además de la ira y el resentimiento que pesaban en su interior, un pánico sofocante la embargaba de nuevo, así como la impresión abrumadora de que las paredes se derrumbaban encima de ella. Sin embargo, esta vez, no podía considerarla una reacción infantil. Esta vez, bajo la luz del sol, con sangre en las manos y las rodillas raspadas bajo los pantalones, le costaba creer que sus sentimientos fueran solo inmadurez.

La distrajo una conmoción cerca de la entrada del hospital. Tres hombres mayores y bien vestidos hablaban y gesticulaban con inquietud o quizá con entusiasmo. Uno de los hombres volteó hacia ellos.

—¿Leblanc? —preguntó el hombre, reconociendo a Tino. Tenía un sombrero de paja en las manos y lo hacía girar con movimientos bruscos—. Se me hacía que eras tú.

—Por Dios, lo que me faltaba —murmuró Tino. Saludó al hombre con un gesto de incomodidad y se colocó frente a Violet para ocultarla del escrutinio de su interlocutor, aunque el hombre parecían totalmente desinteresado en ella.

—¿Ya te enteraste? —preguntó el hombre.

—¿Sobre el accidente? Sí, yo...

—¿El accidente? —El hombre frunció el ceño—. No, no. Estoy hablando de que Alemania invadió Polonia esta mañana. Lo acabo de escuchar en la radio. Estamos en problemas.

Un escalofrío recorrió la piel de Violet.

—En cualquier momento, les declararemos la guerra a los bastardos —vaticinó otro hombre—. Qué inconveniente, maldita sea. Me imagino que afectará tus intereses en el norte, ¿no, Leblanc?

—Vete a casa de inmediato, Violet —gruñó Tino sin darse la vuelta—. Me reuniré contigo más tarde para que terminemos esta conversación. Y te recuerdo que tenemos una cena importante en unas horas, en caso de que te hayas olvidado de tus obligaciones sociales. Límpiate y, por favor, no hables con nadie sobre lo que pasó en el mar, ¿entendido? Yo me encargaré de eso. Pasaré a buscarte a las cinco. —Comenzó a caminar hacia los hombres, interceptándolos.

Violet retrocedía, pero se detuvo al sentir la presión de la mano de Henri sobre su espalda. Se giró para mirarlo.

Su expresión era sombría.

—Ya comenzó.

—Sí.

—Ya me voy —dijo Henri—. No soporto estar aquí.

—No, espera. Lo siento mucho.

—¿Por qué?

—Por Tino. No debió expresarse así sobre ti...

—No me importa lo que haya dicho de mí. Me importa la manera como te habló a ti. —Le dirigió una mirada dura—. Y a ti también debería importarte. Eres demasiado buena para él, princesa. Empieza a creértelo antes de que sea demasiado tarde.

Violet sintió que se iba a poner a llorar, así que reprimió el impulso con todas sus fuerzas. No podía derrumbarse en ese momento.

—¿Por lo menos puedo llevarte de vuelta...?

—Creo que lo mejor es que no lo hagas. —Henri miró por encima de su hombro hacia la entrada del hospital y al grupo de hombres que conversaba con urgencia—. Cuídate, princesa.

No le dio oportunidad de responder. Metió las manos en los bolsillos y se marchó con la despreocupada confianza de un caballero bien vestido que camina por el paseo marítimo.

No miró atrás.

Capítulo 9

1 de septiembre de 1939
Niza, Francia

Violet regresó a la villa, pero no de inmediato. Se dio un baño y se lavó la sangre y la sal de la piel y del cabello, aunque no se vistió para la cena. No habló con nadie sobre el accidente. Fue al estudio vacío de su padre, se sentó en el borde del escritorio y encendió la radio, que transmitía información ominosa. El hombre del hospital tenía razón: Francia le declararía la guerra a Alemania en los próximos días. No había duda.

—¿Qué haces aquí?

Violet se giró y vio a Tino en la puerta. Había cambiado el traje blanco por uno de gala negro con corbata de moño; también llevaba unos lustrosos zapatos de piel. Como siempre, se veía impecable.

Tino miró su reloj.

—Son las cinco y todavía no estás vestida.

—No —confirmó Violet—. No estoy vestida.

Él apretó los labios con irritación, pero, tras un instante, su expresión se relajó.

—Mejor así. Tenemos que hablar sobre lo que pasó esta mañana antes de que vayamos a cualquier parte.

—Estoy de acuerdo.

—Bien. Empezaré diciéndote que esto no puede volver a suceder.

—Sin duda, fue un accidente. Gladys y sus amigos fueron terriblemente imprudentes y tendrán que vivir con las consecuencias. Dudo que vuelvan a ser tan irresponsables.

Tino frunció el ceño.

—Estoy hablando de tu comportamiento.

—¿De mi comportamiento?

—Nos vamos a casar en tres semanas, Violet. ¿Ya se te olvidó?

—No, no se me ha olvidado, pero no entiendo qué intentas decirme.

—¿Te lo estás cogiendo?

Violet cruzó los brazos sobre su pecho.

—No seas vulgar.

—Esa no es una respuesta.

—No, no me lo estoy... No. —Respiró hondo—. ¿Eso es lo que realmente piensas de mí?

—Lo que piense realmente no importa, ¿o sí? Solo importa lo que parece. Es humillante y no lo voy a tolerar.

Violet cerró los ojos por un momento y se esforzó por mantener la compostura.

—Él es el hermano de mi amiga. Eso es todo.

—Ese tipo de personas no son tus amigos, Violet. Ese tipo gente, en el mejor de los casos, es la que contratamos como servidumbre. No confundas las cosas. No los volverás a ver.

El resentimiento no la había abandonado o desaparecido desde que regresó a casa, sino que se estaba convirtiendo en algo muy diferente. Ya no lo sentía estancado y pesado como un plomo, en ese momento subía por su pecho retorciéndose y ardiendo.

—No estoy confundida...

Tino levantó la mano.

—La buena noticia es que el anuncio sobre Alemania y Polonia ha dominado casi todas las conversaciones que he tenido hoy. Estamos mirando la guerra a la cara, así que es probable que este incidente pase desapercibido y se olvide sin más. Tienes mucha suerte de que esté dispuesto a fingir que este episodio jamás...

—Me ofrecí como voluntaria.

Tino frunció el ceño.

—¿Como voluntaria para qué?

—Para la Cruz Roja.

Tino se apartó del umbral y entró a la habitación.

—No digas tonterías. Ya hablamos de esto. Sé que parece algo noble y emocionante, pero no te vas a acercar a ninguna guerra si se da el caso. Es demasiado peligroso. Te lo prohíbo.

—Es demasiado tarde. Ya está hecho.

—Se puede deshacer —aseveró Tino rotundamente—. Créeme.

—No. Necesito hacer esto.

—Ay, por piedad, Violet. —Se pasó los dedos por el cabello y luego se lo alisó con cuidado para volver a dejarlo en su lugar—. ¿Es por el uniforme?

—¿Perdón? —Violet descruzó los brazos y se puso de pie al lado del escritorio.

Tino se ajustó las mancuernillas de las muñecas.

—«Los uniformes son muy atractivos» —dijo, imitando un falsete—. «Imagínate a todos los hombres que nos van a adorar».

—Yo nunca he dicho algo así.

Tino resopló.

—He oído a todas tus amigas hablar de eso: Lydia, Florence y Gladys también.

—Ellas no son mis amigas. —Era la primera vez que decía esa verdad en voz alta.

—Por supuesto que son tus amigas. Tendrás que rodearte de la gente adecuada si esperas lograr gestionar alguna vez nuestro calendario social cuando estemos casados. No importa si no te caen bien. —Levantó la mirada de los puños de su camisa—. Ahora ve a cambiarte.

—A mí no me interesa el uniforme, Tino.

—Ay, por el amor de Dios. Si quieres ayudar, organiza una venta de pasteles. Teje unos calcetines. Haz unos vendajes o algo así. No creo que tengas idea de en lo que te estás metiendo, pero te garantizo que no estás hecha para eso.

Violet torció el cinturón de su bata.

—Te equivocas.

—Mira, elogio tu preocupación, pero la guerra es muy fea, Violet, y no es algo en lo que debas involucrarte. Confía en mí: estas cosas están más allá de tu entendimiento y de tu comprensión. Yo sé lo que es mejor para ti. —Le dio una palmadita en el brazo—. Ahora, sé buena y sube a ponerte algo apropiado para nuestra cena. El Dior amarillo, creo. Ya vamos tarde.

—No.

Tino parpadeó con asombro, como si Violet lo hubiera abofeteado de forma inesperada. Entornó los ojos.

—¿Cómo dices?

—Dime, Tino, ¿qué es lo que más admiras de mí?

—¿Qué?

—Ya me oíste.

—No lo puedo creer. ¿Estás buscando elogios? ¿Perdiste la razón además del buen juicio?

—Solo quiero saber. Dime una cosa que admires.

—No tengo tiempo para esto. No tenemos tiempo para esto.

Violet hizo un moño con el cinturón de su bata.

—Una sola cosa, Tino.

—Bueno, eres muy bonita.

—Nada de mi apariencia. ¿Qué te gusta de mí?

—Esto es tan absurdo. No voy a participar de tu juego. Sube a cambiarte en este momento o me iré sin ti. Les diré a todos que tienes dolor de cabeza. Tal vez sea lo mejor de cualquier modo.

Violet deslizó las manos por su bata. Ya tenía su respuesta. Tragó saliva para aliviar el ardor que sentía en la garganta.

—No voy a organizar una venta de pasteles.

—¿Qué?

—No voy a organizar una venta de pasteles ni a tejer calcetines; no porque esas cosas no sean valiosas, sino porque voy a formarme como enfermera. El hecho de que no tenga experiencia no significa que no pueda aprender.

Él soltó una carcajada, un sonido insensible y burlón.

—No durarías ni un día en un hospital.

—No lo sabes.

—Por Dios, Violet, deja de ser estúpida. Te da miedo la sangre. Ni siquiera te gusta vendar tus propias ampollas.

«Ni siquiera me agradas», el pensamiento irrumpió en su mente con absoluta claridad.

El confuso infierno de ira, amargura y resentimiento que tanto había hecho arder sus palabras se enfrió abruptamente. Una certeza tranquila y templada reemplazó el caos.

Se suponía que este hombre, con quien tenía programada una boda dentro de tres semanas —en una ceremonia que ella no había planeado, con un vestido que su madre había elegido y a la que asistirían personas que la juzgarían y con las que no sentía una conexión real—, debía ser su mayor apoyo. Se suponía que él debía ser el compañero con quien construiría una vida, si no por amor, por lo menos por satisfacción y estrategia.

«Ni siquiera me agradas».

Que sintiera satisfacción parecía demasiado. Ante sus ojos, se desplegó una visión de cómo sería su futuro unida a alguien que no le agradaba y que mucho menos amaba, como si estuviera viendo una película en tonos grises y sin sonido.

Con movimientos seguros y precisos, se quitó el diamante del dedo.

—¿Qué demonios estás haciendo, Violet? —Tino la miraba, boquiabierto.

—Esto no me pertenece. —Le dio el anillo—. Lo correcto es que te lo devuelva.

—No seas ridícula. —Sus mejillas estaban completamente ruborizadas por la furia—. No voy a aceptarlo de vuelta solo porque estás haciendo un berrinche. —Se cruzó de brazos—. Ahora, domínate, vístete y encuéntrate conmigo abajo. Hay gente importante esperándonos.

Violet se encogió de hombros. Todas las emociones que había sentido ceñidas a ella durante tanto tiempo —la ira, la amargura, el resentimiento, la infelicidad— se habían ido; las había liberado, desatado, y ya no la arrastraban. En su lugar, había una intensa y salvaje sensación de libertad, junto con una cantidad considerable de terror. Abrazó ambas emociones porque eran estimulantes.

Dejó el anillo en la esquina del escritorio.

—Jamás debí haberlo aceptado en un principio. Me disculpo por eso, pero no me disculpo por ninguna otra cosa.

—No sabes lo que estás haciendo —espetó Tino—. Aparte de ponerte en ridículo a ti misma, y a mí, pero no permitiré que me humilles, Violet.

—La buena noticia, Tino, es que el anuncio sobre Alemania y Polonia dominará casi todas las conversaciones, así que es probable que este incidente pase desapercibido y se olvide sin más. —Usó sus propias palabras—. Además, las personas que nos están esperando seguro están demasiado preocupadas por lo difícil que será comprar caviar si vamos a la guerra. No querrán hablar sobre mí. Se quejarán del inconveniente de comprar un vestido nuevo o un frasco de Je Reviens si Alemania fija su mirada en Francia a continuación. Aun así, llegarán a las fiestas con diamantes y pieles, se molestarán porque las luces son demasiado brillantes y pedirán que bajen las cortinas cuando se ponga el sol.

—No hagas esto, Violet —gruñó Tino—. No tomes una decisión precipitada de la que te vas a arrepentir.

—No estoy tomando una decisión precipitada. Estoy tomando una decisión que debí haber tomado hace mucho tiempo. —Violet entrelazó las manos, sintiéndose casi ebria por esa verdad—. Hay muchas otras mujeres de familias adineradas que se adaptarán mucho mejor a tus necesidades. —Caminó con pasos firmes hacia la puerta—. Ya sabes dónde está la salida, Tino. En verdad, te deseo lo mejor.

Él se abalanzó sobre ella y se detuvo a solo un suspiro de distancia. Violet no se inquietó y se maravilló un poco de eso. No hacía mucho tiempo se habría sobresaltado.

—¿Estás eligiendo... al bastardo sin un centavo del hospital por encima de mí? —Tenía el rostro rojo de ira.

—No lo estoy eligiendo a él —dijo Violet con voz clara—. Me estoy eligiendo a mí.

—Piénsalo muy bien. —Tino la apuntaba con el dedo a solo unos centímetros de su rostro—. Tu padre y yo establecimos un acuerdo. Tu padre prometió que te desheredaría si seguías comportándote de esta manera y él no hace promesas vacías. No va a tolerar que lo desobedezcas. Dejarás de ser su hija. Lo sabes.

Por un momento, Violet vaciló antes de enderezarse.

—He tratado de complacer a mi padre toda mi vida y, para él, no he sido más que una decepción. Supongo que debería estar agradecida de ser libre de dejar de intentarlo. —Sus palabras sonaban confiadas, aunque no se sentía tan valiente, pero eso no las hacía menos verdaderas.

Él dejó caer la mano.

—Estás tirando todo por la borda, Violet. Tus amigas también te retirarán de sus vidas. Si me dejas, serás una paria hasta el día de tu muerte; yo mismo me aseguraré de ello.

—Hazlo, Tino. Hazme lo más pequeña posible para que tú puedas seguir siendo grande. Es lo que habrías hecho de todos modos, pero, por lo menos, no estaré ahí para verlo.

—No te atrevas a darme la espalda, Violet.

—Nos habríamos hecho miserables el uno al otro, Tino. Yo no soy lo que tú quieres. Y tú tampoco eres lo que yo quiero.

—No vas a durar ni un día —se burló—. Renunciarás antes de empezar. No tienes lo que se necesita. No eres lo suficientemente valiente ni fuerte ni inteligente. ¿Crees que las clases de tenis o de baile o la capacidad de elegir el tenedor de postre adecuado te van a servir para algo? ¿Que te van a preparar para una guerra? —Tino se rio—. No eres más que una niña mimada que ha leído demasiadas novelas que le llenaron la cabeza de sueños tontos y la han incitado a tomar decisiones impulsivas.

Violet se detuvo en el marco de la puerta.

—Por lo menos son mis sueños y mis decisiones.

Capítulo 10

*8 de febrero de 1940
Kuhmo, Finlandia*

—La sangre del suelo no se va a limpiar sola, enfermera St. Croix.

Violet se asustó y estuvo a punto de dejar caer el cepillo que tenía en las manos. Miró por encima de su hombro a la jefa de enfermeras, Michlen, quien la fulminaba con la mirada desde la puerta, con las manos apoyadas en las caderas.

Violet volvió a lo suyo y reanudó sus esfuerzos, parpadeando para apartar el cansancio. Hacía horas que había terminado su turno, pero estaba cumpliendo un castigo por haber desperdiciado una caja entera de vendas en un paciente que no sobrevivió ni treinta minutos una vez que llegó al hospital. Tras el suceso, la reprendieron por desperdiciar los limitados recursos, pero, sobre todo, por su incapacidad para realizar las evaluaciones de triaje más simples. Después, le ordenaron que fuera a la cocina de la escuela —que se utilizaba como quirófano en ese momento— a limpiar los gruesos, pegajosos y costosos charcos de sangre de las baldosas antes de que cayera la noche y llegara la siguiente oleada de pacientes de los puestos de primeros auxilios.

La enfermera Michlen resopló desde la puerta.

—Deberías ahorrarte a ti misma y al resto de nosotros las dificultades y renunciar, St. Croix —le aconsejó. Su inglés, el idioma que fungía como puente entre los suecos y los finlandeses y todas las otras nacionalidades que pasaban por ahí, era tosco y abrupto.

Violet dejó el cepillo a un lado y enjuagó el piso con un balde medio lleno de agua fría.

—No.

—No estás hecha para esto —añadió.

—Voy a mejorar.

—Entonces, trabaja más rápido, St. Croix. Ya casi es de noche.

—Sí, enfermera Michlen.

La jefa de enfermeras resopló y luego se escuchó el golpeteo de sus botas avanzando por el pasillo.

Las últimas palabras que Tino le dijo resonaron con fuerza en su cabeza: «No vas a durar ni un día».

Violet flexionó los dedos, que estaban rojos y cortados por el frío y el trabajo. En días como ese, le era difícil acallar las voces que la hacían dudar. También le era difícil recordar que no hacía esto para demostrarle a Tino o la enfermera Michlen que estaban equivocados, sino para demostrarse a sí misma que podía hacerlo.

Sin embargo, la enfermera Michlen tenía razón en una cosa: ya casi oscurecía y con el refugio de la oscuridad, ocultos de la constante amenaza de los bombarderos rusos, llegaría una nueva afluencia de heridos. Volvió a tomar el cepillo y se puso a trabajar.

El piso no estaba del todo limpio cuando llevaron a los primeros pacientes al quirófano, pero al menos ya no estaba pegajoso. Violet se escabulló con el cepillo y el balde, inadvertida y exhausta. Dejó ambas cosas en el pasillo de la escuela y regresó a las aulas que se utilizaban como pabellones. Buscaría su propio catre en breve, pero necesitaba revisar a uno de sus pacientes antes. Era verdad que no era hábil para poner vendajes, evaluar heridas o para ninguna otra de las tareas que el resto de las enfermeras parecían dominar, pero era una buena compañía para las almas atrapadas en ese lugar, heridas, asustadas y solitarias.

Entró en la tercera habitación de la derecha. Tembló debido al aire frío que se colaba mientras se movía con cuidado entre las filas de camas. La mayoría de los hombres dormitaba en la temprana oscuridad del invierno; otros aún estaban despiertos. Se esforzó por saludar y sonreírle a cada uno de ellos de camino hacia la última cama, donde su sonrisa se desvaneció.

El hombre que yacía bajo la áspera manta de lana tenía los ojos cerrados, el rostro pálido, demacrado y cubierto por una espesa barba gris.

El paciente que había ocupado esa cama en la mañana apenas tenía dieciocho años. Violet no reconocía a este hombre.

—¿Dónde está el soldado Virtanen? —le preguntó a otra enfermera que pasó apresuradamente con los brazos llenos de mantas.

La enfermera se detuvo y miró a Violet con aire apurado, aunque compasivo.

—Lo... trasladaron —le informó con cautela, en un inglés con fuerte acento, mirando a su alrededor.

—¿Adónde? —preguntó Violet—. ¿Lo enviaron a casa?

La enfermera frunció el ceño y negó ligeramente con la cabeza.

Violet parpadeó y sintió que el corazón se le caía a los pies. La otra enfermera siguió su camino hacia la puerta. Violet, con un nudo en el estómago, corrió para alcanzarla y esperó hasta que llegaron al pasillo para hablar.

—No entiendo —le dijo a la enfermera, que estaba apilando las mantas en un carrito con ruedas.

La enfermera se encogió de hombros.

—Lo siento. Las heridas de metralla son impredecibles.

—Pero lo vi esta mañana. Había escrito una carta para su familia y le dije que le ayudaría a enviarla por correo. Estaba mejorando.

La enfermera terminó de acomodar las mantas y se puso detrás del carrito.

—Sepsis. Puede surgir de repente y progresar muy rápido. No hay mucho que podamos hacer; tú lo sabes. —Le dio a Violet una palmada en el brazo—. No puedes encariñarte; eso también lo sabes. Los tratamos y pasamos al siguiente.

—No me había encariñado. Yo solo... —Violet se interrumpió, sintiéndose miserable. No tenía sentido mentir. Se había encariñado y esa enfermera tenía razón. Sabía que no debía hacerlo—. ¿Le dio la carta a alguien antes de morir?

La enfermera se encogió de hombros de nuevo.

—No lo sé. Lo siento. A veces dejan las cosas personales envueltas con los cuerpos. Podrías ir a ver. —Volvió a mirar a Violet con compasión, luego empujó el carrito y comenzó a avanzar por el pasillo.

Violet se apoyó contra la pared, luchando contra el impulso de llorar. Que el soldado Johannes Virtanen —de dieciocho años, con una madre, un padre, tres hermanitas y un caballo fiordo que se llamaba Halla— hubiera muerto no lo hacía especial. Muchos de los pacientes que llegaban a ese hospital morían. Violet lo entendía; simplemente, no podía acostumbrarse.

Tal vez la enfermera Michlen tenía razón. Tal vez no estaba hecha para esto.

,

Violet encontró al soldado Virtanen en el cobertizo del otro lado del patio de la escuela, esperando que lo transportaran a dondequiera que estuvieran enterrando a los muertos. Estaba junto a otros seis cuerpos y, a la luz de la luna helada, su piel era de un blanco ceroso, casi tan pálida como la nieve que los rodeaba. Tenía los ojos cerrados y las líneas de dolor habían desaparecido, pero ese pequeño consuelo no servía para ocultar lo terriblemente joven que era. Le quitaron la ropa que llevaba puesta y lo envolvieron en una sábana delgada que dejaba entrever la gruesa venda que le cubría la herida abdominal.

Violet encontró la carta dirigida a su familia escondida entre las vendas, al lado de sus costillas inferiores, junto con la gastada fotografía de sus padres que él le había mostrado una vez. Dejó la fotografía donde estaba, pero sacó la carta y la guardó en el bolsillo de su abrigo. En ese momento, era casi imposible enviar correspondencia, pero encontraría la manera de cumplir la promesa que le había hecho.

Cerró la puerta del cobertizo y apoyó la frente contra las tablas rugosas. Ignoró el frío que se colaba por debajo de su abrigo y a través de las suelas de sus botas. De todos modos, en el hospital siempre hacía frío. No podían arriesgarse a calentarlo durante el día y que el humo de las chimeneas atrajera la atención de un bombardero ruso.

Violet se dio la vuelta, se recargó contra el cobertizo y miró al cielo, enmarcado por las nevadas siluetas de los árboles de hojas perennes que se erigían a su alrededor como centinelas silenciosos. Su aliento se elevaba en

nubes cristalizadas en la perfecta quietud. Quería gritar de frustración o tal vez patear algo.

No hizo ninguna de las dos cosas porque no habrían cambiado nada.

Violet se enderezó al escuchar el sonido de la nieve crujiendo bajo unos pasos.

—¿Vi? —Una figura, abrigada contra el frío, se perfiló en el claro.

—¿George? ¿Qué haces aquí afuera? —preguntó Violet—. ¿No se supone que tu turno está por empezar?

—Sí, pero supe lo del soldado Virtanen. —George atravesó el claro y envolvió a Violet en sus brazos—. Lo siento mucho. —Tenía la bufanda escarchada bajo las mejillas, se echó hacia atrás para mirarla—. Vine a ver si estabas bien.

La compasión de su amiga, de alguna manera, hacía que se sintiera peor.

—Estoy bien.

—Te conozco y no te creo —objetó George con voz suave.

—Estaré bien, de verdad. Ya sé que no debo involucrarme tanto.

—Te importaba, Vi. Eso no es malo.

Violet suspiró y su aliento nubló el aire; se alejó de George.

—Deberías volver a entrar antes de que llegues tarde y la enfermera Michlen te ponga a fregar pisos a ti también. Sería un terrible desperdicio de tus talentos. Esta noche llegarán otros ochenta o tal vez cien heridos de los puestos de primeros auxilios. No les haría ningún bien que estés aquí jugando a ser mi niñera.

—Ay, Vi. —George entrelazó su brazo con el de Violet—. Hay una razón por la que elegimos hacer esto juntas; venir aquí las dos. Nada es fácil, pero tener una amiga hace que lo difícil se vuelva soportable. Que estés aquí ha hecho que estos meses lejos de casa sean llevaderos.

Violet percibió el ligero temblor en la voz de George.

—No puedo ni imaginarme cuánto debes de extrañar a tu familia. ¿Les has escrito?

—Les escribo casi todos los días, a mi familia o a Henri, aunque no hay manera de enviar las cartas, pero me hace sentir que seguimos conectados. —Hizo una pausa, como si estuviera decidiendo si debía continuar o no—. ¿Sabes? Tú también podrías escribirle a mi familia, incluso a Henri. Ellos te responderían.

Violet sabía que George se lo ofrecía con generosidad, pero, aun así, sintió un vacío en el pecho y dolor de estómago. Sus padres no le habían vuelto a hablar desde el día en que se ofreció como voluntaria. Le habían devuelto sus primeras cartas sin abrir. Tino tenía razón: su padre cumplió su promesa de desheredarla.

—No creo que tu hermano necesite o quiera una carta mía. —Violet levantó la vista hacia las copas de los árboles. No había vuelto a ver a Henri desde aquel día en el hospital. George le contó que esa tarde fue a alistarse y, al día siguiente, se fue de Niza—. Él los tiene a todos ustedes.

—Tú también nos tienes a todos nosotros —aclaró George—. Creo que todo el mundo necesita tantos recordatorios como sea posible que hay personas que se preocupan por ellos. En especial, cuando el futuro es tan incierto.

Violet pensó en la carta que tenía en el bolsillo y la asaltó una nueva oleada de debilitante tristeza.

—El soldado Virtanen tenía solo dieciocho años. Ni siquiera tuvo la oportunidad de vivir, de construir su propia familia.

—Lo sé. Pero Vi, no los puedes salvar a todos.

—No puedo salvar a nadie —A Violet se le quebró la voz—. Soy una pésima enfermera.

—No eres una pésima enfermera. Los pacientes mueren. Nos sucede incluso a los mejores, a pesar de todo nuestro esfuerzo. Ve por algo de comer y duerme un poco, tal vez te sientas mejor...

—No, yo... no puedo... —Violet cerró los puños con los guantes puestos e hizo una mueca cuando el dolor de sus manos agrietadas le recordó el merecido castigo que acababa de completar—. Ni todo el descanso del mundo podría cambiar mis incapacidades.

—Eres demasiado dura contigo misma...

—No lo soy y lo sabes.

—Vi...

—¿Te acuerdas que una vez en el entrenamiento dejé que un paciente se despertara durante una cirugía? —preguntó Violet; dejaría que su frustración reprimida, su impotencia y su autocompasión se desbordaran—. Me daba tanto miedo matarlo que no pude administrarle el cloroformo y el éter necesario. No le puse suficiente y, cuando se despertó y empezó a agitarse sobre la mesa con las entrañas expuestas enfrente de la vista de todos, me paralicé.

Uno de los cirujanos tuvo que operar la máquina. —Violet respiró de forma entrecortada; el frío le quemaba los pulmones—. El olor de una herida infectada me da náuseas —continuó—. No sé si pongo los apósitos y vendajes demasiado apretados o flojos. Me cuesta trabajo usar una aguja. No sé si mentirles a los pacientes o decirles la verdad cuando me preguntan si se van a morir. Paso cada hora sintiéndome inútil. Incompetente. Impotente. —Se detuvo, la humillación superó abruptamente todas las demás emociones y puso fin a su diatriba—. Lo siento.

—No lo sientas.

—Es que... te observo y tú eres increíble. Siempre sabes qué hacer. Todos los días te desenvuelves con completa confianza y total autoridad, tanto en el hospital como en el campo. Siempre oigo que las enfermeras y los soldados hablan de lo valiente que eres.

George bajó la cabeza.

—Ojalá fuera más como tú. Yo no soy valiente.

—No es verdad. —George hundió en la nieve la punta de su bota.

—¿Qué?

—No siempre sé qué hacer y no siempre tengo confianza. Muchos días solo he sentido terror y la misma impotencia e incapacidad que tú.

—No te creo. —Violet apoyó la cabeza en el hombro de George—. Creo que solo intentas hacerme sentir mejor.

George guardó silencio por un momento.

—¿Te acuerdas de cuándo llegamos aquí?

—¿Hace diez minutos?

—No a este claro, sino a Finlandia.

—En enero. —Parecía que hubiera pasado toda una vida desde que se ofrecieron como voluntarias para acompañar a las fuerzas armadas francesas que habían sido enviadas a sumarse a la lucha contra los invasores rusos.

—Has tenido mucho tiempo para renunciar. Podrías haber vuelto a casa en cualquier momento. Otros lo han hecho.

—No voy a renunciar.

—Estás haciendo tu mejor esfuerzo y eso es mejor que lo que hacen quienes nunca lo intentaron. O los que se rindieron cuando las cosas se pusieron difíciles...

—¿Enfermera Chastain! —El nombre de George resonó en el claro, extrañamente amortiguado por la nieve.

—Te dije que no llegarás tarde. —Violet empezó a empujar a George hacia la escuela—. Michlen te está buscando.

—No es Michlen. —George frunció el ceño.

—¿Enfermera Chastain? —La urgente llamada rompió el silencio, ahora mucho más cerca.

Un hombre pequeño con lentes y un abrigo que se había puesto apresuradamente sobre el uniforme se detuvo en la nieve, tambaleándose. Uno de los empleados militares, pensó Violet, aunque no recordaba su nombre.

—¿Sí? —preguntó George.

—La carretera que lleva a uno de nuestros puestos de primeros auxilios fue bombardeada —informó el hombre rápidamente—. Alcanzaron a dos de nuestras ambulancias. Me dijeron que usted es la única enfermera de este hospital con experiencia en campo. Necesito saber si puede...

—Por supuesto que iré. —George ya caminaba rápido en su dirección—. ¿Y los conductores?

Violet la siguió sobre la nieve compactada.

—No sé. Suponemos que están muertos. No estoy seguro de que las ambulancias sigan funcionando. El informe que me dieron solo dice que todavía hay pacientes con vida.

—No permanecerán vivos durante mucho tiempo si los dejamos en el frío, ¿verdad? Tendremos que darnos prisa.

—Debo decirle que es bastante peligroso ahí fuera, enfermera Chastain. —Caminaba velozmente al lado de George—. Aparte de los bombarderos rusos, podría haber artillería o francotiradores o...

—Sí. —George lo interrumpió—. Soy consciente. Todos los días veo a hombres destrozados por uno o más de esos riesgos. Todos los días, intentamos volver a armarlos.

El oficial tropezó con una raíz que sobresalía de la nieve.

—Claro.

George llegó al hospital.

—¿Dijo que fueron dos ambulancias?

—Sí. Es imperativo que las recuperemos si es que pueden salvarse. Por desgracia, ya contamos con pocas ambulancias. No podemos, bajo ninguna circunstancia, abandonarlas a los rusos.

—Entonces va a necesitar conductores, además de botiquines de primeros auxilios para los pacientes que quizá hayan sobrevivido.

—Los botiquines ya están listos. —El hombre se apresuró para seguirle el ritmo a George mientras ella caminaba por los pasillos del edificio—. Mi asistente está buscando a más conductores de ambulancias ahora mismo. Tendremos que esperar a que regrese.

—¿Esperar? ¿Cuánto tiempo? —La pregunta de George resonó en las paredes.

El oficial se encogió de hombros con impotencia.

—No lo sé. No hay muchos hombres aquí que tengan experiencia con vehículos que no sean tirados por caballos.

—No podemos esperar. —George se detuvo sin previo aviso y jaló a Violet con brusquedad hacia adelante—. Ella es la enfermera St. Croix y está certificada para conducir ambulancias.

El oficial miró fijamente a Violet.

Violet le devolvió la mirada.

—¿Es verdad? —le preguntó.

—¿Sí? —respondió Violet, casi en un susurro.

George le dio un codazo.

—Sí —repitió Violet en voz alta.

—Mejor —murmuró George—. Ella conducirá si es que queda alguna ambulancia recuperable y me enseñará cómo hacerlo si hay dos.

—No lo sé —comentó el oficial con gotas de sudor en la frente—. Es una situación muy irregular. Por lo general, no permitimos que las mujeres...

—¿Quiere que sus soldados heridos mueran o que los traigamos aquí? —preguntó George—. Usted decide.

—De acuerdo, eh... Que los traigan aquí, por supuesto.

—Me alegro de que estemos de acuerdo. ¿Dónde están mis botiquines?

El oficial miró a las dos mujeres y, por un momento, Violet pensó que iba a seguir discutiendo. Sin embargo, lo único que dijo fue:

—Por aquí.

Era verdad que la carretera había sido bombardeada.

Bajo la luz fantasmal, podían verse profundos cráteres esparcidos por el paisaje plateado y restos de árboles destrozados que yacían hechos añicos como cerillos quemados. La sección de la carretera que habían alcanzado las bombas se había desintegrado y convertido en un profundo agujero de tierra helada y escombros, iluminado en algunos lugares por pequeñas brasas. Las dos ambulancias que habían ido a buscar estaban ladeadas de forma irregular a un lado de la carretera. Una de las ambulancias había sido impactada por las bombas, pero, al parecer, la otra estaba en buenas condiciones. La ambulancia más cercana era la que había quedado reducida a un esqueleto ardiente de metal retorcido. Las llamas emanaban en una columna de humo acre que se arremolinaba hacia el despejado cielo nocturno; inquietantes sombras anaranjadas parpadeaban sobre el lienzo de nieve.

No habría supervivientes en ese vehículo.

Sin embargo, la segunda ambulancia parecía intacta. Desde el exterior, no se veían daños considerables, aunque las ruedas delanteras estaban enterradas en la nieve. Las puertas traseras de la ambulancia estaban abiertas de par en par y un hombre estaba sentado, apoyado contra la defensa. Desde su asiento, Violet no podía distinguir si aún estaba vivo.

George ya estaba bajándose del trineo tirado por caballos que las había llevado hasta ahí y le gritaba órdenes al jovencísimo soldado que habían enviado con ellas para salvar lo que pudieran y transportar a los supervivientes que encontraran, en caso de que las ambulancias fueran una causa perdida. Violet bajó por el otro lado y, de repente, el miedo la paralizó. Hundió las manos en los bolsillos de su abrigo, odiando cómo temblaban. Miró hacia el cielo, sabía que, en algún lugar, había más bombarderos y los ayudaba la luz de la luna. Nunca se había sentido tan vulnerable en toda su vida. Atados en la parte delantera del trineo, los caballos pateaban el suelo y se movían con nerviosismo, como si ellos también pudieran sentir la amenaza inminente.

Un grito la sacó de su parálisis. En ese momento, el hombre que había estado sentado en la ambulancia se tambaleaba a través de la nieve, agitando un brazo. Llegó al borde de la carretera y cayó de rodillas. George y Violet corrieron hacia él.

Parecía ser un soldado. Estaba envuelto con un abrigo manchado de sangre, tenía una venda alrededor del cráneo y sobre un ojo y el brazo derecho en un cabestrillo.

—Ayuda —jadeó, sin aliento—. Tienen que ayudar. Llegarán pronto.

—¿Quiénes? —preguntó George.

—Los rusos, por aire o tierra. Detrás de nosotros, una compañía avanza hacia esta posición. No sé qué tan lejos, pero nos alcanzarán si es que los bombarderos no regresan para acabarnos antes.

Violet volvió a mirar el cielo y las oscuras sombras que los rodeaban. Casi la sofocaba la necesidad de salir corriendo, de huir por donde habían venido y volver a la relativa seguridad del hospital.

George parecía ignorar la posibilidad de peligro.

—¿Cuántos siguen vivos? —preguntó en cambio.

—Cinco —respondió el soldado con voz ronca—. Nuestro vehículo se salvó casi por completo.

—¿Casi?

—Creo que el conductor está muerto y uno de los heridos que estaba en la ambulancia conmigo se ve muy mal. No puede respirar. Los saqué a todos y los puse debajo de los árboles, donde los rusos no pudieran verlos si regresaban. —No podía pronunciar las palabras con rapidez—. La ambulancia es un blanco demasiado fácil donde está. Volverán para destruirla. El fuego los guiará directamente hacia nosotros, ya sea a la infantería o a los bombarderos; su objetivo es que la carretera quede intransitable. Intenté sacar la ambulancia, pero mi brazo... No pude.

—Shhh. —Lo tranquilizó George—. Hiciste todo lo que pudiste. —Lo tomó de la muñeca para medirle el pulso. Pareció satisfecha con los resultados—. ¿Dónde están los hombres que moviste?

El soldado vendado señaló hacia una depresión del otro lado de la carretera, oculta en su mayor parte por ramas bajas que habían sobrevivido al bombardeo.

—Están por ahí.

—Muy bien. Espera aquí —le dijo.

El hombre asintió débilmente.

—Ocúpate de la ambulancia, Vi —ordenó George enérgicamente—. Tienes menos de cinco minutos para evaluar el vehículo y determinar si puedes conducirlo. De lo contrario, usaremos el trineo. —Llamó al joven soldado que había llegado con ellas—. Ve con la enfermera St. Croix. Haz exactamente lo que te diga. Cuando ya no te necesite, encuéntrate conmigo. Tenemos que mover a los pacientes.

El joven soldado asintió y se veía igual de nervioso que Violet.

George se echó su botiquín médico al hombro.

—Voy a evaluar a los pacientes que sobrevivieron y ver a qué nos enfrentamos. Vayan —dijo y las últimas palabras las articuló con la fuerza suficiente para poner a Violet en acción.

Violet se apresuró hacia la segunda ambulancia, tambaleándose en el suelo irregular y respirando con dificultad. El hedor a carne y goma quemadas le llenó las fosas nasales. Al acercarse a la ambulancia, confirmó sus impresiones iniciales. La ventanilla del lado del conductor estaba destrozada, pero, aparte de los cristales rotos y de estar fuera de la carretera, había escapado de cualquier daño importante a la carrocería o al chasis. Si todavía funcionaba o no, era una cuestión completamente diferente.

Se abrió paso entre la nieve hasta la parte delantera del vehículo y abrió la puerta del conductor. El sujeto cayó sin vida de su asiento con el pecho del uniforme oscuro de sangre. Una gruesa rama de uno de los árboles destrozados había atravesado el parabrisas y se había hundido profundamente en el pecho del conductor. Violet maldijo y, de forma automática, revisó al hombre para comprobar si tenía pulso, pero el soldado herido de la parte de atrás tenía razón en su evaluación. Sujetó al conductor por los hombros del abrigo del uniforme, lo sacó por completo y lo arrastró por el suelo helado, lejos de la ambulancia.

Luego, se subió a la cabina y miró alrededor. El fuego de la primera ambulancia iluminaba el interior de la segunda con un brillo parpadeante y tenue, pero había suficiente luz para que Violet hiciera su evaluación: aparte de la ventana lateral rota y el parabrisas perforado y agrietado en la parte superior, la cabina parecía intacta. Conteniendo la respiración, encendió la ambulancia.

El vehículo tosió y se ahogó, aunque luego cobró vida con un rugido; el sonido del motor sonó demasiado fuerte en la quietud de la noche. Violet giró con cautela el volante hacia la izquierda y luego a la derecha, lo suficiente para estar segura de que la dirección también estaba intacta. Puso la ambulancia en

reversa y, lentamente, soltó el embrague, pero los neumáticos solo giraron en la nieve. Volvió a poner la palanca en neutral y se obligó a pensar en una solución.

—¿Está atascada? —El joven soldado la había seguido y se asomó por la puerta abierta mientras lanzaba miradas ansiosas a la oscuridad que los rodeaba.

Violet salió de la cabina.

—Sí.

—Entonces, deberíamos dejarla y alejarnos de...

—No, es demasiado valiosa. Transportaremos a estos hombres mucho más rápido con la ambulancia que con el trineo; además, no podemos dejarla en manos de los rusos.

—Pero y si los...

—¿Sabes manejar?

—¿Yo? No, no —tartamudeó el soldado—. Nunca lo he hecho, pero tal vez podría...

—Trae las cuerdas y desengancha los caballos —ordenó Violet—. Los usaremos para jalar la ambulancia y volver a la carretera. Hazlo rápido.

—Pero...

—Rápido —lo urgió Violet—. Cuanto más rápido lo hagamos, más rápido nos iremos.

El soldado tragó saliva de forma visible, pero asintió y se marchó rápidamente. Violet corrió hacia un lado de la ambulancia donde había una pala asegurada al costado, debajo de la cruz roja y blanca. Con destreza, la arrancó de sus amarres y se puso a trabajar. Cavó la nieve debajo de los neumáticos delanteros y del chasis lo más rápido que pudo.

El soldado regresó y enganchó los caballos a la defensa de atrás de la ambulancia. Violet arrojó la pala en la caja y cerró las puertas traseras para que no se cerraran de golpe y asustaran a los caballos una vez que pusiera la ambulancia en marcha.

—Hazlo con calma y cuidado —le ordenó al soldado mientras pasaba corriendo—. Dirige a los caballos en un ángulo para que podamos ir hacia atrás y mantener al menos un lado de las ruedas sobre la pendiente. En cuanto esté en terreno firme, puedes desenganchar a los caballos. Yo estaré en la cabina para guiar la ambulancia hacia afuera.

El joven soldado asintió, todavía mirando con ansiedad a su alrededor.

Violet regresó corriendo a la cabina de la ambulancia y se deslizó detrás del volante.

—¡Ahora! —les gritó por la ventana al soldado.

La ambulancia se sacudió y se meció y pudo oír que el hombre instaba a los caballos a avanzar. Mantuvo el volante fijo y la ambulancia subió centímetro a centímetro por la suave pendiente, de vuelta a la carretera.

—¡Ahí está bien! —gritó desde la cabina. Por debajo de sus manos, el motor de la ambulancia ronroneaba de forma alentadora. La puso en marcha y rodó hacia adelante con obediencia. Era un vehículo grande, pesado, y mucho más difícil de manejar que cualquier otro vehículo que hubiera conducido antes, pero lo resolvería. Pisó el freno y la detuvo.

George apareció en la puerta de la cabina.

—Se puede conducir.

Era una afirmación, pero Violet respondió de todos modos.

—Sí. —Violet volvió a salir de la cabina—. Subamos a los pacientes en la parte de atrás. Tú puedes venir conmigo y el soldado puede regresar con los caballos.

George la miró con curiosidad y asintió.

—Muy bien.

Estaban ayudando a subir al último paciente a la parte trasera de la ambulancia cuando oyeron el primer avión. Empezó como un zumbido distante y, al principio, Violet no entendió qué era hasta que un paciente con el abrigo ensangrentado les gritó una advertencia. Gritó en finlandés, así que ella no entendió lo que dijo, pero sí entendió la urgencia y el pánico en su voz.

Simultáneamente, la invadieron el entendimiento y un miedo helado.

Se volvió hacia donde el joven soldado estaba parado, congelado en la carretera, sosteniendo la cuerda de los caballos que todavía no enganchaba de nuevo al trineo.

—¡Saca a los caballos de la carretera! —le gritó Violet—. Entre los árboles. Lo más lejos posible del camino.

El soldado palideció.

—¡Ve! —le gritó de nuevo y él, finalmente, se puso en acción, llevando a los animales a la seguridad de las sombras.

—Los aviones estarán encima de nosotros antes de que podamos volver a bajar a los pacientes —advirtió George y, por primera vez en la noche, Violet escuchó miedo en la voz de su amiga—. Vamos a tener que apurarnos si queremos sobrevivir.

—Lo sé.

George cerró las puertas traseras de golpe y corrió hacia la puerta del pasajero de la ambulancia.

Violet dio la vuelta a toda velocidad y se subió al asiento del conductor. Puso la camioneta en marcha y se obligó a concentrarse para no ahogarla. Tenía que agacharse para ver a través de las grietas del parabrisas. El ruido del motor de la ambulancia sofocó temporalmente el sonido de los aviones que se acercaban. Violet avanzó lo más rápido que pudo, poniendo la mayor distancia posible entre ellos y la zona bombardeada. «La ambulancia en llamas es como un maldito faro», pensó. La luna llena, aunque le permitía ver por dónde iba la carretera, tampoco era una ventaja para ellos.

—¿Sabes lo que haces? —El paciente del abrigo ensangrentado y la cabeza vendada se había acomodado en la abertura interior detrás de ellas—. Deberíamos detenernos. No podemos manejar así.

Violet negó con la cabeza.

—Si nos detenemos, seremos una presa fácil para los bastardos de arriba.

La ambulancia ganó velocidad y los árboles pasaban zumbando a su lado en la oscuridad de plata. El aire frío que entraba a través de la ventana rota azotaba sus mejillas expuestas.

—¿Siquiera puedes ver algo? —le preguntó el hombre.

—Veo bien —le respondió Violet. Podía ver lo suficiente, así que no era exactamente una mentira. Cambió la velocidad, exigiéndole al motor todo lo que se atrevió.

—La verdad no pienso que...

—Ahora mismo, pensar no es tu trabajo —gruñó Violet—. Tu trabajo es dejarme hacer el mío, así que cállate, siéntate y sujétate de algo con fuerza, porque el camino se va a poner complicado.

Violet no volteó a verlo para ver si le había hecho caso, pues estaba completamente enfocada en la carretera que tenía por delante. Para ese momento, el zumbido de los aviones que se acercaban podía escucharse por encima del esfuerzo del motor de la ambulancia. No se atrevió a encender los

faros y sabía que iba demasiado rápido para las condiciones del camino, por lo que el vehículo se sacudía y rebotaba sobre el asfalto helado y lleno de baches. Pero, si podía avanzar un kilómetro más o tal vez dos, podría salirse de la carretera principal y esconder la ambulancia en uno de los senderos más discretos que había esparcidos alrededor del área del lago, donde los árboles se espesaban.

A su lado, George iba sentada seria y en silencio; las dos ignoraban los gritos de dolor y de alarma provenientes de la parte de atrás.

La primera bomba cayó en algún lugar detrás de ellos, con un ruido sordo y amortiguado que encendió la oscuridad y sacudió la ambulancia. George se sujetó de la puerta y Violet apretó los dientes, pero no disminuyó la velocidad. La segunda bomba detonó entre los árboles, del lado del pasajero y amenazó con volcarlos. Los árboles estallaron y una lluvia mortal de rocas y fragmentos de madera cayeron sobre la ambulancia. Violet soltó el acelerador mientras luchaba con el volante, cuidando no usar demasiada fuerza, para regresar el pesado vehículo del borde de la carretera al centro.

La tercera bomba cayó a un costado de la carretera enfrente de la ambulancia y Violet tuvo una breve visión de una erupción de tierra y fuego del lado del conductor antes de que todo se oscureciera frente al parabrisas. La ambulancia se estremeció y se tambaleó. Ella apretó las manos alrededor del volante con los ojos cerrados con fuerza y fijó en su mente una impresión de la carretera tal como la había visto unos segundos antes. Disminuyó la velocidad del vehículo un poco más y condujo por instinto, con el terror de que, en cualquier momento, el vehículo perdiera tracción y fuera tragado por el cráter que, sin duda, se había formado en algún lugar a su derecha.

El motor protestó por la disminución de velocidad, así que Violet abrió los ojos y cambió de marcha, registrando tres cosas a la vez. Primero, los aviones ya no eran audibles por encima del ruido de la ambulancia. Segundo, una luz pálida y plateada alcanzaba a verse a través de algunas porciones del parabrisas. Y, por último, pero lo más importante de todo, la ambulancia seguía rebotando y rodando hacia adelante. Violet buscó a tientas la palanca de los limpiaparabrisas y los encendió. Al barrer el vidrio, despejaron el lado de George y arrojaron trozos de tierra y hielo por el agujero que el parabrisas tenía de su lado; entonces, aparecieron dos medios círculos de luz de luna.

Violet apartó los escombros de la parte superior del tablero y se arriesgó a echarle un vistazo a George.

—¿Estás bien?

George se aclaró la garganta.

—Sí. —Seguía aferrada a la puerta con tal fuerza que se le habían puesto blancos los nudillos.

—¿Los pacientes? —Violet volvió a cambiar de marcha y aumentó la velocidad de nuevo. La ambulancia retumbó y gruñó, como si también quisiera salir de esa carretera lo antes posible.

George se estiró para mirar detrás de ellas hacia el interior de la ambulancia.

—Todavía vivos, creo.

—Bien.

Violet no dijo nada más y volvió a enfocarse en la carretera mientras pisaba el acelerador. Levantó una mano del volante y flexionó los dedos, que se le habían puesto tiesos. Se frotó una palma contra el abrigo, tratando de generar algo de calor, y luego hizo lo mismo con la otra.

No fue hasta que volvió a poner ambas manos en el volante que se dio cuenta de que ya no le temblaban.

,

El soldado del abrigo ensangrentado y la cabeza vendada fue el último en salir de la ambulancia. Esperó a que trasladaran a los tres primeros heridos en camillas al interior para alcanzar a Violet cerca de las puertas traseras de la ambulancia. La miró de arriba abajo, entrecerrando su único ojo bajo las vendas.

—¿Cómo te llamas?

Violet sintió un atisbo de inquietud. En ese momento, el soldado le estaba hablando con el mismo tono autoritario que su padre siempre había usado con ella. Era un hombre acostumbrado a estar al mando y a ser obedecido. Ella alzó la barbilla.

—Enfermera Violet St. Croix.

—Enfermera St. Croix. ¿Enfermera? —preguntó. Su acento era más evidente a medida que alzaba la voz.

—Sí... señor. —Añadió el *señor* tardíamente porque tuvo la sensación de que era requerido. Se estremeció al recordar que, en algún punto, le había ordenado a ese hombre que se callara y sentara. También estaba bastante segura de que lo había tuteado y de que no había dicho *por favor*.

—No eres conductora.

—No. Quiero decir, sí, señor. —Se negó a inquietarse—. Es decir, me pidieron que condujera por esta noche debido a las circunstancias, por los bombardeos. —Se enderezó y tensó un poco más la columna vertebral—. Ahora, debo volver al puesto de primeros auxilios a buscar más pacientes...

—¿Vas a volver a salir?

—Sí, señor. No hay nadie más que pueda hacerlo. El comandante del hospital acaba de aprobarlo. —El oficial que había mandado a Violet y a George a buscar las ambulancias la estaba esperando, mientras ella estacionaba la ambulancia, con nuevas órdenes en caso de que regresara con un vehículo que se pudiera conducir—. Pero es solo por esta noche...

—¿Por qué eres enfermera? —le preguntó.

Violet parpadeó. ¿Sería una pregunta capciosa? ¿La enfermera Michlen la habría reportado por su mal desempeño?

—Soy voluntaria, señor.

El hombre frunció el ceño e hizo un movimiento de impaciencia con la mano.

—No estás entendiendo.

—No.

—¿Por qué no eres conductora de nuestras ambulancias?

—Ah. Solicité un puesto de conductora, pero me dijeron que necesitan a las mujeres en los hospitales y que no...

—*Idiootit!* —El hombre escupió la palabra y Violet no necesitó traducción—. ¿Sabes quién soy yo?

—No, señor. —Violet se encogió, intentando recordar si había sido, por casualidad, respetuosa cuando le respondió que el trabajo de él era dejarla hacer el suyo. Probablemente, era un capitán o un comandante o...

—Soy el teniente general Jokinen, enfermera St. Croix.

El atisbo de inquietud de Violet se convirtió en arrepentimiento absoluto. Era peor de lo que pensaba, pero lo hecho, hecho estaba. Si la despedían o la enviaban a casa, ya se ocuparía de eso cuando llegara el

momento.

—Me disculpo, señor, por mi insubordinación en la ambulancia. —Ser hija de su padre por lo menos le había enseñado a asumir la responsabilidad de sus actos y a aceptar las consecuencias—. Era una situación, eh, difícil...

—¿Te parece que lo que acabamos de sobrevivir fue difícil?

—Sí, señor. No es excusa, señor, pero...

—No fue difícil, fue casi imposible. Para ser honesto, aterrador. Hay regimientos enteros de hombres que no podrían hacer lo que tú acabas de hacer y mantener la cabeza fría. Sin ti, estaríamos muertos. Tú eres la razón por la que estos hombres sobrevivieron. Por la que yo sobreviví.

—Solo estaba haciendo mi trabajo —respondió Violet al cabo de un segundo. Se había preparado para una reprimenda, así que los elogios la desconcertaron.

—Debes ser una enfermera magnífica.

—Soy una enfermera terrible —respondió.

—Qué bueno.

—¿Qué bueno? —Violet lo miró fijamente—. No es para nada bueno. La jefa de enfermeras no deja de pedirme que renuncie.

—Qué bueno —repitió el teniente. Bajo los vendajes, tenía una expresión sombría de satisfacción. Metió la mano sana en el bolsillo interior de su abrigo, gruñendo por el dolor momentáneo. Sacó un pequeño diario de campo y se apoyó en la ambulancia para garabatear algo a lápiz—. Creo que podemos complacerla. —Arrancó la página con movimientos torpes y se la dio a Violet.

—Ven a verme mañana. Esta es mi dirección. Son tus nuevas órdenes de traslado para la persona a quien tengas que dárselas.

—¿Señor? —Violet tomó el papel arrugado, viéndolo. Uno de los bordes estaba manchado de sangre.

—Tus talentos se están desperdiciando en un hospital. Necesito que empieces a conducir mañana y al día siguiente y durante todo el tiempo que dure esta maldita guerra. Ambulancias, sí, pero también vehículos militares. Personal. —Movié el hombro y se estremeció; su expresión se contrajo de dolor—. Así que no mueras allá afuera esta noche, St. Croix.

—No, señor —contestó Violet tontamente—. No moriré, señor.

Jokinen devolvió el diario al bolsillo de su abrigo con otro gruñido de dolor. Detrás de la ambulancia, Violet vio que George y más personal del hospital llegaban a buscar a los últimos dos heridos y, seguramente, también al teniente general.

—Debería pedir que le revisen el hombro y la cabeza —le sugirió Violet—. A diferencia de mí, la enfermera Chastain es una excelente enfermera.

—Sí. —respondió el teniente que, de repente, parecía exhausto—. Gracias por salvar a mis hombres y a mí. Estoy en deuda contigo.

—Puede compensármelo —dijo Violet antes de poder reconsiderar su audacia. Sacó la carta del soldado Virtanen del fondo del bolsillo de su abrigo. —¿Puede enviar cartas personales? —Le entregó el sobre arrugado.

—¿De tu parte? —El teniente frunció el ceño al ver la dirección del sobre.

—No. De parte del soldado Johannes Virtanen. Su familia merece saber que él también hizo su trabajo. Que hizo todo lo que pudo para volver con ellos, pero que eso no fue suficiente.

El teniente general asintió lentamente y la miró.

—Me encargaré de ello.

—Gracias, señor.

El teniente se reunió con los últimos dos hombres que llevaban al hospital y permitió que una enfermera lo asistiera.

Violet guardó las órdenes que le había dado en el mismo bolsillo de su abrigo en el que había estado la carta del soldado Virtanen.

—¿Qué fue lo que te pasó en la carretera?

Violet se giró. George estaba detrás de ella y la miraba pensativa.

—¿Perdón?

—Cuando íbamos de camino a buscar a esos hombres, pensé que te ibas a desmayar del miedo o que ibas a vomitar —comentó sin tapujos—. Pero, en el viaje de regreso, que, por cierto, fue la experiencia más aterradora de mi vida, te transformaste en... Brunilda. —Extendió una mano y Violet vio que le temblaban los dedos—. Todavía no he dejado de temblar.

—Solo conduje.

—No, condujiste y le ordenaste a un teniente general que se callara y se sentara mientras unos aviones rusos bombardeaban la carretera —aclaró George, alzando la voz.

—No sabía que era un teniente general.

—Ese no es el punto. —George hizo un esfuerzo por bajar de nuevo la voz—. ¿Qué te pasó, Vi? ¿Qué cambió en la carretera?

Violet cerró las puertas traseras de la ambulancia con cuidado. La parte de atrás del vehículo estaba cubierta de tierra y abollada por los escombros voladores que la habían golpeado. Pasó un dedo sobre una de esas abolladuras. Intentó encontrar una explicación profunda que justificara sus acciones, porque George tenía razón: algo había cambiado.

—Yo... —Se interrumpió, no encontraba las palabras.

—¿Tú qué? —George entornó los ojos todavía más.

—Solo estaba haciendo mi trabajo. —Era lo mismo que le había dicho al teniente general, aunque Violet se preguntó si sonaba simplista o demasiado reduccionista, incluso trillado.

Sin embargo, esas cinco palabras tenían un peso y una convicción peculiares que Violet nunca había experimentado antes: «Solo estaba haciendo mi trabajo». Cinco palabras que se asentaron en su ser con una solemne certeza. Cinco palabras que implicaban una confianza inequívoca y un conocimiento inescrutable de que lo volvería a hacer.

Esa noche, al volante, con gente que dependía de ella, Violet no había tenido tiempo de dudar de sí misma. En esos pocos minutos de peligro y caos, había reaccionado con la seguridad y el instinto que George siempre le había asegurado que poseía.

Violet no le había creído hasta ahora; no con esta certidumbre.

—Pensé que todos íbamos a morir —declaró George—. Nos estaban bombardeando.

—Eso no estaba bajo mi control —respondió Violet—. Lo único que estaba bajo mi control era la ambulancia.

George se quedó pensativa, como si reflexionara sobre algo.

—No estaba bajo tu control —murmuró en voz baja. De repente, se lanzó hacia Violet y la envolvió en un abrazo—. Estuviste extraordinaria en la carretera —le susurró al oído—. Eres la persona más valiente que he conocido en mi vida.

—Gracias —susurró Violet.

George se giró y miró hacia el hospital.

—¿Vienes?

Violet negó con la cabeza.

—No, me ordenaron que siguiera conduciendo.

—Ah. —Una enorme sonrisa se extendió por el rostro de George—.

Qué bueno —admitió y no dijo nada más.

Capítulo 11

*2 de marzo de 1941
Berlín, Alemania*

Hacía mucho tiempo que el espía no estaba en Berlín, pero hasta un niño podría reconocer el cambio de energía.

Ahora era una ciudad con esperanza, una ciudad con pasión y optimismo. Tal vez fueran las banderas que colgaban de los faros y los balcones, brillantes franjas negras y rojas que chasqueaban al viento, sin remordimientos. Quizá fueran los grupos de soldados que veía por toda la ciudad, vestidos con uniformes inmaculados, de porte igual de impenitente. Había visto fotos del victorioso desfile de la *Wehrmacht* después de la caída de Francia: imágenes impresionantes en las que se veían a hombres fuertes y un despliegue de poderío militar pasando debajo de la Puerta de Brandeburgo. Las fotos lanzaron ondas de electricidad por sus venas y deseó fervientemente haber estado ahí para presenciar a las multitudes que los recibían; para sentir las vibraciones de los tambores en sus huesos y escuchar el implacable ritmo de las botas que golpeaban al unísono el pavimento.

Las mujeres que pasaban junto a él no le ofrecían besos ni flores para su solapa. No lo celebraban los ancianos con lágrimas en los ojos ni lo vitoreaban los niños con alegría, saltando de emoción. Nadie le prestó atención mientras caminaba por el canal hacia el oeste a lo largo de Tirpitzufer, pero ese era el destino de un hombre que trabajaba para la *Abwehr*. Que nadie reparara en él significaba que estaba haciendo bien su trabajo.

La calle estaba bordeada de árboles de hojas anchas, desprovistos de follaje y todavía bajo las garras del invierno. Las ramas desnudas se alzaban hacia el cielo sin nubes y el acuoso sol de marzo se reflejaba en una capa de nieve reciente que se aferraba a los bordes de cada brazo. Se estremeció dentro de su abrigo, pues el viento era agresivo ese día; en ese instante, reparó en que se había acostumbrado a un clima mucho más cálido. Aceleró el paso.

En cuestión de minutos, llegó a su destino. Se preguntó cuántas personas pasaban frente a ese edificio —de piedra gris pálida, filas ordenadas de ventanas, líneas fuertes y angulosas que se elevaban varios pisos por encima de sus cabezas— y se preguntaban qué pasaba detrás de sus puertas. La forma rectangular y cúbica, así como la fachada central sobresaliente eran tan imponentes ahora como lo habían sido cuando él era más joven. Los años no habían disminuido su efecto, aunque había una diferencia: ahora, él pertenecía a ese lugar.

El espía entró al edificio y se dirigió a las escaleras, sin reconocer a nadie. La energía del interior, donde la *Abwehr* llevaba a cabo una labor en rápida expansión, era el triple de intensa que la de las calles. Los hombres, y alguna que otra mujer, caminaban de un lado a otro, de arriba a abajo; a veces, en una conversación urgente; otras, en silencio. Muy pocos hicieron contacto visual con él y los que sí lo miraron lo hicieron de manera furtiva, algo que le pareció demasiado irónico y sumamente divertido. Espías que actuaban como los retratos estereotipados que hacían de ellos en las novelas que leía.

En el cuarto piso, avanzó por el pasillo y tocó dos veces en una puerta de madera pintada a su izquierda. No esperó la respuesta, simplemente la abrió y entró.

—Llegas temprano. —El hombre sentado detrás del pequeño y modesto escritorio en la pequeña y modesta oficina no levantó la vista de lo que escribía cuando el espía entró.

—Temprano es a tiempo —respondió el espía, mientras se quitaba el abrigo que luego colgó en el perchero detrás de la puerta—. Me lo enseñó hace años. —Se acercó a la ventana y admiró el paisaje. Desde ahí arriba, podía ver el reflejo del edificio en las aguas tranquilas del canal, una imagen especular deformada en ocasiones por el viento.

El hombre continuó rascando el papel con la pluma un momento más antes de detenerse. El espía oyó que un cajón se abría y se cerraba.

—¿Quieres tomar asiento?

El espía se apartó de la ventana.

—Preferiría quedarme de pie.

—Muy bien.

El espía estudió al hombre detrás del escritorio. Lo conocía como el comandante Hugo Beck, aunque existía una enorme posibilidad de que el hombre no fuera ni comandante ni se llamara Beck. De las cinco secciones de la *Abwehr*, la que dirigía el espionaje extranjero era la más turbia, aunque eso no le preocupaba al espía en lo más mínimo. Porque, si bien los detalles podían ser vagos, las instrucciones que este hombre le daba nunca lo eran.

El comandante era más viejo que el espía, unos centímetros más bajo y unos kilos más pesado. Tenía el cabello corto y gris pegado al cráneo. Una nariz picuda dominaba su rostro y tenía unos penetrantes ojos azules que no se perdían nada. La mayoría de la gente lo ignoraría, pues se veía como un militar más de mediana edad al que habían relegado a un escritorio en el ocaso de su carrera, encargado de trabajo de oficina y papeleo. La gente descartaría la idea de que este hombre controlara a un pequeño ejército de hombres, como el espía, expertos en espionaje y entrenados para observar y obtener información; además, cuando fuera necesario, matar de manera discreta.

Fue Beck quien reclutó al espía hacía mucho tiempo, pues vio en el alemán desplazado a un soldado capaz y leal al Reich y a su legítimo ascenso a la supremacía en Europa. El trabajo lo puso a prueba como nada antes lo había hecho, llevando al límite su paciencia y autocontrol. Además, las recompensas por un trabajo bien hecho lo hacían sentir poderoso y realizado. El espía había aprendido y visto mucho en los últimos años, incluyendo las repercusiones que enfrentaban aquellos que se atrevían a desobedecer las órdenes del comandante Beck. Sin rangos y sin filas, sin órdenes y sin hombres que las ejecutaran, el Reich no habría logrado lo que había hecho hasta ahora y estaba a punto de culminar.

—Bienvenido de nuevo a Alemania. —El comandante sonaba casi cordial.

—Me alegra estar de vuelta.

—Imagino que el escenario ha cambiado desde la última vez que estuviste aquí.

El espía no respondió. En realidad, no era una pregunta.

—¿Cómo están las cosas en Francia? —preguntó Beck.

—Tiene mis informes. ¿No fueron claros?

—Al contrario, eres uno de mis mejores agentes. —Juntó los dedos—. Gracias a ti, el Führer se tomó una fotografía en París dos meses después de que cruzáramos la frontera por primera vez.

—Vi las fotos.

El comandante se recargó en su silla.

—Muchos miembros del partido nazi, incluyendo, me parece, al Führer mismo, se niegan a entender lo cerca que estuvimos de que todo se derrumbara debido a un empleado de bajo nivel de la oficina de cifrado del Alto Mando.

—Esa información provino de usted. Yo simplemente hice mi trabajo. —Era mejor ser humilde. Además, la política interna del partido nazi no le interesaba mucho; a él, solo le interesaban los resultados.

—¿Qué pasó en Dunkerque? —preguntó.

El rostro del comandante se tensó.

—Incompetencia. Discusiones insignificantes. Mala comunicación. Egos demasiado apasionados. Una combinación de todas esas cosas. El ejemplo perfecto de lo que sucede cuando el Alto Mando ignora nuestra inteligencia.

—Quizá el Alto Mando debió haber estado ahí, como yo, para que viera cómo tres cuartas partes de las fuerzas aliadas se desplegaban a través del Canal. Podían y debían haber sido aniquiladas: los soldados muertos no pueden volver a la batalla. —Ese fracaso todavía molestaba al espía, incluso después de tanto tiempo.

—Lo sé; sin embargo, ya no hay nada que se pueda hacer al respecto. —El comandante se inclinó hacia adelante y recorrió los bordes del protector de escritorio verde con los dedos, acomodándolo para que estuviera perfectamente centrado—. ¿Cómo fue?

—¿Cómo fue qué? ¿Dunkerque?

—No. Olvídate de Dunkerque. ¿Cómo fue ver caer a Francia desde dentro? Quiero saber sobre lo intangible, lo que no estaba en tus informes, coordenadas y fotos.

—Una nación de ratas aterradas que huyen de un barco que se hunde —respondió el espía—. Su preciosa línea Maginot los protegió tan bien como sus anticuadas creencias sobre cómo debería lucharse una guerra.

—Mmm. —Su respuesta pareció complacer a Beck—. Necesito que persigas a algunas de esas ratas en fuga —comentó.

Un escalofrío de emoción zumbó por sus venas. Vivía para la caza.

—¿Y que las extermine? —Era una de las cosas que mejor hacía.

—No.

La emoción se atenuó ligeramente, pero el espía ignoró la sensación. Estaba comprometido a hacer cualquier cosa que el comandante necesitara. Cualquier cosa que su país necesitara.

Beck abrió un cajón de su escritorio y sacó una fotografía en blanco y negro. La colocó sobre la mesa, alineándola de forma meticulosa con el borde izquierdo del protector de escritorio. Un soldado con una nariz larga, frente alta y ojos intensos lo miraba fijamente desde la superficie brillante.

—Marie-Pierre Koenig. Sirvió con honores como oficial subalterno de la infantería francesa durante la última guerra.

El espía estudió la imagen.

—Koenig nos interesa especialmente. Fue un problema para nosotros en Narvik, donde fue un líder valioso. Después de la caída de Francia, se retiró a Inglaterra y se ocultó con De Gaulle. Para desgracia de él, ya no está oculto. — El espía tomó la foto de Koenig—. El gobierno títere de De Gaulle, en Londres, formó algo que están llamando las Fuerzas Francesas Libres — continuó Beck—. En Inglaterra, De Gaulle era un rey sin reino; sus fuerzas se habían quedado sin nada por lo que luchar y carecían de credibilidad. Sin embargo, enviaron a esas fuerzas al norte de África en un intento por controlar grandes territorios y repeler nuestros propios esfuerzos en esa región. Están tratando de forjar y fortalecer un nuevo reino, por así decirlo. Ahí es donde te necesito.

—Suenas desorganizado en el mejor de los casos. —El espía dudó.

—No estoy tan seguro. Es una unidad militar importante que se pondrá en contacto con otras fuerzas aliadas. Ya absorbió lo que quedaba de la Legión Extranjera francesa. Más de la mitad de la Legión se negó a jurarle lealtad al gobierno de Vichy y tiene la intención de luchar, lo que implica que siguen siendo un problema significativo.

—La Legión Extranjera es un grupo de mercenarios que no tiene a donde ir.

Beck giró una botella de tinta sobre su escritorio para que la etiqueta quedara viendo hacia afuera.

—La Legión Extranjera podrá ser un grupo de mercenarios, pero son mercenarios que no le juran lealtad a nadie sino a la Legión misma. Son hermanos, leales hasta la muerte, y, si la Legión les pide que luchen, lucharán. E inspirarán a otros a hacer lo mismo. Solo un tonto los subestimaría y yo no soy ningún tonto.

El espía no dijo nada. La advertencia en el tono de Beck era transparente.

—Los ingleses siguen controlando El Cairo y el canal de Suez — continuó Beck—. Eso es inaceptable.

Por primera vez, el espía escuchó un dejo de frustración en la voz del comandante.

—Sin el Canal, no podremos obtener la victoria.

El espía levantó hacia la luz la foto en blanco y negro. Ahí estaba: toda la campaña en el norte de África se reducía a unas cuantas palabras.

El canal de Suez era la clave para controlar Oriente Medio; los campos petroleros, los recursos, los puertos comerciales, todo lo que entraba y salía de ahí. Los británicos y sus aliados quedarían aislados de la India y el Lejano Oriente. Rusia se moriría de hambre e Inglaterra no se quedaría atrás. Ambas caerían.

Alemania triunfaría.

Beck se aclaró la garganta.

—No necesito decirte que el éxito de la *Wehrmacht*, el éxito del Reich, depende de nosotros, de que les informaemos en todo momento y en todas las áreas. La información mantiene a los hombres vivos y en el poder. La información gana guerras.

—Entiendo.

El comandante observó al espía.

—Recientemente, tres agentes solicitaron que los reasignara a unidades fuera de la *Abwehr*. A unidades de servicios especiales, a las ss o a otros batallones y brigadas de la *Wehrmacht*. Todos dijeron que estaban hartos de esconderse entre las sombras y que deseaban trabajar a la luz. No fueron peticiones irrazonables, pero sí decepcionantes. La mayor amenaza para un enemigo es la que no puede ver.

El espía estudió la imagen que todavía tenía en la mano.

—Has estado lejos de Alemania durante mucho tiempo. Se te ha exigido que ocultes tu verdadera identidad durante mucho tiempo, que finjas ser alguien que no eres. Esta asignación, probablemente, también sea larga.

El espía volvió a dejar la foto sobre el escritorio y se giró hacia la ventana para contemplar la calle.

—¿Está pasando algo ahí afuera a lo que deba prestar atención? —La voz de Beck era como cristal cortado.

—Cuando me reclutó, ¿qué fue lo que vio? —preguntó el espía sin darse la vuelta.

—¿Tienes un punto con esa pregunta? —El tono del comandante era mordaz.

—Me está preguntando si estoy comprometido con esta misión, ¿o no?

—Sí.

—Entonces sí, tengo un punto.

La silla del comandante crujió detrás del espía.

—Muy bien. Cuando te recluté, vi a un hombre muy hábil con el cuchillo. A un patriota. A un creyente en un orden superior. Un hombre que había perdido mucho a manos de otros y que buscaba equilibrar la balanza.

El espía había tenido una pelea en una taberna en Berlín. Había enfrentado a un hombre ebrio que criticaba a gritos el plan de Hitler y Göring para el rearme de Alemania.

—Equilibrar la balanza —repitió el espía en voz baja. Pasó la yema de un dedo sobre el cristal de la ventana y lo sintió frío al tacto—. De niño, estuve aquí una vez —dijo—. En la calle de abajo, no mucho después de que llegáramos a la ciudad. Habíamos perdido nuestra granja; las vacas lecheras, las ovejas e incluso un par de cabras que teníamos las habían confiscado para enviarlas a Francia como parte de las represalias por la guerra. Yo tenía cuatro años, tal vez cinco. Era un día de invierno como este, pero más frío; en enero, creo. Llevábamos días sin comer. Nos mandaron a mi hermana y a mí a buscar comida por el borde del canal. —Su dedo se detuvo en la esquina de la ventana donde el marco abrazaba el cristal.

»Un anciano tenía un carro enganchado a un caballo y, al momento de pasar frente a este edificio, justo en la puerta, el caballo colapsó. De repente, salió gente de todas partes. —El espía miró las copas desnudas de los árboles a lo largo del canal—. Alemanes desesperados y hambrientos con cuchillos que

destrozaron a la yegua. Se destrozaron entre ellos también, luchando por las sobras. En quince minutos, tal vez menos, lo único que quedó sobre la acera fue sangre y el anciano, sentado junto a su carro, llorando sobre la nieve sucia. —El espía se volvió hacia el comandante—. Ese día, mi hermana intentó conseguirme un trozo de carne. Alguien le hirió el brazo con un cuchillo en la refriega. —Beck se recargó en su silla. No hizo ningún intento por interrumpirlo.

»Una semana después, la atormentaban espasmos musculares, fiebres y problemas para respirar. En tres semanas, estaba muerta. —El espía se apoyó contra la ventana, dejando que el frío penetrara en su espalda—. No culpo a la persona que la cortó. Culpo a los franceses y a sus aliados. Ellos la mataron. Nos robaron nuestra forma de vida. Nos redujeron a animales moribundos y mataron a más de nosotros por la desesperación. —Hizo una pausa—. Así que, sobre el asunto de la duración de esta asignación, por favor, tenga por seguro que no tiene de qué preocuparse. Haré lo que sea necesario para equilibrar la balanza.

El comandante se puso de pie y la silla rechinó contra el suelo.

—Muy bien —exclamó enérgicamente. No le ofreció palabras de condolencia ni compasión. El espía no esperaba ninguna.

Volvió a abrir el cajón de su escritorio, sacó una tercera foto y la colocó cuidadosamente sobre el papel secante junto a las otras dos.

—El comandante Lavigne —dijo— es su objetivo.

—¿Y qué papel desempeña el comandante en el norte de África? —preguntó el espía, tomando la foto. Un hombre con anteojos y rostro redondo y angelical le devolvía la mirada. No se veía como un soldado. Con su espesa barba blanca, parecía San Nicolás en una postal navideña.

—El doctor Charles Lavigne es el oficial médico divisional de la Legión Extranjera. Es el responsable de organizar y facilitar la atención a los heridos, así como de evaluar su condición; además, mantiene en orden y en funcionamiento las estaciones médicas británicas y de los aliados.

El espía frunció el ceño.

—No estoy seguro de entender la misión. No es más que un médico. No es tan importante desde el punto de vista militar. ¿No sería mejor enfocar nuestros esfuerzos hacia un general o un coronel? ¿Hacia alguien con más poder?

Si al comandante Beck le molestaba la impertinencia del espía, no lo demostró.

—El poder involucra protección e implica una cuidadosa atención hacia quienes rodean a los hombres poderosos. —Beck sonrió, pero la sonrisa no se expresó en sus ojos—. El comandante Lavigne viaja mucho por el norte de África para cumplir con sus obligaciones. Junto con él viaja un montón de información. Material dedicado a las líneas de suministro, personal y los recursos que se destinan para trasladar a los heridos desde los puestos de primeros auxilios hasta los centros de evacuación y los hospitales de la ciudad. Si se analiza de manera lógica toda esa información y se obtienen conclusiones razonables, no solo sabríamos dónde han estado las tropas, sino también dónde van a estar. —Tamborileaba en el borde del protector con un ritmo entrecortado—. Adicionalmente, por motivos de logística y necesidad, lleva consigo comunicaciones entre ciudades que los generales ingleses y franceses quizá no quieran o no puedan transmitir por radio. Órdenes detalladas y mapas. Objetivos, potencia de su artillería, estrategias de apoyo aéreo, ubicaciones de depósitos de suministros.

—¿Entonces viaja con una compañía de hombres? —El espía se imaginaba una comitiva armada.

—Viaja con un conductor.

—Con un conductor —repitió el espía—. ¿Viaja con un solo hombre?

—Así es y el depósito donde guardan la información, regularmente, se queda asegurado en el vehículo de su conductor. —El tamborileo se detuvo y Beck entrelazó los dedos—. Confío en que puedas manipular las cerraduras de un coche.

—Sí. —Parecía demasiado fácil; sin embargo, el espía reflexionó sobre algo: los hombres siempre ven lo que quieren ver y creen lo que quieren creer. Caían en la trampa de la seguridad sin mucho esfuerzo.

—No hagas nada que levante sospechas contra ti ni actúes de ninguna manera que fomente la desconfianza. Debes ser convincente e invisible a la vez. —De nuevo, era evidente la advertencia en el tono del comandante—. Tu papel, por ahora, será extraer la información y reportarla. Eso es todo, ¿está claro?

—Entendido.

—Muy bien. —El comandante Beck se inclinó sobre los rostros desconocidos en su escritorio—. Ahora, hablemos de cómo vas a presentarte y cuándo debes irte.

Capítulo 12

*20 de junio de 1941
Algún lugar cerca de Damasco, Siria*

—¿Puedes seguir conduciendo?

Violet parpadeó ante el resplandor y el polvo mientras se esforzaba por avanzar sobre la arena y las rocas que había bajo los neumáticos casi lisos del Humber. El viejo carro subía trabajosamente una pendiente mientras le salía vapor por debajo del capó.

—Voy a tener que parar pronto, señor. Tengo que rellenar el radiador y dejar que el motor se enfríe un poco si queremos llegar al próximo puesto de primeros auxilios —explicó, sacudiendo la cabeza—.

—Haz lo que sea necesario. Confío en que encontrarás el mejor lugar.

Su pasajero, el oficial médico de la división de la Legión Extranjera, miró hacia afuera a través del parabrisas, aparentemente despreocupado por el estado del coche, que no dejaba de hacer ruidos y silbar. Cuatro meses habían pasado desde que le asignaron a Violet ser la conductora del comandante Lavigne, cuando partieron hacia Eritrea. Habían acumulado miles de kilómetros juntos mientras ella lo transportaba entre los puestos de primeros auxilios y los hospitales, de unos a otros, interminablemente. El único trabajo de Violet era mantener vivo al doctor Charles Lavigne y cuidar que el viejo Humber funcionara. Era una especie de milagro que hubiera logrado llevar a cabo ambas misiones durante tanto tiempo. El día que le asignaron a Violet, el doctor admitió, sin reservas, que no sabía conducir ni nada sobre coches, así que depositó en ella y en sus habilidades toda su confianza.

—¿Escuchaste que el coronel Monclar dimitió? —le preguntó Lavigne a Violet para iniciar una conversación—. Se negó a luchar contra el régimen de Vichy.

—Mmm —respondió ella; hizo una mueca cuando el Humber se deslizó hacia un lado por la pendiente arenosa. La arena era lo peor. Se tragaba los vehículos en las llanuras y los volcaba en las pendientes. Violet odiaba la arena casi tanto como a los enjambres de moscas que surgían de ella.

—De alguna manera lo comprendo —reflexionó el médico—. Hay legionarios en el bando de Vichy que antes eran sus hombres. Los alemanes deben estar encantados. No podemos luchar contra ellos si estamos luchando entre nosotros. —Parecía ajeno al alarmante ángulo en el que estaba el Humber, que Violet enderezó luego de algunos segundos angustiantes.

—Mmm.

—¿Ya conociste al nuevo coronel?

—No. —Echó un vistazo al indicador del combustible. Por lo menos, tenían suficiente gasolina para llegar a la estación; sin embargo, el agua sería un problema. El agua siempre era un problema. Con suerte, habría un pozo cerca de la estación donde podría...

—Son sus hombres los que vienen en los camiones detrás de nosotros —continuó el comandante, mirando por el espejo retrovisor del pasajero—. De la Primera Brigada de la Francia Libre. Se dirigen al frente. Son buenos hombres. Me alegro de que hayan estado con nosotros.

—Confío en su palabra. — Se prometía a sí misma cada semana que intentaría dedicar algo de tiempo a socializar más en los comedores, pero la mayor parte de su tiempo lo pasaba con las herramientas en mano, amenazando y adulando al Humber.

—De hecho, lo conocí el otro día. Me refiero al nuevo coronel, Dmitri Amilakhvari. Lo encontré en mi tienda, lo puedes creer. Al parecer, lo dirigieron erróneamente a sus nuevos cuarteles. Un caballero íntegro, debo decir; es evidente por qué lo tienen en tan alta consideración. Es un príncipe georgiano o algo por el estilo, aunque también un hombre del pueblo, por así decirlo. No es nada arrogante.

En ese momento, a Violet realmente no le importaba quién era el nuevo coronel. Su mayor preocupación era mantener el voluminoso Humber rodando hacia su destino. Los conductores de los tres camiones de tropa y suministro

que iban detrás de ellos —cuyos vehículos estaban en diversos estados de deterioro e iban formados en fila en el polvo del horrible camino— confiaban en que ella los guiara a través del terreno, mientras ellos batallaban con sus vehículos. En el camino, había muros antitanques, cráteres y vehículos abandonados; además de arena, muchísima arena.

—Tendría también al coronel en muy alta consideración si trajera con él mejores vehículos —murmuró Violet.

El comentario le pareció divertido a Lavigne.

—Si lo hizo, estoy seguro de que los británicos ya se los habrán arrebatado con sus pegajosas manos para cuando regresemos —comentó con buen humor.

—Me alegro de que se pueda reír, señor —murmuró Violet.

—Es la única opción que nos queda, me parece. La alternativa es demasiado sombría.

—Supongo que sí. —Violet hizo una mueca cuando los neumáticos delanteros del Humber subieron por una cresta rocosa y cayeron con un golpe seco en la bajada. Disminuyó la velocidad para minimizar el impacto en la parte trasera.

—¿Sabías que uno de sus tenientes coroneles intentó asignarme a otro conductor cuando llegaron? —le preguntó el comandante.

—¿Qué? —Violet giró la cabeza con brusquedad para mirar al médico.

—Me sugirió que tal vez quisiera un conductor masculino.

Violet volvió a enfocar su atención en la carretera y soltó el freno cuando las ruedas traseras pasaron sobre la cresta.

—¿Y qué le contestó, señor? —preguntó con cautela.

—Les dije que me dejaran en paz —respondió con un gruñido de satisfacción—. Les dije que tenía a la conductora más competente de toda la maldita Legión.

—Gracias, señor.

—Yo creo que él lo sabía —insinuó Lavigne con un resoplido—. Me parece que él quería cambiar a su conductor por uno mejor.

—A mí me alegra ser su conductora, señor —admitió Violet con sentimiento. El hombre que la acompañaba en el asiento del pasajero era uno de los mejores que había conocido.

—También me preguntaron algo más.

—¿Algo más? —Violet condujo el Humber alrededor de una grieta profunda.

—¿Has oído...? —El comandante se calló, mostrando una inseguridad inusual.

—¿Oído qué, señor?

—Escuché que el jefe del Estado Mayor mencionaba algunas preocupaciones sobre la inteligencia.

—¿La mía o la suya, señor? —Violet aceleró con suavidad, mirando con preocupación el vapor que seguía saliendo por debajo del capó.

—Muy graciosa, ayudante St. Croix. —El médico se acomodó los anteojos sobre la nariz—. No, se refería a filtraciones de inteligencia y Koenig no suele equivocarse. Sugirió que la información de los Aliados se está filtrando a la *Wehrmacht* de alguna manera.

—¿Qué clase de información? —Violet iba a tener que parar pronto. Había un saliente justo adelante.

—La última ofensiva al paso de Halfaya de la semana pasada fue un desastre. Escuché que los británicos perdieron casi cien tanques y mil hombres y no consiguieron llegar a su objetivo. Tobruk todavía está bajo asedio, como si los alemanes hubieran sabido exactamente dónde iban a estar y los hubieran estado esperando.

Violet se encogió de hombros y acomodó las manos alrededor del volante.

—Tal vez los alemanes tuvieron suerte.

—Pues, al parecer, están teniendo mucha suerte. Creo que Rommel se está haciendo su propia suerte. —El comandante se movió en su asiento.

—Yo no sé nada sobre planificar ofensivas militares, así que no puedo darle mi opinión al respecto, señor —declaró Violet—. Lo que sí sé es que voy a detenerme justo allá adelante. Hay un pequeño afloramiento rocoso, así que habrá por lo menos un poco de sombra para... —Se interrumpió cuando llegó a sus oídos un ruido familiar.

Un sonido que siempre le congelaba las venas incluso en los días más abrasadores en el desierto. Como iban arrastrándose por los caminos a velocidades que rara vez superaban los ocho kilómetros por hora, solo tenían una opción de supervivencia.

—Ataque aéreo. —Detuvo el coche con un estremecimiento y abrió la puerta de golpe—. ¡Salga! ¡Rápido! —le gritó al comandante.

Lavigne ya estaba a medio camino fuera del vehículo cuando la primera bomba golpeó el suelo. Detonó a cierta distancia detrás del Humber, cerca del último de los camiones de suministro. El camión se volcó sobre un costado y rodó por la pendiente arenosa que Violet había sorteado antes, arrojando hombres y cajas en todas direcciones.

—Maldita sea. —Violet no había oído a los aviones acercarse por encima del estruendo y el traqueteo del Humber. Y el viento del desierto a menudo se tragaba los sonidos, pero ella debió haber estado más atenta. Debió haber mantenido una vigilancia más cuidadosa del caluroso paisaje que se extendía ante ella. Se había convertido en una experta en identificar las amenazas individuales: el agudo gemido de los *Stukas* y *Messerschmidts* que se lanzaban en picada a una velocidad aterradora y el zumbido más grave de los enormes Junkers, que eran igual de temibles, pero no tan veloces.

El Humber era demasiado bajo para meterse debajo de él, así que Violet jaló al comandante hacia el saliente rocoso.

—¡Métase abajo y cúbrase la cabeza! —gritó innecesariamente. De ninguna manera era la primera vez que ella y el médico habían tenido que huir de un ataque de la *Luftwaffe*.

Tanto Violet como Lavigne se agacharon debajo de la cornisa rocosa con los brazos entrelazados sobre sus cabezas. Violet supuso, sin levantar la vista, que era un *Messerschmidt*, basándose únicamente en el chillido de los motores. El suelo tembló cuando cayeron las bombas y los cañones del avión ametrallaron el camino, lanzando al aire columnas de arena en pequeñas bocanadas. Arena y rocas caían de forma incesante a su alrededor; Violet se estremeció de dolor cuando una esquirla la golpeó en la parte posterior del antebrazo. El avión rugió en el cielo y se alejó.

Violet bajó las manos de su cabeza.

—¿Está bien, señor? —le preguntó a Lavigne.

—Espléndidamente —respondió el médico sin aliento—. Es como si los alemanes tuvieran un maldito calendario con las fechas y sitios en los que nos moveremos. —Frunció el ceño—. Estás sangrando.

Violet se miró el antebrazo, que le ardía. Tenía un corte profundo justo debajo del codo y la sangre le escurría por debajo de la muñeca. Apartó la mirada.

—No es nada.

—Ve a que te revisen en cuanto lleguemos al puesto de primeros auxilios, ¿sí? Si quedaron fragmentos de metralla o astillas, no quiero que contraigas una infección aquí.

—Sí —asintió Violet, distraída. Se levantó despacio para evaluar los daños. El Humber todavía echaba vapor, pero los neumáticos estaban intactos y, por suerte, las balas de las ametralladoras habían fallado por completo.

—¿Sería solo uno? —preguntó Lavigne, cepillándose las capas de polvo que le cubrían el uniforme. Se limpió la cara, cubierta con una máscara caliza y arenosa—. Qué raro. Esos bastardos suelen viajar en manada. Debe ser nuestro día de suerte.

Violet escudriñó el cielo y, en segundos, encontró lo que estaba buscando. El brillo del sol sobre las alas de, por lo menos, tres aviones; todos descendiendo desde una gran altura y acercándose por detrás de su columna.

—No lo es.

Enseguida, le lanzó una mirada a los camiones que los iban siguiendo. El último camión, el que se había volcado, estaba en llamas y una columna de humo negro se elevaba en el aire caliente. El segundo se había salido de la carretera hacia una duna. El primero se había detenido al borde del camino. Sin embargo, nada de eso fue lo que le aceleró el corazón. Los hombres se estaban bajando de los camiones y algunos se deslizaban por la pendiente para ayudar a sus compañeros heridos, mientras que otros, desconcertados, daban vueltas sin rumbo en la carretera. Algunos señalaban al *Messerschmidt* que se estaba alejando de la destrucción que había dejado atrás. Al parecer, nadie era consciente del peligro que estaba por caer del cielo detrás de ellos.

—Por Dios —murmuró Lavigne en voz baja mientras se reunía con Violet—. No han visto los aviones. Los van a hacer trizas.

Violet se puso de pie y agitó las manos, tratando de llamar su atención. Nadie la vio. Sin pensar en lo que estaba haciendo, salió corriendo del saliente en dirección a los camiones. Ignoró el grito de alarma de Lavigne detrás de ella. Si los hombres de los camiones no reparaban en los bombarderos y se ponían a cubierto, los iban a hacer trizas, como había dicho el comandante. Incluso

antes de que pudieran llegar al frente, los herirían las balas y la metralla; ante eso, los médicos y las enfermeras de los puestos de primeros auxilios no podrían hacer nada, excepto tratar de juntas las piezas.

Los hombres que estaban más cerca de Violet la vieron llegar. Se le quedaron viendo, boquiabiertos, y ella solo podía imaginarse lo que veían: una aparición enloquecida con un uniforme de la Legión sucio y manchado de sudor, cubierto de pies a cabeza de polvo, agitando los brazos hacia el cielo.

—Cúbranse —ordenó cuando llegó a donde estaban, pero siguió corriendo sin disminuir la velocidad—. ¡Aviones! —No se quedó a comprobar si la obedecieron, sino que se lanzó hacia el segundo camión varado y los heridos que estaban cerca—. ¡Aviones! —gritó, atragantándose, sin aliento; apenas había sido capaz de pronunciar la palabra debido al polvo que le cubría la garganta.

Ahí no había afloramientos rocosos para cubrirse y los hombres estaban demasiado lejos para llegar a él antes de que los *Messerschmidts* estuvieran encima de ellos. Solo podían guarecerse en las depresiones desiguales del suelo o bajo los camiones supervivientes. Alguien más debió haber oído por fin a los aviones que se aproximaban o visto el resplandor del sol sobre las alas pintadas con cruces, porque se oyeron gritos de alarma.

Entonces, los hombres se dispersaron; la mayoría se zambulló bajo los camiones, excavando huecos en la arena donde fue posible. Otros más se arrojaron a las arenosas y rocosas depresiones y fisuras del suelo para refugiarse como pudieran. Los hombres que habían auxiliado a sus compañeros heridos del primer ataque ahora los refugiaban escasamente donde ellos estaban o los empujaban bajo los camiones. El zumbido de los aviones se convirtió en un alarido cuando los *Messerschmidts* comenzaron su ataque.

Violet llegó a donde estaba uno de los hombres que se esforzaba por rodar a un soldado herido debajo de un camión. Cayó de rodillas a su lado y se concentró en cavar arena y rocas a puñados, raspándose las palmas.

—Empújalo debajo —jadeó, parpadeando con furia para despejar la tierra que hacía que le ardieran los ojos. El soldado herido gritó de dolor.

La primera bomba cayó cerca del camión en llamas que tenían detrás. Siguieron una segunda y una tercera, que detonaron con una precisión devastadora.

—Ahora nosotros. Rápido —jadeó Violet. Acostada boca abajo, se arrastró debajo del camión. No sabía con seguridad si el soldado al que había ayudado estaba haciendo lo mismo. Se acurrucó en posición fetal y se cubrió la cabeza con las manos justo cuando las armas abrieron fuego. Si una bomba alcanzaba el camión, todos morirían, pero, al menos, estaban protegidos de las armas. Apretó los ojos con fuerza y se tapó los oídos con los brazos mientras las bombas seguían cayendo y las armas disparaban. El camión temblaba encima de ella por los impactos de las balas y trozos de arena y rocas le rasguñaban la piel expuesta. El ataque fue rápido, aunque los segundos se sintieron como horas. El zumbido de los *Messerschmidts* se desvaneció. Esperó largos minutos más, pero los aviones no regresaron.

El soldado herido gemía y tosía, pero Violet lo ignoró por el momento. Con cautela, abrió los ojos y levantó la cabeza hacia la luz del día. Estiró las extremidades, comprobó que todo seguía funcionando y se retorció para salir de debajo del camión. El corazón le latía con fuerza en los oídos y tenía la parte trasera del uniforme empapada de sudor.

Un par de manos la jalaron hacia adelante mientras, tambaleándose, intentaba ponerse de pie y se encontró frente al rostro preocupado y ligeramente borroso del comandante Lavigne.

—¿Estás herida? —le preguntó, sin aliento. Tenía los anteojos redondos torcidos.

Violet negó con la cabeza y una lluvia de polvo y arena cayó a su alrededor.

—No —respondió con voz ronca.

—¿Estás segura? Es difícil reconocerte debajo de todo ese polvo. Podrías estar desangrándote y no sería capaz de darme cuenta.

Violet parpadeó y se frotó los ojos llorosos para quitarse la arena.

—No estoy herida. —Después de un momento, se le aclaró la vista y miró los daños causados por el ataque de la Lu *Luftwaffe* ftwaffe a su alrededor.

El último camión todavía ardía furiosamente. El camión debajo del cual se había refugiado, el que se había metido en las dunas, echaba casi tanto vapor como el Humber y tenía el capó y la cabina perforados por las balas. Alrededor de los camiones y a lo largo de la carretera, había soldados esparcidos por todas partes; muchos comenzaban a moverse; otros, no. Violet exhaló con pesadez, tratando de no sentirse derrotada.

—Por favor, nunca vuelvas a hacer algo tan tonto, ¿entendido? No quiero tener que explicar cómo perdí a la mejor conductora de la Legión porque se arrojó a una lluvia de balas alemanas. —Lavigne hizo una pausa y le dio una palmada en el brazo—. Pese a que haya sido muy valiente de tu parte.

Violet solo asintió.

—Bueno, lo hecho, hecho está —suspiró el comandante—. No hay nada que hacer en este momento además de levantar a los heridos y llevarlos al puesto de primeros auxilios lo más pronto que podamos. Me temo que los que no están heridos tendrán que caminar o esperar a que regresemos por ellos. Estos dos camiones están perdidos, pero el primero de ahí arriba todavía se puede conducir. —Señaló con frustración los vehículos dañados—. Ni siquiera tú puedes arreglar esto.

—No. —El desierto estaba lleno de despojos de los esfuerzos aliados por hacer retroceder al creciente *Afrika Korps*. Violet lo sabía mejor que nadie. Con frecuencia, pasaba junto a montones de restos.

Lavigne gruñó y luego se dirigió con resolución hacia los hombres que, en ese momento, atendían a los heridos. Agotada, Violet lo vio marcharse y luego se volvió hacia el camión acribillado a balas. El soldado con el que se había refugiado, el que había rodado a su compañero herido debajo, ahora intentaba sacarlo. Estaba hincado sobre sus manos y rodillas con la cabeza debajo del chasis, tratando de sacar al herido por los brazos. Violet se dejó caer cerca de la defensa trasera.

El hombre herido que seguía debajo del camión gemía con un silbido húmedo. De inmediato, Violet pudo ver la razón. Había recibido un impacto en la parte inferior de la mandíbula y su barbilla había quedado reducida a una masa pulposa y sanguinolenta. El frente de su uniforme estaba salpicado de sangre y le escurría aún más con cada respiración.

—Maldición, odio la sangre —exclamó Violet con voz ronca mientras se arrastraba de nuevo debajo del camión y sujetaba del cinturón al hombre.

—Todo el mundo odia la sangre —murmuró el soldado con voz áspera, sin levantar la mirada—, a menos que seas un vampiro.

El inesperado comentario le recordó a George, lo que le pareció reconfortante de una manera extraña.

—A la cuenta de tres. —Violet mantenía sujeto al hombre por el cinturón y apoyó los pies contra el chasis.

Juntos sacaron al hombre herido de debajo del camión. Ella se puso de pie y se enderezó con un enorme esfuerzo. Luego, miró directamente un par de ojos azul mar, que se veían mucho más impactantes por el polvo y la tierra que cubrían el rostro del soldado.

—¿Henri? —preguntó apenas en un susurro.

—¿Princesa?

Se veía igual y diferente al mismo tiempo. Seguía bronceado por el sol, aunque la piel de sus brazos y piernas estaba cubierta de polvo y mugre. Su cabello aún era de un rubio arena, pero ya no lo tenía suelto, sino corto y la barba de unos días le cubría la mandíbula.

Sin pensarlo, Violet extendió la mano para tocarlo y rozó con la punta de los dedos la camisa de su uniforme, manchada de sudor y polvo. Se sentía cálido y firme bajo su tacto.

Él dio un paso hacia atrás, casi tambaleándose.

—¿Pueden ayudarme? —La brusca petición provino de un soldado de cabello oscuro que había aparecido y se esforzaba por envolver con un trozo de gasa la cabeza del hombre herido, que se retorció y gemía de dolor. La sangre goteaba y salpicaba por todas partes. Violet se estremeció, pero se movió rápidamente y dejó caer su peso sobre las rodillas del hombre, mientras que Henri se arrodilló para sujetarle los brazos. La lucha del paciente disminuyó y el soldado al que le vendaban la cabeza le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Iba a advertirte que no intentaras sujetarlo por los pies —comentó el soldado de cabello oscuro al tiempo que enrollaba el vendaje con rapidez y con manos hábiles.

—Me gusta tener mis dientes en donde están —le respondió Violet. No dejaba de mirar la parte posterior del uniforme sucio de Henri, como si temiera que se fuera a desvanecer cual espejismo del desierto.

—Ya has hecho esto antes —afirmó el soldado—. Sujetar a un hombre.

Violet apartó los ojos de la espalda de Henri.

—Demasiadas veces. ¿Eres médico?

—No. Solo fui el primero en encontrar la caja de las gasas. —La miró con una sonrisa tensa antes de volver a prestar atención a su trabajo.

Violet pensó que sus ojos eran amables y le agradó de inmediato.

—¿Eres enfermera?

—No. Bueno, algo así.

—Ah. —Su respuesta no le pareció extraña al igual que su apariencia. Ató el vendaje y se puso de pie.

—Ya lo pueden soltar —les ordenó a Henri y a Violet—. Subámoslo al camión antes de que los alemanes vuelvan para otra ronda.

Violet se puso de pie y sus músculos protestaron. Henri también se levantó y la observó.

—¿A qué distancia estamos del puesto de primeros auxilios?

—Tal vez a unos ocho kilómetros —consideró Violet, intentando concentrarse de nuevo—. Tenemos que cargar a todos los heridos. En mi coche, caben tres o quizá cuatro si algunos pueden ir sentados. El comandante dice que el primer camión está en buenas condiciones para conducirse, pero que tal vez haya que sacar los suministros para hacer espacio para los heridos. Tendremos que volver después por las cajas. —«Y por ustedes», estuvo a punto de añadir, pero no lo hizo. Una cosa a la vez.

—Eres la conductora del comandante Lavigne, ¿verdad? —preguntó el compañero de cabello oscuro de Henri.

Sorprendida, Violet asintió sin decir nada.

—He oído hablar de ti —le contó a Violet—. Bueno, me enteré de que una dama intrépida que era la conductora personal del jefe médico de la Legión. No me había dado cuenta de que tú eras la persona que conducía ese coche.

—No soy intrépida. —La prueba era que su pulso todavía no había vuelto a la normalidad.

—Lo dice la mujer que corrió hacia los aviones alemanes para salvarnos la vida. —Señaló al hombre tendido en el suelo—. Tu advertencia, muy probablemente, fue lo que salvó a la mitad de estos hombres.

Violet ignoró el elogio, ya que parte de su trabajo era identificar las amenazas antes de que estuvieran sobre ellos.

—Quitemos a este hombre del suelo y del sol y subámoslo al primer camión —pidió.

Todavía podía sentir el peso de la silenciosa mirada de Henri encima de ella. La desorientaba el hecho de tener que mantener una conversación con un extraño cuando Henri estaba parado justo ahí. Si no hubiera sido por el ardor en sus palmas, las moscas que le picaban los tobillos y el calor del sol abrasador sobre su piel, podría haberse rendido a la idea de que estaba alucinando.

Su solicitud hizo que Henri se pusiera en acción; se inclinó hacia la cabeza del hombre herido y metió con cuidado los brazos por debajo de sus hombros.

—Sujétalo de los pies, Gasquet —le ordenó al soldado de cabello oscuro.

El soldado llamado Gasquet le dio a Violet la voluminosa caja de gasas y suministros médicos e hizo lo que se le solicitó; los dos hombres levantaron al herido, que gemía, y lo llevaron hacia el primer camión, donde otros soldados ya estaban subiendo a otros compañeros maltrechos. Violet los siguió.

—No hay muchas mujeres por aquí —comentó Gasquet mientras recorrían el terreno, gruñendo bajo el peso del soldado herido—. Los hombres tienden a hablar de las que hay.

Llegaron al camión. Gasquet y Henri se aliviaron de su carga cuando otros soldados recibieron a su compañero en la parte trasera. Gasquet se limpió las manos ensangrentadas en sus shorts y le extendió una a Violet.

—Cabo Christophe Gasquet, a su servicio.

Violet cambió la caja de lugar y le estrechó la mano.

—Ayudante Violet St. Croix.

—Ah, ahora tiene sentido —expresó Gasquet—. Eres la flor del desierto.

Violet no tenía idea de qué hablaba.

Gasquet soltó la mano de Violet y le quitó la caja.

—Es un placer, ayudante St. Croix. ¿Se conocen? —La pregunta estaba dirigida a Henri.

—Sí —respondió Henri en voz baja.

—Vaya, qué suerte tienes. —Gasquet hizo un gesto hacia el camión en llamas—. Deberíamos seguir. Pobres. —Le arrojó un paquete de gasas a Violet—. Toma —le dijo—. Podrías necesitar esto.

Violet atrapó el paquete con torpeza mientras Gasquet se alejaba con prisa.

—Estás herida. —Henri dio un paso hacia ella.

Todavía le goteaba sangre, aunque más lentamente, por el brazo.

—Estoy bien —manifestó Violet—. No es nada.

—Está sangrando bastante. Déjame vendarte.

—No tienes que hacerlo.

—Ya sé que no tengo que hacerlo. —Le quitó el paquete de gasas sin esperar una respuesta.

Violet se lo permitió.

—Supe que te habías unido a la Legión.

Henri abrió el paquete, sacó la venda y la enrolló alrededor de su herida con precisión.

—Pareces sorprendida.

—No. Para nada estoy sorprendida. Yo solo...

Violet apartó la mirada, tratando de encontrar algo que decir en el silencio que siguió. Habían pasado casi dos años desde que vio a Henri alejarse bajo el sol quemante. Dos años desde que había decidido escucharse a sí misma. Dejar de doblegarse, dejar de complacer. Durante ese tiempo, ocasionalmente, había pensado en lo que le diría a Henri si alguna vez lo volvía a ver. Ahora que el momento había llegado, su mente estaba en blanco.

Solo podía concentrarse en la sensación de sus dedos suaves y firmes sobre su piel.

—Vi a tu hermana hace dos semanas —le anunció de repente.

Los dedos de Henri se detuvieron.

—¿A George? ¿Está aquí?

Violet asintió, aferrándose al tema con entusiasmo, porque era fácil hablar de George y porque podía ofrecerle un rayo de felicidad en medio de la muerte y la destrucción que plagaban esa tierra hostil, maltratada por el enemigo y abusada por las circunstancias.

—Está en uno de los puestos de primeros auxilios al noreste de aquí. Solo hay dos enfermeras. No hay muchas voluntarias en el frente. Antes de eso, trabajaba en el hospital Spears, en Gaza. Dice que es una *spearette*. Todas las enfermeras de ahí se hacían llamar de esa manera. —Violet hablaba sin control, pero no le importaba. Era mejor que el silencio incómodo.

—¿Estaba bien? —le preguntó Henri—. ¿Cómo la viste?

—Era la misma de siempre: cariñosa y siempre optimista. —La hora que Violet había pasado con su amiga había sido como un bálsamo reparador para su alma—. Fue agradable poder simplemente conversar con ella. —Durante una breve ventana de tiempo, habían dejado de ser dos mujeres atrapadas en la guerra y ser solo dos amigas compartiendo confidencias, secretos y miedos—. Se preocupa por ti...

—¿Estaba a salvo? —insistió Henri, al parecer, más interesado por el bienestar de su hermana que por sus preocupaciones.

—Tan a salvo como cualquiera de nosotros. Es en verdad buena en lo que hace, Henri. Estarías muy orgulloso de ella. Es una enfermera increíble.

—Siempre he estado orgulloso de ella. No tenía que convertirse en enfermera para eso.

Violet tragó saliva; recordó que la última vez que había visto a Henri no había mucho de lo que ella pudiera sentirse orgullosa.

—Hace tiempo que no sabías nada de George.

—No, nada desde hace meses. Es casi imposible enviar y recibir cartas. Nos movemos demasiado —continuó.

—Bueno, ella está bien —le aseguró Violet de nuevo. Se hizo un nuevo silencio—. ¿Y sabes algo de tus padres y tus hermanas en casa? —preguntó, aventurándose—. ¿Están bien?

—Tampoco he recibido cartas de ellos desde hace meses, pero estaban bien la última vez que nos comunicamos. Seguían pescando y todavía tenían comida en la mesa.

—Qué bueno. Me alegro.

—¿Y tus padres? ¿Se las están arreglando? —Su pregunta sonó muy superficial.

—Umm... —Violet se mordió el labio; odiaba la tristeza que todavía sentía cada vez que se mencionaba a sus padres. Ya debería ser más fuerte.

—Deben estarla pasando muy mal ahora que no es tan fácil conseguir champaña o trufas. —Henri sujetó el extremo de la gasa.

—No sé. No me hablan desde que me ofrecí como voluntaria.

Las manos de Henri se detuvieron.

—Mierda, lo siento.

—No lo sientas. Tomé mi decisión a sabiendas de las consecuencias.

—No, lo siento por mi comentario sarcástico. Estuvo fuera de lugar. —La miró sin titubeos—. Tus padres pueden disculparse por su propia estupidez.

Violet asintió, temiendo que se le quebrara la voz si hablaba.

Henri se dedicó a guardar el rollo de vendas en su mochila.

—¿Me esperarás?

—¿Qué?

—En el puesto de primeros auxilios. ¿Me esperarás a que llegue?

—Sí, por supuesto. —Su respuesta fue inmediata; no estaba segura de si se debía a la tenue conexión con George a través de Henri o, tal vez, a un tiempo y un lugar que alguna vez la hicieron sentirse alegre. Quizá fuera el propio Henri lo que la inquietaba tanto. No quería examinarlo con demasiado detenimiento—. O sea, si puedo... —añadió—. Haré mi mayor esfuerzo. El comandante podría ordenarme que vuelva a irme.

—Si puedes, es suficiente para mí. —Henri se detuvo y la miró con la misma intensidad que ella recordaba de aquellos calurosos días de verano que pasaron en un pequeño barco de pesca en el mar—. Ayudante St. Croix...

Capítulo 13

20 de junio de 1941

Estación de primeros auxilios cerca de Damasco, Siria

El hospital, si podía llamarse así a un puñado de tiendas de lona cosidas juntas, ya estaba en un estado de caos controlado cuando llegaron Violet y las otras víctimas del ataque aéreo. Descargaron a los heridos de los vehículos y, enseguida, enviaron el camión de vuelta para que recogiera a los hombres y los suministros que se habían quedado atrás. Violet se había ofrecido como voluntaria para acompañar a los soldados que volverían —de hecho, lo hizo con vehemencia—, pero el doctor Lavigne le ordenó que se quedara en el hospital para que le atendieran el brazo. Tenían que estar de vuelta en el camino dentro de dos horas para dirigirse a la siguiente estación, así que se le ordenó encargarse del Humber y, durante ese tiempo, atender también sus heridas. Una vez que Lavigne estuvo satisfecho de que Violet había accedido, desapareció en medio del caos para ofrecer su ayuda.

Violet había estacionado el viejo Humber en el límite exterior del campamento, en una zona baja con el potencial de ofrecer una mínima protección en caso de que la estación fuera bombardeada. Acomodó unas piedras debajo de los neumáticos para evitar que el vehículo se rodara, pues ya no funcionaba el freno de mano. Reparó las fugas del radiador lo mejor que pudo y lo rellenó de nuevo. Sacó un bidón de gasolina del depósito de suministros y llenó el tanque. Limpió la arena y la mugre de las ventanas, así como la sangre del asiento trasero y de las palancas de las puertas. Mientras trabajaba, no dejaba de mirar hacia la carretera que conducía a la estación, en espera de que el voluminoso camión de suministros regresara.

La carretera permaneció vacía.

Una vez que terminó sus tareas con el Humber, Violet se dirigió al hospital y se sentó a esperar con impaciencia hasta que la atendió un apresurado médico que limpió, desinfectó y cosió su herida. Para cuando terminó, el sol había alcanzado el cenit y el calor se volvió opresivo, como una pesada manta que hacía que cada movimiento fuera un inmenso esfuerzo. El terreno alrededor del campamento se derritió en un paisaje resplandeciente y borroso de cielo azul pálido; sin embargo, el camino permaneció vacío.

La ansiosa anticipación que había sentido, como revoloteos en el estómago, se disipó y se convirtió en un nudo de inquietud. Sentía que su preocupación escalaba a pesar de sus mejores esfuerzos. Se obligó a comer; devoró una comida escasa que no saboreó y bebió una lata de té tibio. Su lado práctico le decía que no podía saber con certeza cuándo tendría la oportunidad de comer de nuevo y que no sería de ayuda para nadie si se desmayaba de hambre.

El estruendo de un motor y los gritos de hombres hicieron que saliera corriendo del comedor. El camión se había detenido cerca del hospital y los compañeros rezagados estaban bajando por la parte trasera; primero los heridos que faltaban y luego las cajas de suministros. Violet se detuvo de golpe. Buscó con frenesí entre los rostros que se sucedían unos a otros, pero no había señales de Henri. Se abrió paso entre la multitud, de puntitas, agradecida por su estatura.

Alguien tocó la manga de su uniforme y Violet se giró, pero se trataba del comandante Lavigne.

—Ayudante St. Croix. —El médico sudaba profusamente y tenía la parte inferior del uniforme manchada de sangre y yodo. Llevaba bajo el brazo una gruesa carpeta de documentos y comunicados que tenía que entregar en la siguiente estación.

—Señor.

Lavigne señaló su herida.

—¿Ya te ocupaste de eso? ¿Quedó bien limpia y cosida?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Comiste y bebiste algo? ¿Te sientes bien?

—Sí, señor. Gracias, señor.

Él agitó una mano.

—Tú haces un trabajo maravilloso cuidándome, ayudante, así que quiero asegurarme de que también te estés cuidando. Eres la mejor y no sé qué haría sin ti. —Se aclaró la garganta—. ¿El coche está en condiciones de viajar de nuevo?

«No», pensó. Quería responderle que aún no estaba listo.

—Sí, señor.

—Excelente. Es una muy buena noticia. —Lavigne le entregó la carpeta a Violet—. Por favor, resguarda esto con el resto de los documentos privados y comunicados, junto con mi equipaje.

—Por supuesto. —Violet tomó los documentos sin preguntar. Las pertenencias del comandante y los comunicados eran su responsabilidad.

—Tenemos que partir hacia el norte en veinte minutos. —El comandante se quitó los anteojos y los limpió con la parte menos sucia de la manga de su uniforme antes de colocárselos de nuevo—. Por favor, trae el coche; me reuniré contigo en breve.

—Sí, señor. —Violet hizo una pausa—. ¿Ya no lo necesitan aquí? —Se preguntó si había sonado tan desesperada como se sentía.

Lavigne la miró con curiosidad.

—No. El personal médico tiene todo bajo control en esta estación, al menos tanto como es posible. Nuestros tanques y divisiones blindadas están comenzando un movimiento contra el bloqueo de una carretera en el desfiladero de Barada. Necesito llegar a la estación más cercana a esa posición lo antes posible.

—Por supuesto, señor.

—Tengo otra... solicitud para ti, ayudante. Una solicitud de naturaleza más delicada.

—Lo que sea, señor.

La apartó de la multitud y bajó la voz.

—Hay un oficial de inteligencia británico en un puesto que está dos kilómetros pasando la estación de primeros auxilios cerca del desfiladero de Barada. Aparentemente, lo escolta una pequeña compañía que está esperando que avancemos hacia Damasco, si es que alguna vez lo logramos. Me gustaría que le hicieras una visita.

Violet se frotó la frente con desconcierto.

—¿Yo, señor?

—Sí. Confío en tu discreción. —Sacó un papelito cuadrado del bolsillo de su uniforme. Lo desplegó y lo alisó contra su muslo. La palabra «Restringido» estaba escrita en la parte superior de la hoja y tenía un sello redondo borroso que era imposible de leer. En la esquina superior derecha, habían anotado una serie de letras y números y, debajo de todo eso, había un párrafo escrito a máquina.

—Este informe lo generó la inteligencia británica. Los encargados de las comunicaciones del Alto Mando británico interceptaron algunas señales de radio inusuales desde este cuadrante.

Violet frunció el ceño.

—No estoy segura de qué significa eso.

—Significa que alguien que no es francés ni británico está transmitiendo señales de radio desde algún lugar cercano a este punto.

—También están las fuerzas del Eje aquí —señaló Violet, confundida—. Y también hay fuerzas del régimen de Vichy. Es probable que todos estén usando radios al igual que nosotros.

—Soy consciente de ello —respondió Lavigne—; sin embargo, tenemos gente cuyo único trabajo es escuchar y decodificar esas transmisiones, y nos señalaron estas por algunas razones específicas. —Consultó el informe—. Estos mensajes no son correspondencia militar regular, sino que se han codificado sistemáticamente de una manera que sugiere que se trata de un solo agente de campo alemán.

—¿Un agente de campo? ¿Quiere decir un espía alemán?

El comandante hizo una mueca.

—Sí, además, no han podido descifrar el código que está utilizando. Es diferente del encriptado que utiliza la *Wehrmacht*, aunque no pretendo saber cómo llegaron a esa conclusión. —Le entregó el papel a Violet—. Necesito que hagas el seguimiento con el oficial de comunicaciones e inteligencia de los Aliados que envió esto.

—¿Por qué yo, señor?

—Porque temo que el oficial de inteligencia británico ya se haya ido para cuando yo termine de atender mis deberes en el puesto de primeros auxilios, lo que es mi prioridad. En cambio, tú puedes dirigirte hacia allá una vez que me dejes en la estación; a tu regreso, puedes darme un informe. Confío plenamente en ti.

—Por supuesto. Gracias, señor.

—La preocupación es que este agente esté trabajando dentro de nuestras filas. Averigua si se trata de una amenaza significativa o si solo es un caso de paranoia de unos hombres que buscan fantasmas en donde no existen. —Frunció el ceño—. Koenig logró ocultar esto antes de que alguien de por aquí lo viera. No podemos tener este tipo de comunicaciones provenientes del Alto Mando circulando a la ligera sin saber con certeza si son legítimas.

—Entendido.

—Estoy seguro de que, al final, resultará que no es nada, pero una mentira puede dar la vuelta al mundo antes de que la verdad haya tenido tiempo de ponerse los zapatos siquiera.

—¿Cómo dice, señor?

—Es algo que oí por ahí alguna vez. —Miró fijamente a Violet con los ojos bien abiertos detrás de los anteojos—. No podemos permitir que se perturbe la moral de los hombres que están aquí si queremos sobrevivir a lo que creo que se avecina. En mi experiencia, nada, y lo digo en serio, destruye la moral y el valor como la pérdida de la confianza entre un soldado y el hombre que está a su lado. Una vez que esa oscuridad se abre camino en los pensamientos de un hombre, se enquistará hasta que los soldados empiecen a atacarse entre sí. —El comandante Lavigne se frotó la cara y su barba produjo un sonido áspero—. Sun Tzu dijo que el arte supremo de la guerra es someter al enemigo sin luchar. —Se le deslizaron los anteojos y se los volvió a subir sobre el puente de la nariz—. Y mientras yo respire, no les daré ese placer a los malditos nazis.

Violet solo asintió, sin saber qué responderle. Toda la situación parecía inquietante y un poco incierta, pero, por supuesto, ella no tenía ninguna experiencia con espías. Haría lo que el comandante le pidiera y mantendría la mente abierta.

—Toma esto. —Lavigne le entregó el informe—. De nuevo, no puedo enfatizar lo suficiente la necesidad de que seas discreta.

—Por supuesto. —Violet volvió a doblar el papel y lo deslizó en su bolsillo del uniforme lo más profundo que pudo; luego, abrochó la solapa para que estuviera más seguro.

Lavigne miró su reloj.

—Veinte... no, que sean quince minutos, ayudante. Te veré en breve.

Lavigne se marchó y Violet lo observó con impotencia. La conversación con el comandante la había distraído del regreso de las tropas, pero, en ese momento, volvió a mirar a su alrededor, buscando un rostro familiar. El ruido del motor del camión se apagó y fue reemplazado por las voces de los hombres. ¿A dónde podría haber ido Henri? Le había pedido que lo esperara. Tal vez algo había pasado, quizá lo habían llevado al hospital...

Un soldado que pasaba la empujó y Violet se tambaleó con torpeza, pero un par de manos la ayudaron a estabilizarse. Tuvo una peculiar sensación de *déjà vu* y, aunque no estaba de pie frente a un hospital en Niza o a lado de un camión acribillado a balazos, el tiempo avanzó de la misma manera cuando vio a Henri Chastain.

Todavía estaba igual de desaliñado y sucio, con el agotamiento estampado en los rasgos de su rostro. Su uniforme estaba rasgado de un hombro y tenía las rodillas raspadas por debajo del dobladillo de sus shorts. El sudor había trazado rayas que corrían de sus sienes hacia el costado de su cara y cuello en el polvo y la mugre que tenía adheridos a la piel.

—¿Estás herido? —preguntó por fin con la boca completamente seca. Él no la había soltado aún.

—No.

—Pensé que te había pasado algo. El camión...

—Se sobrecalentó a dos kilómetros de distancia, pero pudieron volver a ponerlo en marcha.

Violet buscó a tientas la cantimplora que llevaba colgada sobre sus hombros. Se la ofreció.

—¿Necesitas algo de beber...?

—Estoy bien.

Dejó caer la cantimplora.

—¿Puedo traerte algo del comedor...?

—No. Estoy bien.

—¿Tal vez un poco de té...?

—No.

—No tengo mucho tiempo. Tengo que ir a buscar el coche y el comandante necesita que me...

—Violet.

Se quedó en silencio al oír su nombre. No estaba diciendo nada de lo que en verdad quería contarle, pero no sabía por dónde empezar. Le parecía tan extraño, tan... irreal que hubieran pasado tantas cosas desde la última vez que lo había visto. Le parecía ilógico que pudieran simplemente retomar las cosas donde las habían dejado.

—¿Cuánto tiempo tienes? —Henri le apretó los brazos con fuerza.

—Cinco minutos. Quizá un poco más antes de que tenga que ir por el coche.

—De acuerdo. —La soltó y metió la mano en una de las bolsas de cuero que llevaba amarradas a la cintura—. Esto es tuyo. Debería devolvértelo. —Sacó un libro y se lo dio.

Violet miró fijamente el libro que Henri tenía en las manos, pero no hizo ningún movimiento para tomarlo. La familiar cubierta roja y blanca estaba bastante deteriorada, pero lo reconoció al instante.

—Lo conservaste.

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Confieso que lo leí, aunque me gustó más *El sabueso de los Baskerville* si soy sincero.

Violet seguía inmóvil.

—No lo he leído.

—Pues, deberías. También *Estudio en escarlata*.

—¿Por qué lo guardaste?

Henri se frotó la nuca con la mano, reflexionando sobre la respuesta.

—Me gustan los libros y resultó ser una buena historia a pesar de mis prejuicios. Deberías leerlo —sugirió finalmente.

Violet se acomodó el paquete de documentos bajo un brazo y tomó el libro. Recorrió el lomo de arriba abajo con los dedos.

—Gracias, por conservarlo y guardarlo.

—De nada.

—Ese día me ofrecí como voluntaria —comento de repente—. Después de lo ocurrido en el hospital, de camino a casa. Todavía odio la sangre y la verdad no soy muy buena enfermera, pero soy una excelente conductora. Quería que lo supieras.

Henri no dijo nada, solo metió las manos bajo las correas de cuero de la mochila que llevaba sobre los hombros. Violet no pudo leer su expresión.

—Fui a buscarte a la tarde siguiente para decírtelo, pero ya te habías ido.

Él la miró fijamente; la fuerza de su azul mirada le recorrió el cuerpo.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué volviste?

A menudo, ella se hacía la misma pregunta. ¿Por qué le importaba tanto la opinión de Henri? Todavía no hallaba una respuesta satisfactoria.

—No sé. Tal vez yo...

—Cabo. —La persona que se dirigió a él iba muy apresurada, casi sin aliento, y le habló en un tono suave, a manera de disculpa—. Siento mucho interrumpirlo, pero el coronel lo está buscando.

Un joven apareció al lado de Henri. Era de estatura y complexión medianas con una frente amplia y ojos cafés muy serios.

Henri cerró los ojos brevemente.

—Gracias, Picard.

—Creo que no deberías hacer esperar a un coronel —consideró Violet.

—El coronel Bennett es el agregado militar estadounidense —respondió Henri—. El jefe del Estado Mayor me pidió que lo ayudara provisionalmente.

—¿Por qué hay un agregado estadounidense aquí? —preguntó ella, interesada, aunque distrayéndose de la conversación inicial—. ¿Y en qué le estás ayudando?

—Bennett le reporta directamente a Washington. Decidió que, si iba a convencer a las fuerzas estadounidenses de participar en esta guerra, lo mejor era experimentar de primera mano el frente y reportarlo en sus informes diarios, para evitarse la información de intermediarios, es decir, la procedente de la embajada de El Cairo. Ha estado con nosotros desde el principio, pero confía en mí para que le confirme algunos detalles.

—Ya veo. Supongo que tiene sentido. ¿Crees que nos ayudarán? ¿Los estadounidenses?

—No lo sé. El jefe del Estado Mayor espera que sí, de ahí sus instrucciones. —Se detuvo e hizo un gesto de impaciencia con la mano—. No tengo mucho tiempo para estar contigo y no quiero dedicarlo a hablar de...

—Cabo Chastain, ahí está. No sabía en dónde se había metido. —Apareció otro hombre, hablando en francés con fluidez, pero con un marcado acento estadounidense.

«El coronel Bennett», supuso Violet mientras lo estudiaba. Era bajo, de hombros amplios y pecho ancho. Tenía el cabello oscuro y rizado, un bigote ancho y una sonrisa igualmente amplia. Se detuvo justo enfrente de Henri y del hombre llamado Picard.

—Mis superiores querrán detalles sobre los ataques aéreos como el de esta mañana. Datos específicos sobre los aviones, números, municiones, estrategia. Lo que ocurrió fue espeluznante y no temo admitirlo. También detalles de las unidades de reconocimiento blindadas alemanas que avistamos más tarde. Pensé en enviar un informe complementario antes del anochecer —explicó Bennett en voz alta—. Es más fácil transmitirlo cuando no estoy a tientas en la oscuridad.

—Por supuesto —respondió Henri con un tono demasiado cortés. Se volvió hacia Violet—. Ayudante St. Croix, permítame presentarle al coronel John Bennett, agregado estadounidense, y al soldado Remy Picard, ordenanza.

—Un placer. —Violet dio un paso al frente y estrechó la mano de los dos hombres. Picard todavía parecía estar pidiendo disculpas.

—He oído mucho sobre usted, ayudante St. Croix —comentó Bennett mientras le soltaba la mano—. Es usted toda una celebridad por aquí.

—Mi objetivo es ser más que una celebridad, señor —expresó Violet con voz firme.

—La ayudante St. Croix es una conductora inestimable de la Legión —la elogió el soldado Picard—. Cuando no está asignada al comandante Lavigne, sus servicios son sumamente solicitados por otros oficiales de alto rango desde el Levante hasta El Cairo.

Violet le dedicó al joven una ligera sonrisa. No necesitaba que la defendieran, pero lo agradeció de todos modos. Era profundamente consciente de que el tiempo se le escurría como arena entre los dedos.

—En ese caso, podría contarme alguna vez sobre lo que ha visto allá afuera en sus viajes, ayudante St. Croix —manifestó Bennett—. Avistamientos de enemigos, posiciones de los Aliados, condiciones del terreno, ese tipo de cosas. Sería de gran utilidad para mis informes y para hacerme una imagen clara de a qué nos enfrentamos.

Violet asintió, pero sin comprometerse. No estaba convencida de que informar ese tipo de detalles a un país que se mostraba reacio a involucrarse fuera a ser útil para alguien.

—Estaré con usted en unos momentos —le anunció Henri al estadounidense—. Tengo un asunto que terminar con la ayudante St. Croix.

—De acuerdo —contestó Bennet—. Mientras tanto, me prepararé. Una vez más, es un placer conocer a la flor del desierto, ayudante. —Le dedicó a Violet otra sonrisa amistosa y se alejó, silbando una melodía bajo su espeso bigote.

—¿La flor del desierto? —preguntó Violet sin dirigirse a nadie en particular. Era la segunda vez que lo oía.

—Es como la llaman las tropas, ayudante —le aclaró Picard—. A veces, simplemente, La Fleur.

Violet parpadeó.

—¿Por qué?

—Porque usted es una inspiración para los hombres —respondió Picard.

—¿Cómo que soy una inspiración? —preguntó con incredulidad.

Picard se sonrojó con intensidad y miró a Henri, que solo se encogió de hombros y le indicó al ordenanza que respondiera.

—Simplemente, por estar aquí, soportando lo mismo que ellos soportan y luchando la misma batalla. —El ordenanza tartamudeó las palabras.

—Solo estoy haciendo mi trabajo. Ni más ni menos que cualquier otra persona, incluyéndolo a usted.

—Pero usted es hermosa, amable y valiente. —El soldado se retorció las manos—. Además, les recuerda a los hombres a sus esposas, hijas y hermanas. Les recuerda su hogar y la razón por la que están luchando.

Violet se mordió el interior del labio, pues no estaba segura de merecer ese tipo de veneración.

—Gracias —contestó, dudosa.

—¿Ya terminó, soldado Picard? —preguntó Henri con impaciencia, pero sin ser grosero.

El soldado se sonrojó de nuevo.

—Eh... Sí, señor. Disculpe. Lamento no haber podido entretener más tiempo al coronel Bennett como me lo pidió.

—Está bien. Hiciste lo que pudiste. Busca al cabo Gasquet y pídele que le ayude al coronel a empezar su informe en lo que me desocupo. No hay nada que yo sepa que Gasquet no. Pueden empezar sin mí.

—Por supuesto. —El ordenanza asintió con entusiasmo y se marchó detrás del agregado, dejando a Violet y a Henri solos, en medio de un hervidero de actividad.

Violet buscó con desesperación las palabras indicadas. ¿Cómo era posible que no pudiera hilvanar una frase significativa, mientras que se les escapaban preciosos segundos?

—El soldado Picard parece una buena persona —consiguió decir.

—El soldado Picard está enamorado.

—¿Perdón?

—Tienes un admirador.

—No seas ridículo. Lo conocí hace menos de un minuto.

—No importa. Tienes razón, es una buena persona. Le confiaría mi vida. Ya lo hice, de hecho. Estuvo con nosotros en Dunkerque.

—¿Estuviste en Dunkerque? ¿Fue tan malo como escuché?

—Sí. —Su respuesta fue tensa—. Y sí, pero tampoco quiero hablar de Dunkerque. Ahora no.

Otro silencio se abrió entre ellos. Violet bajó la mirada hacia el libro que todavía tenía en las manos y se esforzó por encontrar las palabras adecuadas.

—¿A dónde te van a enviar después de aquí? —le preguntó.

—No lo sé todavía. Lo averiguaremos en breve. No muy lejos. Todavía hay muchas batallas en las colinas de Damasco y los alrededores. Supongo que nos desplegarán en esas zonas hasta que podamos tomar la ciudad.

—Prométeme que no te pasará nada —susurró Violet, presionando el libro contra su pecho.

—Te lo prometo —le respondió él, aunque los dos sabían que era una promesa que nadie podía cumplir.

Un trío de soldados pasó a su lado apresuradamente; los hombres agitaban los brazos y discutían algo entre ellos. Henri esperó a que se fueran antes de hablar.

—Ya había oído hablar de La Fleur, ¿sabes? El cabo Gasquet tenía razón cuando dijo que los hombres hablan de las mujeres en un lugar donde hay pocas.

Violet no sabía qué decir.

—Escuché las historias sobre una mujer de la Legión Francesa Libre con un inmenso valor y resiliencia. No tenía idea de que eras tú. De que tú eras La Fleur.

—¿Gracias? —Sus palabras sonaron como una pregunta porque todavía no estaba segura de cómo reaccionar.

—No me des las gracias. Lo que estoy tratando de decirte es que me parece que Violet St. Croix, por fin, decidió quién es realmente.

Alguien gritó a lo lejos y el camión volvió a encenderse, arrojando humo por el escape.

La marcha tronó y el vehículo avanzó hacia ellos. Henri y Violet se hicieron a un lado. Había hombres atravesando la estación con mucha prisa, lo que le recordó de nuevo a Violet que el tiempo se le estaba acabando.

No quería irse. Quería congelar los segundos que se estaban desvaneciendo, pero sabía que no podía hacerlo.

—Henri...

—¿Te casaste con él?

La pregunta sacó a Violet de sus propios pensamientos.

—¿Qué?

—Ayudante St. Croix —pronunció Henri, haciendo énfasis en su apellido—. ¿Te casaste con él?

—No.

—¿Planeas hacerlo?

—No.

—Qué bueno. —Otra vez no pudo leer su expresión. Lo que fuera que estaba pensando, lo mantuvo oculto. Henri extendió la mano y apartó un mechón de cabello tieso y polvoriento del rostro de Violet—. Volveremos a vernos pronto, princesa. Cuídate.

Y, como en otro peculiar estado de *déjà vu*, Violet lo vio marcharse.

Capítulo 14

20 de junio de 1941

Puesto de primeros auxilios, desfiladero de Barada, Siria

El puesto de primeros auxilios cerca del desfiladero de Barada se parecía a cualquier otro que Violet hubiera visitado. Era una colección de tiendas de campaña ensambladas de la misma manera que el resto. Esta estación, sin embargo, estaba más cerca de las líneas del frente aún en combate, por lo que había una fila de camillas recién llegadas con sus heridos, alineadas en la sombra de la tienda principal del hospital, esperando ser llevadas al interior. Entre ellas, se movían hombres del cuerpo médico, que les ofrecían a los heridos cuidados y latas de agua.

Violet dejó al comandante enfrente de la tienda del hospital; después, condujo el Humber por el terreno accidentado y rocoso que se extendía pasando el campamento hasta donde, supuestamente, la esperaban un oficial de inteligencia y una compañía británica. Siguió el mapa que Lavigne le había proporcionado y encontró el pequeño grupo de tiendas de campaña justo donde el doctor le había dicho que estaría. Buscó el lugar más seguro para estacionarse, como siempre hacía. El Humber había sobrevivido otro viaje pese a que empezó a echar vapor durante los últimos tres kilómetros. Se encargaría del radiador de nuevo por la mañana. Si tenía suerte, encontraría un mecánico que pudiera ayudarla.

El sol se hundía en el cielo, iluminando los alrededores con un tono dorado-anaranjado que convertía las sombras en siluetas largas y delgadas. Las colinas distantes se teñían de un color lavanda en el crepúsculo, haciendo que sus sombríos perfiles parecieran seductores para quienes no los conocían. En el

fondo del desfiladero, apenas visible desde donde estaba Violet, una oscura fila de obstinados árboles se aferraba al borde de la estrecha cinta de agua que atravesaba la piedra. Por un momento, Violet se entregó a la fantasía: se imaginó bajando desde las alturas hasta el fondo, únicamente, para acostarse en el agua por un minuto. Abandonó su ensueño y, en cambio, fue a echarle un vistazo al comedor, una mirada anhelante, antes de dirigirse al lugar donde esperaba encontrar el cuartel del oficial de inteligencia inglés.

Unos soldados le indicaron la dirección de un par de tiendas incrustadas en el costado de una ladera. Primero, la miraron con incredulidad; luego, con curiosidad, y terminaron su escrutinio con unos cuantos silbidos bajos. Violet los ignoró y les agradeció su tiempo. Tenía calor y estaba cansada, hambrienta, sedienta... Su sentido del humor y tolerancia se estaban agotando de manera peligrosa. Siguió adelante, sacó el papel doblado de su bolsillo y lo revisó antes de entrar en la primera tienda que los soldados le habían señalado. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la penumbra, así que tardó en ver al oficial que estaba inmóvil, mirándola boquiabierto.

—Disculpe —le dijo en inglés—. Estoy buscando al comandante Scott.

—E-está muerto —respondió tartamudeando.

—¿Perdón?

—Murió —le contestó el oficial, moviéndose finalmente para ponerse frente a ella.

Violet consultó la orden que tenía en la mano.

—Entonces, ¿puede decirme quién ocupó su lugar?

—Intente con el capitán Lipton. Está en la siguiente tienda de campaña.

—Todavía la miraba boquiabierto.

—Gracias. —Cansada, Violet volvió a salir al sol del atardecer y entró en silencio a la siguiente tienda de campaña, donde sus ojos se esforzaron por adaptarse de nuevo. Adentro, un oficial británico estaba de pie en la parte trasera, detrás de una larga mesa cubierta de cajas y montones de papel, dando órdenes a dos personas. No parecían haberse dado cuenta de su presencia.

—¿Capitán Lipton? —preguntó.

Los tres hombres se giraron de golpe y se le quedaron viendo.

—¿Quién pregunta?

—Soy la ayudante St. Croix. —Violet levantó la misiva—. Debía ponerme en contacto con el comandante Scott con respecto a un asunto de inteligencia.

El capitán Lipton les dijo a los hombres algo que Violet no alcanzó a oír, pero ambos se marcharon aprisa, no sin mirar a Violet con cierta incredulidad mientras salían.

—Tome asiento —le ordenó el capitán y le señaló una solitaria silla de madera cerca de la mesa.

Violet hizo lo que se le ordenó, aunque le costó trabajo encontrar un buen punto de apoyo para la silla. Mientras tanto, el capitán Lipton clasificaba los papeles que estaban sobre la mesa a una velocidad frenética. En el extremo de la mesa, había una máquina de escribir, junto a un cenicero que apenas era visible bajo la montaña de colillas de cigarros. Detrás de la mesa, montaron una tabla en la que se desplegaba un mapa y una araña de tinta roja marcaba los puntos de interés.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita? —preguntó el capitán sin interrumpir su tarea. Su inglés era cortante, preciso y sumamente sofisticado.

—Ayudante —lo corrigió Violet.

—Ayudante —rectificó él, aunque con una evidente falta de entusiasmo.

—Se suponía que debía encontrarme con el comandante Scott, pero entiendo que él ha... eh, ¿fallecido?

—De fiebre amarilla —confirmó el capitán—. Murió la semana pasada. Estuvo enfermo durante mucho tiempo. —El capitán la miró por encima de unos anteojos de montura metálica. Era un hombre delgado, de rostro demacrado y con líneas permanentes de preocupación grabadas en la frente—. ¿Quizá yo pueda ayudarla?

—El comandante Scott le envió este informe al general Koenig de la Francia Libre. —Violet le entregó el mensaje.

Lipton hizo una pausa para leerlo y luego se lo devolvió sin mirarla. Metió una pila de papeles a una caja que estaba en la esquina de la mesa.

—¿Y cuál es, exactamente, la preocupación del general? —preguntó.

—Le gustaría verificar la autenticidad del mensaje.

Lipton tomó en sus manos otro documento.

—Si lo envió el comandante Scott, y así fue por lo que puedo ver, entonces es auténtico. —Puso el documento en una pila diferente.

—Creo que el jefe del Estado Mayor espera obtener mayor claridad sobre la probabilidad de que haya un espía en sus filas. No desea provocar una crisis de paranoia por información infundada.

—¿Sin fundamentos? —El capitán azotó la mesa con la pila de papeles que sostenía y apretó las manos a lo largo de los bordes—. Permítame que le deje algo claro, ayudante. Hay espías por todas partes. El Cairo está plagado de espías. —Señaló la caja de papeles—. Tan solo ese montón de documentos se trata de individuos que están bajo sospecha de ser agentes extranjeros trabajando en contra nuestra. Es imposible hacer un seguimiento de todos ellos. Tenemos innumerables casos de sospecha de sabotaje, asesinato y espionaje, pero suele ser muy difícil recopilar las pruebas.

—En este caso, el comandante Scott reportó unas señales de radio inusuales.

—La *Abwehr* tiene agentes infiltrados en todas partes. Lo sabemos; sin embargo, encontrarlos e identificarlos es un asunto completamente diferente. Lo único que podemos hacer es informar sobre cualquier anomalía que detectemos. —Frunció el ceño y reanudó su trabajo de clasificación—. Y hablando de anomalías, ¿a quién está asignada, exactamente, ayudante St. Croix?

—Soy la conductora del comandante Lavigne, señor.

—¿Conductora? —Alzó las cejas por encima de los anteojos—. ¿No es enfermera?

—Ocasionalmente —admitió Violet—. Sirvo en la Legión Extranjera de la Francia Libre.

—¿La Legión?

—Sí, señor.

—Bueno. Si está buscando espías, es probable que no necesite dar más vueltas.

—¿Perdón?

—La Legión Extranjera tiene la palabra *extranjera* por una razón, ayudante. La conforman hombres con todo tipo de vínculos con Alemania e Italia a los que no les es difícil ocultar una pequeña radio inalámbrica. Honestamente, nunca he entendido el amor y la confianza que Francia deposita en una banda de mercenarios extranjeros. Es como invitar al zorro al gallinero.

Violet parpadeó, intentando comprender.

—Si se detectaron señales de radio inusuales, entonces, comenzaría por buscar entre aquellos que tienen motivos para serles leales a Alemania o a Italia. Aquellos que crecieron en cualquiera de los dos países. Aquellos que tienen familia de cualquiera de los dos países. Aquellos que tengan razones para odiar a Francia. En mi experiencia, siempre hay hilos de los cuales tirar para desatar un nudo. Solo hay que encontrarlos.

Violet dobló el informe del comandante Scott una, dos y luego tres veces, sintiéndose ligeramente mareada. Esperaba que este asunto no significara nada, pero ya no estaba tan segura. La idea de que uno de los suyos, alguien con quien podría haber hablado o comido o incluso atendido en el hospital, fuera un traidor era difícil de aceptar. Había muchos legionarios franceses que tenían vínculos con Alemania, incluyendo a Henri.

Violet alejó ese pensamiento, pues se negaba a considerar la idea.

—Me gustaría echar un vistazo a los archivos del comandante Scott. Me gustaría ver por mí misma las... anomalías que encontró y que lo impulsaron a enviarle este informe al coronel Clement.

Lipton dejó los papeles que tenía en la mano y frunció el ceño.

—No tiene autorización para acceder a esos archivos, ayudante, y yo no tengo tiempo para esto. Como puede ver, tengo asuntos más urgentes en mis manos.

—¿Qué podría ser más urgente que impedir que la *Panzerarmee* de Rommel invada Egipto? —preguntó Violet.

Lipton se puso rojo.

—Está caminando peligrosamente cerca de la línea de la insolencia, ayudante.

—¿Ya los destruyó? ¿Los archivos del comandante Scott?

El capitán resopló y reanudó su labor de clasificación con movimientos bruscos.

—¿El general Koenig está aquí? Me gustaría hablar con él directamente —preguntó el capitán Lipton.

—No. Me envió en su representación. —No era del todo cierto, pero Violet resentía la pomposidad desdeñosa de Lipton. Después de todo, estaban en el mismo bando—. Si hay un espía en nuestras filas que está alimentando al enemigo con información acerca de nuestras posiciones, fortalezas y

debilidades, entonces, la próxima vez que los Mark IV de Rommel atraviesen nuestras defensas, necesito saber que hice todo lo posible por evitarlo. Y, si eso significa que debo caminar peligrosamente cerca de la línea de la insolencia, lo haré sin disculparme. Señor.

El capitán resopló de nuevo, pero dejó los documentos que sostenía sobre la mesa y levantó una caja de documentos del suelo a la mesa. Murmuraba algo entre dientes mientras rebuscaba entre una alta pila de carpetas polvorientas y descoloridas; finalmente, seleccionó una de en medio.

—Esto es todo lo que dejó el comandante Scott —señaló, luego abrió la carpeta y se puso a leer rápidamente—: «Comunicaciones de radio no identificadas procedentes de las zonas circundantes a Damasco. Transmisiones codificadas regulares desde principios de mayo». —Miró a Violet por encima de la carpeta—. El patrón que se indica aquí sigue el movimiento de sus Fuerzas Francesas Libres, de ahí su conclusión de que las transmisiones se originaban dentro de sus filas. —«Y no en las nuestras», le faltó decir, aunque la implicación era clara.

Violet asimiló la información con disgusto.

—¿Es posible que sea un error? ¿Que las transmisiones de radio enviadas pudieran ser nuestras? ¿O solo una coincidencia...?

—No he terminado —aclaró el capitán, reanudando la lectura—: «Transmisiones enviadas solo durante la noche, siempre breves y con una señal de llamada consistente en cada transmisión», lo que llevó al comandante a concluir que se trataba de un solo agente.

—¿Señal de llamada?

—Lo que el agente utiliza para identificarse. —Frunció el ceño—. O la agente. Aquí indica que utilizaba el nombre Liesl en cada transmisión. Sin codificar, al parecer, o quizá sea un código para otra cosa.

—¿Está sugiriendo que el espía es una mujer?

—Es una señal de llamada, ayudante. No significa nada, solo es una serie de letras que identifican al transmisor. No puedo imaginar lo que significa o no significa. Quizá sea una mujer; quizá, un hombre. —El capitán hizo una mueca—. El expediente no dice nada más, pero le aseguro, ayudante, que en ninguna parte de esta información se sugiere que el remitente sea uno de los nuestros, más bien al contrario. Me atrevería a aventurar que, con seguridad, hay un traidor entre las filas de la Legión. Por lo que sé, el espía, quienquiera

que sea, podría estar atrincherado en el orden superior de mando o en el cuerpo médico o entre los encargados de las comunicaciones. —Tamborileó la mesa con los dedos—. ¿Ha habido alguna muerte sospechosa? ¿Sabotaje?

—No lo creo —respondió Violet, pensativa—. ¿Cuándo fue la última transmisión notificada, señor?

Lipton consultó la carpeta de nuevo y luego la cerró de golpe.

—Hace diez días, que fue la última vez que se actualizó este archivo, justo antes de la muerte del comandante Scott. Si el comandante tenía alguna otra información, se la llevó a la tumba con él —concluyó Lipton con un aire de satisfacción. Después, arrojó la carpeta a la caja con el resto de los agentes extranjeros sospechosos—. No puedo apoyarla más, ayudante. —Tenía la mandíbula tensa.

Violet entendió que la conversación había terminado.

—Gracias por su tiempo, capitán. Le deseo lo mejor.

—Espero, ayudante, que pronto entre en razón y reconozca que este no es su lugar. —Sus palabras estaban cargadas de condescendencia.

Violet se levantó lentamente.

—¿A qué lugar se refiere, señor? —preguntó.

—A las líneas del frente de una guerra sangrienta —manifestó Lipton con lentitud, como si le estuviera hablando a un niño pequeño—. Las mujeres deberían estar en casa, donde están seguras.

—¿En casa? —Violet estabilizó la silla—. ¿Se refiere a Francia en donde las esvásticas ondean en cada esquina?

Lipton frunció el ceño.

—Solo trato de pensar en lo mejor para usted, ayudante.

—Ah, en lo mejor para mí. —Por un momento, la mesa, las cajas de papeles y las paredes de la tienda se transformaron en la visión de un pesado escritorio, estanterías de roble y paredes con lujosos revestimientos. Violet se dio cuenta que era la primera vez que escuchaba esas palabras desde que había salido de Francia; sin embargo, ya no le provocaban una reacción de miedo y ansiedad como antes. La ira, el resentimiento, la culpa y la vergüenza que alguna vez acompañaron esa frase estaban totalmente ausentes. Ahora, en cambio, Violet sintió una vaga sensación de lástima por este oficial.

—La guerra llegó a mi casa primero, capitán —respondió Violet—. Yo no la quería ni la elegí, pero puedo asegurarle que lo mejor para mí es luchar de la única manera que sé. —Se dirigió a la entrada de la tienda—. Y también lo haré sin disculparme.

Capítulo 15

*11 de julio de 1941
Damasco, Siria*

El espía quería disfrutar Damasco.

La ciudad atraía de una manera impresionante al espía, aunque le habría costado trabajo señalar qué aspecto disfrutaba más. Tal vez fuera la piedra cálida y bañada por el sol o las líneas limpias de las cúpulas y torretas, ornamentadas con intrincados patrones y azulejos brillantes de color turquesa. O quizá el azul brillante del cielo que servía como lienzo para las hojas esmeralda de las palmeras o el follaje plateado de los olivares. Posiblemente, el dulce y sensual aroma del abundante jazmín que, a menudo, inundaba el aire, lo que era un respiro bienvenido de la nociva mezcla de polvo, humo de escape y pólvora. O tal vez el simple hecho de que la sed constante, enloquecedora y delirante ya no lo atormentaba en esta ciudad de abundancia.

Lo único que le impedía disfrutar plenamente este extraordinario oasis era el hecho de que estaba ahí por primera vez como parte de la ofensiva de los Aliados. Tal vez, regresaría cuando la guerra terminara y el Reich reclamara esta ciudad como propia. «Sí, lo haré», pensó al tiempo que se abría paso por la *rue* Beirut, esquivando vehículos, burros y carros. Se esforzaría en volver.

El sol daba sus últimos estertores mientras el espía sorteaba a un pequeño grupo de soldados australianos que se reían a carcajadas. Las calles empezaban a llenarse de la multitud vespertina: soldados con algunas horas libres que salían para gozar de una noche de entretenimiento y lugareños que se dedicaban al negocio de proveerlo. Nadie le prestó atención. El desfile de la victoria que los

generales de la Francia Libre organizaron luego de la caída de Damasco fue un espectáculo silencioso: la mayor parte de los damascenos observaban con resentimiento y disgusto. No obstante, la inevitable necesidad de hacer negocios continuaba, como lo fue durante milenios, en una ciudad que había sido conquistada por un sinfín de imperios. Los franceses y sus aliados eran solo los más recientes.

El espía giró hacia el sur y se detuvo frente al New Royal Hotel para admirar la arquitectura de piedra que tanto amaba. Con las manos en los bolsillos, paseó alrededor de todo el edificio, en dirección al oriente por la *avenue* Victoire y regresó por un estrecho callejón hacia el norte. Buscaba un vehículo que ya le era familiar, pero no encontró el Humber por ninguna parte. En realidad, no esperaba verlo, pues había visto al comandante Lavigne en el Hospital Francés hacía menos de una hora antes, pero ser cuidadoso nunca está de más.

Cuando los franceses tomaron el control de Damasco, los oficiales se alojaron en los hoteles de la ciudad. Debido a eso, los documentos privados, las bolsas de correspondencia, el equipaje personal y todo tipo de comunicaciones ya no se resguardaban de forma temporal en los coches o los camiones ni se dejaban desatendidas las tiendas de campaña decoloradas por el sol. Todo ese tipo de material había encontrado un sitio más estable en las habitaciones cerradas con llave, escondido en escritorios y cajones. Este cambio le dificultaba el acceso al espía y lo había obligado a cambiar su método de aproximación, pero disfrutaba la ventaja de saber exactamente dónde y cuándo tendría ese acceso.

Disminuyó el paso para esperar a que un pequeño grupo de oficiales se acercara y entrara al hotel. Se deslizó detrás de ellos, cuidando no llamar la atención. Fue ridículamente sencillo identificar qué oficiales franceses se alojaban en qué habitaciones. En la pared, detrás del escritorio de la recepción, había una estantería con cubos de madera con los números de las habitaciones; solo se necesitaba entregarle un mensaje escrito al conserje y observar en qué cubo lo colocaba. El espía había entregado varios mensajes sencillos, en diferentes momentos, a diferentes conserjes durante los últimos tres días y, de ese modo, había trazado un mapa mental de en dónde estaban alojados los oficiales en el New Royal Hotel.

Sin que lo notaran, el espía subió las escaleras detrás del grupo de oficiales. Aminoró la velocidad en el rellano del primer piso para tomar cierta distancia, mientras que ellos continuaban subiendo. No quería ponerse en una posición en la que se esperara que entablara una conversación. Las pláticas se recordaban y el espía no quería...

La puerta de la habitación más cercana a las escaleras se abrió de golpe y un hombre salió, silbando una melodía alegre mientras cerraba la puerta detrás de él. El espía se puso en acción, subió en silencio otro medio tramo y volvió a esperar. En el piso inferior, el coronel estadounidense apareció en el rellano, todavía silbando para sí mismo mientras se dirigía escaleras abajo. El espía vaciló, pero solo por un momento. No se había dado cuenta de que el agregado estadounidense se hospedaba en ese hotel. Aunque Bennett no era parte de la misión que tenía planeada para esa tarde, la oportunidad que se le acababa de presentar era demasiado intrigante.

El espía bajó silenciosamente y se detuvo frente a la puerta por la que el estadounidense acababa de salir. Llamó con suavidad a la puerta. No hubo respuesta, como esperaba, pero, de nuevo, las cosas más simples a menudo eran la perdición de hombres como él. Miró hacia ambos lados del pasillo, que estaba desierto, abrió su mochila y sacó sus ganzúas. Se puso a trabajar en la puerta y, en cuestión de medio minuto, la vieja y sencilla cerradura cedió; el espía entró en la habitación del agregado y cerró la puerta detrás de él sin hacer ruido.

Una vez adentro de la habitación, hizo una evaluación y observó el entorno. Para su conveniencia, el estadounidense había dejado una lamparita encendida en un rincón y las cortinas con borlas ya estaban cerradas sobre el arco de la ventana. Una cama matrimonial con una colcha roja estaba puesta contra la pared a su derecha y, enfrente, había una mesa con una silla. Un pesado armario dominaba el espacio junto a la ventana.

El espía fue de inmediato a la mesa. Sobre la superficie había un equipo para rasurarse, una cantimplora y una delgada pila de documentos. Buscó entre los papeles con la eficiencia que daba la práctica: listas detalladas de racionamiento de las tropas, registros de las temperaturas diarias, un inventario de los hospitales de Damasco y su capacidad. Nada útil. Dirigió su atención a un maletín maltratado que estaba en el suelo junto a la mesa. Estaba casi vacío, salvo por un paquete de lápices, un reloj de bolsillo, una foto de una mujer

sería con un vestido de cuello alto y una gruesa libreta de papel blanco. El espía sostuvo el papel a contraluz en busca de hendiduras que pudiera haber dejado el coronel, pero no había nada de interés. A continuación, examinó el maletín, buscando fondos falsos o bolsillos ocultos, pero no tenía ninguno. Con cuidado, dejó todo como lo había encontrado.

Fue al armario y lo abrió. Adentro había uniformes y ropa colgada con meticulosidad, así como botas y zapatos alineados en la parte baja. Con movimientos hábiles, el espía revisó cada pieza de ropa y las profundidades del guardarropa. No encontró nada aparte de un puñado de monedas. Pasó las manos a lo largo de las maderas del fondo y los costados del armario, pero no había compartimentos huecos o espacios ocultos. Cerró el guardarropa y se paró con las manos en la cadera. Esperaba encontrar por lo menos algunos de los extensos radiogramas codificados, bastante pesimistas, que el estadounidense componía para las transmisiones telegráficas que enviaba a través del Atlántico. El espía no era de ninguna manera un criptoanalista y no pretendía entender cómo esos individuos lograban decodificar y resolver ese tipo de acertijos, pero le parecía plausible que la copia de algún mensaje, codificado u original, fuera valioso para la *Abwehr*. Siempre y cuando, por supuesto, pudiera encontrar algo.

Si hubieran estado en El Cairo, el espía habría esperado que el agregado guardara cualquier documento, que no hubiera destruido, en la caja fuerte de la embajada. Solo que no estaban en El Cairo y ahí no había ninguna embajada; el coronel, obviamente, había guardado en otro lugar los documentos confidenciales que llevaba consigo. El espía frunció el ceño. Aunque, en un principio, esta oportunidad le había parecido una buena idea, le estaba tomando demasiado tiempo. Perder más tiempo ahí le costaría valiosos segundos, necesarios para su objetivo principal. Por eso, generalmente, se resistía a tomar decisiones impulsivas. Se daría un minuto más y después volvería a su plan original.

Recorrió la habitación con la mirada, examinando con minuciosidad los detalles. Las paredes eran lisas, adornadas con azulejos y pinturas garigoleadas en la parte superior. Los pisos de baldosas estaban igualmente desnudos. No había caja fuerte ni lugares donde esconder documentos. Se agachó sobre sus manos y rodillas para revisar debajo de la cama, lo que lo hizo sentir un poco tonto. Como esperaba, no encontró nada, salvo un geco que se escabulló

asustado. Se sentó sobre sus talones, frustrado, y observó que el pequeño reptil se lanzaba hacia arriba por la pata de la cabecera y huía sobre la colcha arrugada en el costado. El espía frunció los labios mientras pensaba y levantó la ropa de cama. En una esquina, el colchón sobresalía de la base, lo que podría no significar nada, o tal vez sí. Levantó el borde del colchón y parpadeó.

Entre el colchón y las tablas de la base había una carpeta con papeles. El espía la sacó y la abrió; encontró una docena de radiogramas y dos libros delgados y encuadernados, ambos con cubiertas negras. Hojeó los volúmenes con total incredulidad. No necesitaba ser un criptoanalista para comprender que eran libros de códigos y tablas de cifrado. Tenía en sus manos las instrucciones que le permitirían a la *Abwehr* comprender cualquier transmisión codificada que el agregado estadounidense enviara a través del Atlántico. Lo recorrió una emoción electrizante, pero moderó su entusiasmo de inmediato. Tenía que tomar una decisión.

Miró su reloj. Robar esos libros sería inútil, ya que no era información que pudiera transmitir por radio junto con sus habituales informes a Alemania. La única manera de que ese tipo de información fuera valiosa era si el coronel no sabía que alguien la había encontrado y si el espía podía enviar una copia a Berlín.

Se movió lo más rápido que pudo para colocar los volúmenes abiertos sobre la cama. Sacó de su mochila una pequeña cámara Minox y comenzó a tomar fotos de cada página. Cambió la película dos veces pese a que ya no tenía más rollos y sería difícil conseguirlos. No podía ignorar la posibilidad de que esa información resultara sumamente valiosa.

Cuando terminó de fotografiar cada página, levantó el colchón y colocó los libros y la carpeta con extremo cuidado en la posición exacta en que los había encontrado. Dejó el colchón sobresaliendo de la base y la colcha arrugada tal cual estaba y se dirigió a la puerta. Escuchó con atención para detectar cualquier sonido en el pasillo. Cuando estuvo seguro de que estaba solo, salió de la habitación tan silenciosamente como había entrado, cerrando la puerta detrás de sí. Manipuló la cerradura con sus herramientas hasta que oyó un chasquido y luego fue de nuevo a la escalera.

Se detuvo en el rellano y volvió a mirar su reloj; hizo una mueca. Había planeado estar de vuelta en la calle justo ahora; entrar y salir sin ser detectado. Que saliera del hotel sin haber buscado en la habitación del comandante

Lavigne cualquier correspondencia o documento que pudiera haber traído consigo desde El Cairo era inaceptable. Rommel estaba listo para desalojar a los Aliados del norte de África de una vez por todas, pero, para hacerlo y gestionar su débil cadena de suministro, el *Generalfeldmarschall* necesitaba saber lo que sus enemigos estaban planeando.

Hasta ahora, los oficiales aliados habían mostrado una asombrosa falta de disciplina en sus comunicaciones por radio y por escrito en el campo de batalla; el comandante Lavigne no era la excepción. La Fleur hacía un trabajo excepcional asegurándose de que todos los documentos privados de Lavigne estuvieran seguros, pero no podía estar en todas partes en todo momento. Había verificado la información de que ambos volverían a la carretera al amanecer con destino a Beirut, donde estarían un día o dos antes de regresar. El espía no podía arriesgarse a esperar hasta el día siguiente para registrar la habitación del comandante, ya que la información y la correspondencia más valiosas irían con ellos.

Una vez que tomó la decisión, subió las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso y caminó con prisa por el pasillo vacío hasta la habitación de Lavigne. Entraría y saldría en cuestión de minutos. Llamó de nuevo, por costumbre. Cuando nadie respondió, forzó rápidamente la cerradura y entró a la oscura habitación.

El comandante no había tenido la cortesía de dejar una lámpara encendida, así que el espía tuvo que trabajar con la luz que se filtraba por la ventana abierta. La habitación era una réplica casi exacta de la del coronel; además, ya estaba familiarizado con la forma en que a Lavigne le gustaba organizar y guardar sus documentos personales, de modo que ignoró el armario y fue directamente a la silla en la que ya sabía que estaría descansando la pesada bolsa de correspondencia de cuero. Con cuidado, sacó los archivos y los documentos para colocarlos sobre la mesa. Extrajo una pequeña linterna de su mochila y, atenuando la luz con la mano, empezó a leer.

El sonido de la llave en la cerradura hizo que el espía se girara hacia la puerta. Apagó su linterna y se alejó de la mesa, fundiéndose entre las sombras del armario. «Torpe, torpe, torpe», se reprendía con amargura. No había escondites adecuados en la habitación y no cabía debajo de la cama, tampoco

podía escaparse por la ventana, pues estaba demasiado lejos. Se había demorado demasiado en la habitación del coronel y no tenía a quién culpar por sus malas decisiones más que a sí mismo.

Ahora, por desgracia, le quedaban pocas opciones.

Lavigne entró en la habitación oscura y cerró la puerta tras de sí. El espía no podía ver mucho. Escuchó que sus pisadas se adentraban más en la habitación y luego se detuvieron. El doctor bostezó ruidosamente, dejó escapar un suspiro de cansancio y siguió avanzando, arrastrando los pies. El espía deseó que volviera a salir de la habitación o que se echara en la cama. En cambio, escuchó que el comandante buscaba a tientas el interruptor de la lámpara.

Maldita sea, no quería matarlo. La atención y la conmoción que provocaría sería desafortunada y hablaría muy mal de la competencia del espía. Estarían furiosos en Berlín. Beck estaría lívido de rabia, pero lo hecho, hecho estaba. Lo único que podía hacer en ese momento era asegurarse de que su éxito en la habitación del agregado no se viera comprometido. El espía deslizó la mano en su bolsillo.

La luz inundó la habitación. El comandante se quedó inmóvil en su sitio, mirando los documentos esparcidos en la mesa; el espía casi podía oír el desconcierto y la confusión que resonaban en la mente de Lavigne.

Salió de su escondite y deslizó el garrote sobre la cabeza del doctor, que jadeó y luchó, arañando con las manos el alambre que se apretaba alrededor de su garganta. De alguna manera, el espía se sintió aliviado. Lavigne y él tenían una estatura similar, así que, si su víctima hubiera echado la cabeza hacia atrás o hubiera tirado de él hacia adelante, podría haberle dificultado las cosas. El espía jaló con más fuerza y los pies del comandante se deslizaron bajo su cuerpo mientras pateaba inútilmente. Una de sus botas golpeó la silla, que se cayó con un estruendo, lo que lo estremeció.

Dos minutos después, el espía contemplaba en el suelo el cuerpo inerte de Lavigne. Lo dejó donde estaba y, rápidamente, vació el resto del contenido de la bolsa de correspondencia. Lamentó no poder examinarlo de forma adecuada, pero no podía robárselo sin levantar sospechas; tampoco podía permitirse el lujo de quedarse más tiempo. Abrió el armario, sacó algunas prendas y las dejó en un montón desordenado. Revisó los bolsillos del comandante y tomó todo el dinero que encontró, así como su reloj y su

cigarrera de plata. Montar la escena de un robo que había salido mal era lo mejor que el espía podía hacer en esa situación y esperaba que se aceptara como tal. Se desharía del estuche y del reloj en cuanto saliera de ahí.

Por segunda vez en esa noche, se acercó a la puerta y escuchó con atención para detectar voces o pasos en el pasillo. Los sonidos de la calle que se filtraban por la ventana abierta le dificultaban oír, así que se arriesgó a abrir la puerta un poco y luego un poco más. El pasillo estaba desierto. Salió de la habitación y cerró la puerta con cautela. Estaba buscando a tientas sus ganchos cuando otra puerta se abrió al final del pasillo. El espía maldijo para sus adentros y se alejó de la puerta del comandante, caminando de forma casual hacia las escaleras antes de que pudieran verlo. Detrás de él, la puerta de la habitación del comandante estaba cerrada, pero no con llave. Se ajustó el uniforme y se alisó el cabello mientras bajaba las escaleras. Su intención había sido cerrar la puerta con llave, pero, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que una puerta sin seguro confirmaba el escenario de un robo. Sí, decidió el espía cuando llegó a la planta baja. Que la puerta no estuviera asegurada invitaría a todo tipo de conjeturas y, probablemente, ninguna asociada con el subterfugio. Qué afortunado.

En el vestíbulo del hotel, continuó su ventura: el mostrador del conserje estaba vacío. El espía salió a la calle por la puerta principal; la noche había caído definitivamente y las estrellas brillaban en el cielo del desierto. Su hermana se sabía todas las constelaciones de memoria y una vez le contó que él había nacido bajo el signo más afortunado: la constelación de Acuario, pues la conformaban las estrellas que, según los antiguos astrólogos, poseían la buena fortuna de la propia suerte. A pesar del lamentable e inoportuno regreso del comandante Lavigne, el espía pensó que ella tenía razón. La idea de que su hermana tal vez lo estuviera cuidando desde esa misma constelación lo reconfortó enormemente.

Con un poco más de suerte, nadie encontraría el cuerpo del doctor hasta la mañana siguiente.

Capítulo 16

*11 de julio de 1941
Damasco, Siria*

Violet estaba sentada al volante del Humber, con el motor en marcha frente al New Royal Hotel, esperando a que el comandante regresara de su habitación. Le había dicho que solo tardaría unos cuantos minutos, que necesitaba subir a buscar unas órdenes que había olvidado en la bolsa de la correspondencia; sin embargo, unos cuantos minutos estaban empezando a convertirse en muchos.

Se frotó los ojos, esforzándose por mantenerse despierta. Se había levantado a las cuatro de la mañana para reunirse con un grupo de mecánicos, igualmente exhausto, para arreglar el defectuoso motor de arranque del Humber. Luego, ella y el doctor se habían puesto en camino a las siete. Habían pasado diez horas en la carretera de vuelta a Damasco, así que lo único que quería en ese momento era retirarse a los cuarteles, encontrar algo que se pareciera a una cama y dormir hasta la semana siguiente.

Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Violet tenía que llevar al comandante de vuelta al Hospital Francés. Apoyó la cabeza en la puerta del conductor, deseando que se diera prisa. Un vendedor cercano estaba asando carne y el tentador aroma hizo que el estómago le rugiera de hambre. Tal vez comería algo y luego a la cama...

Violet se enderezó al ver dos figuras familiares caminando hacia el Humber. No estaba segura de dónde venían o adónde iban, pero estaban por cruzar la calle justo enfrente del coche. Por un momento, se preguntó si estaba

soñando, pero el sudor que goteaba por su espalda y la arena que tenía en los ojos disiparon esa idea. Abrió la puerta y se bajó torpemente.

—¿George? —la llamó.

George se giró al oír su nombre. Iba del brazo de su hermano y Violet casi creyó que los estaba viendo pasear por una calle de Niza.

—¡Vi! —George se separó del abrazo de Henri y corrió hacia Violet para abrazarla con fuerza. Luego, se echó para atrás y la observó con una mirada crítica—. Te ves terrible —declaró—. Parece que estás a punto de desmayarte.

—Podría ser —admitió Violet—. Creo que solo tengo hambre.

—Vi al comandante en el hospital, pero no estabas con él. Me preocupó que te hubiera pasado algo.

—Fue el maldito coche —se quejó Violet—. En específico, el motor de arranque. Me dio problemas entre Acre y Beirut y otra vez cuando volvimos a Damasco. Ahora me da miedo apagarlo por si no puedo volver a arrancarlo.

—Olvídate del coche. Tienes que cuidarte —la reprendió George—. O vas a acabar agotada y te vas a enfermar. No quiero verte de paciente en el hospital, ¿me entendiste?

—Sí, te entendí. —Ahora que George trabajaba en el Hospital Francés en Damasco, Violet visitaba a su amiga siempre que podía. George siempre la estaba regañando porque trabajaba y viajaba demasiado, aunque su preocupación nunca impidió que le preguntara con entusiasmo acerca de las ciudades que Violet visitaba o la gente que había conocido.

Pero esa noche no tenía ni energía ni ganas de hablar sobre su última excursión.

—¿Te dejaron salir por una noche? —le preguntó a George.

—Sí —respondió su amiga con una sonrisa—. Dos de las otras *spearettes* y yo queríamos evitar la cena del comedor. Íbamos en la búsqueda del *shawarma* más delicioso de Damasco —señaló detrás de ella en dirección hacia Henri— cuando me encontré con este grandulón frente al hotel, así que les dije a las chicas que se adelantaran. —El entusiasmo era inconfundible en su voz.

Violet miró a Henri, que se había quedado parado a un lado con las manos en los bolsillos, observándolas. No lo había visto desde aquel día en el puesto de primeros auxilios, aunque pensaba en él con frecuencia. Había leído la novela de Dekobra tres veces, sobre todo por no tener nada más que leer,

pero, cada vez que abría el libro, era como la primera vez que él se lo había regalado. Una intensa sensación de anhelo siempre acompañaba ese recuerdo, que Violet atribuía a la nostalgia que sentía por el mar azul y la brisa salada, aunque quizá fuera también un poco de soledad.

—¿Cómo estás, Henri? —le preguntó. No se le escapaba que, en otra vida, esa pregunta se formulaba solo para iniciar una conversación trivial y superflua. Violet la había recibido y dicho miles de veces. La respuesta esperada siempre era alegre y ligera, porque nadie se interesaba en verdad por una respuesta sincera. Aquí, sin embargo, esa pregunta tenía un peso sombrío.

—Estoy bien, princesa.

Tenía el pelo un poco más largo y su uniforme y piel no estaban cubiertos de polvo ni de sangre, lo que hacía aún más visible la cicatriz morada que le recorría el codo y desaparecía bajo la manga corta de su uniforme.

Se alejó de George para acercarse más a Henri y observó la piel arrugada con pequeñas cicatrices donde lo habían cosido.

—¿Qué te pasó en el brazo?

Henri se miró el codo.

—No fue tan malo como parece.

—¿Metralla?

—Sí.

—La metralla siempre es tan mala como parece. Por lo general, peor.

—Ya estás igual que mi hermana: siempre preocupada. No tienen que hacerlo. Estoy bien.

—Eres un idiota —lo reprendió George—. Siempre me voy a preocupar por ti. La batalla previa a la toma de esta ciudad fue horrible. En caso de que lo hayas olvidado, vi de primera mano el costo que pagaron los italianos y la negativa del régimen de Vichy a rendirse. Dios, cuando vi tu nombre en la lista de víctimas, estuve a punto de...

—¿Qué lista de víctimas? —Henri miró a su hermana con el ceño fruncido—. Nunca me dijiste nada sobre una lista de víctimas.

George dirigió la mirada hacia Violet con recelo.

—La que Vi me mostró.

—¿Le mostraste una lista de víctimas? —Henri miró a Violet a los ojos con una intensidad tan feroz que Violet sintió que se sonrojaba.

—Trabajo para el oficial médico de la división, Henri. Le pregunté si podía verla cuando llegó. —¿Por qué se estaba defendiendo?

—¿Estabas buscando mi nombre?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque yo... porque George es mi amiga. —Era verdad, aunque fuera parcialmente—. Pensé que lo mejor era que, si te pasaba algo, George lo supiera por mí.

—¿Y el comandante te dejó?

—Sí, porque es una persona amable y sabe que lo peor es la incertidumbre. Hubo tantas, tantas pérdidas. En ambos bandos.

Por primera vez, Henri bajó la mirada.

—No me enlisté para dispararles a mis compatriotas. No importa si eran de Vichy.

—No debería haber dos bandos. Solo Francia —comentó George.

Henri sacó las manos de los bolsillos.

—Está hecho. Ahora estamos aquí, esperando a que nos envíen a algún lugar donde podamos hacer lo que vinimos a hacer y luchar contra los nazis.

Violet intercambió una mirada con George.

—¿A dónde? ¿Cuándo?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Parece que los británicos y sus amigos de la Commonwealth creen que pueden vencer a los alemanes por su cuenta. Sus generales están satisfechos con dejar a la Francia Libre aquí y mantenernos al margen.

—Bien —aseguró George con firmeza—. Aquí estás a salvo.

Henri ignoró a su hermana.

—Hay rumores de que, si no nos dejan entrar en la lucha, De Gaulle ofrecería enviarnos a Rusia para ayudarles a pelear contra los nazis allá.

—¿A Rusia? —preguntó Violet. Se encogió y se apoyó en el capó del Humber. El comandante le había contado cosas horribles sobre los combates en Rusia—. No te pueden mandar a Rusia.

—No nos han mandado a ninguna parte, princesa.

—Todavía —murmuró con tristeza Violet.

—Cuéntame sobre ti —Henri cambió de tema.

—¿Sobre mí?

—Dónde has estado. Qué haces cuando no estás buscando listas de víctimas y espiándome.

El comentario sobre el espionaje le produjo una sensación de inquietud. Violet le había informado diligentemente al comandante los detalles de su visita al puesto de inteligencia británico; sin embargo, sin ninguna evidencia física real, Lavigne sintió que había poco que pudieran hacer. No había vuelto a hacer alusión al tema, pero las palabras del oficial de inteligencia todavía la atormentaban de vez en cuando.

—Ha estado llevando al comandante de aquí para allá entre Damasco, Acre y Beirut —respondió George por ella como una madre orgullosa—. A reuniones de estrategia y planificación para el abastecimiento de nuestras tropas, la atención de los heridos y la gestión de la diplomacia. —Hacía que Violet sonara como un general.

—¿En serio? —preguntó Henri—. Has estado ocupada salvando el mundo.

Violet no sabía si le causaba gracia el entusiasmo de George o si se estaba burlando de ella.

—Ignóralo. —George tomó a Violet de la mano—. Ven a cenar con nosotros. Quiero escuchar tus historias sobre la gente que has conocido y las ciudades que has visto, aunque este patán no pueda apreciarlas.

Violet negó con la cabeza.

—Estoy...

—No digas que no. Dijiste que tenías hambre. No puedo impedir que esta guerra continúe, pero sí puedo impedir que tengas hambre.

—No es que no quiera, es que no puedo. Estoy esperando al comandante. —Violet hizo una pausa y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Ya se tardó mucho en salir del hotel —Miró la hora en su reloj—. Me dijo que solo iba a tardar unos minutos.

—A lo mejor se quedó dormido —supuso George—. Se veía igual de agotado que tú.

—No, no lo haría. Sobre todo porque hay gente esperándolo en el hospital. Tal vez debería ir a ver si está bien.

—¿Es una buena idea? —preguntó Henri.

—¿Cómo, a qué te refieres?

—Sé que algunos oficiales de alto rango son un poco delicados con su privacidad. Quizá no le guste que vayas detrás de él. Que invadas su intimidad.

—No, el comandante no es así. —Miró hacia las ventanas del hotel—. Creo que voy a ir a ver cómo está.

—Puedo mandar al cabo Gasquet si quieres —le ofreció Henri—. Lo acabo de ver en el vestíbulo del hotel. Puedo entrar a buscarlo por si el comandante baja mientras tanto. No querrás pasar por alto al doctor y que encuentre el coche sin conductor.

—Pues... —Violet vaciló.

—Hablando del rey de Roma. —Henri saludó a alguien detrás de ella—. Cabo.

Violet se giró y vio al cabo de cabello oscuro y ojos amables que se acercaba por la parte trasera del Humber. Esquivó a un hombre que atravesaba apresuradamente la calle con un carrito lleno de fruta y se reunió con Violet y Henri. El serio ordenanza de Henri, el soldado Picard, estaba con él.

—Me pareció reconocerle. Un placer verte de nuevo, La Fleur —saludó Gasquet con una floritura y una reverencia que no habrían desentonado en Versalles—. En especial, en estas circunstancias más amables.

Violet se sorprendió sonriendo a pesar de su preocupación.

—Igualmente, cabo. —Volvió la mirada hacia el ordenanza—. Un placer verlo también, soldado Picard.

El soldado bajó la cabeza con timidez.

Gasquet se volvió hacia George con una sonrisa cálida.

—Christophe Gasquet. Aún no he tenido el privilegio de que nos presenten... —Dejó que sus palabras se desvanecieran a modo de insinuación.

—Es mi hermana —gruñó Henri—. Puedes ahorrarte tus encantos.

La sonrisa de Gasquet vaciló un poco.

George fulminó a Henri con la mirada y dio un paso al frente.

—Georgette Chastain —Se presentó—. Aunque todo el mundo me dice George.

La sonrisa del cabo volvió a su rostro en toda su amplitud.

—Es un placer conocerla. —Señaló a su acompañante—. Me encontré a Picard subiendo por la calle —le comunicó Gasquet alegremente a Henri—. El bar del hotel estaba muy lleno, así que pensamos en buscar otro sitio para tomar una copa. ¿Les apetece acompañarnos?

—Yo no puedo —contestó Violet antes de que Henri pudiera responder—. Estoy esperando al comandante para llevarlo de regreso al hospital, pero ya se tardó mucho en el hotel y estoy un poco preocupada. Tengo que subir a ver cómo está.

—¿Quieres que esperemos en el coche mientras vas? —ofreció Gasquet de inmediato.

—Sí, por favor. Sería de gran ayuda...

—Yo te acompaño —interrumpió Henri—. Picard, ¿puedes esperar en el coche? Asegúrate de que ningún grupo de soldados australianos se lo lleve a dar una vuelta y de que ningún lugareño le robe piezas o repuestos antes de que volvamos.

—Por supuesto, señor.

—Gasquet, tú y yo acompañaremos a la ayudante St. Croix al hotel. Por favor, revisa el bar de la planta baja. Quizá el comandante pasó por ahí y perdió la noción del tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Te parece bien, ayudante?

Violet pensó que era poco probable que Lavigne se hubiera detenido a tomar una copa y hubiera perdido la noción del tiempo, pero aceptó con agrado la ayuda y la compañía.

—Yo voy con ustedes —dijo George—. Siempre he querido ver el interior del hotel y el bar. Además, dos pares de ojos son mejor que uno.

Por un momento, pareció que Henri iba a discutir, pero Violet se dio la vuelta y empezó a caminar con prisa hacia la entrada, sin querer esperar más. En un momento, Henri se puso a su lado.

—¿Sabes cuál es su número de habitación? —le preguntó.

—Sí. Está en el tercer piso.

Los cuatro entraron al concurrido vestíbulo. Gasquet y George se desviaron para revisar el bar, también rebosante de gente, en la parte trasera del hotel. Henri y Violet subieron las escaleras. Desde algún lugar en los pisos superiores, les llegaron los sonidos de una discusión: voces que subían y bajaban de volumen antes de detenerse abruptamente cuando una puerta se azotó.

—Es en este piso —indicó Violet y avanzó por el pasillo delante de Henri. Llegó a la puerta de la habitación del comandante y tocó.

No hubo respuesta.

—No veo luz debajo de la puerta —señaló Henri—. No creo que esté aquí.

Violet volvió a tocar.

—¿Comandante Lavigne? —llamó. Tal vez sí se había quedado dormido sin querer. Ella misma había estado a punto de quedarse dormida mientras lo esperaba en el Humber.

Otra vez, no hubo respuesta. No pensó que fuera a abrirse, pero giró el picaporte de la puerta, esperando que estuviera cerrada.

No lo estaba.

—La puerta está abierta —le dijo a Henri.

—Entonces, debe estar adentro, ¿no?

Con cautela, Violet entornó la puerta, considerando el comentario de Henri sobre los oficiales y su privacidad; sin embargo, incluso si se hubiera quedado dormido, probablemente le agradecería que lo hubiera despertado. Había gente que dependía de él y que todavía lo estaba esperando.

—¿Comandante Lavigne?

La única respuesta fueron los sonidos de la calle de abajo que entraban por la ventana abierta.

Violet empujó más la puerta, dejando que la luz del pasillo inundara la habitación.

—Señor, solo quería comprobar que... —Se quedó inmóvil durante una fracción de segundo antes de abrir la puerta de golpe y entrar aprisa.

El comandante estaba tirado en el suelo en medio de una tormenta de papeles sueltos con una silla volcada cerca de sus pies. Una rápida lista de posibilidades médicas pasó por su mente mientras se acercaba a él, tambaleándose. Infarto, derrame cerebral, convulsiones, mareos, golpe de calor, deshidratación... eventos que habría podido identificar y tratar con sus habilidades médicas por muy escasas que fueran.

Sin embargo, no había recibido entrenamiento para tratar el estado de Lavigne. Tenía los ojos inyectados de sangre y muy abiertos, sin vida, fijos en el techo; sus anteojos estaban rotos junto a su cabeza y, en el cuello, tenía una inconfundible marca roja y sangrienta. Buscó su muñeca a tientas, pero no pudo encontrarle el pulso.

Se tambaleó hacia atrás hasta que la parte posterior de sus piernas golpeó la mesa, provocándole un fuerte dolor. Tenía dificultades para respirar, jalaba aire de manera irregular y un sudor helado le escurría por la piel. Le punzaba la cabeza al ritmo de su corazón acelerado y se le revolvió el estómago.

Henri encendió la lámpara y se hincó al lado del comandante.

—Alguien lo mató —aseveró Violet con la voz apagada, tratando de regular su respiración. Parecía increíblemente injusto que, tras todos los viajes aterradores y los páramos mortales a los que habían sobrevivido, le hubieran arrebatado la vida ahí, donde se suponía que estaba seguro.

—Sí —coincidió Henri, aunque su voz parecía llegar de muy lejos.

—No lo entiendo. —Violet intentaba pensar, trataba de enfocar su mente, pero lo único que podía ver en su cabeza eran los ojos enrojecidos y ciegos del médico—. Acababa de estar con él. No habían pasado ni treinta minutos.

—Lo siento, Vi.

—Era un doctor. —Violet se presionó la frente con las manos, apartando la mirada del cuerpo—. Era amable y bueno y ayudó a salvar muchas vidas aquí. ¿Por qué alguien le haría esto? ¿Quién podría hacer algo así?

Henri se enderezó.

—Lo siento —repitió.

—Por Dios. —Violet se dio la vuelta y encontró al cabo Gasquet de pie en la puerta abierta y a George a su lado.

Su amiga entró a la habitación y se arrodilló junto al médico; luego, se inclinó sobre él, buscando el pulso al igual que lo había hecho Violet. Después de un momento, pasó suavemente una mano sobre los ojos del comandante y se los cerró. George se puso de pie y se acercó a Violet; tomó la mano de su amiga y la apretó con fuerza.

—Lo siento mucho, Vi. No puedo hacer nada por él. Murió.

—¿Qué pasó? —Gasquet había entrado a la habitación.

—Asesinaron al comandante —le respondió Henri—. Lo estrangularon.

—¿Qué? ¿Por qué? —Gasquet se veía tan conmovido como Violet.

—No lo sé.

—Falta su reloj —señaló Violet de repente. Cuando le buscó el pulso en la muñeca, no llevaba el reloj que siempre usaba. Su esposa e hijas se lo regalaron cuando cumplió cuarenta y cinco años. Nunca se lo quitaba y, cada

vez que hablaba de su familia, algo que hacía a menudo, lo veía con cariño.

—¿Crees que se lo robaron? —preguntó el cabo con voz ronca—. ¿Crees que alguien lo mató por un reloj?

—No lo sé. —Violet estaba a punto de llorar.

George le dio un abrazo rápido y Violet se tragó un sollozo.

—La puerta estaba abierta cuando llegamos —le informó Henri—. Que su reloj haya desaparecido significa que podrías tener razón, Gasquet. ¿Falta algo más, Vi?

Violet miró con impotencia el desorden de la habitación.

—No lo sé. —Intentó enfocarse—. Su bolsa de correspondencia está aquí; seguramente de ahí salieron todos estos papeles. —Miró el armario abierto—. Sus botas y uniformes están en su lugar. No sé si falta algo más de sus objetos personales. La verdad, no lo sé —repitió con un nudo de tristeza en la garganta.

—Tenemos que informar de esto de inmediato —anunció Gasquet—. Dios mío, cuando no lo encontramos abajo, jamás se me atravesó por la mente que esto... que esto... —Se interrumpió—. Por Dios.

—Ve —le ordenó Henri—. Dile a Picard que se quede en donde está. Luego, llama al cuartel general y diles lo que pasó. Si nadie contesta, ve directamente. Nosotros esperaremos aquí.

El cabo asintió y desapareció; Violet escuchó el sonido de sus pasos alejándose por el pasillo.

—Deberías esperar afuera, Vi —le propuso George con voz suave—. No tienes que estar aquí. Ninguno de nosotros tiene que estar aquí.

Violet asintió, ausente, y permitió que su amiga la condujera fuera de la habitación. Se recargó contra la pared en el estrecho pasillo con el estómago todavía revuelto y la piel pegajosa por el sudor. Cerró los ojos, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo del doctor. Sus anteojos se rompieron en el forcejeo y se preguntó si habría visto...

Abrió los ojos de repente.

—¿Con qué lo estrangularon?

—¿Qué? —Henri, preocupado e inquieto, estaba cerca de ella.

—No lo estrangularon con una cuerda ni con un cinturón. Lo estrangularon con algo que le cortó la piel y le sacó sangre. Quizá un alambre o un cordón muy delgado.

—No estoy seguro de lo que estás tratando de decir.

—No estaba al lado del cuerpo y no lo vi en la habitación. Lo que sea que el asesino haya utilizado.

—Todavía no estoy seguro de a dónde quieres llegar.

—Quienquiera que haya hecho esto siguió a Lavigne a su habitación o ya estaba adentro y el doctor lo sorprendió; la persona que lo hizo estaba preparada. Alguien estranguló al comandante con un garrote y se llevó la prueba consigo.

—No lo sabemos con certeza —negó Henri con cautela—. La habitación es un desastre. El cuartel enviará oficiales de inteligencia para que revisen todo. Ellos encontrarán lo que sea necesario.

—Pero no parece un simple robo, ¿verdad?

—¿Quién sabe por qué la gente hace lo que hace? Muchas personas han perdido demasiado en esta guerra y la gente desesperada hace cosas desesperadas. Tú y yo lo sabemos muy bien.

—Es posible que yo haya visto a la persona que lo hizo —murmuró Violet—. Es posible que la haya visto entrar al hotel detrás del comandante. Si hubiera subido con él, si no lo hubiera esperado en el coche o si hubiera subido antes a ver si estaba bien, tal vez...

—Esto no es culpa tuya. —George tomó a Violet por los hombros y le dio la vuelta para mirarla—. No hay nada que hubieras podido hacer.

—Siento que fue mi culpa. Siento que lo defraudé. Mi trabajo era mantenerlo a salvo.

—Y lo hiciste, Vi —le aseguró George con fervor, dejando caer sus manos—. Durante mucho tiempo y en medio de situaciones realmente terribles y peligrosas, pero esto estaba fuera de tu control.

Violet se apretó los ojos cerrados con los dedos, provocando que unas manchas bailaran detrás de sus párpados. Sus pensamientos daban vueltas en un torbellino de miseria.

—Es que yo solo... no debí... tal vez...

Un brazo fuerte le envolvió los hombros. Violet abrió los ojos y se puso tensa antes de apoyarse contra el pecho de Henri, derrotada y desconsolada.

—George tiene razón, princesa. Nadie habría podido predecir esto o prepararse para ello.

Las lágrimas que le ardían en la parte posterior de la garganta ahora resbalaban cálidas por sus mejillas; ya no le importaba contenerlas. Por encima del hombro de Henri, a través de la puerta abierta, todavía podía ver la bolsa de correspondencia tirada en el suelo. Todavía podía ver algunos documentos dispersos alrededor de las botas del comandante muerto.

«¿Ha habido alguna muerte sospechosa?», le había preguntado el capitán Lipton. «¿Sabotaje?»

Recordó la inquietud de Lavigne de que hubiera filtraciones de inteligencia. Recordó que al doctor le preocupaba que la información de los Aliados se estuviera comunicando a los alemanes; un segundo después, se preguntó si Henri estaba equivocado.

Que esto habría podido predecirse y habrían podido prepararse.

Capítulo 17

*6 de diciembre de 1941
Damasco, Siria*

Violet estaba sentada sola en la villa con todas sus pertenencias en una bolsa de lona a sus pies, salvo sus herramientas, que guardaba bajo llave en el Humber. Estaba en un espacio que, en algún momento, había sido una sala de estar antes de que el ejército se apropiara del lugar y lo convirtiera en una oficina. Las mesas talladas y ornamentadas, los sofás largos y bajos y los hermosos espejos de marcos dorados habían sido apartados en un rincón para hacer espacio a un escritorio y varias sillas funcionales. El aire era pesado y el pequeño ventilador eléctrico que giraba en una esquina de la habitación apenas servía para moverlo, mucho menos para crear una brisa refrescante. Además, el ambiente estaba impregnado de un olor a tierra cocida, mezclado con rastros de clavo y cilantro, lo que sugería que alguien estaba cocinando. A través de las ventanas abiertas, podía oír el ulular inquietante y triste de las palomas que se posaban en las ramas de los ciruelos sembrados al otro lado.

Habían pasado meses desde la muerte del comandante Lavigne y, desde entonces, Violet había estado yendo y viniendo con oficiales de la división que necesitaban que los transportara dentro de la ciudad de Damasco o que los llevara de ida y vuelta a la ciudad costera de Beirut. Agradecía la distracción que eso le proporcionaba. Aunque los oficiales a los que había estado llevando eran muy educados, profesionales y corteses, extrañaba mucho a Lavigne. Ahora que circulaban rumores de que la Legión Francesa Libre zarparía en breve, Violet se encontraba en tierra de nadie, sin saber a dónde la llevaría su próxima asignación ni cuándo.

Una puerta se abrió detrás de Violet, poniendo fin a sus reflexiones. Entró un oficial alto y delgado con escaso cabello rojizo, rostro demacrado y ojos saltones. Violet se puso de pie de inmediato, pero él le indicó que regresara a su asiento mientras rodeaba el escritorio y se sentaba pesadamente en su silla.

—¿Ayudante St. Croix? —le preguntó.

—Sí, señor.

El oficial tomó un expediente delgado de la parte superior de una pila que descansaba sobre su escritorio y lo abrió, murmurando en voz baja mientras hojeaba los documentos que tenía frente a él. Encima del cuello de su uniforme color caqui, su tez clara estaba enrojecida por el sol por y la nariz se le estaba pelando un poco en la punta.

Después de un momento, alzó la mirada hacia ella.

—Soy el comandante Tremblay —anunció—. De la Primera Brigada de la Francia Libre.

Violet permaneció en silencio, esperando que le dijera por qué la había convocado.

Tremblay colocó las palmas de sus manos en la superficie del escritorio a cada uno de los lados de la carpeta.

—Al parecer, se ha convertido en toda una celebridad por estos lares.

No sonó como un cumplido.

—Solo soy una conductora, señor —respondió Violet con prudencia—. No una celebridad.

—Mmm... Era la conductora del oficial médico de la división de la Legión Extranjera, ¿cierto?

—Sí, señor.

—Ese fue un asunto desagradable. Una verdadera lástima. Leí el informe.

Violet pellizcó el dobladillo de sus shorts y enrolló la tela con los dedos mientras consideraba si su siguiente intervención sería algo impertinente; finalmente, decidió que no le importaba.

—Perdone mi osadía —se disculpó de antemano—, pero ¿podría decirme algo sobre el informe? ¿Se determinó quién mató al comandante Lavigne? ¿O por qué?

El comandante la miró con un ligero fastidio.

—Me dijeron que, en los últimos meses, un miembro del personal del comandante ha estado acosando frecuentemente al personal del cuartel con preguntas con respecto a la muerte del doctor. Debo suponer que se trata de usted.

—No he estado acosando a nadie, señor. Simplemente, he hecho averiguaciones. Las circunstancias en torno a la muerte del comandante no fueron del todo...

—No puedo darle una respuesta diferente a la que le dieron ayer, la semana anterior o el mes pasado por mucho que usted lo desee, ayudante. Nunca atraparon al ladrón y, dado que ya pasó un tiempo, es poco probable que alguna vez lo detengan. Interrogaron a fondo al personal del hotel y se registraron las posesiones del doctor, pero todo fue en vano. Pudo haber sido cualquiera y, por desgracia, puede que el sujeto ya se haya marchado de la ciudad.

—¿Están seguros de que el ladrón fue quien lo mató?

El fastidio del comandante se transformó en evidente disgusto.

—Se determinó que su reloj y su cigarrera de plata eran los únicos artículos que faltaban. No se puede confiar en los lugareños. Todos son unos oportunistas. Ya debería saberlo, ayudante.

—¿Qué puede decirme sobre la bolsa de correspondencia? ¿Sobre los comunicados y los documentos privados que había adentro?

—La inteligencia militar se dio a la tarea de contabilizarlo. —Tremblay apretó aún más sus delgados labios—. ¿Qué está sugiriendo, exactamente?

—¿Alguien ha considerado la posibilidad de que no fuera un simple robo? Tal vez el comandante o la información que poseía eran el objetivo de un ataque. Lo mataron de una manera muy particular. Yo estuve ahí. Lo vi...

—La detendré ahí, ayudante. Le convendría dejar las investigaciones y las deducciones a personas mejor calificadas que usted, ¿de acuerdo? Sabemos lo que estamos haciendo. Lo último que queremos es que circulen rumores infundados acerca de que tenemos espías o vigilantes de cualquier tipo caminando descontrolados en lugares como este.

—Pero...

—Es malo para la moral, ayudante, y no toleraremos especulaciones ridículas como la suya.

Violet lo miró fijamente. ¿Malo para la moral?

—Mire —le dijo Tremblay, rascándose la piel pelada de la nariz—, sé que quiere una mejor respuesta que esta, pero no la hay. El comandante Lavigne era una persona querida y respetada, pero estamos en una guerra y no se puede controlar la trágica aleatoriedad de los eventos. El comandante fue víctima de la mala suerte.

—¿Alguien hizo un seguimiento con la inteligencia británica?

—¿Qué está diciendo? —Unas manchas rojas se asomaron por el cuello del comandante, una clara señal de ira.

Violet siguió adelante pese a no estar segura de cuánto podía revelar sin traicionar la confianza del comandante Lavigne. Sin embargo, el doctor estaba muerto y quizá, solo tal vez, si ella hubiera ido un poco más lejos o indagado con mayor profundidad habría podido evitar su muerte.

—La inteligencia británica sugirió que había un espía en...

—La inteligencia británica es un grupo de tontos paranoicos que se niegan a aceptar que los alemanes están vencidos con armamento y tácticas superiores. Creen que hay espías nazis en cada esquina porque eso sería una excusa conveniente para sus fracasos... —Se detuvo al darse cuenta de su tono y respiró hondo—. No volverá a hablar de ese asunto, ¿entendido?

—Entendido, señor. —Violet se movió con incomodidad en su silla; la parte posterior de los muslos se le había quedado pegada al asiento. Quería discutir, pero comprendió que, en verdad, no tenía una buena razón para hacerlo. Si todos los comunicados y documentos que estaban en la bolsa de correspondencia se habían contabilizado, entonces, quizá estaba viendo señales donde no las había. Después de esa noche, no hubo otras situaciones inusuales ni escuchó rumores sobre ningún otro suceso. Tal vez estuviera siendo paranoica. Era probable que la conmoción y la tristeza iniciales hayan afectado su objetividad. Quizá el comandante Tremblay tenía razón.

—Bien, vayamos al verdadero motivo por el que la llamamos hoy. —El comandante Tremblay se enderezó el cuello del uniforme y luego golpeó el archivo que tenía frente a él sobre el escritorio—. La Primera Brigada de la Francia Libre, que incluye en este momento a sus novecientos cincuenta y siete compañeros legionarios, ha recibido la orden de movilizarse. La brigada se adscribirá a una división del Octavo Ejército Británico que se dirige al norte de África. —El comandante resopló—. Parece que, después de pedirnos durante

meses que nos mantuviéramos al margen como niños buenos, los británicos, por fin, aceptaron la realidad y entendieron que necesitan nuestra ayuda, después de todo.

Violet asimiló la información. Había escuchado rumores, por supuesto, que se habían agitado y arremolinado cual corrientes oscuras y veloces alrededor de la ciudad, pero escuchar la confirmación era diferente.

—Quedarse no tiene nada de deshonroso —manifestó Tremblay—. Será una campaña dura y brutal.

—¿Perdón? —Violet no estaba segura de haber entendido bien.

—No tiene la obligación de acompañar a la Legión al norte de África. Puede quedarse aquí o, si lo prefiere, en Beirut, donde estará mucho más cómoda. El mar es bastante encantador, dentro de lo que cabe. Estoy seguro de que podríamos encontrarle un puesto en alguno de los hospitales si es lo que desea.

—No tengo la obligación... —Violet se interrumpió. Por un momento, el escritorio, los tapices con borlas, los azulejos pintados a mano y las lámparas de araña de latón de la villa se transformaron, nuevamente, en la visión de un escritorio pesado, estanterías de roble, paneles de madera oscura y retratos de viejos caballos de carrera ingleses—. ¿Usted se quedará, señor? —preguntó antes de poder contenerse.

—¿Perdón?

—¿Usted no acompañará a la Francia Libre al norte de África?

Tremblay frunció el ceño.

—Por supuesto que iré. No me voy a quedar.

—Entonces, no entiendo por qué cree usted que yo me quedaría.

—Ayudante St. Croix, no creo que comprenda en su totalidad a lo que podría enfrentarse en el norte de África. Solo estoy considerando lo mejor para usted.

—Ah. —Nunca dejaba de sorprenderla cuántos hombres en este mundo asumían que sabían lo que era mejor para ella.

—Hágame saber en qué ciudad le gustaría residir —continuó Tremblay—. Puedo tener una villa disponible para usted y...

—Diecisiete.

Tremblay se mostró confundido.

—¿Es una dirección?

—No, no es una dirección. Diecisiete es el número de veces que me han disparado o bombardeado desde que me uní a la Legión mientras conducía. No conté las veces en Finlandia, aunque podría sumarlas al recuento.

—Ayudante, yo...

—Diecisiete veces pude haber decidido renunciar. Huir a algún lugar mucho más cómodo que debajo de un vehículo mientras un *Messerschmidt* ametrallaba la carretera.

El comandante farfulló.

—Creo que me malinterpreta. Nadie está cuestionando su capacidad o su valentía.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que se está cuestionando, señor?

—Yo... Es que... —Tremblay abrió y cerró la boca dos veces como una carpa—. Muy bien —dijo bruscamente después de un momento—, pero no diga que no se lo advertí.

—Le agradezco su preocupación, pero no voy a abandonar la Legión. Ni ahora ni nunca.

El oficial devolvió su atención a la delgada carpeta que tenía sobre su escritorio. Pareció leer y luego releer lo que decía el documento.

—Es afortunada, ayudante St. Croix. En su expediente, se encuentran las varias cartas de recomendación que el comandante Lavigne escribió mientras estuvo a su servicio. —Miró a Violet con una expresión de resentimiento—. Aunque mi preferencia personal es que se le reasigne como enfermera, lejos del frente y lejos de donde podría ser una distracción para los hombres; al parecer, los reportes del difunto comandante llamaron la atención de mis superiores y que creen que debería permanecer en su puesto actual.

Violet cerró los ojos un instante y le envió un silencioso agradecimiento al doctor Lavigne por su generosidad, incluso desde el más allá.

—El coronel Clement hizo una solicitud formal de traslado en su nombre.

Violet tragó saliva. ¿Un coronel? Transportar a un coronel no era poca cosa.

—El conductor regular del coronel murió hace tiempo —le informó Tremblay. —Y, hasta ahora, no ha encontrado un reemplazo permanente. Solicitó específicamente sus servicios para la próxima campaña.

—Agradezco la confianza del coronel —respondió Violet.

—Bueno, espero que le vaya mejor que a su conductor anterior.

Violet se preguntó si se estaba malinterpretando la sombría malevolencia que percibió en su tono.

—Me alegra servir donde me necesitan, señor.

—Como chofer del coronel, debe saber que no compartirán cuartel como es costumbre, por razones obvias —continuó Tremblay—. Tampoco habrá ningún trato especial ni alojamiento privado para usted con la tropa. Usted sola se encargará de sus asuntos y tendrá que improvisar.

—Por supuesto, señor.

—Ajá. —Tremblay parecía poco impresionado—. Tome —dijo, empujando hacia ella un documento y una pluma—. Firme esto.

Violet tomó el papel y lo leyó con atención. Era un documento con instrucciones que detallaban dónde debía presentarse y cuándo, además de una lista de artículos personales que debía llevar consigo. La firma garabateada del coronel Clement estaba arriba de su nombre. «Ayudante V. St. Croix» estaba escrito al lado, así que Violet firmó encima.

Le devolvió el documento al comandante.

—Le sugiero que se presente de inmediato en el campamento del coronel —comentó Tremblay—. No pierda el tiempo, ya que no quiero que me culpen de su holgazanería.

Violet se mordió la lengua.

—Gracias, señor.

El comandante sacudió la mano en su dirección y, sin mirarla, tomó otra carpeta de la pila sobre su escritorio. Al parecer, podía retirarse.

Violet levantó del suelo su bolsa de lona y se la echó al hombro. Salió de la habitación, cerró la puerta con cuidado detrás de ella y se apoyó contra la pared. Por primera vez, se dio cuenta de lo cerca que estuvo de que la relegaran de nuevo a ponerse de rodillas para fregar sangre pegajosa del suelo. O, peor aún, pasar sus días de forma ociosa en alguna villa costera, dedicada a escribir cartas y a esperar respuestas que quizá nunca llegarían, mientras la guerra pasaba de largo. Exhaló un profundo suspiro y envió otra oración de agradecimiento al querido doctor. Él ya no podía luchar, pero se había asegurado de que ella siguiera haciéndolo.

A un lado del pasillo, había una larga banca. Un oficial que estaba sentado cerca del extremo se levantó y giró hacia Violet.

—Buenos días, La Fleur —saludó el cabo Gasquet.

A Violet se le cayó la bolsa del hombro sin que se diera cuenta.

—Cabo. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te estaba esperando. El coronel Clement me pidió que te recogiera. —

Hizo una pausa y sonrió de forma pícaro; la expresión en sus ojos verdes delataban su alegría.

Violet no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Uno no suele decirle que no a un coronel.

—Estoy seguro de que el viejo Tremblay intentó disuadirte de venir, pero enviarte de regreso a un hospital habría sido un terrible desperdicio. El coronel estuvo de acuerdo con nosotros. —Se agachó y recogió la bolsa de Violet sin ningún esfuerzo—. ¿Esto es todo lo que traes?

—Sí, mis herramientas están en el coche. —Violet negó con la cabeza—. Lo siento, no entiendo. ¿Nosotros?

—El coronel necesitaba un conductor, así que el cabo Chastain mencionó que la mejor conductora, posiblemente, estaba disponible. El hecho de que Clement ya conociera tu nombre lo facilitó todo.

—¿Hen... el cabo Chastain me recomendó con el coronel para este ascenso?

—Oficialmente, sí. Aunque, la verdad, todos estábamos encantados de que estuvieras con nosotros cuando zarpáramos.

Violet seguía intentando comprender este giro de los acontecimientos.

—¿Cómo es que el coronel ya conocía mi nombre?

—Tenía la mandíbula rota y perdió la mayor parte de los dientes frontales inferiores; todavía necesita que le venden la barbilla diariamente, pero su memoria no tiene ningún problema. Amenazó con ahorcar a cualquiera que intentara enviarlo a casa. Resulta que un hombre, aunque esté todo vendado, puede seguir dando órdenes de manera eficaz.

Violet tardó un instante en comprender a quién se refería.

—¿Es el hombre que ayudaron a meter abajo del camión durante el ataque aéreo?

—Que ayudaste —corrigió Gasquet—. Tú y Chastain lo salvaron. Ahora, el coronel Clement está de vuelta tras aterrorizar al personal del hospital de Beirut cuando se cansó de la convalecencia. O quizá ellos se cansaron de él. No está del todo claro —consideró—. Aunque apuesto por lo segundo.

—No sabía quién era —reconoció Violet—. No tenía coche propio. Si hubiera sabido que era un coronel, habría...

—¿Qué? ¿Habías hecho algo diferente?

—No —admitió Violet, sintiéndose un poco tonta—. Solo estoy... sorprendida, supongo.

—Acababan de matar a su chofer. Ese día había decidido viajar con sus hombres. Así es Clement. —Torció la correa de la bolsa de lona de Violet—. Te envía sus condolencias por lo del comandante. Se entristeció mucho al enterarse de su muerte; sin embargo, de cara al futuro, quiere que sigas con nosotros en el frente, en lugar de vaciar orinales en la retaguardia, mientras que nosotros partimos hacia el desierto occidental. Ahora, tendrá de nuevo su propio coche y quiere que tú lo conduzcas.

—Es un honor.

—Que te has ganado. El coronel no soporta a los tontos; independientemente de lo que hiciste por él aquel día en el desierto o de lo que le sugiriera Chastain, te solicitó por tu capacidad. Ni más ni menos.

—Gracias, cabo.

—Te advierto que es un tirano —declaró Gasquet mientras avanzaba por el pasillo—, pero siempre es justo.

Violet se puso a lado de él.

—¿Has oído sobre lo que está pasando en el oeste? —Gasquet ya no sonreía.

—Los alemanes están avanzando hacia El Cairo. Los oficiales para quienes conduzco no cuentan mucho, pero dicen lo suficiente para que sepa que están preocupados.

—Todos estamos preocupados. En menos de dos semanas, Rommel ha destruido brigadas blindadas enteras y ya recuperó Antelat, Ajdabiya, Masus y Bengasi, casi todos los territorios que los británicos tenían bajo su control. Ahora van por Tobruk y El Cairo. —Gasquet frunció el ceño—. Es la misma estrategia que usaron contra nosotros en 1940. Una guerra relámpago, un ataque fulminante que tomó a los generales británicos desprevenidos. Si tan solo los británicos nos hubieran pedido ayuda, si nos hubieran dejado participar en la lucha antes o si hubieran escuchado nuestras advertencias... —Se detuvo de repente y miró a su alrededor; el pasillo estaba desierto—. Perdón. Quejarse no sirve de nada, pero es tan frustrante.

—Entiendo cómo se siente que no te dejen participar en una lucha —le aseguró Violet mientras salían al patio, bajo la sombra de los ciruelos—. Mi padre y mi prometido me prohibieron que me alistara como voluntaria.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Y, sin embargo, aquí estoy. Y no querría estar en ningún otro lugar.

Gasquet se detuvo.

—Debió ser difícil desafiar los deseos de tu familia.

—Al principio, sí —le respondió con honestidad—, pero lo único que se necesita es una persona que crea en ti. —Era increíblemente sencillo hablar con Gasquet, aunque Violet no podía identificar la razón.

—¿Fue Chastain? —preguntó él—. ¿La persona que creyó en ti?

Por encima de sus cabezas, las palomas seguían arrullando la ciudad con su triste canción. Violet reflexionó su respuesta.

—Lo siento, fue una pregunta demasiado personal —se disculpó el cabo, sacudiendo la cabeza—. Solo me lo preguntaba, porque, como ya se conocían...

—Más o menos —le contestó Violet. No estaba segura de que Henri realmente creyera en ella, aunque, sin duda, la había impulsado—. Su hermana, George, fue la primera persona que creyó en mí. Sigue haciéndolo.

Los ojos de Gasquet se iluminaron.

—Ella es extraordinaria.

—Absolutamente. —Violet pensó que Gasquet se estaba sonrojando—. Háblame de la persona que creyó en ti —le pidió.

Una sombra de dolor oscureció el rostro del cabo por instante antes de desaparecer.

—Lo siento. —Ahora fue el turno de Violet de disculparse—. También fue una solicitud muy personal. No tienes que responderme.

—No, está bien. —Rascó la tierra con la punta de la bota, alzando nubes de polvo blancuzco—. Tuve una hermana y ella también era la persona que más creía en mí. Era mi mundo entero. —Alzó la mirada hacia Violet—. Murió cuando yo era joven.

—Lo siento mucho.

—Ella fue quien me inspiró a que luchara por lo que creo. —Hizo una pausa—. Pienso que le habrías caído bien.

Violet, en un impulso, extendió la mano y la apoyó sobre el brazo de Gasquet.

—Si se parecía a ti, creo que a mí también me habría caído bien. —Dejó caer el brazo a un lado—. Gracias, cabo.

—¿Por qué?

—Por recordarme cuánta bondad hay todavía a mi alrededor y por las cosas que debo estar agradecida. Últimamente, ha sido difícil tenerlas en cuenta.

Gasquet exhaló pesadamente y pareció soltar la solemnidad.

—Bueno, pues tengo más buenas noticias —comentó con una sonrisa en el rostro—. Definitivamente, estarás agradecida por esto.

—¿Ah, sí? —Violet permitió que cambiara el tema de la conversación lejos de cuestiones familiares—. ¿Cuáles son?

Él metió la mano a su mochila y sacó un libro.

—Primero, el cabo Chastain me pidió que te diera esto. —Le entregó un libro a Violet. Era una copia en inglés de *El sabueso de los Baskerville* con una nota metida entre las páginas. Violet la sacó. «Te lo dije», estaba garabateado en el papel, firmado simplemente con la letra «H»—. Dijo que no lo vas a poder soltar —le advirtió.

—Hmm. —Violet dejó que sus labios se curvaran—. Ya veremos.

—Y hay algo más.

—¿Algo más? ¿Mejor que un libro nuevo?

—Dejaré que lo juzgues tú misma —le respondió Gasquet con otra sonrisa enorme—. Está estacionado en la puerta.

/

Violet se acomodó el pequeño paquete envuelto en papel marrón que llevaba bajo el brazo y se paró en la entrada de las instalaciones, dudando. No estaba segura de cómo iba a encontrar a Henri en medio del caos de los preparativos para el viaje al norte de África, pero resultó más fácil de lo que pensaba. Dos legionarios se detuvieron frente a ella y la saludaron por su nombre, le preguntaron cómo podían ayudarla y, a pesar de sus protestas, insistieron en escoltarla hasta el otro lado del cuartel. Todavía no se sentía del todo cómoda con el hecho de que la reconocieran; su voz se escuchó temblorosa cuando les preguntó cómo estaban. Al llegar al sitio, les agradeció profusamente su ayuda, lo que solo pareció deleitarlos todavía más. La

dejaron en la entrada de un edificio de almacenamiento de piedra que tenía las puertas abiertas de par en par y pilas de cajas y cajones visibles en el interior.

—Me pregunto si el general Koenig debería considerar nombrarte también general.

Violet se giró y vio a Henri, que estaba apoyado en la puerta y se limpiaba las manos con un trapo manchado de grasa mientras veía alejarse a los dos legionarios. La suave luz dorada del sol al atardecer le iluminaba la piel y el desgastado caqui de su uniforme.

—¿Qué?

—Estoy casi seguro de que todos y cada uno de estos hombres te seguirían al infierno y de regreso si se los pidieras.

—Eso no es... yo no... —Se detuvo y volvió a empezar—. No he hecho nada para merecer este tipo de consideración mítica.

—No importa. —Henri se apartó de la puerta—. Sabes tan bien como yo que los soldados son personas muy supersticiosas. Por las razones que sean, te has convertido en una especie de símbolo para ellos; aunque, ciertamente, llamó un poco la atención que le hayas salvado la vida a un coronel muy respetado.

—¿Un símbolo?

—Estos hombres perdieron su país, pero no han perdido la fe en lo que su país representaba y podría volver a representar: valentía, perseverancia, honor, libertad. Eso es lo que los franceses de la Francia Libres ven en ti. Por eso es por lo que luchan.

—Eh... —Dentro del almacén, podía oír el ruido de hombres hablando y de cajas y cajones que se movían—. Vine a darte las gracias —comentó Violet, desviando la conversación de sí misma.

—¿Por qué?

—El cabo Gasquet me dijo que tú me recomendaste con el coronel Clement.

—No debió habértelo dicho.

Violet se mordió un labio.

—No importa —dijo Henri—. Si no te hubiera recomendado yo, lo habría hecho alguien más.

Un soldado que llevaba una pila de cajas de madera salió del almacén, saludó a Henri con la cabeza y le sonrió efusivamente a Violet.

—¿Ya firmaste los papeles? —le preguntó Henri una vez que el soldado se alejó.

—Sí.

—No tenías por qué firmar. Nadie habría pensado mal de ti si hubieras decidido quedarte aquí.

—Yo habría pensado mal de mí.

Henri asintió con una expresión difícil de descifrar.

—Entonces, ya conociste al coronel.

—Sí.

—Es un buen hombre.

—Sí —admitió Violet—. Es directo, franco y me dejó bien claro cuáles eran sus expectativas. Además, puedo conducir un Ford Utility ahora. Tiene un chasis más pesado y un espacio de almacenamiento cerrado en la parte trasera; está construido más como un camión que como un coche, pero no tardaré mucho en acostumbrarme. El Humber, de verdad, ya estaba en las últimas.

—Qué bien. —Henri aventó el trapo encima de la caja más cercana.

Otro hombre salió del almacén, cargando varias cajas de madera. Él también saludó a Henri con un gesto y observó a Violet con una sonrisa.

—Te traje un regalo —Violet tomó el paquete que llevaba debajo del brazo y se lo ofreció a Henri.

—¿Qué es?

—Un regalo de agradecimiento.

—Ya me diste las gracias.

—Solo agarra el maldito paquete y da las gracias.

Henri torció los labios mientras tomaba el paquete.

—Gracias. —Rasgó el papel—. Me trajiste libros.

—¿Ya los leíste? —preguntó Violet.

—No. —Tomó los dos libros con una mano y les dio la vuelta—. *Asesinato en el Orient Express* y *El misterioso señor Brown* —leyó en voz alta—. De Agatha Christie.

—No es Doyle —señaló Violet—. Pensé que era hora de que ampliaras un poco tus horizontes sobre autores de misterio.

Él abrió el libro que estaba arriba en una página al azar y empezó a leer. Violet cerró el libro de golpe con una mano.

—No puedes hacer eso. Arruinarás el suspenso.

—¿Me estás diciendo cómo debo leer?

—Sí. Obviamente, está justificado.

—¿Dónde los conseguiste?

—Los encontré en un mercado en Beirut. Ya los leí y ahora se los doy a alguien que sé que los va a apreciar. Te estoy devolviendo el favor, por así decirlo.

Él pasó los dedos sobre la pasta dura color naranja, mirando las letras negras.

—Es muy... —Pareció quedarse sin palabras.

Violet entrelazó las manos detrás de su espalda.

—Bueno —dijo ella tras pasar unos largos segundos en silencio—, ya tengo que irme. Ya te he distraído lo suficiente de tus deberes.

—No me molesta. —Henri todavía no alzaba la vista.

—Claro. Eh, bueno, gracias de nuevo y...

—Lo hice por egoísmo —confesó él súbitamente.

—¿Qué hiciste por egoísmo?

—Recomendarte con el coronel. Lo hice porque quería que te quedaras con nosotros, conmigo, cuando nos dirigiéramos al oeste.

Violet contuvo la respiración.

—Debí haberte preguntado primero.

—De todas maneras, fue mi decisión, Henri. El comandante Tremblay me dio todo tipo de opciones para disuadirme, créeme.

—La verdad es que estarías más segura aquí...

—No te atrevas a hacerme esto —objetó Violet con una ráfaga de ira—. Si quisiera estar segura, no estaría aquí de ninguna manera. Si quisiera estar segura, me habría casado con Tino, como él quería que lo hiciera, y habría regresado a Inglaterra, como mi padre deseaba. Esta fue mi elección.

Él la miró a los ojos.

—Lo sé.

—La última vez que vi a George también estaba empacando para irse a África. Parece que muy pocas enfermeras se ofrecieran como voluntarias.

—Lo sé. La vi esta mañana.

—¿También le dijiste que iba a estar más segura aquí?

—Por supuesto que sí.

—¿Y qué te respondió?

—Que me quería y que, por favor, la dejara en paz.

Violet se rio.

—Debí haber empezado por ahí. Por decirte que me dejaras en paz, quiero decir. —De súbito, sus mejillas se sintieron calientes.

—No te preocupes, sin duda, tendrás otra oportunidad. —Henri parecía divertido.

En ese momento, los dos legionarios que habían salido del edificio regresaban con las manos vacías después de entregar su carga. Henri se metió los libros bajo el brazo.

—Te agradezco de nuevo tu interés por mi intelecto —bromeó mientras los hombres se acercaban—. Nos vemos en el desierto de África, La Fleur.

—¿Ahora soy La Fleur? —Violet alzó las cejas—. ¿Qué pasó con *princesa*?

—Esa mujer ya no existe —admitió, abandonando la diversión—. Esa mujer se convirtió en legionaria. Una legionaria con la que es un orgullo servir.

Los dos soldados casi habían llegado hasta donde ellos estaban y Henri se alejó de Violet

—Conduce con cuidado.

Capítulo 18

*8 de diciembre de 1941
Damasco, Siria*

El espía recibió órdenes de ir al zoco. Permaneció alerta mientras recorría los pasillos, atento a las vistas, los sonidos y los olores del mercado. Cada vendedor promocionaba sus productos con entusiasmo en una disonancia de voces y se podía encontrar casi cualquier cosa para regatear. Al espía, sin embargo, no le interesaban las especias, los muebles o los brocados de seda. Por lo menos, no esa tarde. Esa tarde, tenía que visitar a un sastre.

El local del sastre se encontraba cerca de la esquina noreste del zoco. La transmisión que había recibido, como todas las anteriores, fue breve: una fecha, una ubicación y una serie de palabras o frases clave que lo guiarían. El espía ignoró a un grupo de soldados que estaban apiñados alrededor del puesto de un vendedor, borrachos y haciendo el ridículo, al igual que ignoró a los lugareños que le lanzaban miradas airadas y resentidas. Más adelante, en la puerta del puesto de un vendedor, vio un letrero colgado que tenía pintado en color negro la cabeza de un antílope con dos cuernos largos y espirales en un fondo rojo. El espía se detuvo frente a ese puesto, donde el vendedor colgaba una ecléctica colección de caftanes de colores brillantes junto a varios uniformes caqui.

—¿Utiliza bordados de seda amarilla? —le preguntó el espía.

El vendedor se giró despacio para mirarlo. Era bajo, delgado y el *taqiyah* le cubría casi por completo el cabello negro. Sus ojos pequeños y rasgados se movían de izquierda a derecha como dos estanques gemelos de oscura

sospecha.

—Nunca amarilla —respondió el sastre en francés con un fuerte acento—. Solo púrpura.

—Muy bien —contestó el espía—. Entonces, vine al lugar correcto.

—Sí. —El sastre miró de un lado a otro el concurrido pasaje—. Solo deme un momento. —El hombre gritó en árabe un rápido torrente de instrucciones hacia la parte trasera del puesto, en la que apareció un joven. Le dijo algo más y el muchacho desapareció.

—Venga —pidió el sastre en francés—. Tengo lo que necesita en la parte de atrás.

El espía echó un vistazo a su entorno de manera furtiva, pero toda la atención parecía estar puesta en los soldados que seguían tambaleándose y riendo a carcajadas. Siguió al sastre, agachándose bajo filas de cinturones colgados y estantes llenos de carretes de hilo, frascos de botones y cojines erizados de agujas. En la parte de atrás, lejos del ruido del zoco, había dos máquinas de coser montadas sobre unas pequeñas mesas, con trozos de tela e hilo esparcidos debajo de ambas. Una puerta estrecha estaba enmarcada por rollos de tela recargados contra la pared. El sastre le señaló al espía el taburete de la máquina más cercana.

—Me quedaré de pie, gracias —respondió el espía.

El sastre se encogió de hombros y se dio la vuelta; levantó una botella de *arak* de en medio de lo que parecía el patrón de un vestido tradicional. Sin preguntar, sirvió dos vasos pequeños del líquido lechoso y le entregó uno al espía. Dejó el otro sobre la mesa de enfrente y, sin decir nada más, regresó al frente del puesto, dejando solo al agente.

El espía levantó su vaso y bebió un sorbo. Después de haber experimentado el desierto, jamás volvería a rechazar un vaso de cualquier cosa líquida.

La estrecha puerta entre los rollos de tela se abrió y entró un hombre. Era alto, pero su caftán blanco y vaporoso lo hacía parecer más alto aún. Tenía un rostro anguloso con una tez de un bronceado profundo y ojos impenetrables de un color entre el marrón y el verde. El hombre atravesó la habitación y cogió el segundo vaso de *arak*; luego, se acomodó en el taburete que el espía había rechazado.

—Siempre me ha sorprendido el tipo de amistades que se forjan cuando se enfrenta a un enemigo común. —El hombre habló en voz baja y en alemán—. Nuestro sastre sería tan capaz de degollar a uno de sus camaradas de la Francia Libre como de venderle un uniforme nuevo. Estaba bastante angustiado de ver marcharse al régimen de Vichy. —Tomó un sorbo para probar el *arak* e hizo una mueca.

El espía observó al hombre al que solo conocía como Otto. Habían estado en ese mismo lugar la primera vez que se vieron, a finales del verano, cuando el espía solicitó ayuda para sacar la película de Siria y llevarla a Alemania. El mayor Beck lo había descrito como una especie de mensajero de la *Abwehr*. El agente sospechaba que este hombre era mucho más que un simple mensajero, pero ese era el tipo de preguntas que no le correspondían. Preguntas como esa hacían que muriera gente como él.

—Berlín le envía saludos —le comunicó Otto—. Están sumamente complacidos con la película. Después de todo, resultó que los estadounidenses fueron de utilidad, aunque, probablemente, no de la manera en que ellos esperaban. Esos eran libros de Código Negro, utilizados por todos los agregados militares de Estados Unidos.

El espía no dijo nada.

—Por otro lado, Berlín está menos complacida con cualquier tipo de incompetencia que condujo a la terminación de una fuente de información constante. Los documentos privados del comandante habían sido útiles de forma sistemática. Usted solo tenía órdenes de observar e informar, en caso de que lo haya olvidado.

El espía sabía de primera mano lo que le sucedía a los agentes que desobedecían las órdenes y tomaban decisiones por sí mismos. Había sido testigo de cómo alineaban a esos hombres contra muros de hormigón; les ponían una capucha sobre la cabeza, les ataban las manos a la espalda y los marcaban como traidores o agentes dobles.

—No lo he olvidado —respondió—. Fue una circunstancia lamentable. No tuve otra opción. —El espía había observado e informado de forma obediente y leal durante mucho tiempo, así que no apreciaba que le recordaran sus errores.

—La *Abwehr* no tiene paciencia con lo lamentable —sentenció Otto.

El espía se preguntó si era una amenaza. Se echó hacia atrás con cautela, dejando que una de sus manos reposara más cerca de su cuchillo. Todavía no sabía por qué su superior de Berlín lo había convocado ahí, pero no era tan ingenuo como para sentirse imprescindible, en caso de que lo consideraran un riesgo por su incompetencia.

Otto colocó su vaso en el borde de la mesa de corte, en medio de los restos de tela.

—Estamos a punto de tomar Tobruk y El Cairo. No hay espacio para errores y circunstancias lamentables.

—Entendido.

—Debo preguntar... —Otto jugueteó con su vaso, inclinándolo con un movimiento lento y circular; parecía estar eligiendo sus palabras—. La conductora del difunto comandante, esa mujer a la que llaman La Fleur. He oído que es bastante inteligente y que ha estado haciendo preguntas sobre la forma en que murió el comandante.

—No le está preguntando a nadie que importe.

—Mmm... —Otto se acarició la barbilla, pensativo—. También he oído que usted está bastante prendado de ella.

El espía reprimió la llama de furia que se encendió en su interior, caliente y veloz. ¿Cómo se atrevía ese hombre a sugerir que él podría perder la concentración y la objetividad por una mujer bonita?

—Todos los soldados en Damasco están prendados de ella —comentó el espía con calma, negándose a picar el anzuelo—. Me he asegurado de no parecer indiferente. Nunca ha sido un fastidio estar en su compañía.

—¿Y si empieza a hacer las preguntas correctas a las personas indicadas? ¿A personas propensas a mirar más allá de lo que queremos que vean? ¿Entonces qué?

—¿Me está pidiendo que la mate? Porque acaba de recordarme que mis órdenes son observar e informar.

—No, no. Por lo menos, todavía no. Simplemente, se planteó esa posibilidad.

—En ese caso, haré lo que tenga que hacer. No sería difícil matarla porque ella jamás lo vería venir.

Otto lo examinó por debajo de sus cejas oscuras; al parecer, había llegado a una conclusión.

—Bien. Me dijeron que ya empezaron a quemar papeles en El Cairo —comunicó—. Tenemos a los británicos aterrorizados; sin embargo, aún hace falta dar más pasos para acabar con ellos. Necesitaremos más de usted.

—Estoy dispuesto a hacer más —respondió el espía—. Tengo muchos oficiales a mi alcance que tampoco lo verían venir. La muerte de un general francés podría salvar la vida de muchos soldados alemanes.

Otto frunció el ceño.

—Está sugiriendo el asesinato del general Koenig.

—Estoy sugiriendo que podría hacer mucho más que observar e informar. Y estoy sugiriendo que no sería tan difícil.

—¿Y luego qué?

Fue el turno del espía de fruncir el ceño.

—Y luego estaría muerto.

—Y alguien más lo reemplazaría.

—Uno menos astuto. Menos hábil. Menos respetado.

—Tal vez, pero no lo sabemos con certeza. De cualquier manera, ese alguien más sospecharía de todos y de todo. Y a usted se le restringiría el acceso del que disfruta actualmente. —Otto jaló un hilo suelto de su caftán—. Nunca conviene pensar a corto plazo un problema de largo plazo.

La furia del espía iba en aumento, pero mantuvo su rostro inexpresivo.

—Simplemente era una sugerencia.

—Las órdenes de Berlín para usted siguen siendo las mismas. Observe e informe durante el tiempo que se le requiera, ni más ni menos. Sin órdenes y hombres que las sigan, el mundo caería en la anarquía. —La voz de Otto era suave como la seda.

El espía apretó los dientes.

—Entendido.

—Traje algo para usted. —Otto se puso de pie y atravesó la pequeña habitación; se agachó para recoger un bulto de tela atado con una cuerda que estaba apilado junto a una docena de otros bultos iguales. Lo colocó sobre la mesa en medio de las piezas del patrón.

—¿Qué es esto?

—Una radio nueva.

El espía desató la cuerda y desenvolvió la tela áspera. Adentro había tres cajas que parecían latas de galletas.

—En breve, partirá hacia el desierto de África. Hay mucho espacio abierto ahí. El modelo que utiliza actualmente no tiene el alcance de este. Dentro de la unidad superior encontrará las instrucciones y los rangos de frecuencia que utilizará una vez que esté al oeste de El Cairo.

—Muy bien.

—Quédese en el campamento del general Koenig y mantenga su identidad falsa. Se espera que los británicos intenten establecer una línea defensiva al sur de El Gazala, o quizá en Tobruk, y que las Fuerzas Francesas Libres formen parte de esa línea. Berlín seguirá esperando sus comunicaciones con regularidad, en especial ahora que estamos tan cerca. —Golpeó con el dedo el borde de la pila de telas—. Si tomamos Egipto, tomaremos el canal de Suez y, entonces, nadie nos detendrá.

El espía volvió a envolver la radio, ató la cuerda con fuerza y se puso el paquete bajo el brazo.

—Los británicos están muy extendidos en el oeste.

—Y, sin embargo, se aferran como garrapatas a un perro callejero. Por eso, todas las fuentes de inteligencia son tan valiosas ahora. Nuestras líneas de suministro son nuestro mayor reto, por lo que saber cuáles son los planes del enemigo marcará la diferencia entre la derrota o la victoria. No tenemos recursos que desperdiciar.

—Comprendo.

—No puede haber más... circunstancias lamentables. Desde luego, no en este momento.

El espía echaba humo por dentro. Fantaseó que se vengaba de la altivez de su interlocutor con cualquiera de las armas que tenía a su disposición, aunque solo fuera para sentirse mejor. En lugar de eso, respondió con una voz impasible y desprovista de emoción.

—Contrariamente a lo que cree la *Abwehr*, la muerte del comandante no es en absoluto una circunstancia lamentable. Y, por ahora, La Fleur es mucho más valiosa viva que muerta.

Otto alzó una sola ceja oscura con expresión dubitativa.

—Suenas muy seguro de tus palabras.

—Lo estoy. —El espía ajustó el peso del bulto bajo su brazo—. Porque el difunto comandante, que alguna vez viajó en el coche de La Fleur, acaba de ser sustituido por un coronel.

Capítulo 19

*14 de febrero de 1942
Bir Hakeim, Libia*

La palabra *fuerte* era poco apropiada tal y como se aplicaba al fuerte de Bir Hakeim.

Violet no estaba segura de lo que esperaba cuando las Fuerzas Francesas Libres recibieron la orden de defender Bir Hakeim, pero no era esto. En su imaginación, había conjurado un castillo de los cruzados, con altos muros de piedra y torres robustas y resistentes. La palabra *bir* significaba ‘agua’ en árabe , por lo que, alrededor de su ficticio fuerte, concibió palmeras y una exuberante vegetación entorno a un oasis que reflejaría el azul del cielo.

Sin embargo, mientras conducía con cuidado el Ford sobre la planicie del desierto, lo único que veía era una ligera elevación del terreno en el horizonte y un puñado de chozas de hormigón en ruinas. Por encima de ellas, el sol azotaba la arena con una intensidad implacable y, más al sur, más allá de esa ligera elevación, corría infinitamente la ondulante extensión del Sáhara. Durante un momento aterrador, Violet se preguntó si se había equivocado de camino y estarían a kilómetros de donde debían estar.

—¿Es aquí, señor? —preguntó Violet sin pensar.

—Sí. —La respuesta del coronel Clement fue lacónica y sombría—. El mismísimo final de la línea defensiva. Los doce kilómetros cuadrados que nos ordenaron defender. Quizá, después de todo, debimos habernos ido a Rusia —murmuró.

Sabiamente, Violet mantuvo la boca cerrada. No se le ocurría nada que pudiera decir para mejorar la situación actual.

Mantuvo el rumbo del Ford, pero, a medida que se acercaban, empezaron a salir repentinamente algunas cabezas de la tierra. Sorprendida, detuvo el coche de golpe al darse cuenta de que el fuerte no estaba sobre el suelo, sino debajo de él. Frente a ella, el coche de Koenig también se había detenido y estaba caminando hacia el fuerte.

Media docena de hombres emergieron de la tierra para encontrarse con el general. Violet examinó con detenimiento los alrededores y vio vehículos enterrados a medias, estacionados en cavidades excavadas en el suelo duro.

—Jesucristo, cavaron trincheras —exclamó el coronel, mirando a través del parabrisas polvoriento. Era un hombre alto y delgado de cabello canoso, que, por encima de los vendajes que todavía le envolvían la mandíbula, tenía una nariz ganchuda y unos ojos de mirada dura. En ese momento, encorvado como estaba y mirando el paisaje, le recordó a Violet un ave de rapiña enfurecida.

—Malditas trincheras. Es otra vez como en la última guerra. —Abrió la puerta del pasajero sin esperar a que Violet lo hiciera y salió.

Violet también salió del vehículo.

—Investiga dónde se deben estacionar los vehículos —le solicitó el coronel—. Iré a recibir más órdenes.

—Sí, señor.

El coronel se alejó y Violet miró a su alrededor con los ojos muy abiertos. La columna de camiones y vehículos que marchaba detrás de ellos se había detenido.

Con cautela, Violet se acercó a la madriguera de conejos que se hacía pasar por un fuerte. Más hombres habían surgido de la tierra y Violet se acercó al que estaba más cerca de ella. El soldado estaba cubierto de polvo y apoyado en una pala, fumando un cigarro; se quedó viendo la llegada de Violet con gran interés y se giró para saludarla cuando se acercó.

—Buenos días —saludó ella en inglés.

El cigarro se le cayó de la boca.

—El coronel Clement me pidió que averigüe dónde debemos estacionar los vehículos. ¿Puede darme alguna indicación? —le preguntó.

El soldado parpadeó y unos trozos de polvo se le desprendieron de las mejillas.

Violet esperó un momento, pero el soldado no le respondió.

—¿Esto es todo lo que hay aquí? —Intentó con otra pregunta.

El soldado se sacudió y levantó su cigarro de la arena. Tomó su gorra y se la quitó de un tirón.

—Pensé que era un espejismo —respondió por fin—. Una ilusión. El desierto hace que uno vea cosas extrañas. —Tenía un marcado acento de Yorkshire—. No esperaba ver una mujer.

Violet extendió la mano.

—No soy un espejismo. Ayudante St. Croix —se presentó—, un placer.

El soldado le estrechó la mano con una palma áspera y callosa.

—Sargento Williams de la Centésima Quincuagésima Brigada de Infantería. —Sonrió de repente—. Bienvenida al infierno en la Tierra —Pareció corregirse—. Eh, así es como lo llamamos.

—Gracias, creo —respondió Violet—. No es lo que esperaba.

—Ajá. Pensó que sería un gran castillo, ¿verdad?

—Sí —confesó.

—Nuestro oficial al mando nos contó que este lugar solía ser una antigua encrucijada para las caravanas de los beduinos. Después, los italianos construyeron un fuerte cuando llegaron a este sitio. —Miró a su alrededor los lastimosos restos que hacía mucho que se habían derrumbado y rendido a los elementos—. Esperemos que esos fascistas bastardos luchen tan bien como construyen, ¿verdad?

—Esperemos.

—Un lugar terrible, pero perfecto para la guerra, ¿no lo cree?

—¿Qué quiere decir?

—No hay nada que se pueda dañar o destruir aquí, ¿cierto? No hay edificios hermosos ni monumentos históricos ni santuarios culturales. Solo nosotros.

Violet asintió, pensativa.

—Supongo que es verdad.

—Estábamos esperándolos para que nosotros pudiéramos poner pies en polvorosa.

—¿En dónde?

El hombre hizo una mueca.

—Como a quince kilómetros al norte. Cavaremos cerca de Sidi Muftah. —Williams se metió el cigarro de nuevo en la comisura de la boca—. Pero tomaremos antes un descanso en Tobruk. —Cerró los ojos y suspiró—. Extraño el mar.

Violet también lo extrañaba.

Williams abrió los ojos de golpe.

—¿Vieron algún alemán en el camino hacia aquí?

Violet negó con la cabeza.

—Escuché que Rommel está a solo cien kilómetros al oeste de aquí, pero no logrará llegar al este. No pasará a través de nosotros. Todo el 8.º Ejército Británico está haciendo una línea de cajas defensivas desde Gazala hasta este punto —explicó—. Los alemanes lo van a intentar, pero no pasarán.

Violet se abstuvo de señalar que, recientemente, los alemanes habían estado atravesando las líneas de los Aliados a un ritmo aterrador.

—Aunque es improbable que vean mucha acción por aquí. A menos que Rommel intente rodear la línea defensiva hasta el otro extremo para llegar a Egipto, pero no se espera que haga eso. Se alejaría demasiado al sur de sus líneas de suministro, que están en los puertos.

—Williams se volvió a poner la gorra en la cabeza—. Supongo que tienen mucha suerte.

—Mmm. —Violet emitió un sonido evasivo. No pensaba que fuera afortunado tener que pasar semanas o meses en el horno que era Bir Hakeim, esperando a un *Generalfeldmarschall* nazi que tal vez nunca apareciera—. ¿Los coches? —le preguntó—. ¿Dónde debemos ponerlos?

—Claro, le mostraré. —Williams alzó la pala sobre su hombro—. Pueden ponerlos en cualquiera de los espacios que hemos excavado. —Observó la fila de camiones que esperaban a las afueras del fuerte y silbó—. Aunque me parece que van a tener que cavar muchos agujeros más, muchacha.

,

A las pocas horas de su llegada, toda la Brigada de Infantería Británica abandonó Bir Hakeim, dejando atrás una red de trincheras y refugios, así como dos cisternas arenosas y agrietadas parcialmente llenas de agua. Unas pocas horas más tarde, los

nuevos ocupantes ya se habían desplegado para empezar a trabajar en el refuerzo de las defensas y la expansión de la red subterránea; cavaron más trincheras, hoyos para armas, agujeros profundos para el equipo y cámaras más grandes que se utilizarían como puestos de mando. Se erigió una tienda-hospital en el centro del fuerte, una tienda-comedor al lado y una tienda que se utilizaría como cuartel general, rodeada de rollos de alambre de púas. El alojamiento del coronel Clement y todo su personal, con excepción de Violet, se excavó más cerca de los bordes del campamento. Sospechó que terminaría durmiendo en el Ford; no sería la primera vez y tampoco la última. Se le ocurrían lugares mucho peores.

Una vez que Violet guardó el coche del coronel en un lugar cercano a sus nuevos aposentos subterráneos, descargó sus pertenencias personales. Guardó los documentos privados del coronel bajo llave en el Ford, pues no quería dejarlos sin resguardo en la zanja. No tenía idea de cuándo volvería Clement, así que vagó por el laberinto de escombros bajo el sol implacable, intentando familiarizarse con el entorno.

—La Fleur.

Violet volteó y vio al soldado Picard de pie justo detrás de ella.

—Los zapadores del cuerpo de ingenieros cavaron un refugio para usted —le informó con una tímida sonrisa en el rostro—. Nos preguntábamos si querría verlo.

—¿Un refugio?

—Su alojamiento privado —le respondió Picard.

Una oleada de gratitud le oprimió la garganta.

—Gracias, me encantaría verlo.

—No nos dé las gracias todavía. —Los ojos cafés de Remy Picard destellaron de ironía—. No es exactamente el Pequeño Trianón.

—Tampoco es la parte trasera de un Ford —se rio Violet—. Dormir en el coche me produjo un crujido permanente en el cuello. Por favor, guíame.

Siguió a Picard en dirección a los cuarteles del coronel. Justo a un lado, lejos de la mayor parte de los hombres, pero a poca distancia, habían excavado un hueco rectangular en el suelo duro. Quizá tenía un metro o un metro y medio de ancho y tres metros de largo; todos los lados estaban revestidos con sacos de arena y tenía una lona enrollada en la parte superior, asegurada de un extremo. Dos zapadores tremendamente jóvenes, desnudos hasta la cintura, esperaban con picos cerca del borde.

—Esperamos que le guste —exclamó el que estaba más cerca de Violet.

Violet saltó a la depresión, que le llegaba hasta la cintura, y miró a su alrededor. El soldado Picard se metió con ella para inspeccionar los sacos de arena.

—Este es el hogar más hermoso que he visto en mi vida —les aseguró a los zapadores. Era irónico que, después de pasar toda la vida en opulentas villas y lujosas mansiones, atendida por sirvientes y personal, este agujero en el suelo que compartiría solo con la arena y algún escorpión significara más para ella de lo que era capaz de expresar.

—Puede enrollar la lona encima del refugio durante el día para tener sombra y para tener privacidad durante la noche —le explicaron.

—Gracias —dijo de nuevo— por su arduo trabajo y amabilidad.

Los dos zapadores sonrieron alegremente, volvieron a echarse el pico sobre los hombros y se dirigieron al centro del fuerte, sin duda, para cavar otro agujero.

—Le ayudaré con sus pertenencias —le ofreció el soldado Picard— y a montar su catre.

Picard la ayudó a salir del refugio y a traer las escasas pertenencias de Violet del Ford. Dejó sus herramientas bajo llave con los documentos privados del coronel, pero llevó al agujero su catre, su bolsa de lona y una sillita plegable. El soldado la ayudó a desempacar.

—Gracias —le dijo Violet de nuevo una vez que terminaron.

Picard asintió, pero se veía reacio a marcharse.

—Los zapadores me contaron que van a colocar minas una vez que terminen de cavar los refugios. —Picard estaba jugando con el borde de un saco de arena—. Me dijeron que colocarán cincuenta mil minas alrededor del fuerte, tal vez más. Antitanques y antipersonal. También me hablaron de los planes. Habrá rutas específicas sin marcar a través de los campos de minas para que los convoyes de suministro puedan entrar y salir.

—Parece mucho trabajo. —Violet se sintió contenta al dejarlo hablar. Tenían días, semanas y meses por delante, así que, ante la incertidumbre de cómo ocuparía el tiempo, era agradable tener compañía, por breve que fuera.

—Además tienen órdenes de colocar los setenta y cinco milímetros y los cañones antiaéreos *Bofors* en las trincheras.

—Entonces, estaremos bien defendidos. Eso es bueno. —Violet se agachó y abrió su bolsa de lona. Sacó sus libros y cubiertos y los colocó con cuidado sobre el asiento de la silla plegable.

Se enderezó, satisfecha con el resultado. Estaba muy lejos de la biblioteca de su padre, con sus estanterías llenas de libros y decantadores de cristal, pero esos objetos le daban un toque hogareño a ese espacio.

—¿Le gusta leer? —preguntó Picard.

—Sí, mucho. —Sacó su abrigo de la bolsa de lona y lo colocó a los pies de la cama. Aunque los días fueran insoportablemente calurosos, sabía que las noches serían bastante frías—. Mantiene mi mente ocupada durante los días lentos.

—Oí que los británicos hablaban de la cucaracha antes de irse

—¿Una cucaracha?

—No, *la* cucaracha. La cucaracha es como le dicen a la locura que provoca el desierto. Hombres fuertes que enloquecen por el estado de olvido en que se encuentra este lugar. Como si una cucaracha se escabullera dentro de su cerebro. —Hizo un movimiento circular con el dedo cerca de su sien—. Creo que prefiero luchar contra los alemanes que ir perdiendo la cordura poco a poco, completamente solo.

—Quizá no pase ninguna de las dos cosas.

—Quizá. —No se veía muy convencido.

—Lo único que podemos hacer es mirar hacia adelante —expuso ella, sintiendo compasión por el soldado—. Centrarnos en las cosas buenas y no en las malas, que, de cualquier forma, aún no han sucedido.

—¿Las cosas buenas?

—¿Tiene esposa? ¿Novia? —Picard probablemente tenía la misma edad que ella. Tal vez fuera un poco mayor.

—No. —Se retorció las manos con nostalgia—. Quizá algún día.

—¿Tiene familia?

Picard se encogió de hombros con tristeza.

—En realidad, no. Estoy un poco solo.

Violet se estaba arrepintiendo de haber hecho preguntas de las que no sabía la respuesta.

—Bueno, aquí no está solo. —Tomó *La Madona de los coches cama*, de Dekobra, de la sillita—. Le presto este.

El soldado parpadeó.

—¿Sí lee? —preguntó Violet, encogiéndose por dentro mientras se preguntaba si había metido la pata de nuevo.

—Sí, sí, por supuesto. —Picard tomó el libro y, con delicadeza, le dio la vuelta en sus manos—. Gracias. ¿Está segura de que no le importa prestármelo?

—Para nada. —Violet le sonrió cálidamente—. Es lo menos que puedo hacer por toda su ayuda.

El soldado se sonrojó.

—Espero... —Se detuvo.

—¿Qué espera?

—Espero algún día tener una esposa como usted.

Violet se aclaró la garganta, buscando la respuesta adecuada.

—Lo siento. No debí decir... eso es... eso fue...

—Me halaga. —Violet se apresuró a tranquilizarlo—. Un día, cuando todo esto termine, estoy segura de que conocerá a alguien y se enamorará perdidamente.

Remy Picard bajó la cabeza y se guardó el libro bajo el brazo.

—Gracias —repitió—. Lo leeré y se lo devolveré enseguida.

Violet hizo un gesto con la mano, como restándole importancia al lúgubre entorno que los rodeaba. No imaginaba que la situación fuera a cambiar mucho en los días y meses por venir.

—No hay prisa —dijo—. Sé dónde encontrarlo.

,

George encontró a Violet al día siguiente.

—Escuché el rumor de que tenías tu propio palacio aquí con los oficiales importantes, pero no podía creerlo —le comentó a Violet sin animadversión—, así que tenía que pasar a verlo con mis propios ojos antes de mi turno.

Violet entornó los ojos para ver a su amiga, que estaba de pie al borde de su refugio con las manos en las caderas y el sol de la mañana detrás de ella.

—Por favor, pasa —la invitó con una sonrisa.

George bajó al refugio con cuidado para no derramar la lata de té que llevaba en la mano. Le dio un sorbo y miró a su alrededor.

—Te envidio.

Violet dejó su libro a un lado.

—¿Por el alojamiento?

—Por la soledad. —George se dejó caer en el catre junto a Violet—. Yo tengo que compartir con la otra enfermera.

—A mí no me molestaría compartir.

—Sí te molestaría si la única otra mujer en este fuerte, aparte de ti y de mí, roncara como un tren de mercancías. Anoche me desperté pensando que nos estaban bombardeando.

Violet resopló.

—Ay, por favor.

—Es en serio, Vi. —George la sujetó del brazo y puso los ojos en blanco—. Rosalie es una excelente enfermera y una persona bastante agradable, pero, en cualquier momento, empezaré a dormir en el hospital.

—¿Qué tal va el hospital? —le preguntó Violet.

—Mientras hablamos, los hombres están montando una tienda mejor, con más espacio y más organizado; lo necesitamos. Ya estamos saturados de pacientes. Agotamiento por calor, fiebre por picaduras de mosquito, fiebre amarilla, disentería. Que Dios nos ayude si tenemos que enfrentarnos con algún alemán.

—Siento haber preguntado.

—¿Crees que los alemanes lleguen hasta aquí? —George lo preguntó a la ligera, pero Violet pudo percibir su preocupación.

—No lo sé. Estamos bastante al sur de la costa y de los puertos. Es un camino demasiado largo para traer hombres, máquinas y todo lo que se necesita para guerrear. —El soldado británico con el que había hablado el primer día había hecho una buena observación.

—Seré feliz si nunca más volvemos a ver a un alemán o a un italiano; si pasamos el resto de esta guerra aquí solos, sin que nadie nos dispare ni nos bombardee.

—Esa podría ser una gran posibilidad.

—¿Ha dicho algo el coronel Clement? ¿Sobre lo que podrían hacer los alemanes?

—No. Está con el general y no creo que lo vea mucho mientras estemos aquí.

—Por supuesto, perdón. Fue una pregunta tonta.

—No es tonta. —Violet se inclinó hacia George y sus hombros se tocaron—. Creo que todos nos estamos preguntando lo mismo.

—Me alegra que estés aquí, Vi —admitió George de repente.

—Yo también me alegro de que tú estés aquí.

—¿Pensaste en quedarte?

—¿A qué te refieres? —preguntó Violet.

—En Damasco.

—No. —Violet trazó un patrón en la manta del catre con el dedo—. Tuve esa discusión conmigo misma en Francia. Tomé mi decisión desde entonces.

—Henri me contó lo que hizo. Que te recomendó con el coronel. También me dijo que se disculpó contigo.

—Y le dije que no era necesario. —Hizo una pausa—. ¿Tú consideraste quedarte? Habrías hecho tanto bien en un hospital de Damasco como aquí.

—¿Y dejar a Henri? ¿O a ti? —Negó con la cabeza—. De ninguna manera. Esta guerra ya ha separado a demasiadas familias. Iré a donde sea que vaya la Legión para auxiliarlos mientras ustedes dos estén aquí. Sé que pasaremos mucho tiempo cruzándonos como barcos en la noche, pero por lo menos estamos navegando juntos. ¿Tiene sentido?

—Sí —contestó Violet con voz ronca—. El cabo Gasquet una vez me preguntó quién fue la primera persona que creyó en mí. Le dije que habías sido tú. —Exhaló—. No sé dónde estaría ahora si no te hubiera conocido. Probablemente, estaría casada con alguien a quien nunca amé y haciendo cosas que nunca me hicieron feliz.

—Creo que estás siendo demasiado dura contigo misma.

—No, creo que estoy siendo honesta conmigo misma. Jamás te lo he agradecido. Que hayas creído en mí, así que, gracias, George. Eres una verdadera amiga.

—Tú siempre me has hecho sentir más valiente de lo que creo que soy —le respondió George—. Creer en el otro funciona en ambos sentidos.

Las dos mujeres permanecieron sentadas en un agradable silencio durante un largo minuto.

—A lo mejor debería decirte que, durante nuestra conversación, el cabo Gasquet me dijo que eras extraordinaria —cuchicheó Violet con una sonrisa pícar.

—¿En serio?

—Sí y también se sonrojó.

—Yo no me estoy sonrojando —protestó George—. Estoy quemada por el sol.

—Seguro que sí.

George se levantó y se tomó lo que quedaba del té.

—Se me está haciendo tarde para mi turno.

—No queremos eso. —Violet seguía sonriendo.

—No, no lo queremos. —George salió del refugio—. Con suerte, durante el resto del tiempo que estemos en esta tierra de nadie, no volveré a ver otra herida de metralla o de mortero.

Capítulo 20

*27 de mayo de 1942
Bir Hakeim, Libia*

Justo antes del amanecer, el cielo explotó.

Violet se despertó sobresaltada y confundida por la luz brumosa del amanecer que se extendía como una manta sobre el fuerte y alrededor de su pequeña trinchera. Permaneció en la bruma durante un breve instante, pero luego un destello penetrante atravesó la lona que tenía cerrada sobre su cabeza y un estruendoso ruido de bombardeo arrasó el suelo. La tierra a su alrededor tembló y cayó polvo de los sacos de arena.

En un frenesí, Violet rodó de su catre, desenredó la manta del uniforme en el que dormía y, tambaleándose, se puso de pie. Agachada, enrolló la lona que cubría su refugio y asomó la cabeza por encima del suelo. En otras áreas, los hombres surgían de sus propias trincheras, iluminados por una constante serie de destellos de disparos y artillería. Dudó un segundo antes de tomar su casco y salir para unirse al resto; se dirigió sin desvíos a los cuarteles del coronel Clement. No tenía idea de si la necesitaría, pero su trabajo era estar preparada. Si el coronel necesitaba evacuar o apresurarse a otro puesto, ella estaría lista.

No fue la única, pues se encontró con un grupo de oficiales subalternos mientras continuaban los disparos en la periferia del fuerte. El coronel ya estaba atravesando los escombros con largas zancadas y se dirigía hacia la tienda del cuartel general, bajo una serie persistente de bengalas que parpadeaban

sobre sus cabezas como una tormenta eléctrica. Los disparos seguían resonando, pero lo más inquietante eran los escalofriantes rechinos y traqueteos de los tanques en movimiento.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Clement sin dirigirse a nadie en particular.

—La Tercera Brigada Motorizada India, que custodia la periferia, se enfrenta al enemigo justo afuera del alambrado, señor —informó un oficial que había llegado corriendo entre los escombros para reunirse con ellos—. Al sureste de nuestra posición.

—Sea más específico —gruñó el coronel, sin detenerse—. ¿Con quién y contra qué se enfrentan?

—Contra tanques pesados, señor, de la División Blindada Ariete italiana, además de algunos tanques alemanes. —El oficial estaba casi sin aliento—. La patrulla del comandante Amiel emprendió la retirada a las cero cuatrocientos de la mañana e informó de que se acercaban fuerzas enemigas ligeras. Las líneas terrestres también fueron cortadas, señor.

Otro estruendo lejano retumbó en el suelo. Violet se dio cuenta de que eran minas terrestres que detonaban bajo las pesadas orugas de los tanques que se acercaban.

—¿Cuál es el informe de la Tercera en el sur? —preguntó Clement, apresurándose.

—Que todo el maldito *Afrika Korps* se desplegó frente a ellos como en un maldito desfile, señor. —El oficial hizo una mueca de dolor al decirlo.

Clement se detuvo en seco, haciendo que todos se detuvieran con él.

—Los bastardos lo hicieron.

—¿Señor?

—Decidieron rodearnos. Intentarán meterse entre nosotros y el maldito Sáhara. —Frunció el ceño—. No podrán pasarnos —gruñó—. ¿Dónde está el general?

—El general Koenig ya está en el cuartel general, señor. Preparando a la brigada para dar la alerta.

El coronel reanudó la marcha y no se detuvo hasta que llegó al cuartel general, donde varios hombres entraban y salían corriendo de la tienda. Clement se detuvo y ladró una serie de órdenes a sus oficiales, lo que hizo que corrieran de la misma forma. Su mirada se posó en Violet.

—Hágase útil, ayudante —espetó—, pero no se aleje mucho.

—Muy bien, señor.

—Y, por el amor de Dios, St. Croix, póngase el maldito casco. —Se metió a la tienda antes de que ella pudiera responder.

Violet se puso el casco de hojalata y se dirigió al hospital. Tenía muy pocas opciones para hacerse útil, pero el hospital era una de ellas. Si el poderío del *Afrika Korps* realmente se abatía sobre ellos, habría víctimas. Violet no podía manejar las armas pesadas ni unirse a las tropas que defendían el perímetro de Bir Hakeim, pero podía ayudar a prepararse a quienes sí lo harían.

El primer rostro que vio al llegar al hospital fue el de George. Su amiga tenía profundas arrugas de preocupación en la frente.

—¿Qué está pasando ahí afuera? —preguntó.

—Parece que los alemanes atacaron a nuestras fuerzas en el sur.

George palideció y, por primera vez, Violet vio claramente el miedo en su expresión. Era preocupante.

—¿Es grave? —preguntó George.

—No lo sé.

—Nos dijeron que nos preparáramos para recibir a los heridos. —Su amiga tenía el cuerpo rígido.

—Lamento no saber más.

George se estremeció.

—Odio el sonido de los tanques. Me da escalofríos. Odio que estemos aquí, inmóviles, esperando a que suceda lo peor.

—Lo sé. —Violet se encogió de hombros con impotencia—. Pero estoy aquí para ayudar. Lo que necesites. Solo dime qué hacer.

—De acuerdo, sígueme.

Violet trabajó durante más de una hora, moviendo pacientes para hacer espacio y asegurándose de que los suministros médicos estuvieran listos para que los utilizaran los doctores y los asistentes. El tiroteo continuaba en ráfagas y la luz parpadeaba en el techo de lona como un espectáculo de fuegos artificiales, aunque se iba haciendo menos perceptible a medida que la luz del día iluminaba el cielo. Las detonaciones distantes de las minas terrestres continuaron y se sumaron a ellas horribles chirridos que terminaban en estruendos ensordecedores, estos mucho más cerca. Violet comprendió que la

artillería enemiga estaba lo bastante cerca como para bombardear el fuerte, pero siguió trabajando. Si iba a morir, que fuera trabajando en el hospital y no escondida en su refugio como una cobarde.

Finalmente, se quedó sin nada más qué hacer o, mejor dicho, sin más tareas que los médicos le permitieran desempeñar. Salió a regañadientes del hospital y se protegió los ojos de la luz brillante del sol al tiempo que asimilaba la horrible vista que tenía frente a ella.

Desde la ligera pendiente, Violet podía ver al enemigo, que se había acercado a ellos desde el sur. Había por lo menos cincuenta tanques que se estrellaban contra las defensas meridionales, disparando de forma indiscriminada y abriéndose paso cada vez más cerca. Detrás de ellos, mucho más atrás, se acercaba otra horda de tanques. El traqueteo y los rechinos crecían hasta generar una estridencia que hacía que le escurrieran ríos de sudor helado por la espalda y sintiera el corazón subirle a la garganta. En el perímetro de Bir Hakeim, los poderosos cañones antitanque de setenta y cinco milímetros que habían sido emplazados en posiciones fortificadas disparaban en respuesta; cuando alcanzaban a un objetivo, columnas de humo negro se alzaban de los restos del tanque arruinado hacia el cielo. Sin embargo, seguían llegando más.

Violet avanzó y encontró refugio detrás de un muro de sacos de arena; se sentía completamente indefensa. No podía hacer nada por las compañías que se enfrentaban a los tanques italianos que se acercaban detrás de sus miras, ni por los hombres que se alineaban en las trincheras con sus rifles, preparándose para lo peor, en caso de que los tanques atravesaran los campos de minas y el alambre de púas. El aire se nubló por las erupciones de escombros y arena que los proyectiles del Eje levantaban al impactar a sus objetivos. El polvo que levantaban las orugas de los tanques y el humo de los cañones y de los vehículos en llamas flotaban en el aire.

Un proyectil explotó entre los escombros a poca distancia de donde Violet estaba encogida, haciéndose lo más pequeña que pudo mientras le llovían arena y fragmentos de tierra. Cuando volvió a levantar la cabeza, vio que seis tanques habían logrado atravesar los campos de minas y se acercaban a sus defensas externas. Un proyectil del Eje voló la parte superior de un refugio de la compañía francesa justo cuando los setenta y cinco milímetros abrieron fuego a corta distancia. Los hombres salieron a toda prisa del refugio en ruinas y más legionarios surgieron de las trincheras, corriendo hacia los tanques.

Violet observó con incredulidad como se abalanzaban sobre los más cercanos, disparando sus revólveres a través de las rendijas de observación; los tanques viraron y se detuvieron con un chirrido. Los legionarios se retiraron con la misma rapidez con la que habían atacado; probablemente, esperando para volver a la ofensiva.

El avance del enemigo pareció vacilar y Violet escuchó los gritos y abucheos de los hombres al otro lado de la extensión. Anaranjadas llamas devoraban los restos de varios tanques. Podía ver a soldados italianos tambaleándose entre ellos, muchos con el uniforme ennegrecido y quemado. Los tanques de la retaguardia dieron marcha atrás y los abucheos se convirtieron en rugidos.

—¡Violet! —Oyó su nombre a través del estruendo; se giró y vio que George se acercaba a ella medio corriendo, medio cayéndose, sujetando con una mano el casco sobre su cabeza.

—¿El coronel necesita algo? —le preguntó.

—No. —George miró nerviosamente por encima de Violet en dirección a los tanques en llamas—. Los doctores quieren saber si hablas italiano. Recuerdo que dijiste que sí.

—Sí, hablo italiano —respondió.

—Bien, ven conmigo. Hay prisioneros y heridos. Quieren que regreses al hospital. —George se dio la vuelta y regresó de prisa al hospital, sin esperar a ver si Violet la seguía.

Violet echó una última mirada hacia el sur, donde el enemigo estaba dando la vuelta, y luego corrió detrás de su amiga. No pensó ni por un momento que la retirada de los tanques italianos marcara el final de nada.

/

En la página cuarenta y ocho de *El sabueso de los Baskerville* finalmente se rindió.

Después de haber resistido demasiadas manos y demasiados kilómetros, el encuadernado perdió la batalla y las hojas comenzaron a caer. Violet sostenía la página suelta en la mano mientras equilibraba el libro sobre sus rodillas; probablemente, había leído el mismo párrafo catorce veces. Había encendido una vela, cuya llama chisporroteaba y se sacudía, para vencer a la oscuridad invasora. Afuera, las armas estaban en silencio; solo se escuchaban las

voces graves de los hombres y el golpe o el tintineo ocasional de las municiones o los suministros que cambiaban de lugar. Violet sabía que ya era hora de desenrollar el techo de lona de su refugio e irse a dormir; su cuerpo estaba exhausto, pero sus pensamientos no se tranquilizaban. Leer no estaba siendo de ayuda en lo más mínimo.

Desesperada, volvió a poner la página suelta en el libro y lo cerró con un suspiro.

—¿Ya te rendiste con ese capítulo?

Violet se sobresaltó. Miró hacia arriba y vio a Henri parado en el borde del refugio.

—Henri. —Se levantó torpemente del extremo del catre, olvidándose por completo del libro.

—¿Quieres que te cuente lo que pasa en la siguiente página?

—No —le sonrió—. Lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria.

—Yo también. ¿Puedo? —Señaló el interior del refugio.

—Por supuesto.

Henri se dejó caer al hueco.

—No puedo quedarme mucho tiempo, pero te traje unos regalos.

Con el limitado alcance de la luz de la vela, Violet lo recorrió con la mirada de los pies a la cabeza, resistiéndose a la necesidad de tocarlo. Luego de los combates de ese día, solo había visto a dos heridos franceses recibiendo tratamiento en el hospital, pero igualmente se había preocupado. Parecía inverosímil que los italianos hayan sufrido tantas pérdidas y los franceses tan pocas. Él entendió su mirada.

—Estoy bien —le aseguró—. Te lo prometo.

—Había muchos tanques.

—Ochenta tanques de la División Ariete —aclaró Henri sombríamente—. Derribamos treinta y cinco de ellos. Si regresan mañana, derribaremos otros treinta y cinco.

Violet exhaló y se presionó los labios con los dedos.

—Cuando regresen.

—Los campos de minas hicieron su trabajo al igual que los artilleros. Mis hombres hicieron todo lo que se suponía que debían hacer. Nadie se acobardó ni huyó. Esos bastardos vinieron buscando pelea y eso fue lo que encontraron.

—Esta situación es mucho más compleja —opinó Violet.

—¿A qué te refieres?

—A estar a merced de los caprichos del enemigo. No sé si algo hubiera podido prepararme para lo que vi en el horizonte esta mañana. No soy ni remotamente tan valiente como todos piensan. Hoy me asusté.

—No puedes ser valiente si primero no tienes miedo, Vi. Eso es el valor.

—Tuve miedo por ti y por todos los demás.

—Estábamos preparados —le aseguró—. Y lo estaremos de nuevo. Toma —dijo, extendiendo un bulto hacia ella—. Esto debería hacerte sentir mejor.

—¿Una manta?

—Sí, pero desenvuélvela. —Henri sonaba extrañamente complacido.

Con cuidado, Violet desdobló la tela de lana. Acomodados en el centro, había una lata de jamón y dos frascos.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntó y se le hizo agua la boca.

—Cortesía de nuestros huéspedes italianos —le respondió—. Revisamos los restos de sus tanques y salvamos lo que pudimos.

—No puedo aceptarlo. Tus hombres deberían quedarse con esto...

—Mis hombres ya tienen su parte; además, querían compartir un poco contigo. El jamón es de parte del cabo Gasquet. —Le dedicó una sonrisa torcida—. Quería que te lo dijera.

Violet colocó la manta en la cama junto con el jamón y levantó los dos frascos con cuidado para leer las etiquetas.

—¿Mermelada de ciruela y chabacano?

—Sí.

Abrió el frasco de mermelada de chabacano e inhaló hondo.

—Si cierro los ojos, podría convencerme de que estoy en Italia, en un huerto, con el Vesubio a la distancia.

—Quizá no sea el momento más oportuno para ir a Italia —comentó Henri con seriedad.

—Cierto. —Violet suspiró y volvió a tapar el frasco.

Henri le extendió otro objeto.

—Por otro lado, parece un momento oportuno para darte esto, sobre todo, tomando en cuenta el estado en que se encuentra *El sabueso*.

Violet dejó las mermeladas.

—¿Una novela?

Henri se la dio. Tenía una portada pálida y ligeramente chamuscada en una esquina. En la parte superior, decía Federigo Tozzi en negritas y *Con los ojos cerrados* justo debajo en letras rojas brillantes.

—Los muchachos del hospital me dijeron que hablas italiano. Me contaron que hiciste un trabajo increíble calmando a los prisioneros heridos que llegaron.

—La mitad pensaba que los iban a ejecutar para salvar nuestros recursos hídricos. Yo simplemente les aseguré que no somos unos bárbaros —murmuró Violet distraídamente, pasando los dedos sobre la portada—. En realidad, fue lo único que los médicos me permitieron hacer. Claro que los comprendo.

—No sabía que hablabas italiano.

Ella lo miró.

—Mientras tú creciste aprendiendo a alimentarte y a sobrevivir en el mundo, yo estaba aprendiendo a conjugar verbos en cuatro idiomas diferentes. Bueno, eso y qué tenedor de ensalada había que usar primero y los pasos de vals. —Le sonrió con ironía—. Para lo que me sirvió.

—No te das el crédito suficiente.

—Tú tampoco.

—¿Me lo leerías? —Henri le sostuvo la mirada—. ¿El libro?

—Sí. —Ella no apartó la mirada—. Te lo leeré y te haré un favor mayor todavía. Te enseñaré el idioma, si quieres, para que puedas leerlo tú mismo.

—¿Y el vals? —preguntó en voz baja.

—¿Qué?

—No sé bailar. ¿Me enseñarías también los pasos de vals?

En algún punto de la conversación, el ligero tono de broma que Violet había mantenido entre ella y Henri durante los últimos meses se había evaporado. Lo sentía y sabía que debía alejarse y restablecer la separación. Una distancia que ella había elegido. Este era el momento en que debía responderle con una risa despreocupada, una simple broma o un rechazo deliberado.

—Sí —le respondió—. Te enseñaré a bailar. —Quizá este era el efecto de ver a la muerte acercarse y luego retirarse.

Dejó el libro sobre la cama junto con el resto de sus tesoros y extendió la mano.

La expresión de Henri cambió a la suave luz de la vela.

—¿Ahora?

—No tengo ningún lugar a dónde ir. ¿Tú sí? —Ella le había dado la opción. Él podía marcharse.

No lo hizo. Se acercó y puso su mano sobre la de ella.

—No es tan difícil —susurró Violet, deslizando la otra mano sobre su hombro muy cerca de su nuca—. Pon tu otra mano en mi espalda.

Henri deslizó la mano alrededor de su cintura, apoyando la palma en su espalda baja. Violet se estremeció y el aire fresco de la noche no tuvo nada que ver con eso.

—Hay cuatro pasos fundamentales —logró decir—. El primero es la caminata.

«Esto es absurdo», pensó vagamente. Bailar un vals en un agujero en el suelo en el que apenas podían moverse, rodeados de miles de hombres que habían sobrevivido a este viaje con ellos y, más allá, miles más que los querían a ambos muertos. Quizá por eso había dicho que sí.

—Da un paso adelante —le indicó— y luego otro, pero cruza el pie por detrás.

Henri dio un paso minúsculo hacia adelante y Violet lo imitó, retrocediendo. Dieron otro pequeño paso que no los llevó a ninguna parte. Ella levantó la cabeza y lo miró, arrepintiéndose de inmediato porque él la miraba con la mandíbula tensa y los ojos ardientes de deseo.

Bajó la mirada y se concentró en su respiración.

—Bien —dijo Violet con voz ronca, pues tenía la boca seca—. Ahora, la vuelta hacia la derecha. —Su voz le sonó extraña. Giró sus cuerpos en un círculo que fue más bien un giro—. Y luego al revés. —Volvieron por el otro lado, moviendo los pies dentro del diminuto trozo de tierra.

Una brisa flotó sobre el suelo, llevando consigo un débil olor a pólvora y tierra quemada. La vela parpadeó y luego se apagó; de repente, se vieron sumidos en la oscuridad. Henri apretó la mano contra su espalda, atrayéndola hacia él.

—¿Eso es todo? —murmuró.

—Habrá música —susurró Violet—, así que lo único que tienes que hacer es repetir esos pasos al compás. —Tarareó unos compases, temiendo que, si dejaba que se hiciera el silencio, diría algo que lo arruinaría todo.

Bailaron unos pasos más, arrastrando los pies entre el catre y los sacos de arena, hasta que se detuvieron por completo y simplemente se balancearon bajo el cielo negro como la tinta y el tapiz de estrellas esparcidas en la inmensidad. Violet se quedó de pie con Henri, anhelando congelar ese momento en el tiempo. Deseando que la mañana se retrasara; el momento en que el sol nascente, de forma inevitable, traería consigo más destrucción y muerte de formas que Violet no podía imaginar del todo. La melodía se apagó en sus labios y apoyó la cabeza contra el pecho de Henri, escuchando en su lugar el ritmo constante de su corazón.

—¿Extrañas tu hogar? —preguntó ella.

—Todo el tiempo. Extraño el amanecer sobre el mar. Extraño el brillo plateado de los peces en las redes y el azul del océano bajo el barco. Extraño el olor del strudel de manzana que horneaba mi madre y el sonido de la risa de mis hermanas. —Se movió un poco debajo de su cuerpo—. ¿Y tú? ¿Extrañas tu antigua vida? ¿Las fiestas, la comida, los coches y tenerlo todo al alcance de la mano?

—No. Bueno, quizá la comida. No fingiré que me entusiasma comerme otra lata de carne en conserva.

—Ahora tienes una lata de jamón.

Violet se rio suavemente. Se sentía bien reírse.

—Sí —admitió—. Y me aseguraré de acompañarla con champaña.

Henri se rio.

—Una vez probé la champaña.

—¿Una vez?

—Tenía diecisiete años. Un amigo se robó dos botellas de un hotel de lujo. Nos acostamos en la playa y nos bebimos las dos. Las burbujas se me subieron directo a la cabeza. —Se rio entre dientes—. Fue glorioso.

—Prométeme que lo haremos algún día.

—¿Emborracharnos gloriosamente?

—Acostarnos en la playa y beber champaña.

Henri dejó de reírse.

—Te lo prometo.

Si Violet cerraba los ojos, podía imaginar que estaban de nuevo en una playa de Niza y que la noche se extendía ante ellos llena de promesas. Si se esforzaba un poco más, podía imaginarse que estaban en el mar y que el futuro

se extendía frente a ellos repleto de posibilidades. Quizá...

En algún lugar del fuerte, se escuchó el grito de un hombre que decía algo ininteligible, seguido por el agudo ladrido del perro de un legionario y el chasquido metálico de la puerta de un camión al bajar. La realidad se impuso.

—Me tengo que ir —anunció Henri con voz ronca.

—Quédate. —No estaba lista para despedirse de nuevo—. Solo por un momento.

—No puedo.

—Por supuesto. —Se apartó de él, avergonzada—. Perdón. —Puso un poco más de distancia entre los dos, sintiéndose tonta. ¿En qué estaba pensando?—. Gracias otra vez por el libro y por la comida.

—Vi...

—Tengo que dormir un poco. Tú también. El día de mañana llegará, queramos o no.

Parecía que Henri iba a decir algo, pero, al final, solo asintió.

—Buenas noches, Henri —se despidió Violet.

—Buenas noches, La Fleur —respondió Henri.

Y, después, Violet se quedó sola una vez más.

Capítulo 21

27 de mayo de 1942
Bir Hakeim, Libia

El espía hervía de furia bajo el cielo nocturno.

Si fuera alguien propenso a los ataques de ira, habría pateado algo o arrojado una de las botellas de agua de Colonia que uno de sus compañeros había recuperado de uno de los tanques italianos. «Agua de Colonia, novelas, latas de carne y frascos de dulces; esas cosas son para los días de campo, no para las guerras», pensó el espía. «Los imbéciles italianos no iban a ganar nada de esta manera».

Durante más de tres meses, había soportado ese infierno olvidado de la mano de Dios. Tres meses de tragarse el agua salobre y asquerosa que transportaban en camiones desde Tobruk, así como las comidas escasas y monótonas. Tres meses de excavar y perforar bajo un sol implacable que hacía los días insoportables en su presencia y las noches miserables en su ausencia. Tres meses de observar e informar diligentemente cada detalle de lo que era Bir Hakeim.

Pensó que habían transmitido sus mensajes a los *Generalfeldmarschalls* o a quien fuera que estuviera a cargo de planear el asalto en el norte de África. Sin embargo, después de ver cómo los desventurados italianos se metieron directo a uno de los campos minados más grandes de Bir Hakeim y se lanzaron a las fauces de los cañones antitanque, emplazados en trincheras con ese propósito, el espía se cuestionó si sus mensajes estaban llegando a las personas indicadas.

Se preguntó si su información se estaba utilizando; quizá los italianos, sencillamente, eran arrogantes o incompetentes o las dos cosas. Alemania era tan buena como sus aliados y los italianos eran una vergüenza.

El agente respiró hondo, movió los hombros en círculos e inclinó la cabeza hacia atrás. Encima de él, las estrellas se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Como siempre, le recordaron a su hermana y, como siempre, se consoló con su presencia. Le ayudaban a no olvidar por qué estaba ahí.

Había esperado con impaciencia a que el fuerte por fin se calmara para pasar la noche; ocasionalmente, es escuchaba alguna voz que rompía el silencio en la oscuridad mientras el resto de las tropas descansaban y se preparaban para la mañana. El espía se estremeció al pensar que el día siguiente sería una repetición de ese día; la perspectiva de ese futuro lo impulsó a arriesgarse a enviar otro mensaje. Cuando estuvo seguro de que estaba solo, cruzó el terreno a hurtadillas, navegando el camino bajo la luz de las estrellas. Eludió el alambre de púas que rodeaba el cuartel general y se dirigió hacia los agujeros que habían excavado en la tierra dura, en un esfuerzo por proteger los vehículos de toldos de lona. En ese lugar, donde estaban estacionados los camiones de las tropas y los vehículos personales de los oficiales, la arena llegaba hasta la parte superior de los neumáticos. Tenía media docena de explicaciones completamente razonables para justificar su presencia ahí si alguien lo descubría, pero los centinelas apostados más allá del perímetro ni siquiera lo miraron, su atención estaba enfocada únicamente en la oscuridad a lo lejos.

En silencio, se deslizó por la ladera de una zanja que albergaba uno de los camiones Bedford hasta llegar al fondo. Se hincó sobre sus manos y rodillas y sacó grandes brazadas de arena de la esquina más cercana. Había enterrado su radio en ese punto, escondido en una caja sellada, donde nadie podía tropezar accidentalmente con él. Además, el alto bastidor del camión proporcionaba la cobertura perfecta para el cable de la antena, la cual necesitaba subir por un costado mientras transmitía.

Solo le tomó un minuto configurar la radio. El mensaje codificado que envió fue breve: «Se requiere asistencia de la *Luftwaffe*. Objetivos: cuartel general central, convoyes de suministro. Solicito permiso para exterminar el mando francés y sabotaje interno».

Ya había enviado las cantidades y las ubicaciones de la artillería, así como las coordenadas de los campos de minas y las posiciones de las tropas en docenas de mensajes anteriores a este, por lo que ya no tenía el tiempo ni la paciencia para hacerlo de nuevo. Había hecho su trabajo o al menos lo que se le había ordenado hacer; ahora esperaba que los generales hicieran el suyo. Los tanques italianos por si solos no destruirían Bir Hakeim. Aniquilar el fuerte y la moral de los hombres dentro de él requeriría un esfuerzo concertado. Él podía ayudar. Podía comenzar la destrucción y la matanza desde adentro. Lo único que necesitaba era la orden.

El espía esperó la breve señal de que su mensaje había sido recibido. Llegó y, con él, una única palabra: «Denegado».

El espía maldijo y esta vez sí pateó la arena, lo que envió una suave lluvia contra la defensa del camión. Apagó la radio, frustrado, sin confirmar que había recibido la respuesta y maldijo de nuevo. Tardó un minuto completo en recomponerse; luego, empacó la radio y la volvió a enterrar, cuidando no dejar rastro de que había removido el suelo. Volvió sobre sus pasos hacia la noche del desierto y regresó a los cuarteles. Sus esfuerzos se estaban desperdiciando ahí. Estaba arriesgando su vida para proporcionar esa información y la idea de que fuera en vano lo enfureció.

Consideró la respuesta que recibió por radio: «Denegado». La palabra resonaba desagradablemente en su cabeza, «denegado, denegado, denegado».

El espía no había contestado. No le había dado a nadie ninguna confirmación de que hubiera recibido la orden. El desierto era un lugar vasto. A veces, las transmisiones se perdían o distorsionaban. Esas cosas pasaban. ¿Y si esa negativa no le hubiera llegado? No había forma de probar que sí. ¿Y si el espía finalmente tomaba el asunto en sus propias manos?

Entendía la necesidad del orden y la obediencia. Durante años, no había sido más que obediente; sin embargo, el agente se estaba dando cuenta rápidamente de que la *Abwehr* no lo sabía todo. Los oficiales y hombres que tomaban las decisiones no vivían su realidad. No veían lo que él veía. No sabían lo que él sabía. Sin una acción inmediata, el espía temía que Bir Hakeim se convirtiera en otro fracaso como Dunkerque. Eso era inaceptable.

Siguió adelante y la silueta del hospital se alzaba negra contra el cielo estrellado; adentro, las camas estaban ocupadas más por italianos que por franceses libres. Cuando pasó frente al hospital, ya había tomado su decisión.

Empezaría el sabotaje. Debilitaría a los franceses desde adentro y causaría tanto caos como pudiera. Los asesinatos vendrían después.

Consideró los objetivos potenciales. Otto no se equivocaba al decir que la muerte de un general simplemente resultaba en que otro hombre tomara su lugar. Ese era el camino de la guerra desde el principio de los tiempos. No, necesitaba un objetivo que quebrantara la moral.

La Fleur.

Pensó que era una pena, aunque no por primera vez, mientras acariciaba distraídamente la empuñadura de su cuchillo. Si hubieran vivido en otro tiempo, en otro lugar, el espía podría haber considerado un futuro genuino con ella. Tal como estaban las cosas, todos los hombres del fuerte que todavía poseían un pulso estaban enamorados de ella, por lo menos un poco. Una anomalía que, de alguna manera, florecía con inteligencia, gracia y resiliencia en ese paisaje infernal e implacable. El cobarde de De Gaulle daba discursos y apologías apasionados y conmovedores a través de las ondas de radio, pero escondido detrás de las faldas de los británicos, por lo que no podía lograr lo que La Fleur había conseguido aquí, que los hombres creyeran.

Y los hombres con esperanza eran peligrosos.

Mientras LaFleur siguiera con vida, él seguiría extrayendo la información que pudiera. Tal vez le pediría que interrogara a los heridos italianos sobre cuánto sabían de Bir Hakeim antes de lanzar su desastroso ataque. En el contexto adecuado, no desconfiaría de su petición; además, si ella hacía las preguntas, se interpretarían como compasión y simpatía femenina.

Tal vez debió habérselo pedido esa noche, reflexionó, pero luego decidió que aún era oportuno solicitárselo al día siguiente. En su experiencia, los hombres asustados y heridos tienen lenguas muy sueltas; en especial, cuando los atienden mujeres amables y hermosas.

El espía echó un vistazo a la tienda del cuartel general. Todavía existía la posibilidad de que una bomba bien dirigida aliviara a la guarnición de su amado general y de quienquiera que tuviera la mala suerte de quedar atrapado con él. Durante los próximos días, el espía evitaría tanto el cuartel general como el hospital. Si la *Luftwaffe* llegaba realmente a hacer llover fuego desde los cielos, sería difícil derribar una tienda sin perder la otra.

Lo cual, para el agente, no sería una pérdida en lo más mínimo.

Capítulo 22

*29 de mayo de 1942
Bir Hakeim, Libia*

Ante la perspectiva de pasar los días encorvada en su refugio, entre el calor y el polvo, con sus pensamientos y miedos como única compañía, Violet decidió presentar sus servicios en el hospital. Allí, sus pensamientos y miedos se atenuaban por el esfuerzo y la distracción de las tareas que le asignaban, por muy insignificantes que fueran. También contribuía en gran medida a aligerar la carga de trabajo de George. Violet sabía que, en los últimos días, George estaba agotada. La expresión de su amiga era de constante preocupación y tenía unas marcadas ojeras de cansancio bajo sus ojos. Su habitual sonrisa había desaparecido y su conversación era tensa y forzada.

En este hospital, no había suelos que fregar, sino tablones toscos que se habían colocado sobre la arena para formar un mosaico de pasarelas y plataformas. El cuartel general, el centro de comunicaciones y el comedor se trasladaron a las trincheras, así que el hospital era la única tienda que quedaba por encima del suelo. Pintaron una enorme cruz roja en la parte superior con la esperanza de que los pilotos alemanes evitaran el lugar. Hasta ese momento, seguía en pie; aunque, desde el amanecer hasta el atardecer, crujía y temblaba al llover sobre la lona los escombros y la metralla de los constantes bombardeos.

Mientras las armas disparaban y los aviones de la *Luftwaffe* gritaban en el cielo, Violet cambiaba vendajes, limpiaba frentes febriles, vaciaba cubos sucios y pronunciaba palabras de aliento en igual medida.

Otra muchas veces, le leía a los enfermos y heridos.

—«Al ser un bastón pesado, el perro lo ha sujetado fuertemente por el centro; por eso, las marcas de sus dientes son claramente visibles» —Violet leía su frágil volumen de *El sabueso de los Baskerville* a un público cautivo, conformado por un legionario cuyo fémur había roto una bala y a un soldado francés marroquí que yacía apático y débil por la fiebre—. «La mandíbula del animal, como pone de manifiesto la distancia entre las marcas, es, en mi opinión, demasiado ancha para un terrier, pero no lo bastante para un mastín» —continuó leyendo en voz alta sobre el estruendo constante de los disparos. Violet alzó la vista y descubrió que el marroquí se había quedado dormido, pero el legionario la observaba con una expresión ferozmente pensativa.

—Entonces, ¿qué clase de bestia era? —le preguntó.

Violet ocultó una sonrisa y volvió a bajar la mirada a la página.

—Puede haber sido...

Una explosión ensordecedora sacudió el suelo e hizo castañear los dientes en la boca de Violet. El libro cayó al suelo cuando ella, por instinto, se agachó, cubriéndose la cabeza con las manos. Pensó que les habían disparado, pero las paredes de lona a su alrededor seguían en pie y el techo de lona sobre sus cabezas estaba intacto.

Hubo gritos de alarma; médicos y soldados se apresuraron a averiguar qué había sucedido.

—Fue un maldito depósito de municiones —comentó el legionario desde su cama. Estaba tratando de levantarse, pero Violet se puso de pie y lo empujó hacia atrás.

—¿Qué?

—Seguro alcanzaron uno de nuestros depósitos de municiones. —Él la miró furioso—. Déjeme levantarme.

—¿Para hacer qué?

—¡Algo!

—No —respondió Violet de forma tajante—. Aunque agradezco la intención, tiene la pierna rota. Solo la empeorará si va y hace lo que sea que tenga en mente. Puede odiar la situación todo lo que quiera, pero apenas puede mantenerse en pie, mucho menos caminar.

El legionario se desplomó de nuevo en el catre.

—¡Mierda!

—Estoy de acuerdo —admitió Violet con impotencia.

—Habr  heridos. —Golpe  con frustraci n la s bana a su lado—. Deber  estar ah  afuera al lado de mis hermanos. —La mir  suplicante—. Por favor, ay delos.

—Lo har . —Se levant  y fue de prisa hacia la entrada del hospital.

Sali  al calor ardiente del sol. Una negra columna de humo en espiral se elevaba en el lado oeste del fuerte mientras las armas segu an disparando incesantemente. El coraz n de Violet lat a con fuerza y una presi n se enrollaba en su pecho como un alambre.

Otro proyectil deton  del otro lado del hospital, levantando una columna de arena y escombros. Quer  gritarles a los ca ones que se detuvieran, pues, del espeso humo y polvo, emerg an hombres que llevaban a otros hacia el hospital. Cuerpos inertes y ensangrentados, ominosamente silenciosos, y otros se retorc an del dolor. Violet corri  de vuelta al hospital, donde estaban desapilando las camillas para acomodarlas afuera. Se encontr  con los soldados que llevaban a los heridos; presion  las heridas cuando se lo pidieron y cort  los uniformes carbonizados de la piel de aquellos que hab an sufrido horribles quemaduras. Cada vez que entraba un herido, ella buscaba su rostro; nunca era Henri, lo que la hac a sentirse aliviada, pero tambi n culpable.

—Ay danos aqu . —La orden hab a llegado de detr s de ella y se dio la vuelta.

Henri y el cabo Gasquet llevaban entre ambos a un legionario p lido.

—Henri. —Su nombre se le escap  de los labios y la abrumadora oleada de alivio hizo que todo su cuerpo se sintiera agotado e inestable, como si acabara de correr una docena de kil metros.

— Est s herido?  Alguno de los dos? —les pregunt  a ambos hombres.

—No. —El rostro de Henri, al igual que su uniforme, estaba ennegrecido y sus piernas y botas cubiertas de polvo descolorido—. Este hombre necesita descansar, Vi —declar  apretando los dientes.

Violet se puso en acci n de inmediato y les indic  que se dirigieran a la camilla vac a m s cercana. Las piernas del legionario estaban cubiertas de sangre.

— Qu  pas ? —pregunt .

—Alcanzaron un depósito de municiones —gruñó sin aliento el cabo Gasquet, confirmando lo que el otro legionario había supuesto—. En este mismo momento, hay un desastre tremendo ahí afuera. Hay incendios por todas partes.

Él y Henri colocaron al hombre en la camilla, mientras que Violet tomó la manta del extremo, la enrolló y la puso bajo los talones para que tuviera las piernas elevadas. La sangre brotaba y goteaba de sus heridas, formando un charco debajo de él.

El legionario se estremeció, tenía el rostro desencajado de dolor.

—No... lo oí —jadeó.

—¿Qué? —Henri intentaba doblar una almohadilla bajo la cabeza del soldado para que estuviera más cómodo.

—No oí... ningún proyectil. Yo... no... lo oí.

—¿Qué intentas decir? —Gasquet había regresado con un rollo de vendas grueso y envolvía las piernas del hombre con movimientos seguros y rápidos—. Dios, esto es grave. —Miró a Violet—. ¿Queda plasma?

Violet negó con la cabeza. La RAF había intentado lanzar algunas botellas ese día más temprano, pero todas se habían hecho añicos con el impacto.

—Mierda. Necesita un torniquete —señaló Henri.

—Estoy en ello. —Gasquet estaba retorciendo un trozo de venda por encima de las rodillas del hombre en un esfuerzo por detener el sangrado.

—Iré a buscar un médico. —Violet se dio la vuelta, pero el legionario la sujetó de la muñeca y la hizo retroceder. Su agarre era implacable.

—No... hubo... proyectil. No... fue alcanzado —jadeó.

—Solo trate de relajarse —lo calmó Violet—. Le daremos algo para el dolor y luego...

—No me está... escuchando. Los alemanes... no alcanzaron... el depósito.

Violet se arrodilló junto al legionario, que no había soltado su muñeca.

—¿Qué dijo?

—Los proyectiles... silban antes de... aterrizar. No... hubo silbido. Solo... explosión. —Su agarre se debilitó alrededor de la muñeca de Violet.

—No puedo detener el sangrado —informó Gasquet.

Henri se había hincado del otro lado del legionario y su mirada se cruzó con la de ella. Sus enrojecidos ojos, de un sorprendente color azul, contrastaban con su tez ennegrecida y llena de hollín.

—Había... —La voz del legionario era apenas audible—. Yo vi...

—Shhh —le dijo Henri al legionario bruscamente y se llevó un dedo a los labios—. Silencio. Nos encargaremos de ti.

—Tú... dentro del... —El legionario se estaba desvaneciendo.

—Deja de hablar. Conserva tus fuerzas —insistió Henri.

—No... yo... vi... a propósito...

—¿Qué vio? —susurró Violet.

—Vi...

—¿Qué? —preguntó Violet con urgencia—. Dígame qué vio.

Los dedos del legionario soltaron la muñeca de Violet y su mano cayó sin fuerza mientras perdía el conocimiento.

Gasquet maldijo y gritó pidiendo un médico.

Violet puso sus dedos en el cuello del soldado inconsciente y encontró un pulso débil y errático. En cuestión de segundos, se había detenido.

—Está muerto —manifestó Violet.

Frustrado, Gasquet volvió a maldecir y golpeó la esquina de la camilla con el puño.

Henri se puso de pie y se pasó las manos por la cabeza, de la que cayeron trozos de arena y tierra.

—¿Qué estaba tratando de decir? —preguntó Gasquet—. ¿Antes de morir?

—Que el depósito de municiones no fue bombardeado —murmuró Violet.

—¿El depósito de municiones explotó por accidente? —El cabo apoyó las manos en las rodillas y dejó caer la cabeza, derrotado—. Por Dios.

—No —respondió Violet; el entendimiento la golpeó como un puñetazo en el estómago—. No explotó por accidente. Creo que estaba sugiriendo que alguien lo voló a propósito.

Gasquet levantó la cabeza de golpe.

—Shhh. —Henri rodeó la camilla mientras Violet se ponía de pie—. El sabotaje es una acusación de la que no puedes retractarte si alguien te oye.

El capitán Lipton de la inteligencia británica le había preguntado sobre actos de sabotaje y muertes sospechosas. En ese tiempo, no tenía nada que contarle, pero, ahora, tenía ambas situaciones.

Violet dio un paso atrás.

—Pero eso era lo que estaba tratando de decir, ¿verdad? Que esto fue un acto de sabotaje.

—No lo creo —negó Henri—. Quedó atrapado en la explosión y tenía mucho dolor. Es muy posible que haya sido un accidente. Una falla, un proyectil errante o simplemente no escuchó el proyectil que golpeó el depósito.

—Tienes razón —concordó Gasquet, enderezándose. Tenía manchas de sangre en las rodillas, donde había apoyado las manos—. Cualquier otra cosa sería una locura, porque, aunque alguien lo hubiera hecho a propósito, ¿de qué le serviría? Su destino está ligado al de todos nosotros. Si caemos, él también. Si morimos, él también.

—Pero ustedes dos estaban ahí, ¿verdad? ¿Cerca del depósito cuando sucedió?

—Sí, pero...

—¡Ayudante St. Croix, necesitamos ayuda por aquí! —gritó uno de los médicos por encima del estruendo.

—Ve —dijo Henri—. Nosotros también tenemos que volver afuera.

Violet asintió, pero la opresión que sentía en el pecho era cada vez más fuerte. Se puso una mano sobre la garganta e intentó respirar hondo para calmarse.

—Oye, todo va a estar bien —la calmó Henri.

Trató de acercarse a Violet, pero ella se apartó, parpadeando con fuerza para reprimir la emoción que iba en aumento de forma rápida e intensa. Nada de lo que había sucedido estaba bien. Miró al legionario muerto en la camilla. ¿Qué le intentaba decir? Si Henri no lo hubiera interrumpido, ¿qué le habría dicho?

«¿Por qué Henri no quiso que hablara?», preguntó una voz horrible dentro de su cabeza y el pensamiento hizo que se estremeciera.

—¿Violet? ¿Qué está pasando? —Henri parecía dolido y confundido.

Violet negó con la cabeza, alejándose más de él.

—No fuiste tú —susurró Violet—. No puedes ser tú.

Henri siguió su mirada hacia el soldado muerto.

—No fui yo. Yo todavía estoy aquí.

No estaban hablando de lo mismo; esa pequeña semilla de duda había abierto un abismo devastador que la horrorizó. ¿Qué clase de persona pensaría lo peor del mejor hombre que había conocido? Se odió a sí misma.

—¡Ayudante! ¡Ahora! —gritó el médico.

—Lo siento mucho —se disculpó Violet con tristeza y se debía a algo más que su partida.

Se dio la vuelta y se apresuró a asistir al médico, que no dejaba de gritar órdenes; miró hacia atrás solo una vez. Henri la miraba fijamente, pensativo, antes de darse la vuelta él también.

—¡Sujétele los pies! —le gritó el médico a Violet y ella obedeció, tomando de los pies al hombre que se retorció y sollozaba en la mesa quirúrgica improvisada frente a ella. La parte superior del cuerpo del soldado herido estaba gravemente quemada, tenía la piel roja y ennegrecida. Violet tragó saliva y fijó su mirada en el suelo.

Aún estando lejos de la tienda del hospital, las armas continuaban disparando.

Capítulo 23

30 de mayo de 1942

Bir Hakeim, Libia

—Sus órdenes son retirarse.

Violet estaba de pie en su refugio, apretando un trozo cuadrado de papel en la mano. Miraba fijamente al joven oficial que le había llevado la misiva y que, en ese momento, se movía con evidente incomodidad bajo la mirada furiosa de ella.

—El Alto Mando británico ordenó la retirada inmediata del conflicto armado de todo el personal femenino —murmuró.

—¿Por qué?

El oficial farfulló algo indescifrable.

—No importa. ¿Igual las enfermeras? —Violet pensó en George.

—Sí. Todas las mujeres deben abandonar Bir Hakeim y regresar a Tobruk.

—Lo sé —respondió Violet, arrugando el papel que tenía en la mano—. Sé leer.

—Mis d-disculpas, La Fleur —tartamudeó el soldado—. No era mi intención sugerir que usted no podía...

—No es usted quien debe disculparse —respondió con los dientes apretados. El desafortunado oficial solo era el mensajero—. ¿Dónde está el coronel?

—En el puesto de mando. —Se movió inquieto—. ¿Quiere que le transmita alguna respuesta?

—No. —Violet dejó la orden a un lado y salió de su refugio, dirigiéndose al puesto de mando. Los primeros rayos del sol matutino se proyectaban oblicuos sobre el terreno lleno de cráteres y ya se sentía que subía la temperatura.

El oficial se apresuró a seguirla.

—Por favor, permítame entregar su respuesta.

—No es necesario. —Violet no se detuvo—. Hablaré por mí misma.

Encontró al coronel Clement en el puesto de mando, donde el joven oficial dijo que estaba, en medio de un hervidero de actividad. Lo rodeaban hombres que iban y venían a prisa, otros estaban sentados en mesas improvisadas, agachados sobre listas y cálculos; algunos más parecían estar recopilando mapas y documentos. Y otro puñado parecía estar preparándose para dismantelar la tienda del cuartel general, armados con palas, carretillas y cajas de herramientas.

El coronel Clement hizo un gesto de dolor al verla llegar.

—¿Me concede un momento, señor? —preguntó Violet con toda la amabilidad que pudo reunir.

—Por supuesto, ayudante. Me parece que sé por qué está aquí —suspiró.

—¿Una retirada, señor? ¿Me está ordenando que me retire? ¿Ahora?

—Lo siento, ayudante, de verdad, pero las órdenes del Alto Mando británico son claras. Fueron muy específicos al indicar que quieren que todo el personal femenino se retire de Bir Hakeim y su nombre está en la lista. No puedo negarme sin poner en riesgo mi propio puesto.

—Si usted se queda, yo me quedo, señor. —Le costó mantener la voz firme cuando lo único que quería era gritar de frustración. Era muy consciente de que más de uno estaba escuchando la conversación en el puesto de mando.

—Yo tampoco estoy contento con esto. Si dependiera de mí, jamás habría emitido esa orden, pero no depende de mí, ni siquiera de los franceses. Los británicos son quienes traen la batuta y ellos tienen la última palabra. Quieren aprovechar esta ventana de oportunidad mientras el enemigo se lame las heridas y se reagrupa, porque se espera que lo que venga sea mucho peor. Por ahora, los detuvimos, pero ya nos tomaron la medida; sin duda, volverán para aniquilarnos. —El coronel levantó las manos para evitar su protesta—. El

convoy de suministros que llegó anoche al amparo de la oscuridad regresará a Tobruk y se llevará consigo a las dos enfermeras del hospital, a los heridos, a un pequeño destacamento de tropas...

—Y a mí —Violet terminó la frase con tristeza. Deliberadamente, no miró a Henri.

—Y a usted —confirmó el coronel con renuencia—. Tiene la orden de conducir una de las ambulancias con los heridos si eso la hace sentir mejor.

Violet se sentía desesperada por la posición en la que la habían puesto. Negarse a conducir la ambulancia era como darle la espalda a los heridos, pero salir del fuerte significaba darle la espalda a la Legión.

—Si bien cumpliré con mi deber, no me hace sentir mejor en lo más mínimo.

—La entiendo, ayudante, pero tengo las manos atadas. Recoja sus pertenencias personales y preséntese con los vehículos del convoy que esperan junto a la puerta noreste.

Violet respiró hondo y se obligó a pensar. Si dejaba que sus emociones la embargaran, no obtendría lo que quería.

—¿Qué más decía la orden, señor?

—¿Disculpe?

—La misiva que solicita mi evacuación a Tobruk. Obedeceré la orden para asegurarme de que tanto usted como yo estemos libres de cualquier acusación de insubordinación, pero ¿había alguna otra instrucción?

El coronel tardó un segundo en comprender lo que Violet estaba preguntando.

—No, no la había, ayudante St. Croix —respondió despacio el coronel Clement; luego, se acercó a una de las mesas y revisó una pila de papeles. Sacó una hoja de la parte superior, escribió algo en la parte inferior de la orden y regresó para dársela a Violet.

—Hay un nuevo vehículo de personal listo en el depósito de Tobruk para uno de los tenientes coroneles que está aquí, en Bir Hakeim. No puedo imaginar quién en su sano juicio se opondría a la recolección y la entrega puntual de un vehículo de enlace fundamental en un momento como este.

—Muy bien, señor. —La frustración de Violet se enfrió y metió la orden en el bolsillo de su uniforme. Todavía tenía que retirarse, pero ahora tenía una forma de regresar.

—Por favor, no comparta esta información con nadie —le advirtió Clement— y me refiero a nadie. Si alguna vez fuera necesario, puedo alegar que hubo un malentendido en un momento de agitación, pero no si es de dominio público que su regreso fue planeado. Sería de gran ayuda que su regreso fuera lo más discreto posible.

—Entendido. —Se preguntó qué le diría a George—. Y gracias.

—No estoy seguro de que deba agradecerme. Estaría mejor en Tobruk, donde habrá medios para escapar si los alemanes nos derrotan. —Tocó el borde del vendaje que todavía llevaba en el lado derecho de la mandíbula inferior—. Pero le debo una vida, ayudante. Su vida, bajo sus términos.

Violet solo pudo asentir; la gratitud que sentía por la fe que el coronel depositaba en ella le dificultaba hablar.

—El convoy partirá en breve —anunció el coronel—. Seleccioné a un escuadrón de hombres que escoltarán la evacuación a Tobruk, luego se unirán al convoy de suministros que regresa. El desierto sigue repleto de alemanes e italianos, así que evítenlos a toda costa. Recibimos informes de que Rommel ha avanzado contra la centésima quincuagésima al noreste. —Su expresión se serenó—. Sé que no necesito decirle esto, pero lo diré de todos modos. Existe un riesgo muy real de que puedan capturarlos y asesinarlos. Puede que no regresen y, si logran regresar, es posible que no haya otra oportunidad de salir y alejarse de aquí.

—No cambiaré de opinión, señor.

—Es lo que pensaba. —El coronel se aclaró la garganta—. ¿Eso es todo?

Violet dudó. No había dormido bien la noche anterior, pues los eventos del día la persiguieron en su mente de una forma horrible. ¿Debía mencionarle algo al coronel? ¿Debía mencionar que un legionario moribundo, delirante de dolor, sugirió que la destrucción del depósito de municiones no había sido un proyectil desafortunado, sino algo más siniestro? Si lo planteaba de esa manera, sin ningún tipo de prueba real, el coronel podría retractarse de su orden de que regresara y, en cambio, enviarla al hospital de Tobruk para que la trataran de agotamiento e histeria.

—¿Ayudante? —preguntó Clement.

—El comandante Lavigne... —expuso Violet. Tenía que decir algo.

—¿Cómo dice?

—Antes de que tomáramos Damasco, el comandante Lavigne me envió a hacer un seguimiento con un oficial de la inteligencia británica. —Ignoró la forma en que las cejas del coronel se habían alzado y siguió adelante—. Ese oficial sugirió que había un espía alemán trabajando entre los hombres de la Legión. —Resumió, lo mejor que pudo, el informe del capitán Lipton—. Poco tiempo después, asesinaron al comandante.

El coronel frunció el ceño; el vendaje de su barbilla estaba arrugado.

—Asesinaron al comandante Lavingne en un robo. Leí el informe cuando solicité su traslado. Era un reporte muy claro y completo. —Clement entornó los ojos—. ¿Qué está sugiriendo, ayudante? ¿Que Lavigne fue asesinado por un espía?

—No. Sí. No lo sé. Ayer, estaba en el hospital cuando llegó un legionario herido por la explosión del depósito de municiones. Me dijo que no escuchó ningún proyectil antes de la explosión. Parecía que consideraba que había sido un acto de sabotaje. —No mencionó el nombre de Henri.

—¿Sabotaje? —El coronel negó con la cabeza—. Me resulta muy difícil de creer, ayudante. Había muchos hombres alrededor de ese depósito cuando explotó. Nadie más ha mencionado algo como eso.

Por lo menos, no había descartado su comentario de inmediato.

—Este hombre que piensa que el depósito fue sabotado, ¿dónde está? —preguntó el coronel—. Me gustaría hablar con él.

Violet hizo una mueca.

—Está muerto.

—Desde luego. —El rostro de Clement era inexpresivo—. ¿Murió a causa de sus heridas?

—Sí. Me disculpo, señor. Sé que todo esto suena un poco extraño, pero los británicos sugirieron...

—Estoy harto de las sugerencias de los británicos —gruñó Clement—. Para ser honesto, ayudante, no tengo tiempo para sugerencias. No tengo tiempo para tonterías de intriga y misterio que podrían no ser reales. Tengo que concentrarme en el maldito *Afrika Korps*, que es muy real y que está justo enfrente de nosotros, intentando borrarlos de la faz de la tierra.

Violet bajó la cabeza. Hablar había sido un error.

—Todavía hay más de tres mil hombres aquí —continuó—. Y cada uno de nosotros está en la línea de fuego de lo que sea que llegue por el horizonte a continuación. ¿Y se supone que debo creer que alguien ha estado conspirando para socavar todo lo que hemos logrado? ¿Todo lo que hemos conseguido superar?

Violet no tenía una buena respuesta.

—Mire, le agradezco que me haya expresado sus preocupaciones, ayudante. —Clement intentaba ser paciente—. Sin embargo, creo que lo mejor para usted sería concentrarse en los asuntos reales que nos ocupan. No en conjeturas improbables y mucho menos en conjeturas británicas —la sermoneó.

—Sí, señor.

Clement se puso las manos en la cadera.

—¿Está segura de que todavía desea regresar a Bir Hakeim?

—Sí, señor. —Violet lo miró directamente a los ojos—. Si usted se queda, yo me quedo. Es mi trabajo. —Además, si había un espía trabajando en su contra, Violet no podía simplemente huir. Aunque nadie le creyera, aunque no pudiera demostrarlo, les debía a esos hombres seguir intentándolo.

—Necesito saber que podrá enfocarse, ayudante.

—Sí puedo, señor.

—Muy bien. Considere este asunto resuelto, ¿entendido?

—Sí, señor.

—¿Hay algo más? Porque si no, tengo que volver al trabajo.

—No, señor, nada más, señor.

—Muy bien. Buena suerte ahí fuera, ayudante.

/

El viaje a Tobruk duró un día y medio.

Se llevó a cabo casi en completo silencio, excepto por las conversaciones que se limitaban a decisiones de conducción o a las necesidades de los pacientes. No se trataba de un viaje de placer a la playa, sino de un angustioso ejercicio por evitar a los alemanes, que patrullaban continuamente las vías que conectaban las fortificaciones defensivas instaladas a lo largo de la línea de Gazala. Violet agradecía la compañía de George, que viajaba con ella en la

parte delantera de la ambulancia. Cuando llegaron al cruce que los llevaría al este, a Alejandría, o al oeste, a Tobruk, tuvo la sensación de que llevaba conduciendo semanas. Tenía los ojos irritados, le dolía el cuello y hacía tiempo que se le habían entumido los dedos con los que sujetaba el volante del pesado vehículo.

Cuando se acercaron a Tobruk, Violet movió los hombros y se relajó un poco. Comprobó que la segunda ambulancia seguía detrás de ellos y luego miró a George. Su amiga había estado inusualmente callada durante casi todo el viaje y, en ese momento, miraba por la ventana.

—Tengo que preguntarte algo, George. —Violet rompió el silencio, acomodando sus manos sobre el volante. El viaje había requerido toda su concentración, pero, ahora que estaban más cerca de su destino, los pensamientos con los que había estado luchando desde el día en que explotó el depósito de municiones habían vuelto a invadir su mente.

—Claro —respondió George sin apartar la vista de la ventana.

—¿Henri alguna vez te habla de Alemania?

—¿Qué?

Violet se odió a sí misma por hacer esa pregunta. Odiaba siquiera estar pensando en eso. Odiaba la idea de que su mejor amiga tuviera todo el derecho del mundo de mandarla al diablo si descubría lo que Violet realmente estaba investigando, pero no podía evitarlo.

—Me preguntaba si Henri alguna vez regresó a Alemania siendo niño o cuando tuvo la edad suficiente para viajar solo. Si todavía tenía conexiones allá.

George la miraba fijamente; la confusión en su rostro había reemplazado momentáneamente su agotamiento.

—¿Por qué me lo preguntas?

Violet se clavaba dolorosamente las uñas en las palmas, envueltas alrededor del volante.

—Yo, eh... era solo algo que... —No pudo hacerlo. No se atrevió a preguntarle a George si creía que su hermano podía ser un espía. No sin tener pruebas—. No importa. No es nada.

—Si no fuera nada no me lo hubieras preguntado.

Violet se retorció en su asiento.

—Solo pensaba en lo difícil que debe ser para él. Él nació en Alemania, pero por una elección que hizo tu madre, una elección sobre la que él no tuvo el control... Lo que quiero decir es que pudo haber crecido ahí y considerarse alemán. —Fue un intento torpe por desviar su tren de pensamiento y se estremeció por la acusación que escuchaba en sus palabras.

—Ah. —George volvió a mirar por la ventana—. No —respondió.

—¿No?

—Él nunca regresó. No que yo sepa. —La respuesta de George fue apática y distraída.

Al parecer, no interpretó la pregunta de Violet como una acusación, lo que casi la hace derramar unas lágrimas del alivio.

—Rara vez admite que nació allá. Odia lo que están haciendo —murmuró George.

Violet asintió, pero la culpa y la vergüenza la invadían.

—Me siento tan culpable y avergonzada —admitió George de repente, como si estuviera leyendo la mente de Violet.

Violet miró a su amiga con nerviosismo.

—¿Qué?

George bajó la mirada hacia sus manos, las cuales apretaba sobre su regazo.

—Cuanto más nos acercamos a Tobruk, peor me siento.

—¿Por qué te sientes culpable y avergonzada? —Violet estaba segura de que solo ella tenía motivos para sentirse así.

—Por haber abandonado Bir Hakeim.

—No te sientas culpable —la tranquilizó Violet—. Tus pacientes entienden por qué te fuiste. Te lo ordenaron.

—No. —George se mordió la uña del pulgar—. No es por eso por lo que me siento culpable.

—Entonces, ¿por qué?

Una gota de sangre brotó del pulgar donde George se había arrancado la piel.

—Me siento culpable porque me alegra que nos hayamos ido. —Su voz era un susurro—. Los alemanes no van a dejar en paz Bir Hakiem y yo no quiero morir. Todavía no.

Violet condujo la ambulancia alrededor de un cráter en la carretera.

—No te sientas culpable.

—Estoy huyendo y abandoné a mi hermano. —Parecía estar a punto de llorar.

—Estás siguiendo órdenes; además, Henri puede cuidarse solo. Estará bien. —Violet no podía asegurarlo, pero era lo que su amiga necesitaba oír.

—Henri me dijo lo mismo. Se alegró de que nos fuéramos. Me pidió que no volviera nunca.

Violet se mordió el interior de la mejilla y no dijo nada.

—¿Soy una mala persona? —preguntó George con tristeza—. Porque lo único que siento es paz de no tener que estar ahí, esperando la próxima oleada de tanques y bombarderos, preguntándome si volveré a ver otra puesta de sol.

—No eres una mala persona. —Violet se movió con incomodidad en su asiento y apartó por un instante la vista de la carretera para mirar a su amiga. Todavía no le había dicho que ella iba a regresar. No estaba segura de cómo hacerlo, de qué iba a decirle—. No eres una mala persona —repitió Violet—. Eres una amiga increíble, una enfermera maravillosa y la hermana más leal. Has estado ahí para tus pacientes y has sacrificado mucho por ellos. Querer sobrevivir no te convierte en una mala persona. Te hace humana.

George sollozó y se limpió la gota de sangre del pulgar en los shorts.

La ambulancia daba saltos y se sacudía, así que Violet se enfocó nuevamente en la carretera. Habían llegado a las afueras de Tobruk y Violet no pudo evitar observar el paisaje. El puerto estaba lleno de embarcaciones de todo tipo, aunque varias de ellas se habían hundido y las habían abandonado. Los escombros flotaban en el agua, atrapados en la orilla y en la base de los muelles. Los edificios pálidos y cuadrados que bordeaban el puerto estaban destrozados en algunos lugares y, donde antes se alzaban las estructuras, ahora solo quedaban montones de escombros. Las palmeras que solían bordear las calles se habían reducido a tocones carbonizados. A su alrededor, reinaba el caos.

Después de meses de aislamiento y vacío en Bir Hakeim, la enorme cantidad de hombres, vehículos y artillería que se movía por Tobruk era abrumadora. Violet estaba segura de que *de vital urgencia* era la frase que los oficiales al mando utilizaban para describir la acción en el puerto, pero lo que ella veía era una confusión desordenada. Tras meses de espera, los alemanes finalmente estaban en la puerta y el pánico era palpable.

Violet se abrió paso hasta el hospital. Detuvo la ambulancia justo en la entrada con los músculos fatigados más allá de lo razonable, por lo que hizo un esfuerzo monumental para abrir la puerta y salir del vehículo. Por un momento, sintió como si tuviera cien años. Su trabajo había terminado, por ahora.

George también había salido de la ambulancia y el personal del hospital se apresuró hacia ellos para empezar a descargar a los heridos. Sacó su bolsa de lona de la cabina y se la echó sobre el hombro. Arqueó la espalda y examinó el lugar: era un edificio bajo con fortificaciones de sacos de arena apilados alrededor para proteger las pálidas paredes blancas.

—Supongo que será nuestro hogar, dulce hogar, durante los próximos días —comentó George, haciendo un evidente esfuerzo por proyectar algo de optimismo en su voz—. Por lo menos, no es una tienda de campaña.

—Mmm... —Violet volvió a meterse a la cabina del vehículo para sacar su bolsa de lona. Alguien movería la ambulancia una vez que completaran la descarga, ya no era su responsabilidad. No, su siguiente obligación, según las órdenes que llevaba ocultas en el bolsillo, estaba estacionado en algún almacén o taller cerca del puerto.

Se echó la bolsa sobre los hombros y se reunió con George, cuidando no estorbarle a los hombres que descargaban las camillas.

—Me alegra que estés aquí conmigo, Vi —reconoció George.

Violet se estremeció.

—¿Vamos a ver en dónde nos necesitan? —Su amiga empezó a caminar hacia la entrada del hospital, pero se detuvo al darse cuenta de que Violet no la seguía—. ¿Vienes?

—No.

—¿No? —El rostro de George se crispó de confusión—. ¿Qué quieres decir?

—No me quedaré aquí contigo y las otras enfermeras.

—Si te preocupa que te pongan a lavar pisos, no será tan malo Vi, te lo prometo. Tienes mucha más experiencia de la que tenías antes...

—No, no es eso. —Violet respiró hondo—. Voy a volver.

—¿Volver a dónde?

—A Bir Hakeim.

—¿De qué estás hablando? No puedes volver. —A George se le resbaló la bolsa de lona del hombro, que aterrizó en el suelo con un golpe sordo.

—Tengo órdenes de recoger el coche de un oficial y regresar.

—No, tenemos órdenes de quedarnos aquí. No puedes volver a ese lugar —enfaticó George de nuevo.

—Estaré bien.

—No vas a estar bien. —Su amiga estaba conteniendo las lágrimas—. Quiero que te quedes conmigo. Hemos estado juntas en esto desde el principio.

—Estoy contigo —aclaró Violet y tomó la mano de George—. Esto no es diferente a cuando tú estabas en un hospital y yo en la carretera en alguna parte. Nada ha cambiado.

—¡Todo ha cambiado! —gritó George—. No quiero que mueras.

—Yo tampoco quiero morir, pero el riesgo no es nada nuevo para ninguna de las dos.

—No vuelvas, Vi. —George la sujetó del brazo. Tenía los ojos llenos de lágrimas a punto de caer—. Ya es bastante malo que Henri siga allá. No puedo perderte a ti también.

Violet cubrió la mano de George con la suya.

—¿Te acuerdas del día del accidente del barco? Ese día me dijiste que apoyarías cualquier decisión que tomara, siempre y cuando fuera mía; mía y de nadie más. ¿Te acuerdas?

Unas lágrimas resbalaron por las mejillas de George.

—Esta es mi elección.

George se secó las lágrimas con el dorso de la manga.

—Te volveré a ver, lo prometo —la reconfortó Violet, ignorando el hecho de que nadie podía hacer ese tipo de promesas dadas las circunstancias—. Antes de que te des cuenta, volveré para fregar pisos, vaciar bacinicas y para que me reprendan por mis terribles habilidades como enfermera.

—Siempre supe que eras más valiente que yo, ¿sabes? —le confesó George, llorando.

—Muchos dirían que volver es estúpido y no valiente.

—No estoy hablando de hoy, sino del día en que te ofreciste como voluntaria.

—Tú también te ofreciste como voluntaria.

—Pero yo tenía el apoyo y la bendición de toda mi familia cuando lo hice. Tenía gente a mi alrededor que estaba orgullosa de mi por elegir luchar por mi país. Tú no. Te uniste a la lucha pese a que sabías que perderías a todos y todo lo que tenías. La vida que conocías. Ha sido lo más valiente que he visto hacer a alguien.

Ahora Violet estaba llorando.

—No los perdí a todos. Todavía te tengo a ti.

George la envolvió en un fuerte abrazo.

—Te quiero —susurró contra el oído de Violet—. Vuelve sana y salva.

Capítulo 24

*3 de junio de 1942
Bir Hakeim, Libia*

Violet condujo el coche nuevo del teniente coronel de regreso a Bir Hakeim entre el polvo y la oscuridad, detrás de los camiones de suministro que transportaban agua y municiones. Llegaron al fuerte justo después de la medianoche y, al parecer, la mayor parte de la guarnición estaba despierta esperando su regreso, ya que el momento adquirió un cierto aire celebratorio, lo cual no era sorprendente dadas las circunstancias en las que se encontraban.

Desde ese momento, Violet reanudó sus funciones en el hospital, donde el coronel pensó que estaría más segura. Ahora, Bir Hakeim estaba completamente asediado por todos lados. Todos habían visto los temidos Panzer de Rommel reunirse como una tormenta en el noroeste, pero nadie entró en pánico. Hasta ahora, las armas del perímetro del fuerte, junto con las columnas de asalto Jock de la guarnición, los habían mantenido a raya; además, los hombres estaban decididos a mantenerlos así, pasara lo que pasara. Puede que Francia haya caído, pero defenderían esa pequeña porción de tierra hasta la muerte, si no con el escaso suministro de agua y munición, entonces con orgullo.

Esa mañana, como tantas otras, había comenzado con una niebla densa y pesada que caía sobre el fuerte y sus alrededores. Cuando el sol ascendió al cielo, toda la guarnición esperaba con impaciencia el inevitable ataque que

siempre se materializaba conforme se disipaba la bruma; no obstante, esa mañana no ocurrió. Violet aprovechó el respiro para regresar a su refugio, con la intención de dormir una hora extra en la inesperada tranquilidad.

La sorprendió encontrar a un hombre agachado dentro de su refugio, de espaldas, examinando sus libros. Se detuvo repentinamente, lo que hizo que pequeñas rocas cayeran en cascada por un costado y el hombre se girara.

—Ayudante St. Croix, supongo. —Era alto, de ojos azules y una mandíbula cuadrada; hablaba con un ligero acento.

—Coronel Amilakhvari. —Nunca lo había visto en persona, pero sabía quién era. Todo el mundo sabía quién era. El apuesto príncipe georgiano que había servido con honores en Noruega, se había unido a De Gaulle sin dudarlo y era adorado por sus hombres.

—Sabe quién soy. —Parecía encantado con la revelación. Salió del refugio con la gracia de una gacela—. Le expreso mi más sincero pesar por no haber tenido motivos para conocerla antes. —Le ofreció una reverencia cortés y una sonrisa encantadora.

Violet entendió por qué las enfermeras se deshacían de emoción cada vez que se mencionaba su nombre. Ella, sin embargo, se sentía mucho menos entusiasmada y mucho más alarmada.

—¿Había algo en específico que estuviera buscando entre mis objetos personales?

—Ah, le pido disculpas por la intrusión. —No sonaba como si lo lamentara demasiado—. Me ofrecí como voluntario para venir a buscarla y vi sus libros.

Violet ignoró por el momento la violación a su privacidad.

—¿Buscarme para qué, señor? —Los coroneles no iban a buscar a la gente. Para eso, tenían a los oficiales subalternos.

—El general Koenig solicita su presencia de inmediato.

Violet parpadeó.

—¿El general Koenig?

—Por favor, sígame, ayudante. —Comenzó a caminar hacia el cuartel general sin darle oportunidad de responder.

Violet lo siguió en medio de las trincheras mientras su inquietud iba en aumento. Todo el asunto era muy irregular. Amilakhvari se detuvo por fin y le cedió el paso a un gran refugio excavado en el suelo, revestido con hileras e

hileras de sacos de arena. Había mesas con documentos apilados, cubiertos con lonas puestas apresuradamente. Media docena de hombres permanecían de pie alrededor, todos serios y sombríos, y Violet se detuvo en seco al ver que dos de ellos vestían uniformes italianos; más extraño aún, ambos tenían los ojos vendados.

—Ayudante St. Croix. —Un hombre alto se acercó a ella con la mano extendida. Tenía el pelo claro bajo la gorra y ojos gris azulados. El cansancio se reflejaba en las arrugas de su rostro, pero su mirada era directa e inflexible; su apretón de manos fue firme como el acero.

Violet tragó saliva, sin saber si debía saludarlo militarmente o estrecharle la mano, pero como él ya le estaba sujetando la suya, la decisión parecía haber sido tomada. No había conocido al general en persona, aunque su aura de confianza y absoluta autoridad era inconfundible.

El general Koenig le soltó la mano.

—¿Cuándo fue la última vez que durmió o comió algo, ayudante? —preguntó, mirándola con aire crítico.

—Probablemente, más o menos a la misma hora que usted, señor —le respondió Violet. Estaba demasiado agotada como para preocuparse de si su respuesta era demasiado familiar para dirigirse a un general.

Él pareció encontrarlo divertido.

—Le ofrecería algo de beber, pero andamos un poco justos.

—No me quejaré si no lo hace, señor.

—No —repitió el general, evaluándola—. Supongo que no lo hará. Venga. —Hizo un gesto para que se acercara a la mesa donde esperaban los dos italianos—. Confieso que he escuchado mucho de usted, ayudante St. Croix —comentó. Su voz sonaba ronca por la sed o por el agotamiento o por ambos—. Los hombres hablan muy bien de su servicio a la Legión y ahora entiendo por qué.

Violet intentó no tartamudear.

—Gracias e igualmente, señor.

El general Koenig simplemente asintió, desestimando cualquier cumplido.

—Han hecho de mi conocimiento que habla italiano con fluidez.

—Sí, señor.

—Necesito una intérprete que sea precisa y totalmente discreta. ¿Puedo confiar en usted, ayudante?

—Sí, señor.

—Muy bien. Teniente coronel Masson si es tan amable. —Hizo un gesto hacia uno de los oficiales que estaban cerca de la mesa y el hombre se apresuró a quitarles las vendas a los dos italianos.

Los dos hombres parpadearon para protegerse de la luz. Miraron a su alrededor con curiosidad y luego se enfocaron en el general. Ambos lo saludaron y Koenig les devolvió el gesto.

—Estos dos caballeros son oficiales italianos que entraron a nuestro recinto bajo la bandera de tregua. Por lo que entendemos, desean transmitirnos un mensaje de sus generales —le explicó Koenig a Violet.

Violet los observó, preguntándose cuánto podrían saber ya sobre Bir Hakeim. Cuestionándose si, en algún lugar entre los hombres que aún estaban en el fuerte, tendrían un aliado. El más grande de los dos oficiales italianos dio un paso al frente y Violet se obligó a concentrarse. Era bajo y tenía una pesada papada y unas profundas bolsas bajo los ojos; usaba las manos con efusividad mientras hablaba, haciendo gestos bruscos y cortantes en el aire.

Violet lo escuchó con atención.

—Les agradece su recibimiento —tradujo Violet cuando el hombre se detuvo a tomar aire—. Y está aquí para solicitar nuestra rendición completa e inequívoca. —Era difícil mantener su voz firme y desprovista de emoción.

—En efecto. —El general no se mostró sorprendido.

El oficial italiano empezó a hablar de nuevo con más urgencia que antes.

—Nos advierte que estamos completamente rodeados por las fuerzas italianas y alemanas combinadas y que, si nos rendimos en este momento, evitaremos un innecesario derramamiento de sangre.

—Sé muy bien que estamos rodeados —respondió Koenig con aspereza—. Son difíciles de ignorar.

Violet tradujo.

El oficial italiano dio otro paso al frente con una expresión de angustia. Habló de nuevo y parecía que estaba suplicando.

—Dice que sería mucho mejor para usted y su guarnición rendirse ante los italianos, pues nos tratarán con justicia; tenemos su palabra. En cambio, los alemanes serían mucho más duros con la guarnición. Si no nos rendimos

ahora, han jurado exterminarnos.

—¿Exterminarnos? —El general Koenig no se inmutó.

Violet esperó la respuesta en un estado de conmoción; tenía miedo de moverse, de respirar. Miró a su alrededor y los hombres en el refugio con ellos estaban igualmente paralizados, esperando la respuesta del general.

—Por favor, traduzca esto, ayudante —solicitó finalmente Koenig, volviéndose hacia los oficiales italianos—. Por favor, agradezca a sus generales su amable conducta, pero dígales que no hay ninguna posibilidad de rendición. Mis tropas tienen armas y municiones y están preparadas para luchar.

Violet lo hizo con la misma actitud precisa y desapasionada que su padre le había inculcado cada vez que se presentaba ante él para informarle sobre sus logros y fracasos. Era una sensación extraña saber que, con toda seguridad, la ira del *Afrika Korps* de Rommel se abatiría sobre Bir Hakeim tras la negativa del general a rendirse; sin embargo, el temor y la inquietud esperables y asociados a ese conocimiento estaban totalmente ausentes. Quizá se debiera a que la decisión estaba tomada, lo que eliminaba todas las incertidumbres, especulaciones y ambigüedades. Las fuerzas del Eje habían exigido la rendición y los franceses se habían negado. Incluso Violet reconocía que esa rebeldía era un bálsamo para la humillación y la vergüenza de la capitulación y rendición francesa de dos años antes.

Los dos emisarios italianos comenzaron a hablar al mismo tiempo, suplicándole al general que reconsiderara su decisión. Violet tradujo de forma diligente las confusas súplicas, pero el general Koenig hizo un ademán con la mano para silenciarlos a todos.

—Está decidido. No nos rendiremos. —Hizo un gesto hacia los italianos—. Teniente coronel Masson, por favor, haga que escolten a estos hombres de vuelta al perímetro para que puedan regresar a sus líneas.

—Sí, señor.

Vendaron de nuevo a los oficiales italianos y el coronel Amilakhvari, junto con los franceses restantes, los acompañó afuera del puesto de mando; Violet se quedó a solas con Koenig.

—Gracias por su servicio, ayudante St. Croix. Y gracias por su competencia y compostura —le expresó a Violet—. Confío en que mantendrá la confidencialidad de lo ocurrido aquí hasta que haga los anuncios correspondientes.

—Por supuesto, señor. —Violet lo saludó militarmente y se dio la vuelta para marcharse.

—Dígame, ayudante St. Croix —dijo el general y Violet se detuvo en seco—. ¿Hice lo correcto?

Ella se dio la vuelta.

—¿Lo correcto, señor?

—Negándome a rendirnos.

Violet parpadeó.

—No soy general, señor. Solo soy ayudante.

—Por eso, precisamente, es por lo que se lo pregunto. —El general quitó la lona de la mesa, revelando una colección de mapas y documentos—. La labor de defender este fuerte recae en usted y las miles de almas que hay aquí, ninguna de las cuales son generales. Usted y cada hombre aquí, son el corazón de Francia y lo que estoy a punto de pedirles va más allá de la valentía. —Se apoyó pesadamente sobre la mesa; de repente, parecía agotado.

Violet entendió por qué Koenig era tan amado por sus hombres, porque él, justamente, los veía como seres humanos. No los veía como un medio para alcanzar un fin o como piezas movibles de un mortal tablero de ajedrez o súbditos con los que un rey juega insensiblemente.

Entonces, ella no le respondería como a un general sino como a un ser humano.

—No puedo hablar por todos lo que estamos aquí, pero hablaré por mí misma.

—Por favor.

—Podría haberme rendido antes de ofrecerme como voluntaria. Podría haberles creído a quienes me dijeron que no iba a durar ni un día. —Violet miró al general directamente a los ojos—. El problema, señor, es que nadie sabe con certeza lo que depara el futuro, sin importar dónde estés o quién seas; sin embargo, lo que sí sé es lo que yo aportaré al día siguiente. El mañana es para los valientes que no renunciaron a sus convicciones y creencias pese a tener la oportunidad de hacerlo. Ninguno de nosotros llegó aquí por accidente, señor. Elegimos esto. No elegimos rendirnos, sino apostar por la promesa del mañana, sea como sea.

El general Koenig la observó durante un largo rato.

Violet no apartó la mirada.

—Gracias, ayudante —dijo finalmente con voz ronca.

—De nada, señor.

Violet lo saludó militarmente una vez más y el general le devolvió el saludo.

Capítulo 25

*7 de junio de 1942
Bir Hakeim, Libia*

Los *Junkers* alemanes se unieron a los *Stukas* y los *Messerschmidts* en un intento por aniquilar Bir Hakeim.

Las bombas de alto poder explosivo que lanzaban sacudían el suelo, comprimían el aire y añadían llamas abrasadoras al calor de por sí bárbaro. Una nube de arena y polvo estaba perpetuamente suspendida sobre la guarnición, lo que dificultaba respirar y cubría las gargantas ya reseca. La RAF hostigaba y acosaba al enemigo, pero los superaban en número y en ofensiva. Las tropas que operaban los cañones antiaéreos *Bofors* de las trincheras eran la otra línea de defensa contra los implacables ataques, por lo tanto, se convirtieron en el objetivo de la *Luftwaffe*. El asedio se convirtió en un juego mortal, uno que la Francia Libre estaba empezando a perder.

La escasez de las reservas de agua en el fuerte había llegado a una situación desesperada. Temporalmente, Violet abandonó el hospital para ayudar a una compañía de zapadores a trasladar los camiones de agua restantes a refugios más profundos y seguros, donde estarían mejor protegidos de los constantes bombardeos.

Cerca del límite del fuerte, donde se encontraban los vehículos de la guarnición, incluyendo el Ford, los zapadores habían asegurado el día anterior dos de los camiones en trincheras más profundas. Entre cada uno, había una distancia calculada para reducir las probabilidades de que una sola bomba destruyera los tres camiones cisterna. Los zapadores estaban por terminar de

cavar la trinchera para el tercer camión que Violet estacionaría en su nueva cavidad. Mientras esperaba, se metió en un estrecho espacio entre un voluminoso camión Bedford y la pared de la trinchera, buscando un respiro del sol y del rugido de los aviones que sobrevolaban la zona.

Ahí, estuvo a punto de chocar con Christophe Gasquet.

—Cabo —balbuceó, sorprendida, antes de sonreír; le alegraba ver un rostro familiar.

—Ayudante St. Croix —él le devolvió la sonrisa—. ¿Qué haces aquí? Estaba seguro de que estarías en el hospital.

—Estamos trasladando los camiones cisterna a un lugar donde los *Stukas* o los proyectiles no puedan alcanzarlos —le respondió—. ¿Tú qué estás haciendo?

Gasquet dio unos golpecitos sobre el capó del Bedford.

—El capitán me mandó a comprobar que la radio de nuestro Bedford sigue funcionando por si la necesitamos en los próximos días, pero no funciona —añadió—. Tendré que volver con piezas de repuesto.

—¿Tu capitán cree que vamos a salir de aquí en los vehículos? —Violet intentó no sonar incrédula.

—No lo sé. —Gasquet ya no estaba sonriendo—. Solo sigo órdenes.

—Lo siento.

—No pasa nada. El cabo Chastain tuvo la misma reacción. Creo que cualquiera la tendría.

Violet pasó los dedos sobre la pared áspera de la trinchera.

—¿Cómo está el cabo Chastain? —le preguntó—. Hace mucho tiempo que no lo veo. —La verdad es que había estado evitándolo; mejor dicho, los lugares donde pudiera encontrárselo. Reconocerlo la hacía sentir culpable y avergonzada, pero no podía evitarlo.

—Ha estado desempeñándose en las columnas Jock con el coronel Amilakhvari casi todos los días. Hoy también está del otro lado de la alambrada. —Gasquet se apoyó en el camión—. Le molestó que regresaras, ¿sabes? Pensó que te quedarías en Tobruk.

—Le puedes decir que su hermana está completamente a salvo.

—Creo que eras tú la que le preocupaba.

—Él no es mi oficial al mando. También puedes decirle que yo estoy a salvo.

—Claro.

Violet se incorporó de la pared de la trinchera.

—Debería ir a ver si los zapadores ya terminaron...

Una explosión sacudió repentinamente el suelo y constriñó el aire a su alrededor. Violet perdió el equilibrio y se raspó la sien en la pared de la trinchera. Se enderezó y se apretó los oídos, que le zumbaban.

—¿Qué demonios fue eso? —La voz de Gasquet sonaba distante.

Violet se tocó la frente e hizo una mueca al ver sus dedos ensangrentados. Unos hombres gritaban más allá del refugio del Bedford.

—Le dieron a algo. —Su voz sonaba áspera. Obligó a sus pies a ponerse en acción. La escena que encontró no era muy diferente de la que había visto cuando estalló el depósito de municiones, aunque no había incendios esta vez. Por lo menos, media docena de zapadores estaban tirados en el suelo, algunos inmóviles, pero otros se retorcían y gemían de dolor. Otros más avanzaban hacia los camiones cisterna.

—No, no, no —gimió Violet. Desde donde estaba, podía ver los restos del precioso transporte de agua que habían movido ayer. El agua que quedaba caía en el suelo donde desaparecía casi al instante y los zapadores no podían evitarlo. Violet parpadeó para despejar el líquido cálido y pegajoso que le nublabla la visión y se tambaleó hacia adelante. Gasquet la sujetó del brazo.

—¡Suéltame! —le gritó—. Tengo que ayudar.

—Estás herida —señaló—. Tienes una herida en la cabeza. Ni siquiera puedes ver bien.

Violet se limpió los ojos y se dio cuenta de que el líquido que le goteaba sobre la frente era sangre. Se limpió la mano en el uniforme con un ligero estremecimiento, pero su atención seguía puesta en los zapadores.

—No es nada.

—No parece nada.

—Soy enfermera, ¿recuerdas? El cuero cabelludo siempre sangra.

—Ve al hospital a que te limpien y te cosan. Yo me quedaré a ayudar.

Violet se limpió de nuevo los ojos irritados. Quería aullar de frustración y de furia.

—Ve —le ordenó Gasquet, dirigiéndola con firmeza hacia el hospital—. Atiéndete tú primero para que, cuando estos hombres lleguen al hospital, estés lista para ayudar a atenderlos.

Violet asintió. Gasquet tenía razón, le gustara o no.

—Ten cuidado —le dijo al cabo y se fue rápidamente.

/

Violet estuvo en el hospital el tiempo suficiente para vendarse temporalmente la cabeza con una gasa cuando entró un artillero tambaleándose. Se estremecía de dolor mientras se sujetaba el brazo izquierdo. Respiraba apretando los dientes y tenía la piel gris y pastosa bajo el polvo que le cubría el rostro.

—Malditos alemanes —jadeó, mientras Violet le ayudaba a un oficial médico a acostarlo en una cama.

Alguien le había vendado el brazo con la camisa de un uniforme. Cuando el médico retiró la tela, el artillero gimió. Ella se forzó a mirar el brillante fragmento de hueso que le había perforado la piel de la parte superior del brazo y la sangre que cubría la piel debajo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Violet.

—Smith. Horace Smith. —Intentó incorporarse con dificultad.

Violet lo empujó hacia atrás.

—Relájate. Nosotros te atenderemos.

—Malditos alemanes —repitió él, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Le dieron a Davis y a Zip también.

—¿Quiénes? —preguntó Violet al tiempo que un médico se abría paso a codazos para examinar el brazo del artillero.

—Los compañeros de mi tropa, maldición —masculló apenas moviendo los labios—. Van a necesitar ayuda.

—¿Alguien los va a traer aquí? —preguntó Violet.

—No. —Cerró los ojos—. Siguen en el cañón. No abandonarán sus puestos. No pueden abandonar sus puestos. Hay demasiados aviones. —Abrió los ojos y miró suplicante al médico—. Están muy mal. Tiene que ir a ayudarlos. Davis sangraba mucho.

—No es posible. —El médico ya le estaba indicando al oficial que lo trasladara a uno de los vehículos cuadrados que utilizaban como quirófanos—. No puedo dejarlo si quiere conservar este brazo.

—Por favor —jadeó el artillero, sacudiéndose por el dolor al mover el brazo—. Ayúdelos a ellos. No a mí. Envíe médicos.

—Quédese quieto —le ordenó el oficial.

—No tenemos doctores que enviar —le explicó el médico con pesar—. Están atendiendo a un equipo de zapadores. Oí que bombardearon dos de nuestros camiones cisterna.

—¿Dos? —preguntó Violet. Ella solo había visto el primero—. ¿Cómo? —Habían metido los camiones en zanjas profundas.

—No lo sé. No hay tiempo para preguntarse eso.

El oficial médico arrojó la camisa ensangrentada con mucha más fuerza de la necesaria.

—Habría sido mejor que los alemanes hubieran destruido otro depósito de municiones —manifestó.

—Habría sido mejor que no hubieran distribuido nada —replicó el médico.

—Por favor, ayuden a mi tropa —gimió Horace desde la cama, interrumpiendo a los dos hombres.

—Lo siento —repitió el médico—, de verdad. No puedo ir a ayudarlos en este momento.

—Yo iré —se ofreció Violet.

El médico y el oficial la miraron con suspicacia.

—¿A las baterías? —preguntó el oficial con la mandíbula floja—. Por Dios, ¿sabe lo que está pasando ahí afuera?

Violet miró al artillero herido.

—Tengo una idea bastante clara. También sé que, si esas armas dejan de operarse, la situación empeorará aún más para nosotros. —Miró al oficial y al médico—. No sé hacer cirugías, pero puedo brindar primeros auxilios —enfaticó—. A ustedes los necesitan aquí, pero a mí no. Pueden prescindir de mí.

—Parece que ya estás herida.

—No es nada. Una herida en el cuero cabelludo. Se puede coser más tarde.

El médico gruñó.

—Muy bien. No es mi decisión, pero no se lo impediré. Tome un botiquín de campo de lo que quede en los suministros.

—¿No puede ir otra persona? —protestó el oficial.

—¿Quién? —preguntó Violet.

El oficial se encogió de hombros.

—Vaya —dijo el médico.

—Gracias. —Violet se agachó junto al artillero—. Dónde encuentro a su tropa.

,

A esa distancia, Violet podía sentir el poder de las armas en todo su cuerpo cada vez que disparaban. Los cañones setenta y cinco milímetros y los veinticinco libras rugían sin cesar contra los tanques y la artillería de los invasores, mientras los hombres sudaban y maldecían bajo las bestias. Se sujetaba el casco y se abría paso entre la red de trincheras y refugios con el botiquín de primeros auxilios atado al pecho. Siguió las instrucciones del artillero y, con la ayuda de un puñado de legionarios que se cruzaron en su camino y le indicaron la dirección correcta —además de mirarla atónitos—, Violet encontró a la tropa exactamente donde Smith le había dicho que estaría. Estaban manejando uno de los enormes cañones *Bofors* giratorios, instalado en una trinchera en la esquina suroeste. Smith tenía razón; su estado era terrible.

Los dos legionarios que ocupaban los asientos del apuntador y del artillero a ambos lados del largo cañón estaban desplomados detrás de las miras y, por un momento, Violet temió que estuvieran muertos. Miró hacia el cielo y, milagrosamente, no había ningún *Stuka* a la vista. No sabía cuánto tiempo tendría antes de que la situación cambiara, pero no podía ser mucho. Otro miembro de la tropa estaba apoyado contra una pila de cajas de municiones, desnudo de la cintura para arriba; fue él quien vio llegar a Violet primero. Se puso de pie con dificultad, tambaleándose.

—Por favor, vuelva a sentarse —le indicó Violet, mirando la sangre que le escurría sobre el pecho desnudo y le empapaba la cintura de los shorts—. Antes de que se caiga.

El artillero obedeció con un gemido y se desplomó contra las cajas. La parte superior de su hombro huesudo tenía graves quemaduras, además de la piel enrojecida y en carne viva; más abajo, tenía laceraciones en las costillas. Uno de sus ojos estaba completamente inflamado y cerrado, el otro estaba casi igual de mal, y tenía un lado de la cara morado e hinchado. Había perdido el

casco o quizá nunca lo había tenido; su cabello estaba enmarañado con más sangre. Los otros dos artilleros se movieron al oír la voz de Violet y la miraron desde sus puestos, parpadeando con rapidez.

—¿Usted es Davis? —preguntó mientras se hincaba junto al artillero que sangraba profusamente. Abrió su botiquín de campo. En ese mismo momento, no podía hacer nada sustancial por las quemaduras o la hinchazón, pero podía detener la hemorragia de las costillas.

—La Fleur —pronunció él con sorpresa—. Es real.

Violet se desconcertó. Jamás se acostumbraría a que la reconocieran hombres a los que no conocía.

—Soy muy real —confirmó mientras sacaba un paquete de gasas—. Horace me envió a ayudarlos. Me imagino que era su uniforme el que llevaba envuelto alrededor del brazo. —No tenía nada para lavar o desinfectar las heridas, esos suministros se habían agotado el día anterior, y las moscas ya se habían instalado en las laceraciones.

—Sí. —Davis la observaba con su único ojo, aunque parecía tener problemas para enfocar—. Pensé que tal vez había muerto.

—Todavía no. —Violet le dedicó una rápida sonrisa—. Esto va a doler. —Empezó a enrollarle las vendas alrededor de las costillas.

Davis maldijo.

Violet hizo una mueca de dolor.

—Lo siento. ¿Quién es Zip? —preguntó, mirando por encima de su hombro.

—Soy yo —dijo el soldado que estaba en el asiento del artillero. Su voz era áspera como la grava.

—¿Está herido?

—No tanto como para abandonar este asiento.

—Sea más específico —solicitó Violet—. Su compañero del hospital nos dijo que estaba herido.

—Probablemente, tenga el tobillo roto —respondió con voz tensa—, pero no lo necesito para manejar la rueda giratoria. Petey, del otro lado, se encarga de disparar con los pedales. Yo solo apunto el arma en la dirección correcta.

Violet alzó la mirada brevemente.

—¿Y usted, Petey? ¿Está herido?

—No. —Petey se escuchaba de dieciséis años—. Horace y Davis son los que están peor.

—De acuerdo. —Volvió a centrar su atención en Davis y en los vendajes que le estaba poniendo—. Dios, odio la sangre —murmuró Violet.

Con brusquedad, Davis alzó la cabeza para mirarla y, después, se rio con un sonido ligeramente histérico y rauco.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó ella, rasgando el extremo de la venda con los dientes.

—Yo odio las armas —jadeó—. Siempre las he odiado; sin embargo, aquí está usted con las vendas y aquí estoy yo con un cañón capaz de derribar un avión.

—Usted gana —admitió Violet, lo que provocó otra ronda de risas entrecortadas de Davis.

Violet ató el extremo del vendaje y se sentó sobre sus talones.

La risa se desvaneció.

—*Merde*. Mi cabeza. Apenas puedo ver y, lo que veo, lo veo doble. —Se desplomó hacia atrás.

—Tiene que ir al hospital —le dijo Violet.

—No puedo. Los bastardos volverán en cualquier momento. El arma no funciona si no hay alguien que la cargue.

Violet frunció el ceño.

—Apenas puede estar sentado, mucho menos puede ponerse de pie.

—Puedo...

—Escuchen. —Petey se giró en su asiento—. ¿Lo oyen?

Violet lo oía: el lejano chillido de los *Stukas*.

Davis se puso de pie de un salto, pero volvió a caerse sin la menor gracia sobre sus manos y rodillas.

—*Merde* —exclamó Zip.

Petey saltó de su asiento de apuntador.

—Davis. Tienes que levantarte. Necesitamos un maldito cargador.

Davis murmuró algo ininteligible y se derrumbó de inmediato.

Zip volvió a maldecir. Los *Stukas* que se acercaban se oían cada vez más fuerte.

—Dígame qué hacer —le ordenó Violet al apuntador.

Petey la miró boquiabierto por un instante y luego se trepó a la plataforma de carga detrás de Zip. Violet lo siguió.

—Estos son los peines —explicó, señalando las pilas de proyectiles—. Hay cuatro proyectiles en cada peine.

Se parecían a cualquier otra bala, salvo que eran más largas que su antebrazo.

—Lo único que tiene que hacer es meterlos aquí. —Le mostró el canal para los proyectiles. Ya había un peine cargado—. Peine a la izquierda, extremo puntiagudo hacia el frente. Nos falta un hombre que le pase los peines, así que está sola. Haga su mejor esfuerzo y no se detenga.

—De acuerdo.

—Tome. —Sacó un pedazo de algodón del bolsillo de su uniforme—. Para sus oídos.

—¡Ponte en tu maldito asiento, Petey! —gritó Zip por encima del creciente grito de los *Stukas*.

—No se detenga —le recalcó a Violet— pase lo que pase. Zip se encargará de la dirección y yo del ángulo del cañón y los pedales de disparo. Siga cargando el arma hasta que le diga que se detenga. ¿Entendido?

—Sí. —Violet se metió el algodón a los oídos.

Petey se bajó de la plataforma y se dejó caer de nuevo en su asiento.

—¡Vienen del noroeste! —ladró Zip—. ¡Primera formación, tres!

Violet sujetó un peine de la pila mientras la plataforma giraba bajo sus pies. El corazón le latía con tanta fuerza que sentía que se le iba a salir del pecho. Tanto Zip como Petey trabajaban en las ruedas detrás de sus asientos mientras apuntaban a los aviones que se acercaban; de repente, el cañón se elevó para encontrarse con la trayectoria de los aviones.

—¡Vengan por nosotros, bastardos! —gritó Zip justo cuando Petey disparó.

El *Bofors* rugió con el disparo y Violet empujó otro peine por el canal mientras los proyectiles desaparecían. Los aviones gritaban por encima y alrededor de la batería y la arena y la tierra estallaban, lanzando columnas de polvo y escombros al aire. Violet tomó otro peine y luego otro y otro hasta que su mundo se redujo a una desesperada carrera por mantener el arma alimentada.

Un golpe y una explosión sorda, seguidos por un grito exultante de Petey, le anunciaron que, por lo menos, uno de los proyectiles había alcanzado su objetivo. Uno de los *Stukas* perdió bruscamente en altitud, dejando un rastro de humo negro. Violet no tuvo tiempo de ver si cayó del todo porque otra formación ya estaba frente a ellos.

—¡A dónde demonios van esos bastardos, Zip?! —gritó Petey.

—No... Por Dios... —El arma se detuvo y una explosión resonó en la pausa momentánea—. Están bombardeando el hospital.

—¡Bastardos! —gritó Petey y el *Bofors* volvió a entrar en acción.

Violet quería detenerse, quería ver si la *Luftwaffe*, de verdad, se había atrevido a atacar la tienda con la brillante cruz roja; quería llorar, quería vomitar, quería que todo desapareciera. En lugar de eso, siguió alimentando el cañón mientras respiraba de forma entrecortada con los brazos adoloridos y las manos en carne viva. Perdió la noción del tiempo. Hasta que la plataforma se detuvo bajo de sus pies y el sonido de los *Stukas* se desvaneció fue que se permitió mirar hacia arriba, por encima del borde de la trinchera de la batería.

Del otro lado del terreno, donde una vez estuvo el hospital, ardían incendios. Violet podía ver a hombres entrar y salir corriendo a la nube de humo, seguramente, tratando de ayudar. Bajó de la plataforma tambaleándose y cayó de rodillas antes de recuperar el equilibrio. Sin mirar atrás, empezó a correr por las trincheras en dirección al hospital.

,

La nube de *Stukas* que se había desviado deliberadamente de los campos de minas y las baterías y había apuntado al hospital y a los vehículos que servían como quirófanos —todos marcados con brillantes cruces rojas— lo había hecho con una precisión experta. Los pacientes que habían estado sufriendo debajo del techo de lona, incluyendo al artillero Horace Smith, que había enviado ayuda a su tropa, y al legionario que había disfrutado de la lectura de *El sabueso de los Baskerville*, murieron instantáneamente. Tres oficiales médicos con quienes Violet había estado trabajando hombro con hombro perecieron. Las reservas restantes de medicamentos y suministros médicos también fueron destruidos cuando la *Luftwaffe* completó su ataque. El sol empezó a descender por el oeste y el cielo se tiñó de un antinatural color púrpura anaranjado debido al polvo que aún flotaba en el aire como una niebla. Violet se sentía agotada, desconsolada e impotente.

Se apoyó contra el Ford del coronel, descansando la frente sobre sus brazos con cuidado para evitar que la fila de puntos que serpenteaba a lo largo de la línea de su cabello se abrieran. No sabía adónde ir ni qué hacer ante semejante destrucción y devastación, así que se quedó ahí y pasó una hora desenterrando los neumáticos. No tenía idea de si el Ford volvería a circular alguna vez o si acabaría reducido a polvo en los próximos días, que se presentaban más sombríos que nunca. Con la destrucción de los dos camiones cisterna, el suministro de agua había alcanzado niveles críticos. Las municiones se agotaban rápidamente y el hospital con todos sus suministros habían desaparecido.

—¿En qué demonios estabas pensando?

Violet alzó la cabeza y vio que Henri se le acercaba a zancadas. En cuatro pasos, llegó hasta ella y, sin detenerse, la jaló hacia él, rodeándola con sus brazos de acero.

—¿En qué demonios estabas pensando? —murmuró de nuevo en su oído y la abrazó con más fuerza—. Pensé que estabas muerta.

—No estoy muerta. —Permitió que la abrazara, pues, por un momento, quería dejar a un lado todo el miedo, la duda y el horror; estaba demasiado agotada y destrozada para resistirse. En ese instante, solo quería fingir que todo era diferente.

Henri la soltó y, antes de apartarse, recorrió los hombros de Violet con las manos y bajó por sus brazos con los ojos fijos en su rostro.

—Pensé que estabas en el hospital —dijo con voz ronca—. Pensé que te habían matado, pero, cuando volví, lo único de lo que hablaban todos los legionarios de este maldito fuerte era de que no estabas en el hospital, sino en una maldita batería del perímetro. En un maldito *Bofors* con una tropa que el enemigo había alcanzado, derribando *Stukas* del cielo. No podía dejar de preguntarme si estabas muerta porque nadie sabía dónde estabas. —Henri estaba divagando, hablaba casi sin sentido y se le atropellaban las palabras—. Todos decían que eras una especie de ángel vengador y me aterraba la idea de que realmente te hubieras convertido en uno; o sea, en un ángel, un ángel de verdad, un ángel muerto. Me asustaste, Vi. Pudiste haber muerto ahí afuera. Esas baterías siempre son objetivos.

—También atacaron el hospital. —Violet retrocedió, alejándose de él—. Están tratando de quebrarnos y puede que ya lo hayan hecho.

—No —negó Henri—. No nos quebraremos.

—Perdimos dos camiones de agua esta mañana —declaró con voz débil.

—Lo escuché.

—Explotaron. Cinco hombres murieron y catorce más resultaron heridos.

—¿Cómo que explotaron? ¿Los alcanzó un proyectil?

—No lo creo. —Las probabilidades de que dos camiones separados, metidos profundamente en zanjas en el suelo, fueran alcanzados por dos proyectiles diferentes eran bajas. Violet se deslizó por el costado del Ford y apoyó la cabeza entre sus manos. Sintió que Henri se agachaba a su lado.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué demonios está pasando, Violet? Necesito que me lo digas —le rogó con voz seca.

Violet entendió que se encontraba en una encrucijada. Tenía que tomar una decisión.

—Déjame ayudarte. Por favor, Vi.

Ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada cerúlea.

—Antes de que lo mataran, el comandante Lavigne me envió a reunirme con un oficial de la inteligencia británica. —Con palabras vacilantes, le relató todo lo que le había dicho el capitán Lipton—. Me preguntó si había ocurrido alguna muerte sospechosa o algún acto de sabotaje. Patrones o eventos que sugirieran que había un espía infiltrado en nuestras filas.

Henri se recargó en silencio contra el costado del coche.

—Sugirió que los sospechosos más probables serían quienes tuvieran vínculos con Alemania. —Lo miraba fijamente.

—Yo tengo vínculos con Alemania —expuso Henri—. Mi padre, que luchó por el káiser, fue asesinado en la última guerra. Mi madre nació en Berlín.

—Lo sé.

—Pensaste que era un espía. Podría serlo fácilmente.

—No quería pensarlo.

—Pero dudaste de mí.

No podía mentirle, pero tampoco pudo responderle.

—¿Todavía crees que soy un espía?

—No. —Casi deseaba que él le gritara. Que le dijera que sus dudas eran imperdonables y que estaba furioso y dolido. En cambio, siguió hablándole con una voz controlada e impasible.

—¿Por qué?

—Porque tengo que creer en algo aquí, Henri. Y elijo creer en ti.

Él arrastró los dedos sobre la arena, haciendo canales desiguales.

—Crees que la muerte del comandante, el depósito de municiones, los camiones de agua... que todo está conectado. —No era una pregunta.

—Sí, pero no tengo pruebas.

—No hay modo.

—¿Qué?

—Si la *Abwehr* ha tenido un espía infiltrado en nuestras filas durante tanto tiempo, como sugieres, entonces sería un hombre muy paciente y peligroso. No dejaría huellas.

—Vi a Gasquet ese día.

—¿Perdón?

—Estaba cerca de los camiones. Dijo que estaba revisando la radio. —Había estado preocupada desde entonces; su mente estaba infectada como una llaga del desierto que no se cura.

Henri inhaló hondo.

—Él estaba cerca del hotel cuando mataron al comandante. También estaba en el fuerte cuando explotó el depósito de municiones y se encontraba justo donde habíamos hecho las zanjas para los camiones de agua. —No añadió que le había insistido mucho en que fuera a tratarse al hospital, que después bombardearon.

—Christophe Gasquet es un buen soldado y un amigo. Tiene una esposa y dos niños pequeños esperándolo en casa de los que habla a menudo. Estuvimos juntos en Dunkerque. —Sonaba enojado—. Él no es un traidor.

Violet se frotó los ojos con las palmas de las manos. Se le dificultaba pensar con claridad debido a la desesperación, el arrepentimiento y la impotencia.

—Pero ¿y si...?

—¿Qué? ¿Qué piensas que el cabo Gasquet va a hacer ahora? —preguntó Henri todavía molesto—. ¿Eh? Porque se está quedando sin objetivos. Casi no nos queda nada aquí.

Violet se levantó tambaleándose. Deseó no haber comenzado esa conversación. Había sido un terrible error.

—No debí haber dicho nada. Lo siento, Henri. Perdóname por haber dudado de ti. Lamento no haber confiado en ti antes. Lo siento mucho, mucho. Por todo.

Corrió de regreso a su refugio. Henri se equivocaba. Si realmente había un espía entre sus filas, alguien que estaba decidido a destruirlos desde adentro, no se estaba quedando sin objetivos.

Los objetivos más obvios tenían insignias de estrellas y barras.

Capítulo 26

*8 de junio de 1942
Bir Hakeim, Libia*

La tormenta de arena llegó por la tarde.

Había dado señales de que se estaba acercando: un extraño cambio en la presión del aire y la agitación de las moscas que siempre precedía a este fenómeno. Aun así, los cañones seguían disparando, los franceses respondían a la artillería distante de los alemanes, como si toda la contienda pudiera ganarse o perderse según el gasto de munición, antes de que descendieran las cegadoras nubes de polvo.

El punto muerto en el que se encontraban enfurecía al espía. Estaba en una posición precaria: su destino estaba ligado al de la guarnición, ya fuera que esta se rindieran o fuera invadida por las fuerzas que la asediaban, pero ninguna de las dos situaciones parecía inminente. Koenig había rechazado tres humillantes intentos de rendición voluntaria que solo sirvieron para levantar la moral aparentemente inquebrantable de los franceses.

La *Luftwaffe*, por fin, había apuntado al hospital después de días de azotar impotentemente los cañones de Bir Hakeim y las defensas del perímetro. Ese ataque sacudió la resolución francesa, pero no la venció. La calculada destrucción del suministro de agua de la guarnición tuvo un impacto mucho mayor; sin embargo, el general Koenig se negaba a ceder. A pesar de todo, los alemanes morían afuera del perímetro del fuerte, mientras que los franceses libres, de alguna manera, sobrevivían adentro.

Había rumores de que la Centécima Primera Compañía de Transporte de los Aliados, que había entregado cincuenta camiones de agua y municiones una semana antes y había evacuado a los prisioneros y heridos graves de regreso a las líneas británicas, intentaría enviar otro convoy. Considerando que Bir Hakeim estaba bloqueada por tanques, infantería y artillería alemana, el espía asumió que ningún tipo de suministro podría pasar. Sin embargo, agonizaba de angustia al observar la mancha oscura y ominosa que parecía respirar y crecer a cada segundo en el horizonte; además, echaba en falta la presencia de la *Luftwaffe* en el cielo. Los aviones no podían volar durante las tormentas y los tanques y cañones no podían encontrar a sus objetivos en medio de las cegadoras nubes de arena.

Los camiones, en cambio, todavía podían conducirse y abrirse camino.

Necesitaba enviar otro mensaje. Transmitiría la información necesaria para alertar a las fuerzas del Eje sobre la posibilidad de un convoy, pero no pediría ni esperaría más instrucciones. Sabía lo que tenía que hacer a continuación: suspendería el sabotaje para iniciar con una serie de asesinatos en los días por venir.

El espía avanzó entre las trincheras que serpenteaban a través del fuerte. Había reconsiderado el asunto y llegó a la conclusión de que el general tenía que morir. Por supuesto, La Fleur moriría primero para quebrar la moral; después, se abriría camino entre los altos rangos. El oficial que fuera tan desafortunado como para ocupar el lugar de Koenig moriría también y luego el siguiente. No importaba cuántos hombres asumieran el cargo, todos morirían y, con ellos, la resolución y las capacidades de la Francia Libre.

El espía salió de las trincheras, asegurándose de que no lo siguieran, y una vez más se dirigió hacia la flota de camiones con toldos de lona ocultos en las trincheras. Nunca enviaba los mensajes a plena luz del día, siempre esperaba el amparo de la oscuridad, pero esta vez no podía, debido a la proximidad de la tormenta. Una vez más, sacó la radio del escondite, en el que ahora también guardaba una garrafa de agua. Se tomó un momento para rellenar su cantimplora vacía y, después, asomó la cabeza por encima del camión Bedford enterrado para confirmar que no había nadie cerca. En el horizonte, la mancha ahora era una pared amenazante; la tormenta se acercaba más rápido de lo que había previsto. Necesitaba enviar su mensaje y volver a cerrar su refugio con la lona antes de que golpeará.

En cuestión de minutos, tenía la radio descubierta y enchufada la antena. Conectó la batería, encendió el transmisor y ajustó los sintonizadores con habilidad. «Objetivo: potencial convoy de ayuda a BH de Centécima Primera», transmitió, apretando las muelas.

Los cañones seguían disparando y los proyectiles seguían estrellándose contra la tierra a su alrededor, pero más esporádicamente. Las pausas se llenaban con el zumbido de las moscas que pululaban sobre el suelo. Solo necesitaba un minuto para...

—¿Qué demonios estás haciendo?

El espía se quedó inmóvil en su sitio. La pregunta provenía de detrás de él.

Se giró despacio y vio al cabo Gasquet con una pesada caja de herramientas en la mano, de pie entre el Bedford y la pared de la trinchera.

El espía consideró la posibilidad de patear la radio bajo el camión, pero no tenía sentido, pues el cabo ya la había visto. Gasquet miraba el objeto con una expresión de horror e incredulidad; luego, miró al espía y la incredulidad se convirtió en furia.

—Maldito traidor —gruñó.

El espía no respondió nada, solo se levantó lentamente. Su pulso estaba acelerado, pero se concentró en mantener la calma. Necesitaba pensar. Llevaba su revólver encima, aunque detestaba usar armas de fuego para matar a sus adversarios. Eran ruidosas, caóticas e, invariablemente, llamaban la atención; no obstante, era posible que no tuviera otra opción. La situación era muy distinta a la de la habitación del comandante. Aquí, se enfrentaba a un adversario peligroso, por lo que de nada le serviría subestimar a Christophe Gasquet.

—No es lo que piensas —manifestó el espía. Estaba en una posición terriblemente vulnerable: atrapado entre la pared del refugio y el voluminoso camión a su lado. La única salida era por encima de ese hombre.

—Es exactamente lo que creo. —Gasquet dejó caer la caja de herramientas con un estruendo—. Dios mío. Confiaba en ti. Todos confiábamos en ti. Confiábamos en un maldito traidor. En un maldito espía.

El agente necesitaba tiempo. Tiempo para averiguar qué iba a hacer. ¿Cómo haría para que esto se viera como él quería? Por ahora, tenía que conseguir que Gasquet siguiera hablando.

—Te aseguro que solo estoy cumpliendo con mi deber, igual que tú. Solo soy un soldado, igual que tú. —Fue un comentario insulso, pero tuvo el resultado deseado.

—Tú no eres un soldado, eres un monstruo. ¡Un maldito nazi! —gritó Gasquet—. Tú masacraste a toda la familia de mi madre en Babi Yar: mi tía, mi tío, mi abuela, mis cuatro primos; el mayor solo tenía seis años. Seis.

El espía no sabía qué era Babi Yar, aunque sospechaba que tenía algo que ver con los extremistas que conformaban los rangos superiores del partido nazi, pero estaba bien familiarizado con las familias y los niños muertos.

—Y tu país asesinó a mi hermana y a mi padre —respondió el espía con serenidad—. Así que quizá estemos a mano.

—No estamos ni cerca de estar a mano —rugió Gasquet.

Resonó un cañón distante y, segundos después, la tierra estalló con un poderoso estruendo que lanzó arena y escombros encima de ellos. Gasquet se estremeció y se agachó; el espía aprovechó la oportunidad para lanzarse hacia él y derribarlo. Buscó a tientas su revólver, pero Gasquet se levantó y lo empujó hacia atrás con tanta fuerza que se golpeó el costado de la cabeza contra la carrocería del camión. Por un momento, vio una brillante neblina de estrellas. Al momento siguiente, su visión se aclaró y se dio cuenta de que Gasquet había tomado un pesado martillo de la caja de herramientas.

El espía se alejó a rastras y cerró los dedos alrededor del mango liso de su arma, pero su adversario no fue por él. Un horror creciente lo embargó al entender las intenciones del cabo. Gasquet no dirigió el martillo hacia él, sino hacia la radio que todavía estaba expuesta en el suelo. El pesado martillo brilló bajo la luz del sol cuando el cabo lo descargó con todas sus fuerzas sobre las pequeñas cajas. El espía levantó el revólver y apretó el gatillo; el cabo se desplomó en el suelo, pero ya era demasiado tarde. El golpe del martillo había destrozado los tubos, los sintonizadores y las conexiones, lo que esparció fragmentos sobre la arena alrededor de la radio arruinada.

El espía cayó de rodillas junto a la radio destruida y se llevó las manos a la cabeza. Se obligó a pensar. La radio era irreparable. Incluso aunque tuviera las piezas de repuesto —que no tenía—, el daño era demasiado grave.

El sonido de voces urgentes que se acercaban y luego se desvanecían hizo que se paralizara por un segundo. En ese lugar, estaba demasiado expuesto. Afuera, el ruido de los disparos había cesado y el viento comenzaba a aullar. El

cielo se había oscurecido de esa manera tan extraña e inquietante como siempre antes de que los rodeara una tormenta. No tenía mucho tiempo.

Obviamente, habían enviado al cabo Gasquet ahí por algo y, cuando no regresara, alguien vendría a buscarlo. El espía intentó no entrar en pánico y trabajó rápidamente, despegó la antena de alambre del camión y luego recogió los restos de la radio con los dedos. Empujó todo de vuelta al agujero del que había salido y lo cubrió con brazadas de arena.

El cabo sería el problema más grande. La bala había alcanzado a Gasquet en la base del cráneo, por lo que murió instante. La herida era bastante visible y había manchado de sangre el cuello de su uniforme. Sería obvio para cualquiera que le habían disparado con una pistola. Rápidamente, el espía evaluó sus opciones. No tenía ni el tiempo ni las herramientas para cavar un agujero y esconder el cadáver. Allí, cerca de los vehículos y lejos del frente, era poco probable que alguien creyera que había muerto por fuego amigo accidental. No podía mover el cuerpo sin que alguien lo viera, así que tendría que dejar al cabo donde estaba; aunque, como había hecho con el comandante, podía enturbiar las aguas.

Otro proyectil silbó por encima de su cabeza y detonó cerca. El suelo se estremeció y más escombros y rocas cayeron a su alrededor. Rápido, tomó una decisión. El espía se abalanzó sobre el martillo que yacía en la arena y lo recogió; luego, golpeó la base de la cabeza del cabo para disfrazar la herida de bala. Frotó el martillo con arena hasta que quedó limpio y lo volvió a dejar en la caja de herramientas. Tomó un trozo de roca del tamaño de una naranja y lo presionó contra la herida para llenarlo de sangre; luego, lo dejó caer al suelo junto a la oreja del cabo.

A menos que alguien examinara la escena, el cabo ya no parecía un hombre al que habían asesinado, sino alguien que había estado en el lugar y momento equivocados; otra víctima desafortunada de la metralla y las rocas voladoras debido al constante bombardeo. Era lo mejor que el espía podía hacer. Sin radio, aislado de Berlín y sin saber qué iba a suceder en los próximos días, el agente no podía permitirse levantar sospechas. Todavía tenía trabajo por hacer, aunque, por ahora, su único trabajo era alejarse del cabo muerto.

El espía se levantó y regresó tropezándose por donde había venido, ya con la tormenta encima. Perdió la visibilidad que tenía hacía solo unos minutos; el polvo asfixiante y cegador ahora azotaba el aire y hería su piel

expuesta. Se enfocó en poner un pie enfrente del otro, inclinándose para protegerse del viento y haciendo todo lo posible para volver sobre sus pasos en dirección al cuartel general. El sol se había oscurecido y la tierra a su alrededor parecía ondularse por el movimiento de las sombras mientras caminaba. El costado de la cabeza le punzaba por el golpe contra el camión y el dolor parecía empeorar cuando pensaba en la radio perdida.

Entornó los ojos para ver a través de la luz inquietante y se detuvo de forma abrupta al aparecerse una figura frente a él. Tenía el cabello largo y oscuro, ojos bonitos y una sonrisa permanente; era alguien que solía contarle historias sobre los cielos. Él también le estaba sonriendo, pero el rostro familiar se difuminó, así que intentó enfocar lo mientras le punzaba la cabeza. El espía extendió la mano para tocar a la mujer, pero esta se desvaneció en un remolino de arena. El agente parpadeó de forma frenética y se frotó la cara: una alucinación. La parte racional de su cerebro intentó explicarlo. Casi todos en ese lugar, en un momento u otro, habían tenido una visión; sin embargo, en su corazón, sabía que era una señal. Una señal de que todavía quedaba mucho por hacer.

Avanzó de nuevo hacia adelante, pero un alambre de púas interrumpió su progreso y se detuvo tambaleándose. Se cortó la mano, pero sintió un inmenso alivio al reconocer que estaba justo afuera del cuartel general. Su refugio no estaba muy lejos. Se retiraría ahí.

Cuarenta y ocho horas, decidió. Le daría a Rommel cuarenta y ocho horas para derrotar a la guarnición y exterminar a Koenig y a todos sus oficiales. Después de eso, si el Zorro del Desierto no podía lograrlo, entonces él tomaría cartas en el asunto

Capítulo 27

*9 de junio de 1942
Bir Hakeim, Libia*

Sirvieron pato en salsa de naranja.

Había cordero con menta y salmón marinado, adornado con alcaparras y limón. También había bandejas de mousse de chocolate y macarrones de frambuesa y, lo mejor de todo, copas de chardonnay cítrico y fresco, además de un cabernet sauvignon suave y ahumado. Las mesas estaban dispuestas con lino blanco y los espejos con marcos dorados de las paredes reflejaban la luz de las velas. De fondo, Charles Trenet entonaba canciones sobre el amor y la pérdida. Henri la estaba esperando en la mesa, vestido con un esmoquin color azul medianoche; llevaba el cabello rubio peinado hacia atrás y sus ojos azul mar resaltaban su mirada. El vestido de satén rosa favorito de Violet acariciaba sus piernas, fresco y lujoso.

—Violet. —Henri se levantó y sacó la silla para ella.

Ella le sonrió y tomó una copa de vino. Se la llevó a los labios y anticipó el burbujeo frío deslizándose por su garganta y las cosquillas en el paladar.

—Violet.

Frunció el ceño. No quería dejar la comida, la bebida y el sueño. Todavía no.

—Violet, despierta.

Abrió los ojos, desorientada. La luz de las velas desapareció y fue reemplazada por el débil haz de una linterna. En lugar de espejos con marcos dorados, había sacos de arena y la copa de chardonnay que tenía en la mano,

simplemente, se había esfumado; sin embargo, Henri seguía ahí, pero estaba en la orilla del refugio y su mente obnubilada se esforzaba por comprender el motivo. No esperaba volver a verlo después de su última conversación, en la que admitió que había sospechado que él era un espía y luego acusó a su amigo del mismo crimen.

—¿Qué hora es? —Se había quedado dormida en la silla plegable, apoyada contra los sacos de arena.

—Casi medianoche.

—Oh. —Bajó la mirada. Todavía tenía la navaja en la mano. Fue un milagro que no se hubiera apuñalado al quedarse dormida o al despertar.

Henri entró a su refugio.

—Yo... ¿qué te hiciste en el pelo?

Violet apartó la mirada.

—Me lo estaba cortando. —Más bien, empezó a hacerlo, pero luego se detuvo, incapaz de continuar. No pudo obligarse a terminar, pues sucumbió ante el agotamiento.

—¿Por qué? —Sonaba horrorizado.

Violet se pasó la mano sobre los mechones recién cortados, pegados al cuero cabelludo en la parte delantera. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se preocupó por su apariencia, pero, en ese momento, sentada frente a Henri, luchó contra la repentina necesidad de cubrirse la cabeza al imaginar cómo debía verse. Un instante después, se despreció a sí misma por su vanidad. Entonces, levantó la barbilla, tomó otro mechón de cabello, esta vez cerca de su cuello, y se lo cortó, dejando que los rizos cayeran al suelo.

—Para. —Henri le sujetó la mano que sostenía la navaja.

Violet no se resistió. Tampoco se resistió cuando él le quitó con cautela la navaja de la mano.

—¿Qué estás haciendo, Violet?

—No quiero rendirme ni admitir que estamos ante el final de esta batalla, pero no soy tonta. Hemos aguantado casi catorce días contra un enemigo formidable, pero ya llegamos lo más lejos que podíamos. Hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos. Si no me matan y me toman como prisionera de guerra, pensé que lo mejor sería que no supieran enseguida que

soy una mujer. No soy tan ilusa como para pensar que el enemigo me ofrecerá algún tipo de cortesía caballeresca en el campo de batalla. —Finalizó esa frase sin llorar y se sintió orgullosa de sí misma.

—Por Dios, Violet. No dejaré que eso pase.

—Agradezco el gesto, pero eso no estará bajo tu control. —Durante las últimas veinticuatro horas, había tenido tiempo de pensar en todas las posibilidades.

Se habían terminado los suministros necesarios para la supervivencia y no llegarían más. A Violet le quedaban unos centímetros de agua fangosa en el fondo de su cantimplora, una galleta llena de gorgojos y una lata de carne de res. En las baterías, ya no quedaban proyectiles para los setenta y cinco milímetros y la munición restante casi se había agotado también. Los tanques alemanes e italianos habían ganado tanto terreno alrededor del fuerte que, temporalmente, dejaron de disparar en el campo por temor al fuego amigo. Habían logrado resistir a los ataques de la infantería alemana y los cuerpos estaban amontonados en los bordes del perímetro, pero la defensa aguantaba por pura desesperación.

—Por favor, devuélveme mi navaja. —Se le atoró la última palabra.

Henri no respondió.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que... —Se detuvo cuando sintió las manos de Henri en su cabello.

—Yo lo haré —susurró Henri— para que no tengas que hacerlo tú.

Violet cerró los ojos mientras él se colocaba detrás de ella. Le apartó suavemente el resto del cabello de la cara y de los hombros, peinándolo con los dedos. Despacio, fue pasando la hoja entre los mechones, procurando no tirar demasiado fuerte. Violet permaneció inmóvil, incluso mucho después de que él terminó.

—Gracias. —Apenas pudo pronunciar la palabra.

—Te ves encantadora.

Violet abrió los ojos y lo encontró en cuclillas frente a ella. Le ardía la parte posterior de la garganta.

—Difícilmente. —Él ya se lo había dicho antes, en un barco de pesca que pertenecía a una vida diferente.

—Es verdad. Ahora mismo, no te ves encantadora, te ves extraordinaria. Lo digo en serio.

Violet contuvo un sollozo.

Él tomó sus manos y ella miró sus dedos entrelazados, intentando sentir algo más que el miedo y la esperanza que se revolvían en su interior.

—¿Qué te pasó en el dedo? —le preguntó Violet. Su pulgar izquierdo, que apretaba contra su palma, estaba envuelto con una gasa.

—Nada —contestó él. Sus dedos sujetaban los de ella tan fuerte que era casi doloroso.

—Me alegra que estés aquí —susurró Violet—. No sabía si te volvería a ver. Gracias por volver.

—Tenías razón —admitió.

—No, Henri, me equivoqué. Jamás debí haber dudado de ti ni lanzar acusaciones...

—Christophe... el cabo Gasquet está muerto.

A Violet se le retorció el estómago.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Encontraron su cuerpo esta tarde. En las zanjas de los camiones. —Se apartó de Violet—. Había ido a arreglar la radio del Bedford.

—¿Qué pasó?

—Lo golpeó una roca que lanzó la explosión de un proyectil.

—¿En una zanja? —Violet lamentó la pregunta en cuanto salió de su boca. Había estado ahí el tiempo suficiente para saber que la muerte encontraba a cualquiera, incluso si se escondía, y que había poco que uno pudiera hacer al respecto.

—Yo no lo encontré. Solo vi... su cuerpo después. Estaba parcialmente enterrado por la arena, lo que significa que murió antes de la tormenta de ayer.

—¿Henri? —Algo en su forma de hablar la inquietó.

—No lo vi, Vi.

—¿Qué no viste? ¿Qué me estás diciendo?

—Esto estaba debajo de su brazo cuando lo encontraron. —Bajo la tenue luz de la lámpara, Henri le pasó un objeto a Violet.

Era un sintonizador, alojado en una pequeña cubierta de metal que cabía en la palma de Violet. La cubierta estaba abollada y rota, como si la hubieran arrancado de su lugar, aunque el sintonizador estaba entero; tenía unos pequeños números inscritos a lo largo del borde curvo.

—Dios. —Violet entendió de inmediato lo que estaba mirando—. Esto es de una radio, ¿verdad?

—Sí.

—¿No era de los nuestros?

—No. —La luz se apagó—. No es de los nuestros.

Violet tragó saliva; el pavor se había instalado en sus huesos.

—Tenías razón. —Sonaba perturbado—. Los soldados que lo encontraron no reconocieron el sintonizador —explicó Henri—. Me lo dieron por si era algo importante.

Violet se presionó los labios con los nudillos con tanta fuerza que le dolieron.

—¿Dónde está el resto de la radio?

—¿Qué? —La voz de Henri sonaba apagada.

—¿Dónde está el resto de la radio? —Violet giró el sintonizador en su mano—. Esto es solo un pedazo. ¿Dónde está el resto?

—No lo sé. Revisé todas sus cosas y no pude encontrar nada. Ni notas ni radio ni libros de códigos. Nada en lo más mínimo. Pudo haber escondido esas cosas en cualquier parte. Probablemente, reemplazó la pieza de la radio antes de morir. Nunca lo habríamos sabido si no hubiera tenido una suerte tan horrible.

Violet pasó los dedos sobre los números inscritos en el borde del sintonizador.

—¿Alguna vez mencionó que tuviera alguna conexión con Alemania? ¿O con Italia?

—No, no que yo recuerde.

—¿Qué hacemos ahora? No podemos quedarnos cruzados de brazos hasta que nos obliguen a rendirnos y lleguen los alemanes y...

—Necesito que me escuches, Vi. No nos rendiremos.

—¿Qué? —Intentó leer su expresión entre las sombras de la noche.

—No le digas ni una palabra de esto a nadie todavía, pero vamos a salir de aquí.

—¿Cómo?

—Aprovecharemos la oscuridad.

—¿Vamos a pasar por el campo de los alemanes? —preguntó Violet, confundida, pensando en las implacables fuerzas que rodeaban el fuerte—. ¿Sin ser detectados?

—A través de las puertas del suroeste —respondió Henri—. Nuestros zapadores despejarán un camino a través de los campos de minas para las tropas y los vehículos que transporten a los heridos y el equipo pesado. Tres batallones de tropas, liderados por legionarios, los seguirán para hacer frente a cualquier resistencia.

Violet trató de imaginarse cómo sería y, enseguida, intento imaginarse sobreviviendo a ese escenario.

—¿Vamos a escabullirnos? ¿En la oscuridad? ¿Todos? —Cuando lo dijo en voz alta, sonó igual de loco que en su cabeza. Parecía la descabellada trama de una de sus novelas de aventuras.

—Los alemanes esperan que nos rindamos; no se esperarán esto.

—Este camino a través del campo de minas que están despejando los zapadores, ¿qué tan ancho lo están haciendo?

—Lo suficientemente ancho para que los vehículos puedan pasar. Lo van a marcar.

—¿Y qué pasará si no es lo suficientemente ancho? ¿O si un vehículo pisa una mina o se descompone o se atasca? ¿Qué haremos si el camino se bloquea? —Violet hizo una pausa mientras se imaginaba a toda la guarnición de Bir Hakeim varada en una fila, incapaz de avanzar o retroceder, atrapada a ambos lados por los campos de minas—. Henri...

—No es el plan perfecto, pero es el único que tenemos. Todos conocemos los riesgos y sabemos lo que nos pasará si nos quedamos aquí, sin agua, sin municiones y sin opciones cuando los alemanes finalmente invadan esta posición.

—Por Dios...

—El coronel Clement te enviará órdenes en breve para que prepares los vehículos. Tú te encargarás de conducirlo fuera de aquí en un convoy junto con los otros oficiales. Una vez que esté despejado, utilizarán una de las rutas de nuestras columnas Jock.

—¿A dónde llevan esas rutas? —preguntó Violet con la garganta seca. ¿A dónde podrían ir que fuera seguro?

—Nos dirigiremos a un punto de encuentro británico a veinte kilómetros al sur.

—¿Y dónde estarás tú?

—Mi compañía estará justo detrás de ustedes. Viajaremos con las ambulancias y los heridos para asegurarnos de que pasen a salvo.

—¿Y nos reuniremos en el punto de encuentro?

—Sí.

—¿Crees que va a funcionar? —preguntó en voz baja.

—Tiene que funcionar. Este podrá ser el final de esta batalla, pero no el final de la guerra. No puede ser el final de esta guerra, porque no nos rendiremos. Ni ahora ni nunca. La Francia Libre volverá a luchar. —Volteó las manos de Violet entre las suyas—. Volveremos a luchar.

—¿Y qué hacemos con lo de Gasquet? —preguntó Violet—. ¿Deberíamos hablar del asunto con el general Koenig?

—Lo he estado pensando —respondió Henri—, pero está bastante ocupado planeando nuestra retirada. Además, ¿qué le diríamos? ¿Que hay un espía muerto en un rincón del fuerte y que, en este momento, está apilado con el resto de los cuerpos que los equipos de excavación tienen que enterrar antes de que nos escapemos? —Henri se puso de pie y caminó de un lado a otro dentro del refugio—. ¿Que ese espía podría haber estado dándole a nuestro enemigo la información que nos ha traído hasta este punto? No resolvería nada, ¿o sí? No cambiaría nada. Quizá lo que necesitaba hacerse ya lo hizo el destino. Está muerto y no puede hacer nada más. Ya no puede boicotearnos.

Violet lo observó caminar de un lado a otro.

Henri se detuvo.

—Si murió antes de la tormenta de arena, entonces cualquier acceso a la radio que Gasquet hubiera podido tener ayer, si es que lo tuvo, fue mucho antes de que el general tomara alguna decisión sobre nuestros planes de escape para la noche de mañana. —Exhaló ruidosamente; al parecer, había tomado una decisión—. No creo que debamos molestar al general con esto ahora. Debe enfocarse en lo que está por venir y no en lo que ya pasó. Si mañana sobrevivimos, le diremos lo que necesita saber. Un espía muerto ya no es una amenaza para nadie. Con toda seguridad, no es más amenaza que los *Panzer*, la artillería, la infantería y Dios sabe qué más nos esperará allá fuera. ¿Puedes vivir con eso?

Violet asintió pese al miedo que le recorría la espina dorsal al pensar en lo que pronto enfrentarían.

—Tienes que estar lista para mañana, Vi. Usa los sacos de arena de tu refugio para forrar el coche del coronel. Los protegerán a ambos en caso de que los ataquen. Asegúrate de conseguir lo que necesites de los mecánicos. No aceptes un no por respuesta. Sé que casi no queda nada, pero carga agua y gasolina extra, lo que sea que puedas recolectar en caso de que te separes de la columna y tardes más en volver al punto de encuentro. Prométeme que no vas a correr ningún riesgo.

—Henri. —Violet por fin se levantó—. Sobreviviremos a esto. Hemos llegado demasiado lejos.

—Pase lo que pase, yo estaré contigo allá afuera. Tal vez no me veas, pero te estaré cubriendo la espalda. Te lo prometo.

—Lo sé. —Extendió la mano y le tocó la cara—. Y yo estaré cubriendo la tuya.

Capítulo 28

10 de junio de 1942

Bir Hakeim, Libia

—Me ordenaron que rompiera los parabrisas de los vehículos de los oficiales.

Informó a Violet un secretario del puesto de mando del general. Estaba parado junto al flamante Ford con un martillo en la mano y el rostro serio.

—¿Ahora? —Miró hacia el cielo: se estaba oscureciendo.

—Sí.

Violet se paró enfrente del Ford como para protegerlo.

—¿Y por qué? —preguntó lo más amablemente que pudo.

El secretario parpadeó y Violet se dio cuenta de que le temblaba la mano en la que sostenía el martillo.

—Porque si alguna bala impacta en el parabrisas, el cristal se agrietará y no podrá ver nada —respondió de memoria.

—Si una bala impacta en el parabrisas, no podré ver nada porque seguramente estaré muerta —replicó Violet—. Junto con cualquier otra persona que vaya en la parte delantera del vehículo.

—Son mis órdenes.

—¿Ha visto lo que le hace un *Messerschmidt* a un vehículo cuando lo ametralla? —insistió Violet.

El secretario negó con la cabeza.

—Yo sí. Créame, un trozo de cristal no detendrá a la muerte si viene por nosotros esta noche.

El rostro del secretario palideció a la luz del crepúsculo.

—Lo siento, La Fleur. Tengo órdenes del general —recalcó—. Tengo que llevarlas a cabo. Por favor, no intente detenerme.

Ahora, el martillo temblaba de forma muy evidente en su mano.

Violet suspiró.

—Entonces, haga lo que tenga que hacer. —Abandonó el Ford y fue a buscar las últimas pertenencias del coronel. Se estremeció al escuchar un crujido sordo que resonó detrás de ella. Cuando regresó con los objetos personales del coronel, el cristal del Ford había desaparecido al igual que los restos, como si nunca hubieran existido.

Examinó el coche de nuevo, revisó los neumáticos por séptima vez y, una vez más, estaban intactos. El día había pasado lento: los minutos se sintieron como horas y las horas se sintieron como días. No había mucho más que pudiera hacer para prepararse para esa noche, además de asegurarse de que el Ford estuviera listo. Al caer la noche, finalmente, lo echó a andar y lo sacó de la zanja por última vez. Se abrió camino a través del terreno lleno de cráteres de proyectiles y se estacionó en la fila de vehículos del cuartel general que partirían. Ahora, solo quedaba esperar.

Violet apoyó la cabeza sobre el volante y rogó por que el coche hiciera todo lo que le pediría esa noche. No habían usado el vehículo desde que regresó de Tobruk y era consciente de que el calor extremo de los días y el frío de las noches, además de las innumerables tormentas de arena, no eran precisamente lo mejor para el motor; sin embargo, los indicadores le decían que el vehículo estaba lo más listo posible.

—¿La Fleur?

Violet se enderezó y vio al soldado Picard de pie cerca de la parte delantera del vehículo. Llevaba en los brazos una caja de madera con municiones.

—Soldado. —Le sonrió y se separó del volante. Abrazó más su abrigo alrededor de su cuerpo. La noche prometía ser fría y sin luna.

—El cabo Chastain le envía esto. Son algunas de las armas pequeñas del batallón y la munición restante. Me pidió que se las diera en caso de que pudiera necesitarlas.

—Gracias, pero tengo mis propias armas preparadas y a la mano. —Tocó el revólver que llevaba atado a la cintura debajo del abrigo—. Seguramente, su batallón les dará un mejor uso que yo.

—Me dijo que respondería eso. Me ordenó que, si las rechazaba, las destruyera para que no se queden en manos de los alemanes.

—Eso sería un desperdicio innecesario.

—El cabo Chastain también dijo que diría eso. Por eso, estaba seguro de que las aceptaría.

«Claro que lo sabía», ocultó una pequeña sonrisa y un dolor se retorció en su pecho. Le agradeció mentalmente el gesto y que se acordara de ella.

—Muy bien. Podemos llevarlas en el coche.

El soldado Picard hizo una mueca.

—También recibí la orden de acompañarlos a usted y al coronel Clement en la columna del cuartel general en lugar de viajar con los demás ordenanzas.

—¿Sí?

—Soy un excelente tirador y un conductor capaz en caso de que necesite ayuda esta noche.

—¿En caso de que necesite ayuda? ¿Quiere decir si me hieren o si muero?

—Sí —respondió Picard—. Tres pares de manos y ojos son mejores que dos. Si usted resultara herida, haré todo lo que esté a mi alcance para asegurarme de que usted y el coronel sobrevivan. Lo mismo que usted ha hecho por cada hombre aquí.

—Solo he hecho mi trabajo al igual que usted.

El soldado Picard asintió.

—¿Dónde le gustaría que pusiera esto?

—Póngalas en la cajuela. Necesitamos hacer un poco de espacio para usted en la parte de atrás. —Violet lo ayudó a acomodar las armas en el compartimento abarrotado. Cuando terminaron, él observó la parte trasera del coche.

—Ya está lista. —Era más una afirmación que una pregunta. El soldado examinó los sacos de arena que revestían la parte trasera y los bordes inferiores del interior del coche.

—No sé si alguien puede estar listo para esto —opinó Violet.

—No, no creo que se pueda, pero estos preparativos me hacen sentir mejor. —Se enderezó—. Gracias por haber vuelto de Tobruk —comentó de repente—. No tenía que hacerlo, pero, gracias a eso, le ha dado a cada hombre de aquí más esperanza e inspiración que cualquier general.

Violet cerró la puerta del coche y se giró para mirar al soldado.

—Y usted y cada hombre aquí son una inspiración para mí, soldado. —
Le ofreció la mano.

Picard se la estrechó.

—Me reuniré con usted en la posición de avanzada en la hora H —le informó y soltó su mano, dedicándole una sonrisa.

Violet se la devolvió.

—Lo veré a medianoche, soldado.

,

A medida que se acercaba la medianoche, el clima se fue haciendo amargamente frío.

Había un silencio tan tenso en la guarnición que Violet imaginaba que podía cortarse en cintas si alguien blandiera una espada en el aire. Sobre su cabeza, una amplia franja de estrellas cubría el cielo aterciopelado, lo que le proporcionaba una escasa luz estelar a los hombres que trabajaban abajo. Violet esperaba, sentada en el asiento del conductor del Ford, con *La Madona de los coches cama* en las manos. No estaba leyendo, pues estaba demasiado oscuro y se sabía la historia de memoria, pero ese libro era como un pedacito de su hogar y se aferraba a él como a un trozo de esperanza. Una probada de lo que el futuro podría depararle si sobrevivía a esa noche.

Estalló una ráfaga de disparos de ametralladora y Violet saltó. Considerando que era la señal, se sintió más que un poco tonta. Usaron lo que quedaba de la munición para amortiguar el sonido de los vehículos al arrancarlos; era la indicación para que encendiera el Ford. El coche arrancó de forma obediente y Violet respirar hondo.

El breve tiroteo cesó y el silencio volvió a asentarse; solo el leve ronroneo de los motores rompía la quietud. Condujo el Ford hacia adelante muy despacio mientras la columna se arrastraba hacia la noche. Los vehículos Bren y el Segundo Batallón desaparecieron en la oscuridad delante de ellos al tiempo que los zapadores despejaban el camino a través del campo de minas. La columna del cuartel general se detuvo, según lo planeado, en el punto de reunión designado a la espera de que el corredor estuviera listo.

Violet se bajó del coche y el libro olvidado sobre su regazo cayó al suelo. Se inclinó a recogerlo mientras buscaba al coronel Clement y al soldado Picard. A su alrededor, en la penumbra iluminada por las estrellas, distinguió varias siluetas de hombres a lo largo de la línea de vehículos, esperando al igual que ella. Unos fumaban, otros se sacudían y algunos estaban tan quietos como la muerte. Violet les sonrió y saludó a los que estaban más cerca pese a que no podía distinguir del todo sus rostros en la oscuridad. Era reconfortante sentirse conectada a otra vida humana aunque solo fuera por un segundo o dos.

A través de la ventana, devolvió la novela al asiento delantero del coche; hizo un último recorrido alrededor del Ford y revisó los neumáticos una vez más. Todo estaba bien. Todo estaba listo o, por lo menos, lo más listo posible.

Se frotó la nuca antes de meter las manos a sus bolsillos para protegerse del frío de la noche. Pensó en el cañón y las armas alemanas que les esperaban detrás de la alambrada en la oscuridad total. Pensó en las minas que tendrían que sortear y en lo que le hacen a los vehículos y a sus conductores al detonar. Había atendido los muñones ensangrentados de piernas y pies de hombres que habían tenido la mala suerte de conducir sobre una. Pensó en la infantería enemiga apostada para derribar a sus compañeros. Pensó en el desierto implacable que se los tragaría enteros y borraría su existencia de la faz de la Tierra si se perdían.

Entonces, se obligó a no pensar en nada y, deliberadamente, les sonrió a los hombres que se movían por el terreno, formas oscuras que se iban poniendo en fila. El gesto se sentía artificial, pero se negaba a cederle terreno al miedo o a mostrar el terror que se arrastraba por su cuerpo.

—Ayudante St. Croix.

Violet se giró al oír su nombre, pronunciado en voz baja. El coronel Clement se acercaba al coche, envuelto en su abrigo al igual que ella.

—Señor. —Violet tragó saliva con dificultad para desahogar el nudo que sentía en la garganta y la presión que le oprimía los pulmones.

El coronel se detuvo justo frente a ella y, de repente, le extendió la mano. Con un movimiento rígido, Violet se la estrechó; los dedos del coronel estaban tan helados como los de ella.

—Pase lo que pase esta noche, ayudante St. Croix, por favor, sepa que ha sido un privilegio y un honor servir con usted —expresó en voz baja.

—Y con usted, señor. Gracias por darme la oportunidad. No tenía la obligación.

—Oh, claro que sí —le aseguró con una nota de humor—. Ahora mismo, no deseo considerar a fondo las probabilidades que tenemos de salir de aquí en una sola pieza, pero, si fuera un hombre inclinado a los juegos de azar, apostaría todas mis fichas a La Fleur. Todos lo haríamos. —Era la primera vez que la llamaba de otra manera que no fuera *ayudante*.

—Haré mi mejor esfuerzo, señor.

—Lo sé. —Buscó su pipa a tientas y se la metió entre los labios, aunque no la encendió—. Bien. Hay tres anillos de líneas alemanas alrededor de este fuerte, cada uno con menos defensas que el anterior, pero quiero que se concentre en superar el primero. Una vez que lo hagamos, nos reagruparemos y reevaluaremos. Pase lo que pase, no deje de conducir. Permanezca en el corredor seguro y no se detenga por nada ni nadie, ¿entendido?

—Entendido, señor. Seguiré el plan.

—Siga el plan hasta que el plan salga mal, La Fleur. Confío en que hará lo que sea necesario cuando llegue el momento. —Se sacó la pipa de los labios y observó el objeto, como si le sorprendiera que estuviera apagada. Frunció el ceño y se la volvió a meter en la comisura—. El general Koenig, el coronel Amilakhvari y el resto de los oficiales estarán justo detrás de nosotros. Los camiones y las ambulancias que transportan a los heridos estarán detrás de ellos. No tardaremos mucho en partir. —Clement le sonrió de una forma tensa y luego se alejó hacia el otro lado del vehículo; al parecer, necesitaba estar un momento a solas con sus pensamientos.

Un movimiento cerca de la parte trasera del Ford llamó su atención y el soldado Picard salió de la oscuridad.

—Ah, ahí está —susurró Violet mientras se acercaba—. Empezaba a pensar que había encontrado mejores acompañantes.

—De ninguna manera. —Picard le sonrió con la misma tensión que el coronel—. Aquí es exactamente donde debo estar. ¿Debería subir ya?

—Todavía no. Tenemos que esperar afuera de los vehículos hasta que nos den la señal para que entremos.

—Ah.

Violet se recargó contra la puerta del conductor y se deslizó para sentarse en el estribo. Se envolvió a sí misma con los brazos e inclinó la cabeza hacia arriba para mirar la franja plateada de estrellas sobre ellos. Picard se sentó junto a ella y ambos observaron las constelaciones. Sintió alivio de que él no quisiera hablar de la fuga ni preguntarse en voz alta si sobrevivirían a esa noche. Durante esos preciosos minutos que todavía le pertenecían, quería olvidarse de todo lo que les esperaba allá afuera. No quería ser La Fleur. No quería ser conductora ni soldado ni legionaria. En ese momento, solo quería ser una mujer, sentada bajo el cielo nocturno en compañía de un amigo.

—Cuántas estrellas —murmuró Violet—. Es increíble. Parece una banda de luz que divide el cielo en dos.

—Es la Vía Láctea —aclaró Picard—. Son tantas estrellas que no pueden distinguirse individualmente. La mitología griega cuenta que Zeus puso a su hijo mortal, Heracles, en el pecho de Hera mientras ella dormía para que el bebé pudiera mamar su leche y convertirse en un ser inmortal; sin embargo, cuando Hera despertó, se sobresaltó y lo apartó, derramando parte de su leche, lo que creó esa banda de luz en el cielo.

Violet giró la cabeza para mirar al soldado.

—Yo también me habría sorprendido. ¿Cómo sabe tanto sobre las estrellas?

Los ojos de Picard seguían fijos en el cielo.

—A mi hermana le encantaban las estrellas. Me contó la historia de las constelaciones y el origen que cada civilización les daba. Le habría encantado ver el cielo del desierto.

Violet volvió a mirar el cielo. No le pasó desapercibido que hablara en tiempo pasado de ella.

—La extraña —susurró.

Él se estremeció un poco a su lado.

—Sí.

—Cuénteme de ella.

Por un momento, Violet pensó que quizá no lo haría.

—Era mayor que yo. Tenía unos preciosos ojos color avellana y una voz como la de un ángel. Siempre me protegía, me enseñaba cosas y me incluía en todo lo que ella hacía. Mi hermana fue quien me enseñó a leer, a escribir, a

nadar. La amaba más que a nadie. —Su voz, aunque era un susurro, temblaba de la emoción—. Y, sin importar lo que hubiera hecho o cuánto la amaba, no pude evitar que muriera.

—¿Cómo murió? —aventuró Violet.

—En las represalias. —La emoción fue reemplazada por una fría certidumbre.

Violet esperó a que continuara, pero no lo hizo.

—Lamento que la hayas perdido —expresó—, pero fuiste afortunado.

—¿Afortunado?

—Por haberla amado y por haber sido amado así aunque fuera por poco tiempo. —Se movió un poco para poder verlo mejor en la penumbra.

—Sí. —Sus pensamientos sonaban lejanos—. Supongo que lo fui. Ella me convirtió en el hombre que soy ahora.

—¿Tiene una foto de ella? —Era algo que Violet les preguntaba a menudo a los heridos que atendía en el hospital. Siempre era una distracción bienvenida y hacía que los hombres hablaran de momentos más felices—. ¿Me la mostraría?

Picard lo dudó.

—¿Por qué? ¿Por qué me pregunta por ella?

Violet se abrazó a sí misma con más fuerza.

—En momentos como este, en medio de la incertidumbre, a veces es bueno recordar lo afortunados que realmente somos. —Hizo una mueca—. Lo siento. No tiene que contarme ni mostrarme nada que no quiera.

—No —negó él—. No me molesta en lo más mínimo. En realidad, es casi... poético que la conozca esta noche.

A Violet le pareció curiosa su elección de palabras. El soldado sacó una cartera de cuero, la abrió y se la dio a Violet. Luego, sacó su encendedor y saltó una llama que Picard protegió de la noche con la palma de una mano. Sostuvo la flama cerca de la foto para que ella pudiera verla.

—Somos nosotros cuando éramos niños. Yo tenía quizá tres años en esa foto y ella tenía doce. Es la única foto que tengo.

Violet observó la pequeña imagen en blanco y negro de dos niños parados frente a un árbol ancho y frondoso; ambos tenían los ojos entornados por el sol. La niña estaba agachada con un brazo sobre el hombro del niño y los

dos reían. Un perro estaba acostado en el pasto junto a ellos entre un mar de flores silvestres.

—Era hermosa. —Violet sonrió con un dejo de envidia y melancolía—. Los dos se ven muy felices juntos.

—Lo éramos.

Violet inclinó la foto ligeramente para poder leer lo que estaba escrito con tinta azul descolorida en la esquina inferior: «Remy y Liesl, agosto de 1913».

Violet se quedó inmóvil.

—¿Se llamaba Liesl?

—Sí.

—Qué bonito. —Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y las náuseas le revolvieron el estómago. Sintió cómo el vello de los brazos se le erizó y, de repente, tuvo problemas para tragar saliva.

Las palabras del capitán Lipton resonaron en su mente con un estruendo discordante: «Utilizaba el nombre Liesl en cada transmisión».

Picard cerró el encendedor con un chasquido. Como si se observara a sí misma desde la distancia, Violet le devolvió la cartera y se aseguró de curvar sus labios en una especie de sonrisa. El soldado guardó la cartera en el bolsillo de su abrigo mientras Violet pensaba sin cesar.

Hay miles de mujeres en el mundo que se llaman Liesl, supuso. Era una coincidencia; tenía que serlo. Un espía jamás utilizaría información personal como una señal de llamada. Sin duda, el...

—Ayudante —la llamó el coronel Clement.

Violet se puso de pie de un salto.

El coronel estaba parado junto a la puerta del pasajero e intercambió una mirada con ella por encima del techo del Ford.

—Es hora. La ruta está lista. Vamos.

Violet dirigió rápidamente la mirada hacia la parte delantera de la columna, donde los vehículos empezaban a avanzar. Asintió, pero el pánico amenazaba con ahogarla. Clement abrió la puerta y se sentó en el asiento delantero. Violet tomó su lugar al volante con el corazón tan acelerado como sus pensamientos.

El soldado Picard abrió la puerta trasera y se acomodó en el asiento. El coronel se giró en su asiento y frunció el ceño.

—¿Quién es usted? —le preguntó—. ¿Y qué hace en este vehículo?

—Soldado Picard, señor. Estoy aquí para servirle a usted y a la ayudante St. Croix en lo que necesiten esta noche, señor. La orden fue aprobada por el cuartel general.

El Bren que estaba adelante de Violet empezó a avanzar, así que puso el Ford en marcha. Apretó el volante con todas sus fuerzas para evitar que le temblaran las manos.

El coronel fruncía el ceño.

—No me informaron al respecto.

—Lo siento, señor. —Picard sonaba nervioso—. ¿Debería ir a buscar...?

—No se moleste. —Clement volvió a sentarse derecho en su asiento—. No es su culpa. Las últimas veinticuatro horas han sido sumamente agitadas. Me alegro de que viaje con nosotros, soldado. Mantenga la cabeza agachada.

—Sí, señor.

Violet se concentró en el camino que tenía delante, intentando no perder el enfoque en medio de la oscuridad. ¿Debería decirle algo al coronel? Si lo hiciera, ¿qué podría decirle? ¿Que pensaba que el soldado Picard era un espía? ¿Que el hombre que estaba en el vehículo con ellos, como parte de un intento desesperado y loco por escapar, era leal a los nazis? Si eso era cierto, entonces, ¿cómo se había involucrado Gasquet? ¿Trabajaban juntos antes de que Gasquet muriera accidentalmente? ¿O tal vez Gasquet no había muerto de forma accidental?

Las preguntas zumbaban en su cabeza como una mosca que se estrella contra el cristal de una ventana, intentando escapar, y no entiende nada por mucho que se esfuerce. Si Picard era un espía, ¿por qué demonios iba en ese vehículo? ¿Por qué no se quedó en Bir Hakeim para unirse a los nazis una vez que tomaran el fuerte al amanecer? ¿Por qué se arriesgaría a ser un objetivo de la artillería y la infantería alemanas al igual que el resto de ellos?

¿Qué propósito podría tener que lo impulsara a arriesgarse a perder la relativa seguridad del fuerte y aventurarse en los campos de minas y...?

—Observe a los Bren, ayudante —gruñó Clement—. No querrá desviarse del carril, ¿verdad?

—No, señor. —Violet apretó el volante y se inclinó hacia adelante, mirando fijamente a la noche. Llegaron al final de la ligera pendiente y avanzaron hacia el campo minado en una sola fila por el estrecho corredor que

habían despejado y marcado los zapadores. Un error de unos pocos metros en cualquier dirección los mataría a todos. Hasta entonces, la noche permanecía oscura y en silencio.

—Por Dios, puede que de verdad funcione —murmuró Clement mientras seguían avanzando muy lentamente—. Siga así, ayudante.

—Sí, se...

Una explosión interrumpió el silencio y sacudió el Ford al tiempo que el infierno se desataba frente a ellos. Las llamas de la explosión rugían e iluminaban la oscuridad. Violet alzó una mano para protegerse los ojos de la luz repentina y cegadora que alumbraba la columna de vehículos y se extendía sobre el campo minado.

—Malditos Bren se desviaron sobre las minas —renegó Clement.

Así era, pero lo más aterrador era que el resto de la columna, incluyendo a Violet, los había seguido. En la furiosa luz parpadeante del Bren en llamas, podía ver que estaban fuera del corredor marcado por los zapadores. Detuvo el Ford de inmediato y se quedó paralizada; tenía miedo de moverse, pero también de no hacerlo. Debajo del chasis del Ford y hacia todas direcciones se extendían minas diseñadas para hacer volar en pedazos vehículos como el suyo.

De repente, una erupción de disparos desgarró la noche y el cielo explotó en una brillante serie de bengalas rojas y verdes que bañaron toda la columna con una luz inquietante. Cualquier pretensión de ser sigilosos había desaparecido. La artillería alemana los azotó mientras los soldados corrían a sus puestos y seleccionaban sus objetivos. Las balas empezaron a zumbear a través del corredor en un arco macabro y los letales misiles buscaban a sus presas.

—Sáquenlos de aquí, St. Croix —ordenó Clement.

—¡No sé dónde están las minas! —gritó ella.

—Tendrá que arriesgarse...

Una segundo vehículo Bren explotó en una bola de fuego. Un tercer transporte, que intentaba desesperadamente revertir el rumbo, fue alcanzado y una lluvia de chispas estalló antes de que una nueva columna se elevara hacia el cielo.

Las balas golpearon el costado del Ford.

—¡Conduzca! —gritó el coronel—. Vaya alrededor de este...

Otra explosión interrumpió sus palabras. Violet se estremeció y sintió que le zumbaban los oídos. Les habían disparado. En el brillo antinatural de las bengalas, vio sangre salpicada en la puerta del pasajero. El coronel estaba desplomado hacia adelante, inmóvil, con la cabeza apoyada contra el tablero.

—¡Coronel! —clamó Violet, aunque apenas podía oír su propia voz. Con movimientos rápidos, puso el coche en marcha, soltó el embrague y pisó el acelerador. Tenía que salir de ese campo de exterminio. Giró alrededor del transporte en llamas y consiguió llegar a la seguridad del corredor marcado. Tenían que...

Cualquier pensamiento que tuviera desapareció ante el dolor que estalló en su garganta. Intentó gritar, respirar, pero un ardiente cable alrededor del cuello se lo impedía. Se retorció, intentando meter las manos debajo de la cuerda que le ceñía la garganta. El coche se sacudía y rebotaba sobre el terreno irregular. Las lágrimas le brotaron de los ojos al comprender que moriría.

—Quita el pie del maldito acelerador y quizá te deje vivir —le gruñó Remy Picard al oído desde el asiento de atrás—. Detén el maldito coche.

Manchas oscuras bailaron ante sus ojos, pero, aun así, entendió lo que pretendía: quería bloquear el corredor. Quería que el coche del general quedara atrapado detrás de ellos. Quería que todos los oficiales y legionarios quedaran encerrados como ratas en un laberinto para poder matarlos o dejar que los alemanes los aniquilaran con su artillería. De un solo golpe y utilizando el Ford como obstáculo, podía orquestar la destrucción de los franceses libres y del corazón y la esperanza de Francia.

Picard había arriesgado su propia vida y esperado hasta que salieron de la seguridad de las defensas y trincheras del fuerte. Esperó hasta que todos estuvieron expuestos. No iba a dejarla vivir. Violet lo sabía en lo más profundo de su corazón y de su alma. Pensó en el general, que se había negado a rendirse. Pensó en Henri, que había creído en ella y estaba en algún lugar detrás de su coche. Pensó en todos sus compañeros que habían defendido su posición durante meses, anteponiendo las necesidades de su país a todo lo demás. Ninguno de esos hombres merecía morir en un corredor de fuego alemán porque ella no hizo su trabajo.

Por última vez, Violet se aferró al volante y lo giró violentamente hacia un lado, pisando el acelerador con todas las fuerzas que le quedaban. El Ford giró y saltó hacia adelante, hacia la oscuridad, alejándose del corredor marcado

en dirección del campo de minas. Iba a morir esa noche, pero lo haría sabiendo que había hecho su deber.

Capítulo 29

*10 de junio de 1942
A las afueras de Bir Hakeim, Libia*

Necesitaba que sufriera.

Necesitaba que La Fleur sufriera de la misma manera en que Liesl lo había hecho al final, atormentada por una angustia insoportable, sabiendo que moriría de una forma lenta y dolorosa sin poder impedirlo.

Habría sido más fácil e inteligente dispararle a La Fleur una vez que hubiera llevado el coche de vuelta al corredor marcado desde el campo, tal como hizo con Clement, pero algo se había apoderado de él. Tal vez fue que se desató el infierno y sabía que tenía pocas probabilidades de sobrevivir a esa noche. Tal vez fue vanidad o locura, quizá arrogancia o la frustración de que la justicia hubiera tardado tanto tiempo en llegar. Fuera lo que fuese, llegó acompañado de una rabia que abrazó y disfrutó.

Detrás del vehículo en que se encontraba, estaba el coche del general Koenig, atrapado en la batalla, incapaz de avanzar o de retroceder, exactamente donde Remy quería que estuviera. Iría tras el general después; por ahora, necesitaba apagar la luz de Francia. Extinguir el símbolo de esperanza y resistencia de la Francia Libre. Había esperado demasiado tiempo como para negarse la satisfacción ahora.

—¡Quita el pie del maldito acelerador y quizá te deje vivir! —gritó desde el asiento trasero, apretando el garrote sobre el cuello de Violet. Estaban en el centro del corredor y había piras de restos de vehículos que ardían a ambos lados—. ¡Detén el maldito coche!

Estaba seguro de que ella haría lo que él le ordenara, porque las mujeres, por encima de todo, son supervivientes. No son propensas a la idiotez y al heroísmo suicida. La Fleur había sobrevivido hasta ese momento, por lo que haría lo que él le pidiera a cambio de la oportunidad de vivir un poco más. Él no le daría esa posibilidad, pero ella no podía saberlo. Lo único que tenía que hacer era detener el coche.

No lo hizo.

En lugar de eso, aceleró el Ford y giró violentamente hacia la izquierda, surcando el camino por el costado de un vehículo Bren en llamas y ganando velocidad a través del campo minado vacío. Las balas trazadoras fueron directamente hacia ellos en un patrón hipnotizante, como si se adentraran en una tormenta de nieve mortal. El espía maldijo cuando el movimiento del coche lo lanzó contra la puerta. El dolor le atravesó el hombro y sus manos aflojaron la fuerza en el garrote; sin embargo, ella no disminuyó la velocidad. En ese momento, avanzaban salvajemente por el terreno rocoso cubierto de despojos de proyectiles y el chasis no paraba de rebotar mientras el coche se dirigía como una bala de cañón hacia una batería alemana. Demasiado tarde, el espía entendió lo que La Fleur estaba haciendo. Demasiado tarde, comprendió que ella sacrificaría la oportunidad de vivir por la supervivencia de los hombres que iban detrás. Durante todo este tiempo, la había subestimado. Liesl habría estado furiosa con él.

Buscó a tientas su pistola, pues la había perdido en el asiento trasero cuando el coche se desvió del corredor. Le dispararía y le daría la vuelta al coche para bloquear el camino él mismo. Vio la pistola cerca de uno de sus pies, así que sujetó el garrote con una sola mano. Sabía que había disminuido la presión, pero no le quedaba otra opción si quería alcanzar el arma. El Ford se movía de forma errática, lanzándolo hacia atrás y adelante. Rozó el metal liso de la pistola con un dedo antes de que su mano se cerrara alrededor del cañón.

Soltó el garrote por completo y escuchó que La Fleur jalaba aire y tosía, pero ya no importaba. Levantó la pistola y le dio vuelta en sus manos mientras el coche se sacudía, pero no conseguía amartillarla. El espía gritó de frustración, ya que el arma se le cayó de nuevo cuando el Ford cayó y salió de un agujero. Las balas trazadoras alcanzaron la parrilla delantera del coche con

fuertes explosiones. La Fleur conducía encorvada, solo podía ver la parte superior de su cabeza por encima del tablero. El viento, frío y cortante, azotaba el coche.

Pese a eso, no se detuvo.

Remy, por fin, logró enderezar la pistola y se aferró al asiento del conductor. Amartilló el arma y bajó el cañón hacia la rubia nuca. Rezó para que el coche disminuyera la velocidad en cuanto ella muriera, pero, de ser necesario, estaba preparado para lanzarse al asiento delantero tan pronto como disparara. Su dedo se tensó sobre el gatillo.

Y todo se volvió negro.

Sintió como si una mula le hubiera pateado el pecho y, por un momento, pareció suspendido en el tiempo; flotó en el aire sin obstáculos ni límites. Su agitó indefenso hasta que un estruendo ensordecedor lo sacudió hasta los huesos. Intentó protegerse la cabeza con las manos mientras caía de lado como un muñeco de trapo. El golpe lo dejó sin aire y el dolor le atravesó el hombro y el cuello. Después, todo se detuvo tan abruptamente como había empezado y se quedó jadeando, ciego y desorientado.

Se quedó quieto, tratando de orientarse, parpadeando y escupiendo arena. Se dio cuenta de que, después de todo, no estaba ciego, simplemente le había entrado sangre a los ojos. A ambos lados, todavía podía distinguir el brillo macabro de los vehículos en llamas. La única diferencia era que el coche en el que estaba ya no descansaba sobre los neumáticos, sino sobre el techo; él estaba acostado boca arriba en el interior con el resto del Ford encima de él. Habían pisado una mina; la explosión debió haber lanzado el coche por los aires y lo volcó.

Gimiendo, se rodó de lado y el dolor lo recorrió como un rayo por el hombro izquierdo. Lo tenía roto o dislocado, lo sabía. Le escurría sangre por la cara de un corte que tenía cerca de la sien y le salpicaba el brazo cuando se movía. Se impulsó hacia adelante con las uñas y salió por la ventanilla lateral. En la parte delantera del coche, en las profundidades del bloque del motor destripado, crepitaban llamas. Todavía surcaban el cielo las balas trazadoras y el estruendo de las armas no había disminuido. Cerca, los hombres gritaban y morían. Los rasguños de espadas y bayonetas sonaban por debajo de las armas,

interrumpidos por los fuertes estallidos de las detonaciones de granadas. Desde su punto de visión, parecía que los legionarios se habían lanzado contra las baterías de los artilleros alemanes en un esfuerzo por salvar a sus compañeros.

Tontos.

Se arrastró por completo fuera del Ford y se tendió en el suelo frío; hacía mucho que el calor del día había abandonado la arena bajo su mejilla. El motor agonizante del coche chasqueaba y tronaba conforme las llamas se hacían más voraces. Los neumáticos delanteros seguían girando. Cerró los ojos, esforzándose por controlar el dolor e intentando decidir qué haría a continuación. La Fleur le había quitado demasiadas opciones, pero había poco que hacer al respecto. Necesitaba tomar algunas decisiones si quería sobrevivir, pero, primero lo primero.

Había un cuerpo tirado más adelante y, a la luz fantasmal de las bengalas, pudo ver que era el cadáver del coronel Clement. Se arrodilló, ¿dónde estaba La Fleur? ¿Estaba muerta? No estaba seguro de haberle disparado cuando apretó el gatillo. ¿Había salido disparada del coche, había muerto en la explosión o había quedado aplastada bajo los restos del Ford? El espía se arrastró hasta el cuerpo del coronel y tomó la pistola de su funda. Sin aliento por el dolor, comprobó que estuviera cargada. Lo estaba.

Se tambaleó hasta ponerse de pie, doblado por la cintura. Miró el interior del Ford, pero el asiento del conductor estaba vacío. Unas siniestras sombras verdes pulsaban y se desvanecían cuando las bengalas se perdían lentamente en el cielo. No podía estar lejos...

Alcanzó a percibir un movimiento de reojo, pero fue demasiado tarde. La Fleur lo golpeó con el hombro, la cabeza agachada, arremetiendo contra él como un jugador de *rugby*. No tuvo tiempo de reaccionar y lo hizo perder el equilibrio; estuvo a punto de tirarle la pistola de la mano. El horrible dolor del hombro le nubló la visión. Un ardor nuevo y abrasador en el muslo lo obligó a enfocarse y se dio cuenta de que La Fleur tenía un cuchillo en la mano, aunque era demasiado pequeño para causarle daños significativos. Se tambaleó hacia atrás para poner distancia entre ellos, con el brazo bueno extendido, apuntándole con la pistola.

—Los mataste a todos. —Ella no estaba mirando el arma, sino a él—. Fuiste tú.

No podía decir si estaba enojada porque estaba a punto de morir o porque no se había dado cuenta antes de lo que había tenido enfrente durante tanto tiempo. En realidad, no importaba, ¿o sí?

—Por supuesto que sí. Solo desearía haber matado a más franceses. —Lo inundaba una extraña euforia, casi histérica, que tal vez fuera un síntoma de la batalla o de la certeza de que ganaría—. Más médicos, más coroneles, más oficiales, más hombres. Debí haber hecho explotar todo su mundo, no solo pedazos de él. Debí haberte matado a ti y a tu precioso general hace mucho tiempo. El reconocimiento jamás iba a ser suficiente para mí. Simplemente, me tomó mucho tiempo darme cuenta de ello.

La Fleur no lo vencería. Ella no podía esperar triunfar sobre él, no ahora, no aquí. Él tenía la ventaja y ambos lo sabían. El destino se había dignado a darle una segunda oportunidad para matarla y, al hacerlo, equilibraría la balanza para su país, pero, aún más importante, para su hermana. Y, una vez que la matara, seguiría por ese camino hasta que todo lo que representaba Francia, todo lo que amaban los franceses, quedara reducido a nada.

—No tienes que hacer esto. —Ahora sus ojos estaban fijos en el arma.

—Sí tengo. Ustedes mataron a Liesl —gruñó—. Nos despojaron de nuestra humanidad. Ella murió muerta de hambre en la calle, como un animal.

—¡Yo no maté a nadie! —gritó ella.

—Liesl tampoco y, aun así, tu país la quería muerta. Ella no hizo nada para merecerlo.

—Era una guerra —jadeó—. En las guerras ocurren cosas terribles.

—La guerra había terminado —rugió él—, pero Francia no estaba satisfecha. Querían deleitarse con nuestro sufrimiento. —Amartilló el revólver—. Y ahora yo me deleitaré con el tuyo.

Capítulo 30

*10 de junio de 1942
A las afueras de Bir Hakeim, Libia*

Cuando sonó el disparo, las rodillas de Violet cedieron y cayó al suelo.

Esperó el dolor, el impacto, la oscuridad o lo que fuera que se suponía que vendría después; sin embargo, lo único que vio fueron los soles fosforescentes que seguían hundiéndose en el cielo, los vehículos en llamas esparcidos en los límites del campo minado, el fuego de las balas trazadoras que parecía haberse condensado y las fugaces sombras de los hombres que corrían por el terreno. Lo único que oía eran los disparos; lo único que olía era el polvo y la gasolina quemada, y lo único que sentía era un terror incapacitante. La muerte, al parecer, era muy similar a la vida.

—Violet. —Unas manos la sujetaron con brusquedad y la levantaron parcialmente, de modo que quedó arrodillada.

Volteó y se encontró con la mirada de Henri, cuyos rasgos se veían pálidos a la luz de las bengalas. Intentó entender lo que estaba viendo, pero parecía haber perdido la razón.

—¿Tú también estás muerto? —le preguntó.

—Todavía no y tú tampoco. —La abrazó con fuerza—. Vi cómo corría tu coche. Vi cómo caías sobre esa mina.

—Estoy bien. —Se sentía aletargada; la realidad se arrastraba detrás del terror omnipresente. Había caído sobre una mina. Había estado corriendo a gran velocidad. El daño habría sido en la parte trasera. Alzó la cabeza de golpe.

—Picard...

—Está muerto.

Violet se giró hacia el soldado y vio que también se había desplomado en el suelo, junto al Ford en llamas, pero, a diferencia de ella, ya no se movía. Con los ojos muy abiertos y ciegos, miraba hacia las bengalas en el cielo.

—Tú le disparaste.

—Sí. Iba a matarte.

—Era un espía —le informó con voz ronca, tratando de pensar. Le punzaba la muñeca izquierda y estaba segura de que, si se examinaba la cadera derecha, estaría morada y azul.

—Lo sé. Lo supe demasiado tarde. —La jaló del brazo para que se pusiera de pie—. Tenemos que irnos.

—El coronel está muerto.

—Lo sé.

—Picard le disparó en el coche.

Henri maldijo.

—Y luego intentó matarme. —Se llevó una mano a la garganta y sintió la piel inflamada, le ardía.

Henri apoyó su frente contra la de ella.

—Pero no lo hizo. No lo hizo —repitió. Violet se preguntó si lo decía para tranquilizarla o para tranquilizarse él.

Lo miró.

—¿Dónde está tu compañía?

—Siguen con las ambulancias. Algunos están muertos. Alcanzaron uno de nuestros camiones. —La jaló hacia adelante.

—Y ahora estamos en un campo minado. —Le zumbaban los oídos y no podía ordenar sus pensamientos. Violet se resistió; sus pies se resbalaron en el suelo rocoso—. Detente, Henri. Tenemos que detenernos. No podemos volver.

—Sí podemos. Tenemos que avanzar sobre las huellas de tus neumáticos. Así fue como llegué aquí y así será como volveremos a salir.

Violet respiraba de forma superficial.

—No me quiero morir.

—Yo tampoco. —Le acarició un lado del rostro—. Confía en mí, Vi y confía en ti. Saldremos de esto juntos.

Violet asintió y Henri se agachó para avanzar al ras del suelo sobre el terreno irregular. Violet iba detrás él; de vez en cuando, perdía el paso por el dolor que le recorría la cadera, pero nunca apartó los ojos de las huellas que tenía enfrente. Al igual que Henri, cada una de sus pisadas aterrizaba sobre las huellas de su amado Ford.

Tenían la sensación de que estaban tardado una vida entera en volver a cruzar el terreno que Violet había cubierto con el coche. A su alrededor, encontraron un caos total. La fuga sigilosa que habían planeado se había convertido en una guerra callejera; los hombres luchaban cuerpo a cuerpo mientras se oía el gemido de las balas y los vehículos ardían. Algunos de los coches de los oficiales que habían estado en el frente, cerca de Violet, se alejaban, acelerando hacia la noche. Esperaba que el coche del general estuviera entre ellos. Todavía había muchos camiones y vehículos inmóviles: unos estaban destruidos; otros, dañados, y algunos no tenían conductor.

Más adelante, Violet vio una ambulancia detenida en el borde del corredor con los costados de lona hechos jirones, iluminada por detrás por las llamas, de modo que parecía una silueta grotesca. Algunos heridos, aquellos que podían moverse un poco, salieron de la parte trasera.

—¡No! ¡Quédense ahí! —les gritó Violet, pero no salió nada de su boca salvo un carraspeo ronco.

Los primeros heridos se alejaron del camión tambaleándose y fueron directamente hacia el campo minado. Violet observó con horror que una explosión lanzaba al aire una columna de roca y arena; los soldados murieron al instante.

Violet llegó hasta la ambulancia con el pecho agitado, a punto de vomitar.

—Quédense aquí —suplicó, más con las manos que con la voz.

Henri empujó a los hombres aterrados de vuelta al camión. Los que habían visto a sus compañeros morir en el campo minado estaban atónitos. Las balas seguían zumbando a su alrededor. Sujetó del brazo a un soldado que pasó corriendo.

—¿Por qué no seguimos avanzando? —le preguntó Henri.

—Les están disparando a los conductores —respondió el hombre con voz entrecortada— para mantener a los camiones parados.

Henri maldijo.

—Tenemos que mover este camión —jadeó Violet—. El resto puede seguirnos.

—Les están disparando a los conductores. —Henri la había tomado del brazo.

—Les están disparando a todos —respondió ella—. Tienes que subir. Nos sacaré de aquí.

—¿Puedes conducir esto?

—Puedo conducir cualquier cosa —replicó. Seguiría la dirección que habían tomado los coches del cuartel general y, con suerte, la seguirían los camiones y las ambulancias restantes que siguieran en pie.

Cojeó hasta el lado del conductor y abrió la puerta de golpe. El conductor anterior, un hombre delgado de barba espesa, cayó sin vida del camión; a la luz de una bengala, era evidente el agujero de bala en su frente. Violet lo apartó y subió, recordando que hacía mucho tiempo, rodeada de nieve y hielo, había tenido que sacar a otro hombre muerto de detrás del volante de otra ambulancia. Solo que, en ese entonces, todavía no sabía de lo que era capaz.

Encendió el motor y estuvo a punto de llorar cuando arrancó.

Henri se subió a su lado con un rifle en la mano. Puso el camión en marcha, acelerando hacia la oscuridad, sin esperar a que él cerrara la puerta. El camión rebotaba sin piedad, pero ni las revoluciones del motor ni las constantes explosiones ahogaban los gritos de dolor de los heridos en la parte de atrás. Violet los ignoró y pisó el acelerador más fuerte. Ir lento implicaría que todos murieran. Su única esperanza era correr a suficiente velocidad para atravesar los cordones enemigos y evitar que les dispararan a los vehículos hasta dejarlos inservibles.

A su lado, Henri se sujetaba de la puerta y miraba al frente mientras la ambulancia se abría paso por el terreno. Detrás de ella, más camiones y ambulancias siguieron su ejemplo. Atravesaron la primera línea de defensa. En ese instante, estalló una nueva ola de balas trazadoras y ametralladoras cuando la siguiente línea fue alertada de la fuga. Una bala golpeó el interior de la ambulancia justo detrás de su cabeza, lo que estremeció a Violet. Las chispas bailaban sobre el capó como luciérnagas mientras más balas rozaban el acero.

La confusión y el caos que se había extendido obró a su favor. Con tanta destrucción, tantos vehículos ardiendo, hombres corriendo y armas disparando, nadie sabía con exactitud quiénes corrían y a dónde se dirigían. Las balas seguían golpeando los costados de la ambulancia y Violet seguía encogida detrás del volante, haciéndose lo más pequeña posible, pero, cuanto más avanzaban, menos balas había, así que empezó a esquivar las rocas en vez de los cráteres de proyectiles. Siguió adelante de forma implacable, usando las estrellas como guía; de vez en cuando, Henri le señalaba el camino con su brújula.

Condujo sin cesar, ignorando el tiempo. El resplandor de las bengalas se había desvanecido hacía mucho y la oscuridad volvió a ser casi absoluta, excepto por la escasa luz de las estrellas. Los gritos de los heridos en la parte de atrás eran gemidos y sollozos ahora. Ella siguió conduciendo. Cuando descendió la niebla que siempre precedía al amanecer, Violet se vio obligada a reducir la velocidad y bajar la marcha hasta que, finalmente, detuvo el camión.

—Tengo que parar —anunció—. Ya casi no puedo ver nada.

Detrás de ella, una fila irregular de camiones franceses cerró la distancia y siguió su ejemplo. Por un momento, temió no poder moverse; tenía los dedos muy apretados alrededor del volante y la cabeza metida entre los hombros como una tortuga asustada. Cada músculo de su cuerpo se había agarrotado; cada fibra se había contraído casi en un *rigor mortis*. La muñeca todavía le punzaba y, cuando se movió, un dolor lacerante le comprimió la cadera, pero todo eso significaba que seguía viva. El dolor y la incomodidad significaban que aún no la habían derrotado.

Violet y Henri miraron las nubes vaporosas que, en ese momento, les oscurecían por completo la visión. La presencia de la niebla indicaba que había estado conduciendo durante horas, aunque se sintieron como días. No apagó el camión por miedo a que no pudiera volverlo a encender. Había demasiadas almas en la parte de atrás que dependían de ella como para correr ese riesgo.

—¿Sabes dónde estamos? —susurró. Había perdido la voz por completo.

Con movimientos sumamente lentos, Henri estudió su brújula y sacó un mapa tosco de su mochila.

—Al sur —respondió con voz ronca.

—¿Qué tan al sur?

—No estoy seguro.

—¿Más allá de las líneas alemanas?

—No lo sé. Tal vez.

—No tomarán prisioneros —señaló—. No en el desierto.

—No —coincidió Henri—. No lo harán.

—Serviremos como un castigo ejemplar, ¿verdad?

—Supongo que sí.

Violet miró la negrura por la ventana.

—¿Qué hay en el punto de encuentro que estamos buscando?

—Bidones de gasolina, suministros, una tienda-comedor. Tal vez otros soldados. Se supone que la Decimoséptima Brigada Motorizada Británica está ahí, esperando ver acción.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—No es un castillo de cruzados.

—Definitivamente, no es un castillo. —Hizo una pausa—. ¿Llevas tu pistola contigo?

—Sí. —Se negó a mirarlo a la cara.

—¿Está cargada?

—Sí.

—Violet...

—No lo digas.

—Asegúrate de guardar una bala, Violet.

Tenía la mandíbula rígida.

—Ya llegamos hasta aquí. Ya llegué hasta aquí. No me voy a rendir ahora.

—He oído historias, Vi, de lo que le hacen a...

—Deberíamos hacer una formación en cuadrado —lo interrumpió Violet. No pensaría en la derrota hasta que la mirara directamente a la cara.

Henri ahogó lo que podría haber sido una carcajada.

—¿Espera una carga de la caballería, Napoleón?

—Tal vez. —Violet escrutó ineficazmente la oscuridad—. Por lo que sabemos, podríamos estar en medio de un puesto de mando alemán. Si estamos rodeados, por lo menos, podemos usar los camiones para defendernos durante el mayor tiempo posible. No podemos dejar atrás a una unidad móvil, menos con los heridos.

Henri metió la brújula y el mapa a su mochila y abrió la puerta del camión.

—Me encargaré de la formación. —Desapareció entre la niebla y su voz flotó de vuelta, incorpórea y amortiguada, mientras hablaba con los demás conductores. El estruendo de los motores aumentó y luego disminuyó; con su guía, los camiones maniobraron alrededor del vehículo de Violet.

Henri regresó después de lo que le pareció una eternidad.

—Formados y armados. Me encargué de distribuir la munición y las armas restantes. Estaremos listos para lo que sea que venga con el amanecer. Todo hombre en condiciones está dispuesto a luchar hasta el final.

Se sentaron en silencio durante un rato más, rodeados y cobijados por la niebla. Violet trató de no pensar en los hombres que la habían seguido y confiaban en que ella encontraría el punto de encuentro. Intentó no pensar en lo que pasaría si no lo lograba; sin embargo, no podía quitarse de la cabeza lo que había sucedido antes de su último movimiento.

—Me salvaste la vida —dijo Violet en la oscuridad—. En el campo minado.

—Y tú salvaste la mía en este camión, así que estamos a mano.

—Tú no lo enviaste, ¿verdad? No enviaste a Picard para que me diera unas armas ni arreglaste que lo asignaran al coronel y a mí.

—No, Vi, no lo mandé. Cuando me enteré, cuando lo entendí todo, ya era demasiado tarde.

Henri encontró la mano de Violet en la oscuridad.

—Debí haberlo sabido. Creo que Gasquet se enteró también demasiado tarde.

—Ya tuvimos esta conversación. Si era bueno en lo que hacía, nadie lo iba a saber.

—Lamento no haber estado ahí —se quejó Henri.

—Llegaste en el momento justo. —Ella negó con la cabeza—. Él no dejaba de hablar de su hermana. Me mostró una foto. Se llamaba Liesl. Fue así como lo supe. —Se estremeció—. Me culpó a mí de su muerte. Culpó a Francia de su muerte después de la Gran Guerra. Dijo que había muerto de hambre en la calle, como un animal.

Henri no respondió de inmediato. Y, cuando lo hizo, fue con una voz suave.

—Lo llamábamos el bloqueo del hambre —explicó—. Aparte de las represalias que los Aliados les impusieron, el bloqueo naval también estuvo dirigido a los civiles. En alguna parte, leí que un millón de alemanes habían muerto de hambre después de la guerra. Me inclino a creer que es verdad. Yo lo vi de primera mano. Picard, o como fuera que se llamara, podría haber sido yo.

—Pero no fue así. Tú estás luchando por Francia —puntualizó Violet.

—No, yo estoy luchando por la humanidad —aclaró Henri en voz baja—. Lo que Alemania, lo que los nazis, le están haciendo a la gente está mal y ese mal trasciende cualquier frontera. No podemos permitir que el odio florezca y triunfe. Si eso sucede, todos perdemos. Mi madre fue quien me lo enseñó.

Violet miró la niebla a través del parabrisas.

—Dijo que el reconocimiento nunca iba a ser suficiente para él. Que debió haber matado a más personas; que quería deleitarse con nuestro sufrimiento.

—Entonces, me siento mal por él. No tener nada de valor en la vida más que el odio es una vida vacía e infeliz.

—Me alegro de que esté muerto —admitió Violet—. No sé qué nos robó ni de cuántas muertes fue el causante, pero ya no puede seguir haciéndolo. —Miró a Henri al otro lado de la cabina—. Esto nunca va a parar, ¿verdad?

—¿Esta guerra? —Suspiró—. Terminará con el tiempo. Tengo que creerlo.

—¿Qué nos va a pasar?

—Seguiremos luchando. Todo el tiempo que sea necesario.

—Si sobrevivimos hoy, no sé si podré volver a despedirme de ti.

—No tendrás que hacerlo...

—No es cierto. No he hecho más que despedirme de ti. En Francia, en Siria, en Libia. Estoy cansada, Henri. No quiero volver a despedirme. —Violet retiró su mano de la de él y se dejó caer contra la puerta del lado del conductor. Pasó la mano por el borde del asiento y se detuvo cuando sus dedos encontraron un agujero perfecto en un costado. La invadió una nueva ola de horror al darse cuenta de que, si esa bala hubiera impactado unos centímetros más a un lado o a otro, no estarían teniendo esa conversación. Probablemente, uno de los dos estaría muerto.

Henri volvió a cubrir los dedos de Violet con los suyos, retirándolos del agujero de bala.

—¿Recuerdas dónde amarro mi barco?

—¿Qué?

—¿Recuerdas dónde está mi barco?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Bien. Nos encontraremos ahí en la playa —le dijo—. Veremos la puesta de sol, beberemos champaña y tú me enseñarás a bailar.

—Henri...

—No he terminado. Te impresionaré con mis nuevos conocimientos de italiano y luego hablaremos de la última novela de Sherlock Holmes; comprenderás que tenía razón cuando decía que Doyle escribe novelas de misterio superiores. Después, te desnudaré y tú me desnudarás y nadaremos en el mar bajo la luz de la luna. Y, cuando nos cansemos de nadar, te haré el amor hasta que no recuerdes tu nombre. Veremos salir el sol sobre el mar desde la proa de mi barco y luego volveremos a hacerlo todo otra vez.

—¿Qué más haremos? —preguntó ella en un susurro.

—Dormiremos la siesta en la sombra. Recogeremos aceitunas y manzanas. Nos sentaremos en los acantilados y veremos cómo se acercan las tormentas. Yo beberé limonada mientras te veo reparar mi fueraborda. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. ¿Te parece bien?

Sin decir nada, Violet asintió.

—Bien, entonces, no hay necesidad de despedidas si vamos a volver a vernos.

—¿Cuándo me toca a mí beber limonada? —preguntó Violet entre risas y lágrimas.

—Puedes beber limonada y verme tirar las redes.

—Sin camisa.

—Sin... —Henri se rio—. Oh, ahora entiendo.

Violet sonrió, respiró con fuerza por la nariz y apoyó la cabeza sobre el hombro de Henri.

—Nos vemos allí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Permanecieron así mientras los minutos pasaban. Finalmente, apareció un tenue resplandor rosado, que señalaba el fin de la oscuridad y anunciaba la llegada de la mañana. Henri se apartó y sacó unos binoculares de su mochila. Violet sujetó el volante, preparada para cualquier destino que los aguardara más allá de los muros de niebla.

El sol salió, inundando el desierto de luz y abriendo huecos en la niebla. Aparecieron mesetas y colinas escarpadas, un tapiz amatista e índigo. Violet escudriñó el horizonte frente a ellos. No había alemanes. No había británicos. Solo rocas y arena, interrumpidas por nubes blancas y una extensión infinita de cielo.

—Violet. —Su nombre fue pronunciado con urgencia.

Se le aceleró el pulso.

—¿Qué? —Se giró y vio que Henri empujaba la puerta y bajaba de la ambulancia de nuevo—. ¿Qué pasa?

Él se apoyó contra la puerta del camión y se llevó el par de binoculares a los ojos.

—Vehículos, hombres.

Entre los espacios de niebla a la deriva, Violet pudo ver lo que Henri veía. A lo lejos, vacilantes en el horizonte, una fila de camiones permanecía oscura y en silencio, también se movían entre ellos pequeñas figuras.

—¿Alemanes? —Violet trató de mantener la voz estable, pero el miedo subía como una marea.

—No lo sé. No los distingo.

El sol subió más y la niebla se hizo jirones. Incapaz de quedarse quieta, Violet bajó de la cabina del camión y se puso de pie junto a Henri. Otros hombres hicieron lo mismo, parados como centinelas silenciosos mientras, lentamente, se revelaba su destino.

Henri hizo un sonido con la garganta.

—¿Qué pasa?

No respondió, seguía con los binoculares pegados a los ojos.

—Henri, ¿qué estás viendo? —Sentía una burbuja histérica atrapada en el pecho, expandiéndose hacia arriba y afuera.

Bajó los binoculares y puso las manos sobre las rodillas, riendo; sus hombros se sacudían.

—¡Henri!

Le pasó los binoculares sin decir nada. Violet se los llevó a los ojos. El cielo y la tierra dieron una vuelta salvaje en su campo de visión. Los estabilizó y, en cuestión de segundos, encontró las formas de los vehículos. Pequeñas siluetas se movían entre ellos y parecían fluir de un lado a otro con una gracia orquestada. Entonces, entre los largos y dorados rayos del sol, Violet vio lo que Henri había visto.

Una pelota volaba en el aire y caía de vuelta a la tierra, rebotando entre las siluetas mientras la perseguían.

—Están jugando fútbol —exclamó, estupefacta.

—Sí. —Henri se enderezó.

—Hay unos hombres jugando fútbol en el desierto.

—Sí.

Todo lo que aquello podía significar se desplegó poco a poco en su mente.

—Deben tener agua —murmuró Violet— y tiempo. No están luchando, por lo menos, no esta mañana. —Siguió la pelota a través de las lentes—. Solo los malditos ingleses jugarían fútbol en el desierto.

—Esos hombres son de la 17.^a, los británicos. —Henri se secó la cara con la parte inferior del uniforme—. Lo logramos. Encontramos el punto de encuentro.

Violet se desplomó contra el camión; el alivio la debilitó y la dejó lívida. Los binoculares se le cayeron de las manos y se inclinó para recuperarlos, pero sus dedos le temblaban tanto que le tomó dos intentos. Luego, se rio con un jadeo áspero y seco que provenía del fondo de sus pulmones hasta transformarse y fusionarse con algo más parecido a un sollozo.

Henri no dijo nada, simplemente puso la mano sobre su hombro y la dejó desfogarse. Violet se preguntó si su tacto era lo único que podía impedir que se deshiciera en millones de pedacitos.

No estaba segura de cuánto tiempo le tomó recomponerse y tranquilizar las emociones que repercutían en su interior, pero, cuando lo hizo, Henri todavía estaba a su lado. Respiró hondo tres veces y le devolvió los binoculares.

—Sube al camión —le ordenó por fin—. Yo conduzco.

Capítulo 31

*19 de agosto de 1945
Niza, Francia*

La villa St. Croix parecía no haber cambiado.

Violet se detuvo frente a las anchas puertas talladas para contemplar el edificio. A ambos lados, por los bordes de las macetas de barro, caían cascadas de flores y la escalinata estaba barrido con minuciosidad, como siempre. El estuco era del mismo color miel pálido con adornos color crema y la pequeña fuente de piedra, al frente y descansando al centro, todavía borboteaba. Violet se acercó y levantó la mano para tocar, pero se arrepintió y la dejó caer. Era extraño que se sintiera como una intrusa en la casa en la que vivió la mayor parte de su vida. Era extraño que sintiera la necesidad de anunciarse. Abrió las puertas y entró; luego, las cerró silenciosamente detrás de ella.

El calor brillante y cegador del día se desvaneció cuando entró al fresco y oscuro interior. Dejó su mochila cerca de la puerta y se acomodó la parte superior del vestido. Hacía tiempo que no había usado otras prendas que no fuera su uniforme, el cual estaba doblado cuidadosamente en el fondo de su bolsa. Compró el sencillo vestido que llevaba puesto en una tienda de segunda mano a las afueras de Marsella; el algodón azul celeste la había enamorado, pues le recordaba el mar. Fue lo primero que compró una vez que la guerra terminó, aunque sentirse cómoda en él le tomó más tiempo del que esperaba. Fue una transición extraña, regresar a una forma de vida diferente.

Unas voces bajas llegaron desde el comedor; Violet se encaminó hacia los sonidos. Sus pasos resonaron en los azulejos, mientras sus ojos se acostumbraban despacio al interior de la villa. Había cambios sutiles: la falta de una pintura en una pared, una escultura que desapareció de su pedestal, un mueble ornamentado ausente en un rincón; sin embargo, cuando entró al comedor, la escena era tan familiar, como si los años nunca hubieran pasado.

Su padre estaba sentado en un extremo de la larga mesa de nogal; su madre, en el extremo opuesto, separados por un camino de mesa bordado, un jarrón de vidrio con un arreglo de flores y una variedad de cuencos con panes y frutas frescas. Su padre leía un periódico y su madre picoteaba la comida; ambos se ignoraban a propósito. Una mujer que no había visto antes, pero que vestía el familiar uniforme oscuro con delantal, fue la primera en advertirla de pie en la puerta. Soltó un ligero chillido de alarma y estuvo a punto de tirar la jarra de plata que tenía en las manos.

El comodoro levantó la vista del periódico con fastidio. Su mirada se posó en Violet y las cejas le oscurecieron los ojos.

—Por fin, decidiste arrastrarte de vuelta a casa, ¿verdad?

Violet entró en la habitación y contempló al hombre del extremo de la mesa. Se veía mucho mayor de lo que recordaba, como si los cinco años que habían pasado se hubieran multiplicado para él. Tenía el cabello casi por completo blanco y todavía usaba el uniforme de la Guardia Nacional. Parecía... más pequeño. Disminuido. La inquietud y ansiedad que siempre había experimentado al dirigirse a su padre habían desaparecido.

—Me alegra verte, padre. —Lo decía en serio.

Se giró hacia el otro extremo de la mesa, donde estaba sentada su madre con el tenedor detenido a medio camino de la boca y una copa de coñac enfrente de ella. Al igual que el comodoro, su madre también parecía haberse encogido. El cabello y maquillaje de Audrey seguían siendo impecables, aunque, al igual que su padre, tenía algunas arrugas más en el rostro, profundas y amargas.

—También me alegra verte, madre.

—¿Qué te hiciste en el pelo, Violet? —preguntó—. Se ve horrible. Y tu vestido... Dios mío, pareces una campesina.

Violet se pasó los dedos por los rizos sueltos, que, en ese momento, le llegaban hasta los lóbulos de las orejas. Jaló una silla y se sentó en el lado largo de la mesa, entre sus padres. El ama de llaves llegó apresuradamente con un plato, un juego de cubiertos y una taza llena de café humeante.

—Gracias. —Violet asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y la mujer se retiró enseguida.

Su padre seguía mirándola por encima del periódico.

—¿Por qué estás aquí?

Violet sopló por encima de la taza para evitar que la rica bebida le quemara los labios, luego tomó un sorbo de café.

—Quería asegurarme de que estuvieran bien —dijo—. Me devolvieron las cartas que envié.

El comodoro gruñó.

—No te atrevas a hacerte la víctima conmigo, Violet. Deberías estar agradecida de que te permita estar aquí ahora. Te dejé muy claras las consecuencias de tus decisiones.

—Así es. —Dejó la taza sobre la mesa—. La verdad es que me sorprende un poco encontrarte aquí.

—La casa de Londres fue destruida, así que estoy atrapado en este calor infernal. No sé cuándo podré regresar.

—Espero que pronto —murmuró su madre.

—Lamento escuchar eso —comentó Violet.

—Ha sido horrible —se quejó Audrey—. El racionamiento ha sido terrible, insoportable a veces, si quieres saber. Las cosas de las que he tenido que prescindir...

—También lamento escuchar eso. —Violet tomó una naranja y se la acercó a la nariz; inhaló el aroma cítrico.

—Violet —la reprendió su padre con brusquedad—, ¿qué pasó con tus modales?

Ella no respondió y empezó a pelar la naranja con el pulgar. Le sorprendió el carácter surrealista de la conversación. Sentía como si hubiera viajado en una máquina del tiempo a un lugar donde la guerra y el mundo habían pasado de largo.

—¿Volviste definitivamente? —preguntó el comodoro.

—Tal vez. —Un trozo de cáscara de naranja cayó al plato.

—¿Tal vez? —Su padre alzó las cejas—. Me da miedo preguntarte sobre tu vacilación al respecto —manifestó. Las páginas del periódico se arrugaron en sus manos—. Supongo que es más adecuado preguntar cómo estuvo tu guerra.

Violet dejó caer otra tira de cáscara de naranja mientras pensaba qué responder. Quizá sobre los soldados de la Francia Libre que defendieron Bir Hakeim; más de dos mil consiguieron escapar a través de las líneas alemanas y vivieron para seguir luchando un día más. Después de eso, asignaron a Violet a Egipto, donde reanudó sus labores como conductora y transportó a numerosos oficiales a donde fuera que necesitaran ir. Luego, la Francia Libre se integró al Quinto Ejército de los Estados Unidos y aterrizaron en Italia, donde Violet, una vez, condujo una ambulancia. La lucha fue horrenda y la destrucción inimaginable. Hubo días en los que despotricó contra el universo, incapaz de hacer cualquier otra cosa que ver morir a los hombres que tenía bajo su cuidado; sin embargo, con el tiempo, los nazis se rindieron, Italia se rindió. Durante los últimos meses de la guerra, las labores de Violet, finalmente, la llevaron de nuevo a suelo francés, en una vieja ambulancia Dodge con una dirección obstinada y una transmisión infalible.

—Reveladora. —Fue la palabra que Violet eligió—. La guerra fue reveladora.

—Ahora que dejaste tus tonterías atrás, tienes que empezar a pensar en tu futuro si esperas quedarte en Niza —gruñó su padre de nuevo—. Porque supongo que por eso estás aquí, ¿no es así? Para pedir perdón y volver a tu antigua vida.

—¿Mi futuro? —Violet se metió un trozo de naranja a la boca y cerró los ojos con deleite al degustar el jugo y el sabor en su lengua.

—Augustino... el señor Leblanc sigue en la ciudad —le informó su padre—. Se volvió muy rico. A sus fábricas les fue bastante bien durante la guerra. Estos últimos años han sido muy ventajosos para él.

—Oh. —Violet masticó despacio.

—No se ha casado y podría persuadirlo para que te acepte de nuevo. —El comodoro frunció los labios—. Siempre y cuando te disculpes.

—Y te arregles el cabello —añadió Audrey.

—¿Por qué? —Violet observó a la mujer sentada en el extremo de la mesa y sintió como si estuviera viendo a una extraña.

—Porque se ve espantoso —exclamó su madre con desdén—. No parece que te hayas preocupado en lo más mínimo por tu apariencia. No sé cómo esperas encontrar un marido cuando...

—No, madre. Quise decir, ¿por qué debería disculparme?

El comodoro golpeó la mesa con la mano, lo que hizo rebotar y tintinear los cubiertos. Su madre saltó.

—Por ser egoísta —ladró su padre—. Por haberlo dejado para perseguir la farsa de la que te has creído parte en estos últimos años. Tendrás suerte si te perdona. No estoy seguro de que yo pueda hacerlo.

Violet extendió la mano hacia su taza; el café se había enfriado lo suficiente para que se lo terminara en tres tragos. Realmente era un buen café. Se preguntó dónde lo habrían conseguido sus padres.

Su madre miró al comodoro y pareció recuperarse.

—La buena noticia es que muchos se fueron de Francia. —Extendió la mano hacia su copa de coñac—. No todos han regresado y lo más probable es que nadie recuerde el ridículo que hiciste. Te aceptarán de nuevo en sociedad siempre y cuando te comportes. No más... arrebatos.

—No. —Violet partió otra gajo de naranja con los dedos.

—¿No?

—No —repitió Violet—. No voy a disculparme, por nada. —El jugo le escurrió por la muñeca, así que lo lamió antes de que goteara sobre su vestido.

—¡Violet! —El aliento de su padre silbó entre sus dientes de la indignación.

—Es tu culpa, Robert —espetó su madre—. Siempre fue difícil, pero esto es inaceptable.

—No sé a qué estás jugando, Violet, pero deberías escuchar a tu madre. Todavía eres joven. Todavía llevas nuestro apellido y, aunque no estoy seguro de que signifique algo para ti, todavía significa algo y tiene valor para los demás.

—Me gusta pensar que el servicio que he realizado en estos últimos años ha imbuido el apellido St. Croix de valor y honor.

Su padre se inclinó sobre el periódico.

—Olvidaste tu lugar, Violet. Me desafiaste y desafiaste al hombre que estaba dispuesto a ser tu esposo y cuidarte por el resto de tu vida. Si quieres otra oportunidad de tener un futuro respetable, tienes que desistir de este tipo de comportamiento y actitud de inmediato.

—Te equivocas, padre. —Violet se terminó el último trozo de naranja.

—¿De qué hablas?

—No olvidé mi lugar. —Por el tipo de conversación, habría esperado sentir ira o resentimiento, pero no fue así; en cambio, la invadió una sensación de paz: el reconocimiento de su propia verdad—. No olvidé mi lugar en lo más mínimo —repitió—. Finalmente, lo encontré.

Violet se puso de pie y se limpió las manos pegajosas en una servilleta de lino blanco como la nieve, con perfecta etiqueta. Primero, fue hacia Audrey y le dio un beso en la mejilla.

—Adiós, madre. Deseo todo lo mejor para ti. —Luego, fue hacia el comodoro—. Adiós, padre. Los amo a los dos.

—¡Robert, haz algo! —gritó Audrey desde su silla—. No puedes irte así como así, Violet.

—Nunca tuve la intención de quedarme. —Violet se dirigió a la puerta del comedor.

—¡Ni siquiera sé quién eres. No reconozco a la persona en la que te convertiste! —le gritó su padre.

Violet se detuvo en la puerta y se volvió hacia él.

—Sin embargo, yo sé exactamente quién soy.

,

El sol se hundía en el oeste cuando Violet estacionó el maltrecho Citroën en el acotamiento de la carretera. Ese auto fue la segunda cosa que compró y le costó una buena cantidad de horas ponerlo en marcha. Todavía no lograba resolver todas sus peculiares fallas, pero lo amaba más que a cualquier otro coche porque era suyo.

Del otro lado de la carretera, una luz solitaria, montada en el costado de un familiar edificio cuadrado, se encendió para hacerle frente a la noche que se acercaba. Violet se echó la mochila al hombro, rodeó la fila de espesos arbustos y empezó a bajar por el sinuoso camino que llevaba al mar. Algunos hombres habían sacado del agua media docena de botes sobre la suave playa de guijarros para trabajar en sus cascos. Otros pescadores estaban recogiendo las redes que habían extendido para repararlas; la agonizante luz señalaba el final de su

jornada hasta el día siguiente. El pequeño muelle que se adentraba en el mar estaba engalanado con botes amarrados con cuerdas y boyas que flotaban junto a cada uno.

—*Bonsoir*, mademoiselle Violet. —Un anciano con el rostro oscuro por el sol y una gorra bien calada sobre los ojos la recibió cuando pisó la playa.

—*Monsieur* Martin. —Violet le sonrió con calidez—. *Bonsoir*.

El pescador se quitó la gorra.

—¿Está aquí para ver otra puesta de sol?

—Sí.

—Ah. —El anciano se quitó la gorra y miró a los hombres que regresaban, alejándose del agua—. Ya terminamos por hoy. ¿Le gustaría algo de compañía?

—Gracias por su amabilidad, pero no —respondió ella—. Su familia ha estado esperando que vuelva a casa desde el amanecer. Debería volver y pasar tiempo con ellos.

—Pero, ¿quién pasará tiempo con usted? —La miraba con tristeza.

—Yo también estoy esperando a alguien.

—Mmm. —El hombre se volvió a poner la gorra con las manos nudosas—. Lleva mucho tiempo esperando, señorita Violet.

—Seguiré esperando hasta que aparezca, *monsieur* Martin.

El viejo pescador miró sus sandalias y luego asintió.

—Entonces, disfrute de la puesta de sol. —Hizo una pausa—. ¿Quizá la veamos por aquí de nuevo mañana? —preguntó, esperanzado.

—¿Necesita que revise un motor?

—Mmm. —Miró hacia el cielo—. Quizá Gustave haya mencionado algo.

—Entonces, quizá Gustave pueda venir a preguntarme mañana. —Violet se rio—. Y lo haré con mucho gusto.

Monsieur Martin sonrió.

—Así será. *Au revoir*, mademoiselle y *merci*.

Violet se despidió con la mano mientras él subía la cuesta. Hizo lo mismo ante las otras caras familiares de camino a la orilla del agua.

Dejó caer suavemente su mochila en la playa y se sentó, estirando las piernas. Ahí, el aire era salado y la brisa que venía del agua se sentía fresca sobre su piel cálida. Las piedras todavía estaban calientes por el día. Violet cerró los

ojos, inclinando su rostro hacia el sol que se ponía. La playa se fue quedando más tranquila a medida que los pescadores se marchaban, hasta que solo quedaron las aves marinas como compañía; el choque constante de las olas al lamer los guijarros llenaba el silencio. Después, esperó.

Hacía tres años que vio a Henri por última vez. Lo dejó al lado de un camino polvoriento en Alejandría, pero no se despidieron. Desde entonces, no había dejado de pensar en él todos los días. Revisó todas las listas de víctimas que pudo robarles a los oficiales y médicos, siempre con el corazón en la garganta, hasta que llegaba al final de las columnas de nombres desconocidos. Los padres de Henri no habían recibido ninguna noticia de él, salvo por una sola carta que, de alguna manera, llegó a Francia desde Túnez. Después de eso, nada. Violet eligió creer que era una buena señal. Cada día, desde que terminó la guerra, ella iba al sur de Francia, a esa playa, a cumplir su promesa.

El sol se había convertido en un orbe dorado resplandeciente y llenaba el cielo con tonos amatista y topacio; el colorido caleidoscopio se reflejaba en las nubes y en las crestas de cada ola. Era increíblemente hermoso. A lo lejos, a lo largo de la costa, las luces de las casas y los hoteles que abarrotaban la orilla comenzaron a encenderse y brillaban entre las palmeras y los tejados. La gente caminaba por los paseos marítimos y los coches se deslizaban sobre las calles pavimentadas. La vida continuaba; el paso del tiempo era indiferente a la pretensión insignificante de quienes lo medían.

Una gaviota dio un giro bajo, anunciando su presencia mientras el día, por fin, se rendía al crepúsculo. Violet la vio elevarse hacia el color índigo que invadía el cielo. Ahora, la luna era visible, un cuarto creciente que emergió del manto de color; aparte de la gaviota, era su única compañía. Se recargó sobre sus codos para dejar que sus sentidos se deleitaran con la belleza del atardecer.

Detrás de ella, unos pasos acompañaban el sonido del mar y perturbaban las piedras lisas con un sonido muy similar al de las campanas de viento. Violet no se dio la vuelta, pues temía que, si lo hacía, descubriría que no era real.

—*Buonasera, signorina* —saludó un hombre.

Violet mantuvo la mirada en el ave, muy por encima de su cabeza, que se lanzaba al mar y volvía a elevarse con el viento.

—*Sei in ritardo* —respondió.

Los pasos se detuvieron a su lado, pero, aun así, ella no se giró.

—*Mi dispiace per questo.* —Las piedras chocaron cuando él se agachó para sentarse a su lado—. Hubo asuntos en París que necesitaron mi atención. Vine lo más pronto que pude.

Violet se enderezó y buscó su mochila. Sacó un bulto y, con cuidado, lo desenvolvió, revelando una botella de vidrio opaco con una elegante etiqueta dorada. Le temblaban las manos, así que, con cuidado, dejó la botella sobre los guijarros entre los dos.

—¿Sabías que las bodegas de Veuve Clicquot alguna vez albergaron a más de mil civiles durante los bombardeos de la Gran Guerra? —le preguntó al hombre.

De reojo, vio que él alzaba la botella.

—¿Por eso elegiste esta champaña para esta noche? ¿Por el valor de los viñedos?

—No. —Violet sonrió hacia el mar—. En junio, arreglé el carburador del Renault de un granjero a las afueras de Lyon e insistió en pagarme.

—¿Con champaña cara?

—Resulta que los nazis escondieron quinientas botellas en su granero. La guerra terminó antes de que pudieran cargarlas en un tren de vuelta a Alemania. —Dejó que sus dedos se deslizaran sobre las suaves piedras de la playa—. La he estado guardando desde entonces, esperándote.

—Nunca quise hacerte esperar. Lo siento. —Volvió a poner la botella sobre la playa.

Entonces, Violet se acercó de rodillas a Henri, entrelazó los dedos alrededor de su nuca y lo besó. Él se quedó quieto por una fracción de segundo; luego, tomó el rostro de Violet entre sus manos y le devolvió el beso con cuidado, como si temiera que ella fuera a alejarse, pero después ya no fue tan cauteloso. La atrajo sobre su regazo, deslizando los dedos sobre su espalda. Cuando Violet finalmente rompió el beso, ambos respiraban con dificultad.

—He querido hacer esto durante años —susurró Henri.

—¿Qué estabas esperando? —logró decir Violet, apoyando la frente contra la de él.

—A ti —admitió.

Lo besó de nuevo, un suave roce de sus labios. El beso no significaba una despedida ni un momento robado ni miedo de que fuera el último. Ese beso prometía esperanza, alegría y sueños.

Era un comienzo, no un final.

—Te amo —confesó Henri. Le apartó con una caricia un mechón de cabello que le había caído sobre la frente—. Te he amado desde que te conocí. No, eso no es cierto, porque estaba sangrando y enojado. —Deslizó la mano sobre su cadera—. Me enamoré de ti unos días después. Sin duda, la primera vez que te vi con una llave inglesa.

—Yo también te amo. —Violet le acarició la mejilla con un dedo, bajó hacia su mandíbula y se detuvo en sus labios. Él la observaba y los músculos de su piel se tensaron bajo su tacto. Se veía casi igual que la noche que lo conoció: el cabello desordenado con mechas de sol, la piel bronceada, los hombros fuertes y los ojos azul mar. Solo que ahora tenía líneas grabadas en el rostro, un cierto cansancio en los ojos y cicatrices que le marcaban la piel: todo eso no estaba ahí antes.

Cada vez que ella se miraba en el espejo, veía lo mismo. Los dos tenían cicatrices.

—Tu italiano es bastante bueno —comentó.

—No sé mucho. Italia fue... difícil. —Se le cortaron las palabras.

—Lo sé. —Ella le peinó el cabello de la frente. Ya habría tiempo para hablar de esas cosas. Tiempo para hablar de los recuerdos y las pesadillas que, a veces, hacían que las cosas cotidianas se sintieran difíciles. Más tarde. Violet cogió la champaña y descorchó la botella con bastante habilidad. El líquido burbujeó y se escurrió por el costado.

—Eres muy buena para eso.

—Tuve mucha práctica. —Violet le ofreció la botella y lo observó llevársela a los labios, bebiendo profundamente.

—Tengo algo más para ti —le dijo, buscando su bolso sin dejar de abrazarlo.

—¿Qué es?

Sacó un sobre arrugado.

—Una carta para ti, de George.

Él la tomó.

—¿Dónde está? ¿Está bien? —Rasgó el sobre.

—Está muy bien —contestó Violet, ocultando una sonrisa—. A mí también me envió una carta.

Él desplegó una sola hoja de papel; el gesto resultó incómodo en el poco espacio entre los dos, pero ninguno hizo el esfuerzo por apartarse.

Sus ojos leyeron la parte superior de la página.

—Perth.

—Ajá.

—Está en Perth, Australia. —Recorrió la página rápidamente con la mirada y luego volvió a la parte superior—. Se casó.

—Con un médico —intervino Violet, solícita—. Se conocieron en Tobruk. Al parecer, ella le salvó la vida, aunque no me ha dado todos los detalles. Ya se los pedí en mi última carta —le aseguró.

Un músculo de su mandíbula se tensó.

—No conozco a ese médico.

—No.

—¿Cómo voy a saber si es lo suficientemente bueno para mi hermana? —preguntó.

—Porque es George. Tiene que ser un hombre increíble para seguirle el ritmo.

—Dice que es feliz.

—Entonces créele y alégrate por ella.

Henri dejó la carta a un lado.

—La voy a extrañar.

—Yo también.

Durante un momento, se sentaron en un silencio contemplativo antes de que Henri le devolviera el champaña. Violet tomó un trago y arrugó la nariz al sentir las burbujas cosquilleando su lengua. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué? —le preguntó al darse cuenta de que la miraba con una intensidad que le subió el calor a las mejillas.

—Eres increíblemente hermosa. —Tenía la voz ronca.

Violet se inclinó hacia adelante y lo besó de nuevo, saboreando la champaña en sus labios.

—Gracias, aunque no estoy vestida para bailar.

—¿Para bailar? —Deslizó la mano por su espalda.

—Me prometiste que lo haríamos. —Violet tomó otro sorbo de champaña—. Íbamos a ver el atardecer, a beber champán y te iba a enseñar a bailar. ¿Recuerdas?

—Ah, sí lo recuerdo. —Le quitó la botella de las manos y la dejó a un lado—. Pero no quiero bailar, por lo menos, no esta noche.

Violet se estremeció al sentir los dedos de Henri jugueteando con los botones de la parte de atrás de su vestido.

—Me gustaría adelantarme al plan.

—Ah. —Ella se estremeció de nuevo y miró alrededor. El crepúsculo cedía el paso al ascenso de la luna; las sombras de las palmeras y los arbustos que bordeaban la playa se profundizaban. Solo una insinuación dorada seguía espolvoreando la espuma del mar donde rompía contra la playa.

—¿Entonces quieres convencerme de que sir Arthur escribe novelas de misterio superiores? —Un botón se desabrochó—. Leí *El valle del terror* —comentó mientras él desabrochaba otro botón de su vestido.

—Sí, aunque esa es una discusión para otro momento, me parece. —El aliento de Henri se sentía caliente sobre su piel. El vestido se deslizó sobre uno de sus hombros.

Violet inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres que me detenga? —le preguntó Henri.

—No, no te atrevas.

—Bien. —Le dio un beso en la piel desnuda del cuello—. Primero, quiero nadar bajo la luz de la luna.

—¿Y después? —le preguntó ella.

—Después, puedes decidir.

—¿Decidir qué?

Henri, con increíble miramiento, le tomó la barbilla con los dedos.

—Lo que quieres hacer después, a dónde quieres ir. —La besó—. A partir de ahora, eres libre de experimentar todo lo que aún no has vivido, Violet St. Croix. Y, si me lo permites, me gustaría estar a tu lado en cada paso del camino.

—Sí, sí a todo. —Violet lo abrazó sin importarle si lo estaba apretando demasiado fuerte.

Él la abrazó con la misma pasión.

—¿Me ayudarías mañana? —preguntó en un susurró, ya que apenas era capaz de pronunciar las palabras porque él la estaba apretando con mucha fuerza, aunque no le molestaba en lo más mínimo.

—¿Con qué?

Ella se liberó y sus dedos comenzaron a desabrochar los botones de la camisa de lino gastada de Henri.

—Tengo que arreglar un motor. —Le sonrió—. Y luego... decidiré lo que venga después.

Agradecimientos

Como autora, una de las preguntas más frecuentes que me hacen es qué me gusta más de mi trabajo. Me encantan muchas cosas de ser escritora, pero uno de los aspectos más valiosos es el privilegio de poder escuchar y leer los relatos de los hombres y mujeres valientes que nos precedieron y que, con su increíble sacrificio, forjaron nuestro mundo. Un sincero reconocimiento a aquellos que enfrentaron desafíos extraordinarios, muchas veces incomprensibles, y dejaron un registro de ello para que sus esfuerzos no se perdieran en la historia. El mundo es un lugar mejor gracias a ellos.

Agradezco a cada lector que ha elegido uno de mis libros por la oportunidad de compartir mis relatos. Un sincero agradecimiento a mi familia por su apoyo y ánimo. Una vez más, a mi editor, Alex Logan, por hacer que cada una de mis historias mejore. A todo el equipo de Forever, que trabaja incansablemente. Y a mi agente Stefanie Lieberman: gracias por tu continuo apoyo e inestimables consejos.

Nota histórica

El mañana es para los valientes es una obra de ficción creada enteramente a partir de mi imaginación; sin embargo, está inspirada en las vidas y las experiencias de personas reales, además de en eventos que tuvieron lugar durante los años en los que se desarrolla la narración. El personaje de Violet St. Croix está basado en Susan Travers, la única mujer que se convirtió oficialmente en miembro de la Legión Extranjera. Descubrí la extraordinaria historia de Travers mientras investigaba la campaña de los Aliados en el norte de África en 1942 para mi novela anterior, *El jardín de los secretos perdidos*.

Nacida en Inglaterra y criada principalmente en el sur de Francia, Travers convenció a sus padres de que le permitieran tomar clases de manejo cuando tenía diecisiete años. Al estallar la guerra en 1939, se ofreció como voluntaria para la Cruz Roja francesa con la esperanza de que la asignaran a las líneas del frente. Dado que sabía conducir coches y disparar rifles, pensó que sería útil como conductora de ambulancias. Para su asombro, descubrió que primero necesitaba certificarse en enfermería. En sus propias palabras, se describió como «completamente inútil como enfermera» y la operación fallida que Violet menciona en esta historia se extrajo de la experiencia real de Travers.

En marzo de 1940, Susan se unió a las Fuerzas Expedicionarias Francesas que viajaron de París a Finlandia para ayudar en la guerra contra los rusos. Después de que Francia se rindiera ante Alemania en junio de 1940, regresó a

Londres para unirse a las Fuerzas de la Francia Libre bajo el mando del general De Gaulle. Desde ahí, viajó a Sierra Leona, Camerún y la República del Congo, donde sirvió como enfermera (con renuencia).

Finalmente, Travers se dirigió al norte de África y fue ahí donde dejó de ser enfermera, pues la asignaron como conductora del comandante Lotte, un médico de las Fuerzas Francesas Libres. Posteriormente, el 17 de junio de 1941, la asignaron al entonces coronel francés Marie-Pierre Koenig, para quien seguiría conduciendo por el norte de África hasta después del sitio de Bir Hakeim.

El servicio de Violet en Finlandia se inspiró en las voluntarias de la Cruz Roja que sirvieron como enfermeras durante la Guerra de Invierno. Los franceses sí enviaron enfermeras —incluyendo a Susan Travers—, aunque fue hasta el 3 de marzo de 1940 y, para entonces, dicho conflicto ya había terminado. Para los propósitos de esta historia, imaginé que el personaje de Violet acompañaba a la fuerza armada francesa a Finlandia ocho semanas antes que las voluntarias de la Cruz Roja en la vida real. Se habría unido a suecos, daneses, noruegos, ucranianos, estonios y muchos otros que viajaron para defender Finlandia contra los rusos.

La mayoría de los personajes de esta novela son completamente ficticios; sin embargo, en la historia aparecen algunas personas reales. Aparte de las apariciones militares no ficticias del general Koenig y el coronel Amilakhvari, lady Enid Furness aparece como ella misma en esta novela. Era una mujer alta y hermosa, descrita como aventurera y seductora, cuyos encuentros sexuales y romances fueron célebres. También fueron famosos los hombres que el vizconde Furness contrató para vigilar a su esposa y el guepardo que tenía.

Sin embargo, su comportamiento ante la sociedad, percibido como frívolo, contrasta con el valor que demostró durante la Primera Guerra Mundial, pues, en verdad, condujo una ambulancia. En junio de 1940, cuando el gobierno francés firmó el armisticio con Alemania, Enid no regresó a Inglaterra, sino que permaneció en Francia junto con su hija de catorce años. Lady Furness donaba sus raciones a los prisioneros de un campamento de detención cercano en Eze. Una vez que el vizconde murió, en octubre de 1940, empezó a ayudar a los prisioneros a escapar, utilizando sus villas como casas de seguridad.

El Código Negro que el espía encuentra en esta novela es real, aunque su descubrimiento es completamente ficticio. En realidad, el Código Negro —también conocido como Código de Inteligencia Militar número once— era un código secreto que utilizaron los agregados militares estadounidenses y sí se vio comprometido, pero no en una habitación de hotel, sino que fue robado de la embajada de Estados Unidos en Italia. Los agentes de inteligencia del Eje obtuvieron las llaves de la embajada, irrumpieron en ella, copiaron todos los documentos y los devolvieron sin que nadie se diera cuenta. Así, los alemanes pudieron descifrar las comunicaciones estadounidenses.

Gran parte de las experiencias ficticias de Violet como conductora militar se inspiraron en situaciones y circunstancias reales que enfrentó Susan Travers. Los ataques aéreos eran comunes y la destrucción que causaron fue severa. La falta de agua siempre fue un impedimento y el hecho de que hubieran mantenido los vehículos en funcionamiento en condiciones ambientales tan extremas no fue menos que un milagro. Travers describió a detalle los peligros y las dificultades de conducir en un entorno desértico, por lo que traté de transmitir esas penurias con mis personajes.

En febrero de 1942, la recién formada Primera Brigada de la Francia Libre —a la que Susan Travers se había incorporado— se asignó a Bir Hakeim, en el extremo sur de la línea de Gazala, que era una línea defensiva de fuertes diseñados para evitar que los alemanes y los italianos avanzaran al este y tomaran El Cairo y el canal de Suez.

En mayo, a medida que las fuerzas de Rommel avanzaban, Bir Hakeim quedó bajo asedio. Travers luchó del lado de las fuerzas que defendían el fuerte y, en la noche del 10 de mayo de 1942, cuando la guarnición escapó a través de las líneas enemigas, condujo por campos minados, entre balas trazadoras, artillería y un terreno muy accidentado hasta la mañana siguiente para transportar al general Koenig al punto de encuentro. Cuando examinó su vehículo más tarde, tenía docenas de agujeros de bala que habían dañado el motor y destrozado la carrocería. Una ronda había pasado directamente entre Travers y su pasajero. Más tarde, describiría la fuga de la siguiente manera: «Una sensación increíble; iba tan rápido como podía en la oscuridad hacia lo que parecía una exhibición inmensa de fuegos artificiales con hermosos colores bailando hacia mí, que traían consigo una muerte segura. Eso era para lo que había ido: para sentir lo que era ser un hombre en el fragor de la batalla».

Después, Travers permaneció en la Legión Extranjera francesa y sirvió en la Campaña Italiana, el Frente Occidental (Alemania y Francia) y, más tarde, en Indochina. Al final de su carrera militar, fue galardonada con la *Legion d'Honneur*, la *Croix de Guerre*, *Officier de l'Ordre de Nichan Iftikhar* y la *Medaille Militaire*. A los noventa y un años, escribió sus memorias y una autobiografía titulada *Tomorrow to be Brave: A Memoir of the Only Woman Ever to Serve in the French Foreign Legion* (*Una mañana para ser valiente: Memorias de la única mujer que sirvió en la Legión Extranjera francesa*). El título de sus memorias inspiró el título de esta novela y la historia que cuenta es tan extraordinaria como la mujer que escribió su propio relato.

El asedio de Bir Hakeim por parte de las fuerzas del Eje duró dos semanas. Durante ese tiempo, gran parte de los acontecimientos que se describen en mi historia los extraje de los libros de historia. Es cierto que Bir Hakeim se construyó casi en su totalidad bajo tierra y, cuando las fuerzas de Rommel, finalmente, entraron en el fuerte después de la retirada francesa, descubrieron más de mil doscientos refugios individuales para hombres, armas y vehículos. Los veteranos de la Primera Guerra Mundial hicieron comparaciones tácticas regulares entre la guerra de trincheras y Bir Hakeim.

Sin embargo, me tomé algunas pequeñas licencias con las fechas para que encajaran en mi relato. Las paralizantes tormentas de arena fueron reales, pero la que describo en junio, en realidad, tuvo lugar en mayo. El depósito de municiones que explota en mi historia ocurrió cinco días antes y no hay ninguna evidencia que indique que haya sido por otra causa que un desafortunado proyectil del Eje. El sabotaje del depósito de municiones y los camiones cisterna es por completo ficticio.

Es extraordinario, pero cierto, que dos oficiales italianos entraron a Bir Hakeim bajo una bandera de tregua y que los condujeron al fuerte con los ojos vendados. Como fue el primero de los tres intentos por convencer a Koenig de rendirse, los oficiales italianos —que hablaban poco o nada de francés— y los oficiales franceses —que hablaban poco o nada de italiano— entablaron una conversación. Insertar a Violet como intérprete parecía una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar, aunque es ficticia, por supuesto. En realidad, la esencia del mensaje era lo bastante clara para que la respuesta de

Koenig lo fuera aún más. El mensaje que transmitió a sus oficiales, posteriormente, decía: «El general Rommel nos pidió que nos rindiéramos y nos amenazó con el exterminio. Me negué. Cumplan con su deber».

También es precisa la decisión de Koenig de retirarse de Bir Hakeim casi una semana después de la primera solicitud de rendición, momento en que la munición, los suministros y el agua se habían agotado. De los tres mil seiscientos hombres y oficiales apostados originalmente ahí, aproximadamente, dos mil cuatrocientos escaparon a través de las líneas enemigas en la oscuridad de la noche. Lo que comenzó como una sola fila y una retirada silenciosa se convirtió en un caos, un campo de batalla sangriento, marcado por disparos de artillería pesada y combates cuerpo a cuerpo en medio de los campos minados. Cuando se hizo un recuento, se informó sobre la desaparición de setecientos sesenta y tres hombres, presuntamente muertos, setenta y dos muertos confirmados y veintiún heridos. No obstante, tanto el general Koenig como el coronel Amilakhvari sobrevivieron y llegaron al punto de encuentro, conducidos a través del horror por la ayudante Susan Travers.

El descubrimiento de Violet y Henri del punto de encuentro durante las primeras horas de la mañana, cuando se despeja la niebla, se inspiró en la experiencia real de Pierre Iehéle, un oficial francés a cargo de varias ambulancias que logró atravesar las líneas enemigas. Condujo en la oscuridad lo mejor que pudo, pero no tenía una idea clara de qué tan cerca podía estar del punto de encuentro —o de un campamento alemán—, así que formó un cuadrado en el desierto con la intención de luchar hasta el último momento. Cuando salió el sol, sus hombres divisaron un campamento a la distancia, rodeado de camiones y vehículos, pero Iehéle no podía saber si eran ingleses o alemanes hasta que vio que estaban jugando fútbol. «¡Deben ser ingleses!», concluyó. Tenía razón. Había logrado llevar a su grupo a unos cuantos cientos de metros del punto de encuentro.

Aunque Bir Hakeim cayó ante las fuerzas del Eje de Rommel, la tenacidad de la Francia Libre consiguió que el Octavo Ejército Británico tuviera una ventana de tiempo fundamental para recuperarse y reagruparse después de haber sufrido pérdidas considerables. También obligó a Rommel a extender su frágil línea de suministro hacia el sur, alrededor de Bir Hakeim, con un costo significativo para los alemanes tanto en suministros como en hombres. Desde una perspectiva moral, fue una victoria importante para los

franceses, pues le demostró al mundo y a las fuerzas de los Aliados que ellos podían contribuir a la lucha contra Alemania. Rommel, célebre por su capacidad militar y tácticas, admitió más tarde que «en África, difícilmente tuve otra lucha tan dura».

Lecturas adicionales

- Atkinson, Rick, *An Army at Dawn: The War in North Africa (1942-1943) The Liberation Trilogy*, vol. 1, Holt Paperbacks, 2007.
- De Courcy, Anne, *Chanel's Riviera: Glamour, Decadence, and Survival in Peace and War*, St. Martin's Press, 2020.
- Ford, Ken, *Gazala 1942: Rommel's Greatest Victory*, Osprey Publishing, 2008.
- Hasey, John F. y Joseph F. Dineen, *Yankee Fighter: The Story of an American in the Free French Foreign Legion*, Arcole Publishing, 2017.
- Harper, Glyn, *The Battle for North Africa: El Alamein and the Turning Point for World War II*, Massey University Press, 2017.
- Holmes, Richard, *Bir Hakeim: Desert Citadel*, Ballantine Books, 1971.
- Kagan, Neil, *Secret History of World War II: The Spies, Code Breakers, and Covert Operations*, National Geographic, 2016.
- Kundahl, George, *The Riviera at War: World War II on the Cote d'Azur*, I. B. Tauris, 2017.
- Mitchell-Green, David, *Rommel in North Africa: Quest for the Nile*, Pen and Sword Military, 2017.
- Travers, Susan y Wendy Holden, *Tomorrow to Be Brave*, Simon & Schuster, 2000.

Tucker-Jones, Anthony, *The Battle for the Mediterranean: Allied and Axis Campaigns from North Africa to the Italian Peninsula, 1940-1945*, Arcturus, 2021.

Windrow, Martin, *French Foreign Legion, 1914-1945*, Oxford Press, 1999.

Acerca de la autora

KELLY BOWEN. La galardonada autora Kelly Bowen creció en Manitoba, Canadá, y asistió a la Universidad de Manitoba, obteniendo una licenciatura y una maestría en estudios veterinarios. Trabajó como investigadora científica antes de realizar su sueño de escribir ficción histórica. Actualmente, Kelly vive con su familia en Winnipeg, Canadá.

Título original: Tomorrow is for the Brave

© 2024, Kelly Bowen

Esta edición se publica por acuerdo con Grand Central Publishing, una división de Hachette Book Group, Inc., Estados Unidos. Todos los derechos reservados.

Traducido por: Mariana Mhel

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Erick Paredes López

Arte de portada realizado a partir de imágenes de: © Ilina Simeonova / Arcangel Images y © Getty Images

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2026

ISBN: 978-607-39-4989-7

Primera edición en formato epub en México: octubre de 2026

ISBN: 978-607-39-5280-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del **copyright**.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

Table of Contents

Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Agradecimientos	

[Nota Histórica](#)
[Lecturas adicionales](#)
[Acerca de la autora](#)
[Créditos](#)
[Planeta de libros](#)